



Las estrellas mi destino

Alfred Beste 

En el siglo XXV, cuando las técnicas de teleportación han cambiado de forma radical la sociedad de la Tierra, un hombre motivado por pasiones extremas emprende una carrera desesperada por cambiarse a sí mismo. Gully Foyle fue abandonado a su suerte y logró sobrevivir milagrosamente a una situación sin esperanzas; desde entonces ha venido acumulando riquezas y poder con un único objetivo: vengarse.

Las estrellas mi destino es uno de los eternos favoritos de la ciencia ficción, una novela de cabecera para cada generación de lectores que ha existido desde su publicación original en los años cincuenta. Un libro pirotécnico, intenso y rebotante de ideas al que se vuelve, una y otra vez, con placer renovado.

Lectulandia

Alfred Bester

Las estrellas mi destino

ePUB v1.0

Doña Jacinta 08.03.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Tiger! Tiger!*
Versión de Doña Jacinta,
sobre traducción de Sebastián Martínez
ISBN: 150-014-816-5

PARTE 1

*¡Tigre! ¡Tigre! Ardiendo brillante
En los bosques de la noche,
¿Qué ojo o mano inmortal
Pudo idear tu terrible simetría?*

Blake

Prólogo

Era una Edad de Oro, una época de grandes aventuras, de vidas frenéticas y muertes violentas... pero nadie pensaba en ello. Era un futuro de fortunas y robos, pillaje y rapiña, cultura y vicios... pero nadie lo admitía. Era una época de posturas extremas, un fascinante siglo de rarezas... pero a nadie le gustaba.

Todos los mundos habitables del sistema solar estaban ocupados. Tres planetas y ocho satélites y once billones de personas llenaban una de las edades más interesantes jamás conocidas y, sin embargo, las mentes todavía añoraban viejos tiempos, como siempre. El sistema solar era un hormiguero de actividad... luchar, alimentarse, procrear, aprender las nuevas tecnologías que aparecían casi antes de que se hubiesen dominado las antiguas, prepararse para la primera exploración a las lejanas estrellas del profundo espacio; pero...

«¿Dónde están las nuevas fronteras?», gritaban los románticos, sin saber que la frontera de la mente se había abierto en un laboratorio situado en Calisto hacia el inicio del siglo veinticuatro: un investigador llamado Jaunte prendió fuego a su banqueta y a sí mismo (accidentalmente), y lanzó un alarido pidiendo socorro con una particular referencia a un extintor de incendios. La sorpresa de Jaunte fue casi tan grande como la de sus colegas cuando se halló al lado de dicho extintor, a veinte metros de distancia de la banqueta incendiada.

Se olvidaron de Jaunte y se introdujeron en los cómo y porqués de su viaje instantáneo de veinte metros. La teleportación —el transporte de uno mismo a través del espacio tan sólo por un esfuerzo mental— había sido un concepto teórico conocido desde hacía tiempo, y existían algunos centenares de pruebas mal documentadas que indicaban que se había producido en el pasado. Ésta era la primera vez que había tenido lugar ante observadores profesionales.

Estudiaron el Efecto Jaunte con salvaje dedicación. Era algo demasiado importante como para investigarlo con miramientos, y Jaunte estaba ansioso por convertir en inmortal su nombre. Hizo testamento y se despidió de sus amigos. Jaunte sabía que iba a morir porque sus compañeros de investigación estaban determinados a matarle si ello era necesario. No cabía duda de esto.

Doce psicólogos, parapsicólogos y neurometrías de distintas especializaciones fueron llamados como observadores. Los experimentadores encerraron a Jaunte en un tanque de cristal irrompible. Abrieron un conducto de agua, que llenaba el tanque, y dejaron que Jaunte viera cómo rompían el control de cierre. Era imposible abrir el tanque; era imposible detener el chorro de agua. La teoría era que, si en la primera ocasión se había necesitado de una amenaza de muerte para instigar a Jaunte a teleportarse, lo mejor que podían hacer era volverlo a amenazar de muerte. El tanque se llenó rápidamente. Los observadores recogieron datos con la tensa precisión de un

equipo de astrónomos fotografiando un eclipse. Jaunte comenzó a ahogarse. Y entonces estuvo fuera del tanque, chorreando y tosiendo estrepitosamente. Se había teleportado de nuevo.

Los expertos lo examinaron y lo interrogaron. Estudiaron gráficos y placas de rayos X, esquemas neurales, y su metabolismo. Comenzaron a tener una noción sobre cómo se había teleportado Jaunte. A través de los canales científicos (esto tenía que ser mantenido en secreto) hicieron una petición de voluntarios suicidas. Estaban todavía en el estadio primitivo de la teleportación; la muerte era el único catalizador que conocían.

Informaron cuidadosamente a los voluntarios. Jaunte les dio una conferencia sobre lo que había hecho y sobre cómo creía haberlo hecho. Entonces pasaron a asesinar a los voluntarios. Los ahogaron, los ahorcaron, los quemaron; inventaron nuevas formas de muerte lenta y controlada. Jamás hubo duda alguna entre los sujetos de que iban a matarlos.

El ochenta por ciento de los voluntarios murió, y las agonías y el remordimiento de sus asesinos constituiría un horrible pero fascinante estudio, aunque no tenga lugar en esta historia excepto para subrayar la monstruosidad de aquellos tiempos. El ochenta por ciento de los voluntarios murió, pero el otro veinte jaunteó. (El nombre se convirtió en término designativo casi inmediatamente.)

«Traed de nuevo la época romántica», rogaban los románticos, «cuando el hombre podía arriesgar aún su vida en atrevidas aventuras».

El conjunto de conocimiento creció rápidamente. Para la primera década del siglo veinticuatro, los principios del jaunteo ya estaban establecidos, y la primera escuela fue abierta por el propio Charles Fort Jaunte, que contaba entonces con cincuenta y siete años de edad, ya era inmortal, y al que avergonzaba decir que no se atrevía ahora a jauntear. Pero los días primitivos habían pasado; ya no era necesario amenazar con la muerte a un hombre para hacerle teleportarse. Habían aprendido cómo enseñarle al hombre a reconocer, disciplinar y utilizar otro recurso de su mente ilimitada.

¿De qué modo, exactamente, se teleportaba el hombre? Una de las explicaciones más insatisfactorias fue la suministrada por Spencer Thompson, encargado de relaciones públicas de las Escuelas Jaunte, en una entrevista de prensa.

THOMPSON: El jauntear es como ver; es una aptitud natural de casi todos los organismos humanos, pero tan sólo puede ser desarrollada por el entrenamiento y la experimentación.

PERIODISTA: ¿Quiere decir que no podríamos ver sin practicar?

THOMPSON: Obviamente, usted es soltero o no tiene niños... supongo que ambas cosas.

PERIODISTA: No comprendo.

THOMPSON: Cualquiera que haya observado a un niño aprendiendo a usar sus ojos, lo comprendería.

PERIODISTA: Pero ¿qué es la teleportación?

THOMPSON: Es el transportarse a uno mismo desde un lugar a otro mediante el único esfuerzo de la mente.

PERIODISTA: ¿Quiere decir que podemos pensar en trasladarnos... digamos... desde Nueva York a

Chicago?

THOMPSON: Precisamente; siempre que se comprenda perfectamente una cosa. Para jauntear de Nueva York a Chicago es necesario que la persona que se teleporta sepa exactamente dónde está cuando parte y a dónde va.

PERIODISTA: ¿Y cómo es eso?

THOMPSON: Si estuviera en una habitación oscura y no supiera dónde se halla, le sería imposible jauntear, con seguridad, a cualquier parte. Y si supiera dónde está, pero tratase de jauntear a un lugar que nunca hubiera visto, nunca llegaría allí con vida. Uno no puede jauntear desde un punto de partida desconocido a un destino desconocido. Deben ser conocidos, memorizados y visualizados ambos.

PERIODISTA: Pero ¿y si sabemos dónde estamos y a dónde vamos?

THOMPSON: Podemos estar bastante seguros de que jauntearemos y llegaremos.

PERIODISTA: ¿Llegaremos desnudos?

THOMPSON: Si salimos desnudos. (Risas.)

PERIODISTA: Quiero decir: ¿se teleportan con nosotros nuestras ropas?

THOMPSON: Cuando se teleporta la gente, también teleportan consigo las ropas que llevan puestas y cualquier cosa que lleven encima. Lamento desengañarle, pero hasta las ropas de las señoras llegan con ellas. (Risas.)

PERIODISTA: Pero ¿cómo lo hacemos?

THOMPSON: ¿Cómo pensamos?

PERIODISTA: Con nuestras mentes.

THOMPSON: Y ¿cómo piensa la mente? ¿Cuál es el proceso del pensamiento? ¿Cómo, exactamente, recordamos, imaginamos, deducimos, creamos? ¿Cómo operan las células del cerebro?

PERIODISTA: No lo sé. Nadie lo sabe.

THOMPSON: Y nadie sabe tampoco exactamente cómo nos teleportamos, pero sabemos que podemos hacerlo, tal y como sabemos que podemos pensar. ¿Ha oído hablar de Descartes? Dijo: *Cogito ergo sum*. Pienso, luego existo. Nosotros decimos: *Cogito ergo jaunteo*. Pienso, luego jaunteo.

Si se piensa que la explicación de Thompson es exasperante, inspecciónese este informe de Sir John Kelvin a la Royal Society sobre el mecanismo del jaunteo:

Hemos establecido que la habilidad teleportativa está asociada con los cuerpos Nissl, o la Sustancia Tigroide de las células nerviosas. La Sustancia Tigroide es demostrada con mayor facilidad por el método de Nissl, usando 3,75 g de azul de metileno y 1,75 g de jabón de Venecia disueltos en 1.000 cc de agua. Donde no aparece la Sustancia Tigroide, resulta imposible el jaunteo. La teleportación es una Función Tigroide. (Aplausos.)

Cualquier hombre era capaz de jauntear siempre que desarrollase dos facultades: visualización y concentración. Tenía que visualizar, completamente y con precisión, el punto al que deseaba teleportarse; y tenía que concentrar la energía latente de su mente en un solo impulso para ir hasta allí. Sobre todo, tenía que tener fe... la fe que Charles Fort Jaunte no recuperó nunca. Tenía que creer que jauntearía. La mínima duda bloqueaba el impulso mental necesario para la teleportación.

Las limitaciones con que nace cada hombre coartaban necesariamente la habilidad para jauntear. Algunos podían visualizar magníficamente y calcular las coordenadas de su destino con precisión, pero no disponían de la energía para llegar allí. Otros tenían la energía, pero no podían, por así decirlo, ver el lugar hacia el que jauntear. Y la distancia establecía la limitación final, pues nadie había jaunteado más allá de un millar y medio de kilómetros. Uno podía realizar un viaje a través de saltos sucesivos sobre tierra y agua desde Nome hasta México, pero ninguno de esos saltos

podía exceder los mil quinientos kilómetros.

Para los años veinte del siglo veinticuatro, se había hecho común el siguiente tipo de impreso de petición de empleo:

Este espacio está reservado para identificación retinal.
NOMBRE (En letras mayúsculas) 1er apellido, Nombre.
RESIDENCIA (Legal) Continente/País/Provincia
CATEGORÍA DE JAUNTEO (Clasificación oficial: marque uno solamente.)
M (1.000 km)
L (50 km)
D (500 km)
X (100 km)
C (10 km)
V (5 km)

La antigua Jefatura de Tráfico se encargó del nuevo trabajo y regularmente examinaba y clasificaba a los aspirantes a jaunteadores. Y los clubes automovilísticos se transformaron en clubes de jaunteo.

A pesar de todos los esfuerzos, ningún hombre había logrado jauntear a través del vacío espacial, aunque muchos expertos y tontos lo habían intentado. Helmut Grant, por ejemplo, se pasó un mes memorizando las coordenadas de un viaje por jaunteo a la Luna, y visualizó cada kilómetro de la trayectoria de 480.000 kilómetros desde Times Square a Ciudad Kepler. Jaunteó y desapareció. Nunca lo hallaron. Ni tampoco a Enzo Dandridge, un creyente resurreccionista de Los Angeles que partió en busca del cielo; ni a Jacob María Freundlich, un parafacultativo que debería haber sabido lo que se hacía cuando jaunteó hacia el espacio profundo en busca de metadimensiones; ni a Shipwreck Cogan, un buscador profesional de notoriedad; ni a centenares de otros, lunáticos, neuróticos, escapistas y suicidas. El espacio estaba cerrado a la teleportación. El jaunteo quedaba restringido a la superficie de los planetas del sistema solar.

Pero al cabo de tres generaciones, el sistema solar entero estaba jaunteando. La transición fue aún más espectacular que el cambio del caballo y carro a la época de la gasolina cuatro siglos antes. En tres planetas y ocho satélites, las estructuras sociales,

legales y económicas se derrumbaron, mientras nuevas costumbres y leyes originadas por el jaunteo universal aparecían en su lugar.

Hubo luchas por la propiedad originadas cuando los pobres que jaunteaban se marcharon de sus barrios míseros para ir a las llanuras y los bosques, cazando el ganado y los animales salvajes. Hubo una revolución en los hogares y en la construcción de edificios: tuvieron que crearse laberintos y sistemas de enmascaramiento para impedir la entrada ilegal en ellos por jaunteo. Hubo hundimientos y pánico y huelgas y hambre cuando dejaron de existir ciertas industrias prejaúnticas.

Aparecieron plagas y epidemias cuando vagos jaunteantes llevaron las enfermedades y los parásitos a países indefensos. La malaria, la elefantiasis y las fiebres tropicales aparecieron tan al norte como Groenlandia; la hidrofobia regresó a Inglaterra tras una ausencia de trescientos años. Las plagas del campo locales se extendieron a los más remotos rincones del planeta y, desde un olvidado punto apeestado de Borneo, reapareció la lepra, que hacía tiempo se suponía extinta.

Oleadas de crímenes cubrieron los planetas y satélites cuando el bajo mundo comenzó a jauntear por las noches, y se produjeron escenas brutales cuando la policía luchó con los criminales, sin darles cuartel. Hubo un repugnante retorno al más oscurantista recato del victorianismo cuando la sociedad luchó con los peligros sexuales y morales del jaunteo a través del protocolo y los tabúes. Una cruel y horrible guerra estalló entre los Planetas Interiores: Venus, La Tierra y Marte, y los Satélites Exteriores... una guerra ocasionada por las presiones económicas y políticas de la teleportación.

Hasta que amaneció la Edad de Jaunte, los tres Planetas Interiores (y la Luna), habían vivido en un delicado balance económico con los siete Satélites Exteriores habitados: Ío, Europa, Ganímedes y Calisto, de Júpiter; Rea y Titán, de Saturno, y Lassell de Neptuno. Los Satélites Exteriores Unidos suministraban materias primas a las fábricas de los Planetas Interiores, y un mercado para sus productos manufacturados. En el espacio de una década, este balance fue destruido por el jaunteo.

Los Satélites Exteriores, jóvenes mundos en crecimiento, habían comprado el setenta por ciento de la producción de medios de transporte de los P.I. El jaunteo terminó con esto. Habían comprado el noventa por ciento de la producción de aparatos de comunicación de los P.I. El jaunteo acabó también con esto.

Por consiguiente, las compras por parte de los P.I. de materias primas procedentes de los S.E. descendieron vertiginosamente.

Con los intercambios comerciales acabados, era inevitable que la guerra económica se convirtiese en una guerra bélica. Los grandes cartels de los Planetas Interiores rehusaban enviar bienes de equipo a los Satélites Exteriores, tratando de

protegerse de la competencia. Los S.E. confiscaron las plantas industriales que ya se encontraban en sus mundos, rompieron los acuerdos sobre patentes, ignoraron el pago de los *royalties*... y comenzó la guerra.

Era una edad de monstruos, de seres deformes y grotescos. Todo el mundo estaba retorcido en formas maravillosas y malevolentes. Los clasicistas y románticos que lo odiaban no se daban cuenta de la grandeza potencial del siglo veinticinco. Estaban ciegos para los fríos hechos de la evolución... para la idea de que el progreso surge del choque de extremos antagónicos, del matrimonio de monstruosidades máximas. Tanto los clasicistas como los románticos desconocían el hecho de que el sistema solar estaba situado trémulamente en el borde de una explosión humana que transformaría al hombre y lo convertiría en el dueño del universo.

Es en este escenario del siglo vigésimoquinto donde se inicia la vengativa historia de Gulliver Foyle.

Uno

Llevaba ciento setenta días muriendo y aún no estaba muerto. Luchaba por la supervivencia con la pasión de una bestia caída en una trampa. Deliraba y se pudría, pero ocasionalmente su mente primitiva emergía de la ardiente pesadilla de la supervivencia hasta algo que se parecía a la cordura. Entonces alzaba su muda faz a la Eternidad y murmuraba:

—¿Qué es lo que ocurre conmigo? ¡Ayuda, malditos dioses! Ayuda, eso es todo.

La blasfemia le resultaba fácil, constituía la mitad de su vocabulario, del vocabulario de toda su vida. Había sido educado en los bajos fondos del siglo veinticinco, y tan sólo hablaba el idioma de los bajos fondos. De todas las bestias con vida del mundo era la que valía menos, y la que más probablemente sobreviviría. Así que combatía y rogaba con sus blasfemias; pero ocasionalmente su enloquecida mente saltaba treinta años hacia atrás, a su juventud, y recordaba una cancioncilla de jardín de infancia:

*Gully Foyle es mi nombre
y la Tierra mi nación.
El profundo espacio mi vivienda
y la muerte mi destino.*

Era Gulliver Foyle, mecánico de tercera, de treinta años de edad, de grandes huesos y basto... y ciento setenta días perdido en el espacio. Era Gully Foyle, el aceitador, el limpiador, el fogonero; que fácilmente se metía en líos y pocas veces se divertía, demasiado vacío para tener amigos, demasiado vago para el amor. Los trazos letárgicos de su carácter quedaban marcados por su ficha de la Marina Mercante:

FOYLE, GULLIVER AS —128/127:006

EDUCACIÓN: ninguna.

HABILIDADES: ninguna.

MÉRITOS: ninguno.

RECOMENDACIONES: ninguna.

COMENTARIOS PERSONALES: Se trata de un hombre de gran fuerza física y de un potencial intelectual adormecido por la falta de ambición. Trabaja lo menos posible. Es el estereotipo del Hombre Medio. Posiblemente algún shock insospechado le despertaría, pero el Gabinete Psiquiátrico no puede hallar la llave. No se le recomienda para promociones. Ha alcanzado su

Había llegado a un tope máximo. Se había contentado con deslizarse de un momento a otro de su existencia durante treinta años como alguna pesada criatura blindada, torpe e indiferente; Gully Foyle, el estereotipo del Hombre Medio... pero ahora estaba a la deriva en el espacio desde hacía ciento setenta días, y la llave para su despertar estaba en la cerradura. Ahora daría la vuelta y se abriría la puerta al holocausto.

La astronave Nomad derivaba entre Marte y Júpiter. Fuera cual fuese la catástrofe bélica que la había destruido, había convertido un aerodinámico cohete de acero de cien metros de largo en un esqueleto al que se adherían los restos de camarotes, bodegas, cubiertas y mamparos. Los grandes desgarrones en el casco eran destellos de luz en el lado expuesto al sol y helados retazos de estrellas en el lado oscuro. La nave Nomad era un vacío sin peso de cegador sol y de negro absoluto, helado y silencioso.

El pecio estaba lleno con un conglomerado flotante de restos congelados que colgaban en el interior del navío destruido como la fotografía instantánea de una explosión. La diminuta atracción gravitacional que los trozos de escombros ejercían unos sobre otros los iba conglomerando lentamente en racimos que eran desparramados periódicamente por el paso, a través de ellos, del único superviviente todavía con vida en el pecio: Gulliver Foyle, AS—128/127:006.

Vivía en el único compartimento que continuaba presurizado entre los restos, un armario para herramientas situado en el corredor de la cubierta principal. El armario tenía un metro veinte de ancho, lo mismo de profundidad y dos metros setenta de alto. Tenía el tamaño del ataúd de un gigante. Seiscientos años antes, se había considerado como el más exquisito de los tormentos orientales el encerrar a un hombre en un calabozo de ese tamaño durante algunas semanas. Y sin embargo, Foyle había existido en aquel ataúd sin luz durante cinco meses, veinte días y cuatro horas.

—¿Quién eres?

—*Gully Foyle es mi nombre.*

—¿De dónde eres?

—*La Tierra es mi Nación.*

—¿Dónde estás ahora?

—*En el profundo espacio, mi vivienda.*

—¿Adónde te diriges?

—*La muerte es mi destino.*

En el día ciento setenta y cinco de su lucha por la supervivencia, Foyle contestó a

esas preguntas y se despertó. Su corazón latía y su garganta ardía. Tanteó en la oscuridad buscando el tanque de aire que compartía su ataúd con él, y comprobó su contenido. El tanque estaba vacío. Tendría que entrar otro inmediatamente. Así que este día comenzaría con un combate extra con la muerte, lo cual era aceptado por Foyle con una muda resignación.

Buscó tanteando por entre los estantes del armario y localizó un traje espacial roto. Era el único que quedaba a bordo del Nomad, y Foyle ya no se acordaba ni dónde ni cómo lo había hallado. Había taponado el desgarrón con un aerosol de emergencia, pero no tenía con qué rellenar o reemplazar los vacíos depósitos de oxígeno de la espalda. Se metió dentro del traje. Llevaría él bastante aire del armario como para permitirle permanecer cinco minutos en el vacío... ni uno más.

Abrió la puerta del armario y se sumergió en la gélida negrura del espacio. El aire del armario salió silbando con él, y su humedad se congeló formando una débil nubécula de nieve que flotó a lo largo del desgarrado corredor de la cubierta principal. Foyle empujó el tanque de aire vacío, lo hizo flotar fuera del armario y lo abandonó. Había transcurrido un minuto.

Se dio la vuelta y se propulsó a través de los flotantes restos hacia la compuerta de la bodega del lastre. No corría: su ritmo de marcha era el único sistema de locomoción posible en el estado de caída libre e ingravidez: empujones con los pies, codos y manos contra las cubiertas, paredes y rincones, un vuelo a cámara lenta a través del espacio, como si fuera un murciélago volando bajo el agua. Foyle atravesó la compuerta que daba a la oscura bodega del lastre. Habían pasado dos minutos.

Como todas las astronaves, la Nomad iba lastrada con la masa de sus tanques de gases colocados a lo largo de su quilla como una larga balsa de troncos unida a los costados por un laberinto de cañerías de conexión. Foyle tardó un minuto en desconectar un tanque de aire. No tenía forma de saber si estaba lleno o ya vacío; lucharía con él de vuelta hacia su armario y, si allí descubría que estaba vacío, se habría terminado su vida. Una vez a la semana tenía que efectuar una partida de esta curiosa forma de ruleta rusa espacial.

Oyó un rugido en sus oídos; el aire del interior de su escafandra estaba enrareciéndose rápidamente. Impelió el masivo cilindro hacia la compuerta, se agachó para dejarlo pasar sobre su cabeza, y se empujó tras de él. Giró el tanque, haciéndolo pasar por la compuerta. Habían pasado cuatro minutos, y se estaba estremeciendo y a punto de perder el sentido. Guió el tanque a lo largo del corredor de la cubierta principal y lo introdujo en el armario de herramientas.

Cerró la puerta de un portazo, la aseguró, halló un martillo en un estante, y golpeó con él tres veces contra el helado tanque para soltar su válvula. Giró la manecilla con una mueca. Se soltó con sus últimas fuerzas el casco del traje para no sofocarse en su interior mientras el armario se llenaba de aire... si es que este tanque contenía aire. Se

desmayó, como tantas otras veces antes, sin saber nunca si esta vez ya era la muerte.

—¿Quién eres?

—Gully Foyle.

—¿De dónde vienes?

—Tierra.

—¿Dónde estás?

—Espacio.

—¿Adónde vas?

Se despertó. Estaba vivo. No malgastó tiempo en rezos o en dar las gracias, sino que continuó con su trabajo por la supervivencia. Exploró, en la oscuridad, los estantes del armario en los que guardaba sus raciones. Tan sólo quedaban algunos pocos paquetes. Puesto que ya estaba enfundado en el parcheado traje espacial, podía atravesar de nuevo el vacío y volver a hacer acopio de provisiones.

Llenó el traje con aire del tanque, cerró de nuevo su casco, y se zambulló otra vez en la luz y el frío glacial. Recorrió el corredor de la cubierta principal, y subió por los restos de una escalera hasta la cubierta de control, que ya no era más que un corredor techado en medio del espacio. La mayor parte de las paredes habían sido destruidas.

Con el sol a su derecha y las estrellas a su izquierda, Foyle pasó lanzado hacia popa, hacia la despensa. A la mitad del corredor atravesó el marco de una puerta que todavía se alzaba entre el techo y el suelo. La hoja de la puerta seguía colgando de las bisagras, entreabierta, una puerta a ninguna parte. Tras ella no había más que espacio y las tranquilas estrellas.

Cuando pasó al lado de la puerta, tuvo una rápida visión de sí mismo reflejado en los brillantes cromados de la hoja... Gully Foyle, una gigantesca criatura negra, barbuda, encostrada con sangre seca y suciedad, macilenta, con ojos enfermizos... y siempre seguida por un reguero de restos flotantes, los despojos disturbados por su movimiento que lo seguían a través del espacio como la cola de un cometa.

Foyle se introdujo en la despensa y comenzó a desvalijarla con la velocidad metódica de un hábito de cinco meses. La mayor parte de los artículos embotellados se habían congelado y estallado. La mayor parte de los artículos enlatados habían perdido sus recipientes, pues la hoja de lata se convierte rápidamente en polvo en el cero absoluto del espacio. Foyle hizo acopio de paquetes de raciones, concentrados, y un trozo de hielo del destruido tanque de agua. Lo echó todo en el interior de una gran olla de cobre, se dio la vuelta y salió a escape de la despensa, arrastrando la olla.

En la puerta a ninguna parte, Foyle se contempló de nuevo, reflejado en la hoja cromada enmarcada por las estrellas. Entonces detuvo su movimiento, asombrado. Contempló las estrellas tras la puerta, amigas familiares de cinco meses. Había un intruso entre ellas; un cometa, según parecía, con una cabeza invisible y una pequeña cola. Entonces Foyle se dio cuenta de que estaba contemplando una astronave, con

los cohetes de popa encendidos mientras aceleraba en una trayectoria hacia el Sol, con lo que pasaría a su lado.

—No —murmuró—. No, no.

Estaba sufriendo continuamente alucinaciones. Dio la vuelta para reemprender su camino de vuelta a su ataúd. Entonces miró de nuevo. Seguía viendo una astronave, con los cohetes de popa encendidos mientras aceleraba en una trayectoria hacia el Sol, con lo que pasaría a su lado. Discutió la ilusión con la Eternidad.

—Seis meses ya —dijo, con su idioma de los bajos fondos—. ¿Eso es todo? Escuchadme, sucios dioses. Os hago una apuesta, eso es todo. Miro de nuevo, queridos encantos. Si es una nave, soy vuestro, yo. Me poseéis. Pero si es un bromazo... Si no es una nave... Abro el traje aquí mismo y reviento mis tripas, yo. Las cosas ya están claras. Ahora decid una cosa simple: sí o no, esto es todo.

Miró por tercera vez. Por tercera vez vio una astronave, con los cohetes de popa encendidos mientras aceleraba en una trayectoria hacia el sol, con lo que pasaría a su lado.

Era el signo que esperaba. Creía. Estaba salvado.

Foyle se propulsó y salió disparado a lo largo del corredor de la cubierta de control hacia el puente. Pero al llegar a las escaleras se retuvo. No podía resistir por más de unos segundos sin rellenar su traje espacial. Lanzó una mirada suplicante a la astronave que se acercaba, y entonces se zambulló hacia el armario de herramientas y llenó de nuevo su traje.

Subió hasta el puente. A través del portillo de observación de estribor vio la astronave con los cohetes de popa aún encendidos, evidentemente efectuando una alteración importante de curso, pues estaba aproximándose muy lentamente. En un panel marcado con el letrero «BENGALAS», Foyle apretó el botón que indicaba «AUXILIO». Hubo una pausa de tres segundos que pasó sufriendo. Luego un brillo blanco lo cegó, mientras la señal de auxilio se encendía en tres destellos triples, nueve ruegos pidiendo ayuda. Foyle apretó el botón otras dos veces, y dos veces más se incendiaron en el espacio las bengalas, mientras los productos radioactivos incorporados en su combustión iniciaban un aullido estático que se registraría en la longitud de onda de cualquier receptor.

Los cohetes de la nave se apagaron. Había sido visto. Sería salvado. Había renacido. Se alegró.

Corrió de nuevo a su armario y rellenó otra vez el traje. Comenzó a llorar. Comenzó a recoger sus posesiones: un reloj sin cuadrante que conservaba en funcionamiento tan sólo para oír su tic-tac, una llave inglesa con una manecilla anamórfica que agarraba en los momentos en que se sentía solo, un cortahuevos con cuyos alambres tocaba tonadas primitivas... Los dejó caer en su excitación, los buscó en la oscuridad, y comenzó a reírse de sí mismo.

Llenó una vez más su traje con aire y regresó al puente. Apretó un botón de bengalas rotulado: «RESCATE». De las bodegas del Nomad surgió un pequeño sol que estalló y permaneció flotando, inundando kilómetros del espacio con una implacable luz blanca.

—Ven, cariñito, ven —arrulló Foyle—. Apresúrate, muchacho. Ven, majete, ven.

Como un torpedo fantasmal, la nave se deslizó hasta el anillo de luz más lejano, acercándose lentamente, estudiándole. Por un momento, el corazón de Foyle se constriñó; la nave se estaba comportando con tal cautela que temió que fuera un buque enemigo de los Satélites Exteriores. Entonces vio el famoso emblema rojo y azul en su costado, la marca del poderoso clan industrial de los Presteing; los Presteing de la Tierra, poderosos, munificentes, caritativos. Y supo que era un compañero, puesto que el Nomad también era de los Presteing. Supo que era un ángel del espacio que flotaba sobre él.

—Querido compañero —aulló—. Angelito, vuela a casa conmigo.

La nave llegó al costado de Foyle, con los portillos de su costado brillando con amistosa luz, y su nombre y número de registro claramente visibles en caracteres brillantes en el casco: Vorga-T: 1339. La nave estuvo a su lado por un momento, pasándole en un segundo, desapareciendo en un tercero.

El compañero lo había despreciado; el ángel lo había abandonado.

Foyle dejó de arrullar y de bailar. Se quedó mirando con desmayo. Saltó hacia el panel de las bengalas y apretó los botones a manotazos. Señales de auxilio, de aterrizaje, de despegue y de cuarentena estallaron surgiendo del casco del Nomad en una locura de luces blancas, rojas y verdes, pulsantes, impetrantes... y el Vorga-T: 1339 pasó silente e implacable, con los cohetes de popa brillando de nuevo mientras aceleraba en una trayectoria hacia el Sol.

Así que, en cinco segundos, nació, vivió y murió. Tras treinta años de existencia y seis meses de tortura, Gully Foyle, el estereotipo del Hombre Medio, dejó de serlo. Giró la llave en la cerradura de su alma y se abrió la puerta. Lo que emergió echó afuera al Hombre Medio para siempre.

—Pasas al lado —dijo, con una furia que crecía lentamente—. Me dejas para que me pudra como un perro. Me dejas para que muera, Vorga... Vorga-T: 1339. No, saldré de aquí, saldré. Te seguiré, Vorga. Te encontraré, Vorga. Me las pagarás. Haré que te pudras. Te mataré, Vorga. Te mataré lentamente. Yo.

El ácido de la furia corrió a través de su cuerpo, corroyendo la paciencia animal y la lentitud que había convertido a Gully Foyle en una cifra, precipitando una cadena de reacciones que harían de Gully Foyle una máquina infernal. Era un hombre dedicado a una causa:

—Vorga, te mataré lentamente. Yo.

Hizo lo que la cifra no podía haber hecho: se rescató a sí mismo.

Durante dos días recorrió el pecio en salidas de cinco minutos, y diseñó un arnés para sus hombros. Colocó un tanque de aire sobre el arnés y lo conectó al casco de su escafandra con un tubo improvisado. Recorría el espacio como una hormiga arrastrando un tronco, pero tenía la libertad de todo el Nomad durante todo el tiempo.

Pensó.

En el puente, aprendió por sí mismo a utilizar los contados instrumentos de navegación que no estaban destruidos, estudiando los manuales estándar que flotaban en la averiada sala de navegación. En los diez años de su servicio en el espacio no había soñado jamás con intentar tal cosa, a pesar de las promesas de promoción y mayor paga; pero ahora tenía al Vorga-T: 1339 como recompensa.

Tomó marcaciones. El Nomad estaba flotando en el espacio en la eclíptica, a unos quinientos millones de kilómetros del Sol. Ante él se extendían las constelaciones de Perseo, Andrómeda y Piscis. Colgando casi en primer plano se hallaba el polvoriento punto naranja que era Júpiter, que se veía distintamente como un disco planetario. Con alguna suerte podría establecer una trayectoria hacia Júpiter y ser rescatado.

Júpiter no era, ni lo sería nunca, habitable. Como los demás planetas situados más allá de las órbitas asteroidales, era una masa helada de metano y amoníaco; pero sus cuatro mayores satélites estaban repletos de ciudades y de poblaciones, ahora en guerra con los Planetas Interiores. Sería un prisionero de guerra, pero podría seguir con vida para ajustar cuentas con el Vorga-T: 1339.

Foyle inspeccionó la sala de máquinas del Nomad. Quedaba combustible de Alto-Empuje en los tanques, y uno de los cuatro cohetes de popa estaba todavía en buen uso. Encontró los manuales de la sala de máquinas y los estudió. Reparó la conexión entre los tanques de combustible y la única cámara de encendido del cohete. Los tanques estaban en el lado soleado del pecio y, por tanto, el calor que recibían los mantenía por encima del punto de congelación. El Alto-Empuje seguía siendo líquido, pero no fluiría: en caída libre no hay gravedad que empuje al combustible a bajar por los conductos.

Foyle estudió un manual espacial y aprendió algo acerca de la gravedad teórica. Si podía hacer que el Nomad girase sobre sí mismo, la fuerza centrífuga proporcionaría la suficiente gravedad a la nave como para que el combustible fluyese hasta la cámara de combustión del cohete. Si pudiera encender esa cámara de combustión, el empuje desigual del único cohete imprimiría un movimiento giratorio al Nomad.

Pero no podía disparar el cohete sin tener antes el giro; y no podía conseguir el giro sin antes disparar el cohete.

Logró imaginar una forma en la que salir de este círculo vicioso; estaba inspirado por el Vorga.

Foyle abrió la válvula de vaciado de la cámara de combustión del cohete y la

llenó trabajosamente con combustible llevado a mano. Había cebado la bomba. Ahora, si encendía el combustible, ardería el tiempo suficiente como para iniciar el giro y conseguir gravedad. Entonces comenzaría el flujo desde los tanques, y el cohete seguiría en marcha.

Probó con cerillas.

Las cerillas no arden en el vacío del espacio.

Probó con pedernal y acero.

Las chispas no brillan en el cero absoluto del espacio.

Pensó en filamentos al rojo.

No tenía energía eléctrica de ninguna clase a bordo del Nomad con la que poner un filamento al rojo.

Encontró textos y leyó. Aunque se desmayaba a menudo, y estaba cerca de un colapso completo, pensó y planeó. Estaba inspirado hasta la grandeza por el Vorga.

Foyle trajo hielo de los congelados tanques de la despensa, los fundió con su propio calor corporal, y añadió el agua a la cámara de combustión del cohete. El combustible y el agua no eran miscibles, no se mezclaron. El agua flotó en una delgada capa sobre el combustible.

Del almacén de productos químicos, Foyle trajo una astilla de sodio metálico puro. Introdujo la astilla a través de la válvula abierta. El sodio se incendió cuando tocó el agua y ardió, desprendiendo un gran calor. El calor prendió el Alto-Empuje, que ardió con una llamita en la válvula. Foyle cerró dicha válvula con una llave inglesa. La ignición se mantuvo en la cámara, y el solitario cohete de popa escupió llamas con una vibración silenciosa que estremeció la nave.

El asimétrico empuje del cohete hizo que el Nomad iniciara un lento giro. El impulso rotativo proporcionó una débil gravedad. Volvió el peso. Los restos flotantes que se arracimaban dentro del casco cayeron hacia las cubiertas, paredes y techos; la gravedad hizo que el combustible siguiera alimentando la cámara de combustión desde los tanques.

Foyle no perdió tiempo en gritar su alegría. Abandonó la sala de máquinas y corrió en una prisa desesperada para efectuar una observación final desde el puente. Ésta le diría si el Nomad llevaba una trayectoria que lo sumergiría locamente en el espacio sin retorno o bien un curso hacia Júpiter y el rescate.

La débil gravedad hacía que casi le resultara imposible arrastrar el tanque de aire. El repentino empujón de la aceleración desprendió masas de restos que volaron hacia atrás a través del Nomad. Mientras luchaba por subir las escaleras que llevaban al puente, los restos de éste llegaron flotando por el corredor y le golpearon. Fue atrapado por aquella avalancha en el espacio, empujado a todo lo largo del corredor vacío, y aplastado contra la pared de la despensa con un impacto que le hizo perder su último asidero a la consciencia. Se encontró sumergido por media tonelada de restos,

incapacitado, casi sin vida, pero aún deseando vengarse.

—¿Quién eres?

—¿De dónde vienes?

—¿Dónde estás?

—¿Adónde vas?

Dos

Entre Marte y Júpiter se extiende el amplio cinturón de los asteroides. De los millares de ellos, conocidos y desconocidos, el más distintivo en aquel Siglo Deforme era el Asteroide Sargazo, un pequeño planeta manufacturado con rocas naturales y restos recogidos por sus habitantes en el curso de doscientos años.

Eran salvajes, los únicos salvajes del siglo veinticuatro; descendientes de un grupo investigador compuesto por científicos que se habían perdido y habían quedado náufragos en el cinturón de asteroides dos siglos antes, cuando se había averiado su nave. Para cuando fueron redescubiertos sus descendientes, se habían fabricado un mundo y creado una cultura propia, y prefirieron permanecer en el espacio, recuperando y despojando, y practicando una bárbara imitación del método científico que recordaban de sus antepasados. Se llamaban a sí mismos el Pueblo Científico. El mundo se olvidó rápidamente de ellos.

La nave Nomad giró a través del espacio, en una trayectoria que no la llevaba ni hacia Júpiter ni hacia las lejanas estrellas, sino vagando a través del cinturón asteroidal en la lenta espiral de un animal moribundo. Pasó a un par de kilómetros del Asteroide Sargazo, y fue capturada inmediatamente por el Pueblo Científico para ser incorporada a su pequeño planeta. Hallaron a Foyle.

Se despertó una sola vez mientras estaba siendo llevado en triunfo sobre una litera a lo largo de los pasajes naturales y artificiales del interior del planeta caníbal. Estaban contruidos con metal meteórico, con piedras y con planchas de casco. Algunas de las planchas todavía llevaban nombres olvidados hacía tiempo por la historia de la navegación espacial: INDUS QUEEN, TIERRA; SYRTUS RAMBLER, MARTE; CIRCO DE TRES PISTAS, SATURNO. Los pasajes llevaban a grandes estancias, almacenes, apartamentos y casas, todo ello construido con naves rescatadas cementadas al asteroide.

En rápida sucesión, Foyle fue llevado a través de un antiguo lanchón de Ganímedes, un perforador de hielos de Lassell, la falúa de un capitán, un transporte de combustible del siglo XXII cuyos tanques de cristal todavía estaban repletos de humeante combustible para cohete. Dos siglos de salvamentos estaban reunidos en aquel panal: armerías, librerías, museos, almacenes de maquinaria, herramientas, bebidas, vituallas, productos químicos, productos sintéticos y sucedáneos.

Una multitud que rodeaba la litera aullaba triunfalmente.

—¡Excipiente! —gritaban. Un coro femenino inició un excitado balar:

Bromuro de amonio 1,5 g

Bromuro de potasio 3,00 g

Bromuro de sodio 2,00 g
Ácido cítrico Excipiente c.s.

—*¡Excipiente!* —gritó el Pueblo Científico—. *¡Excipiente!*

Foyle se desmayó.

Se despertó de nuevo. Lo habían sacado del traje espacial. Estaba en el invernadero del asteroide, en el que se cultivaban plantas para que produjeran oxígeno puro. El casco, de un centenar de metros de largo, de un viejo carguero de mineral formaba la estancia, y una de las paredes había sido sustituida totalmente por portillos salvados: portillos redondos, portillos cuadrados, romboides, hexagonales... portillos de toda época y tipo habían sido introducidos en la pared hasta que en toda su gran extensión no era sino una loca vidriera llena de luz.

El distante sol relucía a su través; el aire era caliente y húmedo. Foyle paseó la mirada a su alrededor. Una faz diabólica lo contemplaba. Las mejillas, la barbilla, la nariz y los párpados estaban horriblemente tatuados como una antigua máscara maorí. A lo ancho de su frente estaba tatuada la palabra *Jóseph*. La «o» de *Jóseph* tenía una pequeña flecha surgiendo de la parte superior derecha, convirtiéndola en el símbolo de Marte, usado por los científicos para designar el sexo masculino.

—Somos la Raza Científica —dijo *Jóseph*—. Yo soy *Jóseph*; éste es mi pueblo.

Señaló con un gesto. Foyle contempló la sonriente multitud que rodeaba su litera. Todos los rostros estaban convertidos en máscaras diabólicas por los tatuajes. Todas las frentes tenían nombres inscritos en ellas.

—¿Cuánto tiempo estuvo errante? —preguntó *Jóseph*.

—Vorga —murmuró Foyle.

—Es usted el primero que llega con vida en cincuenta años. Es usted un hombre muy poderoso. Mucho. La supervivencia del más apto es la doctrina del Sagrado Darwin. Muy científico.

—*¡Excipiente!* —aulló la multitud.

Jóseph tomó la muñeca de Foyle en la forma en que un doctor toma el pulso. Su diabólica boca contó solemnemente hasta noventa y ocho.

—Su pulso: noventa y ocho coma seis —dijo *Jóseph*, sacando un termómetro y agitándolo reverentemente—. Muy científico.

—*¡Excipiente!* —dijo el coro.

Jóseph tomó un Erlenmeyer. Tenía una etiqueta que decía: Pulmón, gato,

hematoxilina y eosina.

—¿Vitamina? —inquirió Józeph.

Cuando Foyle no le respondió, Józeph extrajo una enorme píldora del frasco, la colocó en la cazoleta de una pipa y la encendió. Dio una chupada e hizo un gesto. Tres muchachas aparecieron ante Foyle. Sus rostros estaban horriblemente tatuados. En cada frente había un nombre: Josan, Moira y Polly. La «o» de cada nombre tenía una pequeña crucecita en la base.

—Escoja —dijo Józeph—. El Pueblo Científico practica la Selección Natural. Sea científico en su elección. Sea genético.

Cuando Foyle se desmayó de nuevo, su brazo cayó de la litera y rozó a Moira.

—¡*Excipiente!*

Estaba en una habitación circular con un techo en forma de domo. La sala estaba llena de herrumbrosos aparatos antiguos: una centrífuga, una mesa de operaciones, un fluoroscopio destruido, autoclaves, cajas de instrumentos quirúrgicos corroídos.

Ataron a Foyle en la mesa de operaciones mientras se debatía y gritaba. Lo alimentaron. Lo afeitaron y lo bañaron. Dos hombres comenzaron a dar vueltas a la antigua centrífuga, a mano. Emitió un golpeteo rítmico similar al tamborileo de un tambor de guerra. Los reunidos comenzaron a patear y a cantar.

Encendieron la antigua autoclave. Hirvió y emitió géisers, llenando la sala con aullante vapor. Encendieron el antiguo fluoroscopio. Estaba cortocircuitado y escupió silbantes relámpagos de luz a lo largo de la humeante sala.

Una figura de tres metros se alzó sobre la mesa. Era Józeph sobre zancos. Llevaba un gorro de cirujano, una máscara de cirujano y una bata de cirujano que colgaba desde sus hombros hasta el suelo. La bata estaba recargada de bordados hechos con hilo negro y rojo que ilustraban secciones anatómicas del cuerpo. Józeph era un cárdeno tapiz surgido de un libro de cirugía.

—¡Te pronuncio Nomad! —entonó Józeph.

El rugido se hizo atronador. Józeph decantó una oxidada lata sobre el cuerpo de Foyle. Se notó un olor a éter.

Foyle perdió las briznas de conciencia y la oscuridad lo envolvió. De esta oscuridad surgió el Vorga-T: 1339 una y otra vez, acelerando en una trayectoria hacia el Sol que pasaba por la sangre y cerebro de Foyle hasta que no pudo evitar gritar en silencio, pidiendo venganza.

Estaba vagamente consciente de que lo lavaban y lo alimentaban, y de pateos y cánticos. Al fin se despertó a un intervalo de lucidez. Había silencio. Estaba en la cama. La muchacha, Moira, estaba en la cama con él.

—¿Quién es usted? —graznó Foyle.

—Tu esposa, Nomad.

—¿Qué?

—Tu esposa. Tú me escogiste, Nomad. Somos gametos.

—¿Qué?

—Apareados científicamente —dijo con orgullo Moira. Se alzó la manga del camisón y le enseñó el brazo. Estaba desfigurado por cuatro cicatrices de feo aspecto —. He sido inoculada con algo antiguo, algo nuevo, algo prestado y algo azul.

Foyle se esforzó por salir de la cama.

—¿Dónde estamos?

—En nuestra casa.

—¿Qué casa?

—La tuya. Eres uno de nosotros, Nomad. Tendrás que casarte cada mes y procrear muchos hijos. Esto será científico. Pero yo soy la primera.

Foyle la ignoró y comenzó una exploración. Estaba en el camarote principal de un pequeño cohete de principios de los años 2300... que en otro tiempo había sido un yate privado. El camarote principal había sido transformado en dormitorio.

Trastabilló hasta los portillos y miró a su través. El yate estaba unido a la masa del asteroide, conectado por pasajes al cuerpo principal. Fue a popa. Dos camarotes más pequeños estaban repletos de plantas productoras de oxígeno. La sala de máquinas había sido transformada en cocina. Aún había Alto-Empuje en los tanques de combustible, pero tan sólo alimentaba los quemadores de una pequeña cocina situada sobre las cámaras de combustión de los cohetes. Foyle fue hacia popa. La cabina de control era ahora un saloncito, pero los controles seguían operando.

Pensó.

Regresó a popa y dismanteló la cocina. Volvió a conectar los tanques de combustible a las cámaras de combustión originales. Moira lo seguía curiosa.

—¿Qué estás haciendo, Nomad?

—Tengo que salir de aquí, muchacha —murmuró Foyle—. Tengo un asunto pendiente, yo, con una nave llamada Vorga. ¿Me entiendes, muchacha? Voy a salir pitando con este bote, yo; eso es todo.

Moira retrocedió alarmada. Foyle vio la mirada de sus ojos y saltó hacia ella. Estaba tan débil que ella lo evitó con facilidad. Abrió la boca y lanzó un grito penetrante. En aquel momento, un tremendo clamor llenó la lancha; eran Jóseph y su demoníaco Pueblo Científico, golpeando el casco metálico, en el ritual de la cencerrada científica dedicada a los recién casados.

Moira chilló y fintó mientras Foyle la perseguía pacientemente. La atrapó en un rincón, le desgarró el camisón y la ató y la amordazó con él. Moira hacía el suficiente ruido como para partir en dos el asteroide, pero la cencerrada científica era aún más atronadora.

Foyle terminó la reparación chapucera de la sala de máquinas; ahora ya casi era

un experto. Asió a la muchacha, que se debatía, y la llevó hasta la compuerta principal.

—Parto —gritó en el oído de Moira—. Despego. Vuelo con el cohete lejos del asteroide. Será un infernal golpe, muchacha. Tal vez todos muráis, vosotros. Todo saltará en pedazos. Cualquiera sabe lo que va a pasar. Ya no habrá aire.

Ya no habrá asteroide. Ve a decírselo. Estoy calentando los motores. Ve, muchacha.

Abrió la compuerta, echó a Moira fuera, la cerró y la aseguró. La cencerrada finalizó repentinamente.

En los controles, Foyle apretó el botón de ignición. La sirena automática de despegue comenzó un alarido que no había sonado en décadas. Las cámaras de los cohetes se encendieron con apagadas concusiones. Foyle esperó a que la temperatura alcanzara el nivel de disparo. Mientras esperaba, sufría. La lancha estaba cementada al asteroide. Estaba rodeada por piedra y hierro. Sus cohetes de popa estaban al nivel del casco de otra nave unida a la masa. No sabía lo que pasaría cuando los cohetes iniciaran su empuje, pero el Vorga lo obligaba a arriesgarse.

Encendió los cohetes. Se oyó una explosión hueca cuando el Alto-Empuje surgió llameando de la popa de la nave. La lancha se estremeció, cabeceó, se calentó. Empezó a oírse un chirrido metálico. Luego la lancha raspó hacia adelante. El metal, la piedra y el cristal se despedazaron, y la nave escapó del asteroide hacia el espacio.

La Armada de los Planetas Interiores lo recogió a ciento cincuenta mil kilómetros de la órbita de Marte. Tras siete meses de guerra efectiva, las patrullas de los P.I. estaban alerta, pero eran temerarias. Cuando la lancha no contestó ni dio señales de reconocimiento, debería haber sido destruida y las preguntas hechas luego a los restos. Pero la lancha era pequeña, y la tripulación del crucero ambicionaba el dinero de la presa. Se acercaron y la abordaron.

Encontraron a Foyle dentro, arrastrándose como un gusano sin cabeza por entre un montón de desperdicios de la nave y del mobiliario hogareño. Estaba sangrando de nuevo, hinchado por una gangrena maloliente, y un lado de su cabeza estaba en carne viva. Lo llevaron a la enfermería del crucero y cerraron cuidadosamente con cortinas su tanque: Foyle no era una visión agradable ni siquiera para los duros estómagos de la marinería espacial.

Parchearon sus restos dentro del tanque amniótico mientras completaban su turno de vigilancia. Cuando regresaron a la Tierra, Foyle recobró el conocimiento y burbujeó palabras que comenzaban con V. Sabía que estaba salvado. Sabía que sólo el tiempo se alzaba entre él y su venganza. El enfermero de la nave lo oyó exultar en su tanque y apartó las cortinas. Los ojos peliculados de Foyle miraron hacia arriba. El enfermero no pudo contener su curiosidad.

—¿Me escucha? —murmuró.

Foyle gruñó. El enfermero se inclinó más.

—¿Qué pasó? ¿Quién demonios le hizo eso?

—¿Qué? —graznó Foyle.

—¿No lo sabe?

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Espere un minuto, eso es todo.

El enfermero desapareció cuando jaunteó a un almacén, y reapareció al lado del tanque cinco segundos más tarde. Foyle se alzó saliendo del fluido. Sus ojos ardían.

—Me vuelve la memoria. Parte de ella. Jauntear. Yo no podía jauntear en el Nomad.

—¿Qué?

—Tenía la cabeza loca.

—Muchacho, no te quedó cabeza.

—No podía jauntear. Olvidé cómo hacerlo. Lo olvidé todo. Todavía no puedo recordar demasiado. Yo...

Retrocedió aterrorizado cuando el enfermero le presentó la imagen de una terrible cara tatuada frente a él. Era una máscara maorí. Las mejillas, la barbilla, la nariz y los párpados estaban decorados con bandas y fiorituras. A lo ancho de la frente se extendía la palabra Nomad. Foyle miró, y entonces emitió un alarido agónico. La imagen estaba en un espejo. El rostro era el suyo.

Tres

—¡Bravo, señor Harris! L-E-S, señores. Nunca lo olviden. Localización. Elevación. Situación. Ésa es la única manera de recordar sus coordenadas de jaunteo. *Être entre le marteau et l'enclume*. Francés. No jauntee aún, señor Peters. Aguarde su turno. Sea paciente, todos serán clase C uno por uno. ¿Alguien ha visto al señor Foyle? Ha desaparecido. Oh, miren a ese glorioso trasto marrón. Escúchenlo. Oh, perdón, estoy emitiendo pensamientos por toda el área... ¿o he estado hablando, caballeros?

—Mitad y mitad, señora.

—Me parece injusto. La telepatía en un solo sentido es un estorbo. Les ruego me disculpen por ametrillarles con mis pensamientos.

—Nos gusta, señora. Sus pensamientos son agradables.

—Muy amable, señor Gorgas. Está bien, estudiantes; volvamos hacia la escuela y empecemos de nuevo. ¿Ha jaunteado ya el señor Foyle? Siempre lo pierdo de vista.

Robin Wednesbury estaba dirigiendo su clase de reeducación en jaunteo en su periplo a través de la ciudad de New York, y era un aprendizaje tan excitante para los casos cerebrales como lo era para los niños de su clase primaria. Trataba a los adultos como a niños y eso les complacía. Durante los últimos meses habían estado memorizando las plataformas de jaunteo en las intersecciones de las calles, cantando: «L-E-S, señora. Localización. Elevación. Situación».

Robin era una alta y bella muchacha negra, brillante y educada, pero coartada por el hecho de ser una telemisora, un telépata en un solo sentido. Podía emitir sus pensamientos a todo el mundo, pero no podía recibir ninguno. Ésta era una desventaja que le cerraba el paso a otras profesiones más atractivas, pero que le servía para enseñar. A pesar de su temperamento volátil, Robin Wednesbury era una perfecta y metódica instructora de jaunteo.

Los hombres fueron llevados del Hospital General de Guerra a la escuela de jaunteo, que ocupaba un edificio completo en el Hudson Bridge, en la calle 42. Partieron de la escuela y marcharon formando un cocodrilo perezoso hasta la vasta plataforma de jaunteo de Times Square, que memorizaron seriamente. Entonces jauntearon todos hasta la escuela y otra vez a Times Square. El cocodrilo se formó otra vez y marcharon hasta Columbus Circle y memorizaron sus coordenadas. Entonces jauntearon hacia la escuela a través de Times Square y volvieron por la misma ruta a Columbus Circle. Una vez más se formó el cocodrilo y caminaron hasta la Grand Army Plaza para repetir la memorización y el jaunteo.

Robin estaba reeducando a los pacientes (todos habían perdido el poder de jauntear debido a lesiones en la cabeza) para que aprendieran las paradas exprés, por decirlo así, de las plataformas de jaunteo públicas. Más tarde memorizarían las paradas locales en las intersecciones de las calles. Mientras se expandían sus

horizontes (y retornaban sus poderes) memorizarían estaciones de jaunteo en círculos cada vez más amplios, limitados tanto por sus presupuestos como por su habilidad; pues una cosa era cierta: uno tenía necesariamente que ver un lugar para memorizarlo, lo que quería decir que uno tenía primero que pagar el transporte que lo llevase allí. Ni siquiera servían las fotos tridimensionales. Los viajes de placer habían tomado un nuevo significado para los ricos.

—Localización. Elevación. Situación —enseñaba Robin Wednesbury, y la clase jaunteaba por estaciones exprés desde Washington Heights hasta el Puente del Hudson, y de regreso en saltos de entrenamiento de medio kilómetro cada uno, siguiendo atentamente a su adorable profesora negra.

El pequeño sargento especialista con el cráneo de platino habló de pronto en el idioma de los bajos fondos:

—Pero no es elevación, compañera. Estamos en el suelo, nosotros.

—No hay, sargento Logan. No hay estaría mejor dicho. Les ruego que me perdonen. El enseñar se convierte en un hábito y hoy estoy teniendo problemas con el control de mis pensamientos. Las noticias de la guerra han sido tan malas... Usaremos la Elevación cuando comencemos a estudiar las estaciones en lo alto de los rascacielos, sargento Logan.

El hombre con el cráneo reconstruido digirió esto, y luego preguntó:

—La oímos cuando piensa, ¿es cierto, usted?

—Exactamente.

—¿Pero usted no nos oye a nosotros?

—Nunca. Soy telépata en un solo sentido.

—¿Todos la oímos, o yo solo, eso es todo?

—Eso depende, sargento Logan. Cuando me estoy concentrando, tan sólo aquel en quien estoy pensando; cuando divago, todos y cualquiera... pobrecillos. Excúseme

—Robin se giró y llamó—: No dude antes de saltar. Primero Harris. Eso hace empezar a dudar, y el dudar termina con el jaunteo. Tan sólo dé un paso al frente y salga disparado.

—A veces me preocupa, señora —contestó un sargento primero con la cabeza vendada. Obviamente, está remoloneando en el borde de la plataforma de jaunteo.

—¿Le preocupa? ¿El qué?

—Quizás haya alguien en el sitio al que yo llegue. Entonces habría un verdadero infierno de explosión, señora. Perdóneme.

—Pero si ya se lo he explicado más de cien veces. Los expertos han calculado cada una de las plataformas de jaunteo del mundo para que puedan acomodar el tráfico de las horas punta. Es por esto por lo que las privadas son pequeñas, mientras que la estación de Times Square tiene doscientos metros de ancho. Todo esto ha sido estudiado matemáticamente y no hay más que una posibilidad entre diez millones de

una llegada simultánea. Ésa es una posibilidad inferior a la que tiene cualquiera de morir en un accidente de avión.

El vendado subalterno agitó dubitativamente la cabeza y subió a la plataforma. Era de cemento blanco, redonda y decorada con brillantes dibujos blancos y negros que servían como ayuda para la memoria. En el centro había una placa iluminada que proclamaba su nombre y las coordenadas jáunticas de latitud, longitud y elevación.

En el momento en que el hombre vendado estaba acopiando coraje para su primer jaunteo, la plataforma comenzó a parpadear con un repentino aluvión de llegadas y partidas. Las figuras aparecían momentáneamente mientras llegaban jaunteando, dudaban mientras comprobaban los alrededores y escogían nuevas coordenadas, tras lo cual desaparecían de nuevo al irse jaunteando. A cada desaparición se oía un débil «pop» mientras el aire desplazado se precipitaba al espacio previamente ocupado por el cuerpo.

—Esperen —advirtió Robin—. Hay una acumulación de tráfico. Salgan todos de la plataforma, por favor.

Trabajadores ataviados con pesadas ropas de trabajo, todavía salpicadas de nieve, se dirigían hacia el sur a sus hogares tras una jornada en los bosques del norte. Cincuenta empleados de una lechería, vestidos de blanco, se dirigían hacia St. Louis. Seguían la mañana desde la zona de tiempo del Este a la zona del Pacífico. Y de la Groenlandia oriental, donde ya era el mediodía, llegaba una horda de oficinistas hasta New York, pues era su hora de comida.

La acumulación duró tan sólo unos momentos.

—De acuerdo —dijo Robin—. Continuaremos. Vaya, ¿dónde está el señor Foyle? Siempre parece faltar.

—Con una cara como la que tiene, no puede acusarle por esconderla, señora. Allá en el hospital cerebral le llamábamos Mascarón.

—¿Verdad que se le ve horroroso, sargento Logan? ¿No pueden quitarle esas señales?

—Están tratando, señorita Robin, pero aún no saben cómo hacerlo. Se llaman «tatuajes» y hace tiempo que fueron olvidados, eso es todo.

—¿Y cómo adquirió el señor Foyle su rostro?

—Nadie lo sabe, señorita Robin. Está allá en cerebral porque perdió la cabeza, él. No puede recordar nada. Yo, en persona, si tuviera una cara como ésa tampoco querría recordar nada.

—Es una pena. Se le ve horrible. Sargento Logan, ¿supone acaso que pueda haber dejado escapar un pensamiento acerca del señor Foyle y herido sus sentimientos?

El pequeño hombre con el cráneo de platino consideró el asunto.

—No, señora. No podría herir los sentimientos de nadie, usted. Y Foyle no tiene nada que herir, él. Es tan sólo un gran buey tonto, eso es todo.

—Tengo que ser tan cuidadosa, sargento Logan. ¿Sabe?, a nadie le gusta saber lo que otra persona piensa verdaderamente de él. Imaginamos que lo sabemos, pero no lo sabemos. Esta telemisión mía hace que me aborrezcan. Y que me dejen sola. Yo... por favor, no me escuchen. Tengo dificultades en controlar mi pensamiento. ¡Ah! Aquí está usted, señor Foyle. ¿Por dónde ha estado escondido?

Foyle había jaunteado a la plataforma y bajó de ella silenciosamente, evitando mostrar su horrible rostro.

—Practicando, yo —murmuró.

Robin reprimió el estremecimiento de revulsión que la recorrió y se le acercó con cordialidad. Lo tomó por el brazo.

—Debería estar con nosotros más tiempo. Somos todos amigos y lo estamos pasando muy bien. Únase a nosotros.

Foyle no quiso encontrar su mirada. Mientras retiraba hoscamente el brazo, Robin se dio cuenta repentinamente de que la manga estaba empapada. Todo su uniforme del hospital estaba empapado.

—¿Mojado? Ha estado en alguna parte en que llovía. Pero he visto los informes del tiempo de esta mañana. No hay lluvia al este de St. Louis. Así que tiene que haber jaunteado más allá. Pero se supone que no puede. Se supone que ha perdido toda la memoria y la habilidad de jauntear. Nos está engañando.

Foyle saltó sobre ella.

—¡Cállese, usted! —la salvaje expresión de su rostro era aterradoradora.

—Entonces, nos está engañando.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que es usted tonto. Deje de hacer una escena.

—¿La oyeron?

—No lo sé. Déjeme —Robin se apartó de Foyle—. De acuerdo, ya hemos terminado por hoy. Todos de vuelta a la escuela para ir a coger el autobús del hospital. Usted jauntea el primero, sargento Logan. Recuerde: L-E-S. Localización. Elevación. Situación...

—¿Qué es lo que quiere? —gruñó Foyle—. ¿Hacerme chantaje?

—Cállese. Deje de hacer una escena. No lo dude ahora. Subalterno Harris. Dé un paso y jauntee.

—Quiero hablar con usted.

—Naturalmente que no. Espere su turno, señor Peters. No tenga tanta prisa.

—¿Va a dar parte de mí al hospital?

—Naturalmente.

—Quiero hablar con usted.

—No.

—Ya se han ido ahora, todos. Tenemos tiempo. La veré en su apartamento.

—¿Mi apartamento? —Robin estaba verdaderamente asustada.

—En Green Bay, Wisconsin.

—Esto es absurdo. No tengo nada que discutir con este...

—Tiene mucho, señorita Robin. Tiene una familia que discutir.

Foyle sonrió ante el terror que ella irradiaba.

—La veré en su apartamento —repitió.

—No puede saber dónde está —tartamudeó.

—Se lo acabo de decir, ¿no es así?

—U... usted no puede de ninguna manera jauntar tan lejos. Usted...

—¿No? —La máscara sonrió—. Usted misma acaba de decir que los estaba engañando. Usted dijo la verdad, usted. Tenemos media hora. La veré allí.

El apartamento de Robin Wednesbury estaba situado en un tremendo edificio solitario situado junto a la orilla de Green Bay. La casa de apartamentos se veía como si un mago la hubiese tomado del área residencial de una ciudad y abandonado en medio de los pinos de Wisconsin. Los edificios como éste eran lo común en un mundo que jaunteaba. Con instalaciones de energía autosuficientes para proporcionar el calor y la luz, y el jaunteo para resolver el problema del transporte, las viviendas, individuales o múltiples, eran construidas en el desierto, en los bosques y en las montañas.

El apartamento en sí mismo era un piso de cuatro habitaciones, bien aislado para proteger a los vecinos de las telemisiones de Robin. Estaba abarrotado de libros, música, pinturas y grabados... todo ello evidencia de la culta y solitaria vida de esta desafortunada telépata en el sentido equivocado.

Robin jaunteó al cuarto de estar del departamento algunos segundos después de Foyle, que la estaba esperando con feroz impaciencia.

—Así que ahora ya lo sabe seguro —comenzó sin preámbulos. Le asió un brazo en forma dolorosa—. Pero no va a contar a nadie del hospital acerca de mí, señorita Robin. A nadie.

—¡Déjeme ir! —Robin le golpeó en el rostro—. ¡Bestia! ¡Salvaje! ¡No se atreva a tocarme!

Foyle la soltó y dio un paso atrás. El impacto de su revulsión lo hizo volverse, enfadado, para ocultar su rostro.

—Así que ha estado engañándonos. Sabe cómo jauntar. Ha estado jaunteando todo el tiempo mientras pretendía aprenderlo en la clase para principiantes... Dando grandes saltos por el país, o por el mundo, yo qué sé.

—Sí. Voy desde Times Square al Columbus Circus pasando por... por casi todas partes, señorita Robin.

—Y es por eso por lo que siempre lo echamos en falta. Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere hacer?

La expresión de astucia de un poseído apareció en la horrible faz.

—Estoy metido en el Hospital General, yo. Es mi base de operaciones, ¿comprende? Estoy arreglando algo, señorita Robin. Tengo una deuda que pagar, yo. Tengo que encontrar dónde está cierta nave. Ahora tengo que pagar una deuda. Yo no te dejaré pudrir, Vorga. Yo te mataré, Vorga. ¡Te mataré lentamente!

Dejó de gritar y la contempló con salvaje triunfo. Robin retrocedió alarmada.

—Por la gracia de Dios, ¿de qué está hablando?

—Vorga. Vorga-T: 1339. ¿Oyó alguna vez hablar de ella, señorita Robin? Hallé de dónde era por el registro de naves de Bo'nes & Uig. Bo'nes & Uig están en SanFran. Fui allí, yo, cuando usted nos estaba enseñando las plataformas de jaunteo del centro. Fui a SanFran, yo. Encontré al Vorga, yo. Está en el dique de Vancouver. Es propiedad de Presteign de los Presteign. ¿Ha oído hablar de él, señorita Robin? Presteign es el hombre más grande de la Tierra, eso es todo. Pero no me detendré. Mataré a Vorga lentamente. Y usted tampoco me detendrá, señorita Robin.

Foyle aproximó su rostro al de ella.

—Porque me cubro, señorita Robin. Cubro todos los puntos débiles de la línea. Tengo algo contra cada uno de los que pueden detenerme antes de que mate a Vorga... incluyéndola a usted, señorita Robin.

—No.

—Sí. Encontré dónde vivía. Lo saben en el hospital. Vine aquí y di una ojeada. Leí su diario, señorita Robin. Tiene una familia en Calisto, madre y dos hermanas.

—¡Por Dios!

—Así que eso la convierte en una ciudadana de un beligerante enemigo. Cuando comenzó la guerra, usted y todos los demás tuvieron un mes para salir de los Planetas Interiores e irse a casa. Los que no lo hicieron se convirtieron en espías, según la ley —Foyle abrió la mano—. La tengo aquí, muchacha —cerró la mano.

—Mi madre y mis hermanas han estado tratando de salir de Calisto desde hace un año y medio. Somos de aquí. Nosotras...

—La tengo aquí —repitió Foyle—. ¿Sabe lo que les hacen a los espías? Les sacan informaciones. La despedazarían, señorita Robin. La desmontarían pieza a pieza...

La muchacha negra aulló. Foyle asintió sonriente y la asió por los hombros.

—La tengo; eso es todo, muchacha. Ni siquiera puede escapar de mí, porque todo lo que tengo que hacer es informar a Inteligencia y, ¿qué le pasaría? No hay nada que nadie pueda hacer para detenerme; ni siquiera en el hospital, ni aún el mismo Sagrado y Poderoso Señor Presteign de los Presteign.

—Salga, sucia, horrorosa... cosa, ¡Salga!

—¿No le gusta mi cara, señorita Robin? Tampoco puede hacer nada contra eso.

Repentinamente la tomó en sus brazos y la llevó a un sofá. La arrojó contra él.

—Nada —repitió.

Dedicado al principio del derroche conspicuo en el que se basa toda la sociedad, Presteign de los Presteign había equipado su mansión victoriana en el Central Park con elevadores, teléfonos, montaplatos y todos los otros aparatos que hacen fácil el trabajo que el jaunteo había hecho pasar de moda. Los sirvientes de aquel gigantesco castillo caminaban obligatoriamente de habitación en habitación, abriendo y cerrando las puertas y subiendo las escaleras.

Presteign de los Presteign se levantó, se vistió con la asistencia de su ayuda de cámara, y su barbero lo acicaló; descendió al salón de las mañanas con la ayuda de un ascensor y desayunó, asistido por un mayordomo, un lacayo y camareras. Abandonó el salón de las mañanas y entró en su estudio. En una época en la que los sistemas de comunicación estaban prácticamente extintos, cuando era mucho más fácil el jauntear directamente a la oficina de un hombre para una discusión que el telefonar o el telegrafiar, Presteign todavía mantenía una anticuada centralita telefónica, con su operadora, en su estudio.

—Póngame con Dagenham —dijo.

La operadora se atareó y al final logró línea con la Dagenham Couriers, Inc. Ésta era una organización, valorada en un centenar de millones de créditos, de empleados jaunteadores que se garantizaba que realizaban cualquier servicio, público o confidencial, para cualquier cliente. Su tarifa era un crédito por kilómetro. Dagenham garantizaba el que uno de sus correos podía dar la vuelta al mundo en ochenta minutos.

Ochenta segundos después de la llamada de Presteign un correo de Dagenham apareció en la plataforma privada de jaunteo situada fuera de la mansión, y fue identificado y admitido a través del laberinto a prueba de jaunteos situado tras la entrada. Como cada uno de los miembros de la plantilla de Dagenham, era un jaunteador de clase M, capaz de teleportarse un millar de kilómetros por salto, indefinidamente, y familiarizado con millares de coordenadas de jaunteo. Era, además, un especialista en trapacerías y marrullerías, entrenado hasta lograr la incisiva eficiencia y arrojo que caracterizaba a los Correos de Dagenham y que reflejaba la falta de escrúpulos de su fundador.

—¿Presteign? —dijo, sin perder tiempo en protocolos.

—Quiero alquilar a Dagenham.

—Estoy dispuesto, Presteign.

—No a usted. Quiero a Saúl Dagenham en persona.

—El señor Dagenham ya no presta servicios personales por menos de 100.000 créditos.

—El total será cinco veces superior.

—¿Honorarios o porcentaje?

—Ambos. Un cuarto de millón de honorarios, y un cuarto de millón garantizado como adelanto del diez por ciento de la cantidad total arriesgada.

—Aceptado. ¿El asunto?

—Piros.

—Deletréelo.

—¿No significa nada ese nombre para usted?

—No.

—Bien. Dagenham sabrá de qué hablo. Piros. P mayúscula, I, R, O, S. Dígale a Dagenham que hemos localizado el Piros. Lo contrato para conseguirlo... a cualquier costo... a través de un hombre llamado Foyle. Gulliver Foyle.

El correo sacó una pequeña perla plateada, una unidad de memoria, repitió ante ella las instrucciones de Presteign y partió sin más palabras. Presteign se volvió hacia su telefonista.

—Póngame con Regis Sheffield —ordenó.

Diez minutos más tarde le habían comunicado con la oficina del abogado Regis Sheffield, y un joven pasante apareció en la plataforma de jaunteo particular de Presteign, y fue revisado y admitido a través del laberinto. Era un joven despierto de rostro brillante y con la expresión de un conejo alegre.

—Perdone el retraso, Presteign —dijo—. Recibimos su llamada en Chicago, y soy tan sólo un clase D de quinientos kilómetros. Me llevó un tiempo llegar hasta aquí.

—¿Lleva su jefe un caso en Chicago?

—En Chicago, New York y Washington. Ha estado jaunteando de juzgado en juzgado toda la mañana. Lo suplimos cuando está en otra corte.

—Deseo contratarlo.

—Nos honra, Presteign, pero el señor Sheffield está realmente ocupado.

—No lo bastante para Piros.

—Lo siento, señor; pero no acabo de...

—No, usted no lo comprende, pero Sheffield lo entenderá. Dígale tan sólo: Piros, y el montante de sus honorarios.

—¿Qué serán...?

—Un cuarto de millón de entrada y un cuarto de millón garantizado contra el diez por ciento de la cantidad total arriesgada.

—¿Qué es lo que se espera del señor Sheffield?

—El preparar todos los trucos legales conocidos para raptar a un hombre y retenerlo contra el ejército, la marina y la policía.

—Bien. ¿Quién será el hombre?

—Gulliver Foyle.

El pasante murmuró rápidas notas en una perla memorizadora, se la colocó en el

oído, escuchó, asintió y partió. Presteign abandonó el estudio y ascendió por las lujosas escaleras hasta el aposento de su hija para ofrecerle su saludo matutino.

En las casas de los ricos, las habitaciones de los miembros femeninos de la familia eran ciegas, sin ventanas o puertas, abiertas tan sólo al jaunteo de los miembros íntimos de la familia. Así se mantenía la moralidad y se defendía la castidad. Pero como Olivia Presteign era a su vez realmente ciega, ella no podía jauntar. Consecuentemente, a su estancia se entraba por puertas cuidadosamente vigiladas por sirvientes de confianza ataviados con los colores del clan de los Presteign.

Olivia Presteign era maravillosamente albina. Su cabello era seda blanca, su piel blanco satén, sus uñas, sus labios y sus ojos eran de coral. Era bella y extrañamente ciega, pues podía ver tan sólo los infrarrojos, de las bandas de los 7500 angstroms a un milímetro. Veía las ondas caloríferas, los campos magnéticos, las ondas radiales, el radar, el sonar y los campos electromagnéticos.

Se acababa de levantar y se hallaba en el vestidor de sus aposentos. Se sentaba en un sillón cubierto de brocados, sorbiendo té, guardada por su dueña, celebrando su audiencia y hablando con una docena de hombres y mujeres que estaban en pie a su alrededor. Parecía una exquisita estatua de mármol y coral, brillándole los ojos mientras veía y al mismo tiempo no lo hacía.

Veía la habitación como un flujo pulsante de emanaciones caloríferas que iban desde calientes brillos a frías sombras. Veía las cegadoras tramas magnéticas de los relojes, teléfonos, luces y cerraduras. Veía y reconocía a la gente por las configuraciones características del calor radiado por sus rostros y cuerpos. Veía, alrededor de cada cabeza, un aura de la débil emanación electromagnética del cerebro y, chisporroteando a través de la radiación calorífica de cada cuerpo, la siempre cambiante tonalidad de los músculos y nervios.

A Presteign no le importaban los artistas, músicos y otros bohemios que Olivia mantenía a su alrededor, pero le agradó ver a un puñado de figuras de la alta sociedad aquella mañana. Había un Sears-Roebuck, un Gillet, el joven Sidney Kodak que un día sería el Kodak de Kodak, un Houbigant, el Buick de Buick y R. H. Macy XVI, cabeza del poderoso clan Saks-Giinbel.

Presteign saludó a su hija y salió de casa. Partió hacia el cuartel general de su clan, en el 99 de Wall Street, en una carroza tirada por cuatro caballos y conducida por un cochero asistido por un palafrenero, ambos usando la marca registrada de Presteign en rojo, negro y azul. La negra «P» en un campo de escarlata y cobalto era una de las marcas registradas más antiguas y distinguidas en el registro social, rivalizando con el «57» del clan Heinz y la «RR» de la dinastía Rolls-Royce en antigüedad.

El cabeza del clan Presteign era ya familiar a los jaunteadores neoyorkinos. De

cabellos gris acero, elegante, arrogante, impecablemente vestido y cuidadoso en un estilo tradicional, Presteign de Presteign era el epítome de los elegidos sociales, pues estaba en una posición tan exaltada que usaba cocheros, palafreneros, mozos de cuadra, herreros y caballos para realizar una función que los hombres ordinarios resolvían jaunteando.

A medida que los hombres subían por la escala de la sociedad, demostraban su posición por su negativa a jauntar. Los recién adoptados por un clan comercial viajaban en una costosa bicicleta. Un miembro del clan en alza conducía un coche deportivo. El jefe de un linaje era transportado en una antigualla conducida por un chófer, reliquia de los viejos tiempos, tal como un Bentley, o un Cadillac, o un enorme Lagonda. Un heredero que se encontrase en línea directa de sucesión en la jefatura de un clan mantenía un yate o un avión. Y Presteign de Presteign, cabeza del clan Presteign, poseía carrozas, coches, yates, aviones y trenes. Su posición en la sociedad era tan excepcional que no había jaunteado en los últimos cuarenta años. Secretamente despreciaba a los bulliciosos nuevos ricos tales como los Dagenhams y los Sheffields, que aún jaunteaban sin avergonzarse por ello.

Presteign entró en la fortaleza, en la que tan sólo se abrían aspilleras, que era el Castillo Presteign. Estaba guardado y servido por su famosa Guardia Jaunteadora, uniformada con los colores del clan. Presteign caminó con el pausado paso de un rey mientras entraba al son de trompetas en su oficina. En realidad era más grande que un rey, como un inoportuno empleado gubernamental que esperaba audiencia descubrió para su desmayo. El desafortunado hombre se adelantó de la suplicante masa de peticionarios cuando pasó Presteign.

—Señor Presteign —comenzó—. Soy del Departamento de Impuestos, y tengo que verle esta mañana...

Presteign lo cortó con una gélida mirada.

—Hay millares de Presteign —declamó—. A todos ellos se les da el título de Señor. Pero yo soy Presteign de Presteign, jefe de la casa y tribu, primero en la familia y líder del clan. Se me llama Presteign. No «señor» Presteign. Presteign tan sólo.

Se giró y entró en su oficina, en donde sus ayudantes lo saludaron a coro:

—Buenos días, Presteign.

Presteign saludó con la cabeza, sonrió su sonrisa de basilisco, y se sentó en el trono tras su escritorio, mientras la Guardia Jaunteadora hacía sonar trompetas y atabales. Presteign hizo una señal para que se iniciase la audiencia, mientras el Maestresala se adelantaba con un pergamino. Presteign desdeñaba las perlas memorizadoras y todos los artefactos mecánicos de oficina.

—Informe sobre las empresas del clan Presteign —entonó el Maestresala—. Acciones ordinarias: alza —201 1/2, baja —201 1/4. Medias de Nueva York, París,

Ceilán, Tokio...

Presteign agitó irritadamente su mano. El Maestresala se retiró, siendo sustituido por el Ujier Mayor.

—Otro señor Presto que ha de ser investido, Presteign.

Presteign contuvo su impaciencia y pasó por toda la tediosa ceremonia de aceptar el juramento del cuatrocientos noventa y sieteavo señor Presto de la jerarquía de los Prestos del clan Presteign, que dirigían las tiendas de la división de venta al público de Presteign. Hasta hacía poco, aquel hombre había tenido un rostro y un cuerpo que le eran propios. Ahora, tras años de cuidadosas pruebas e indoctrinación, había sido elegido para unirse a los Prestos.

Tras seis meses de cirugía y psico-condicionamiento, era idéntico a los otros cuatrocientos noventa y seis señores Presto y al retrato idealizado del señor Presto que colgaba tras el estrado de Presteign... un bondadoso y honesto hombre que se asemejaba a Abraham Lincoln, un hombre que instantáneamente inspiraba afecto y confianza. En todo el mundo, los compradores entraban en idénticas tiendas Presteign y eran saludados por un director idéntico: el señor Presto; que era imitado, pero no igualado, por el señor Kwik del clan Kodak, y el Tío Monty de Montgomery Ward.

Cuando se hubo completado la ceremonia, Presteign se alzó abruptamente para indicar que la investidura oficial había terminado. Se vació la oficina, quedando tan sólo los empleados de mayor jerarquía. Presteign caminó arriba y abajo, reprimiendo su impaciencia. Nunca juraba, pero su contención era más aterradora que una retahíla de exabruptos.

—Foyle —dijo con una voz sofocada—. Un vulgar marino. Basura. Heces. Residuos de cloaca. Ese hombre se alza entre mí...

—Por favor, Presteign —interrumpió tímidamente el Ujier Mayor—. Son las once hora del Este, las ocho hora del Pacífico.

—¿Y qué?

—Por favor, Presteign, ¿me permite recordarle que hay una ceremonia de botadura a las nueve hora del Pacífico? Tiene usted que presidirla en los astilleros de Vancouver.

—¿Botadura?

—De nuestro nuevo carguero, el Princesa de Presteign. Llevará cierto tiempo el establecer un contacto tridimensional con el astillero, así que será mejor...

—Iré en persona.

—¡En persona! —El Ujier Mayor casi se desmayó—. Pero no podemos volar hasta Vancouver en una hora, Presteign. No...

—Jauntearé —cortó Presteign de Presteign. Tal era su agitación.

Su anonadado equipo realizó apresurados preparativos. Partieron jaunteando mensajeros para avisar a las oficinas de Presteign de todo el país, y las plataformas de

jaunteo privadas fueron dejadas vacías. Presteign fue guiado hasta la plataforma de su oficina de Nueva York. Era una plataforma circular en una habitación tapizada de negro sin ventanas: condición necesaria para evitar que personas no autorizadas descubriesen y memorizaran las coordenadas. Por la misma razón, todas las casas y oficinas tenían ventanas transparentes en un solo sentido y laberintos destinados a confundir tras las puertas.

Para jauntar era necesario (entre otras cosas) que la persona supiese exactamente dónde estaba y a dónde iba... de lo contrario tenía pocas esperanzas de llegar a cualquier lugar con vida. Era tan imposible jauntar de un punto de partida no determinado como lo era el llegar a un destino desconocido. Como cuando se dispara una pistola, uno tenía que saber a dónde apuntar y por dónde coger la pistola. Pero una mirada a través de una ventana o puerta podía ser suficiente para permitir que una persona memorizase las coordenadas L-E-S de un lugar.

Presteign subió a la plataforma, visualizó las coordenadas de su destino en la oficina de Filadelfia, viendo claramente la imagen y la posición. Se relajó y puso toda su energía en un concentrado acto de volición y fe hacia su destino. Jaunteó. Hubo un momento de náusea en el que sus ojos se desenfocaron. La plataforma de Nueva York desapareció y apareció la de Filadelfia. Notó una sensación de caer y luego de subir. Llegó. El Ujier Mayor y otros miembros de su equipo llegaron un respetuoso momento más tarde.

Así, en jaunteos de cien o doscientos kilómetros cada uno.

Presteign cruzó el continente y llegó a los astilleros de Vancouver exactamente a las nueve de la mañana hora del Pacífico. Había abandonado Nueva York a las once, había ganado dos horas de luz solar. Esto era corriente en un mundo que jaunteaba.

Los kilómetros cuadrados de concreto no vallado (¿qué valla detendría a un jaunteador?) que constituían el astillero semejaban una blanca mesa cubierta por oscuras monedas cuidadosamente dispuestas en círculos concéntricos. Pero, mirando más de cerca, las monedas se agrandaban hasta convertirse en las bocas, de treinta metros de diámetro, de negros pozos cavados en las profundidades de la tierra. Cada boca circular estaba rodeada por edificios de concreto: oficinas, talleres de comprobación, cantinas, vestuarios.

Ésos eran los pozos de despegue y aterrizaje, los diques secos y pozos de construcción de los astilleros. Las espacionaves, como los veleros, nunca habían sido diseñadas para soportar su propio peso contra la fuerza de gravedad sin ayuda. La fuerza de gravedad normal de la Tierra destrozaría la estructura de una astronave como si fuera la cáscara de un huevo. Las naves eran construidas en profundos pozos, alzándose verticalmente en una red de andamios y pasarelas, apuntaladas y soportadas por pantallas antigravitatorias. Despegaban de pozos similares, alzándose sobre haces antigravitatorios como motas de polvo subiendo por el haz de un

proyector, hasta que al final alcanzaban el Límite de Roche y podían partir con sus propios cohetes. Las astronaves que aterrizaban cortaban la propulsión cohete y bajaban por los mismos haces hacia los pozos.

Mientras la corte de Presteign entraba en los astilleros de Vancouver, podían ver qué pozos se hallaban en uso. De algunos de ellos surgían las proas y cascos de las naves, alzadas en un cuarto o la mitad de su longitud sobre el suelo por las pantallas antigravitatorias, mientras que, en los pozos, sus secciones posteriores quedaban a un cierto nivel de trabajo. Tres transportes Presteign de la clase V: el Vega, el Vestal y el Vorga, se alzaban parcialmente cerca del centro del complejo, sometidos a reconstrucción parcial, tal como indicaban los chisporroteos de los soldadores alrededor del Vorga.

Ante el edificio de concreto señalizado con la palabra: ENTRADA, la corte de Presteign se detuvo frente a un cartel que decía:

SI ENTRA EN ESTE RECINTO ILEGALMENTE PONE EN
PELIGRO SU VIDA. ¡YA LE HEMOS ADVERTIDO!

Se distribuyeron contraseñas de visitantes entre el grupo, y hasta Presteign de Presteign recibió la suya. Se la colocó cuidadosamente, pues sabía bien cuál sería el resultado de entrar sin una de esas señales protectoras. La corte continuó, siguiendo su camino por entre los pozos, hasta que llegó al 0—3, cuya boca estaba decorada con banderolas con los colores de Presteign y en la que se había erigido una pequeña tarima.

Dieron la bienvenida a Presteign, y éste, a su vez, saludó a varios directivos. La banda Presteign inició los sonos del himno del clan, sonoro y pomposo, pero uno de los instrumentos parecía haberse vuelto loco. Tocaba una nota metálica que sonaba más y más fuerte, hasta que apagó a toda la banda y las sorprendidas exclamaciones. Tan sólo entonces se dio cuenta Presteign de que no era el sonido de un instrumento, sino la alarma del astillero.

Había un intruso en el complejo, alguien que no llevaba una contraseña de identificación o de visitante. El campo del radar del sistema de protección lo había detectado y había hecho sonar la alarma. Por entre su irritado rugido, Presteign podía escuchar una multitud de suaves chasquidos mientras los guardianes del astillero jaunteaban desde su cuartel para tomar posiciones alrededor de los kilómetros del campo de concreto. Su propia Guardia Jaunteadora cerró filas a su alrededor, alerta y en guardia.

Una voz comenzó a sonar por los altavoces, coordinando la defensa.

—Desconocido en el astillero. Desconocido en el astillero, en el punto E de

Edward Nueve, E de Edward Nueve, moviéndose hacia el oeste a pie.

—¡Alguien debe haber entrado! —gritó el Ujier Mayor.

—Ya me he dado cuenta —respondió con calma Presteign.

—Debe de ser alguien de fuera si es que no jaunteaba por el interior.

—Eso también me lo he imaginado.

—El desconocido se acerca a D de David Cinco, D de David Cinco. Sigue a pie. Alerta D de David Cinco.

—¡Por Dios! ¿Qué es lo que pretende hacer? —exclamó el Ujier Mayor.

—Ya conoce usted mi regla, señor —le dijo fríamente Presteign—. Ningún asociado del clan de Presteign puede tomar el nombre de la Divinidad en vano. Su comportamiento es incorrecto.

—El desconocido se acerca ahora a C de Charley Cinco, se acerca ahora a C de Charley Cinco.

El Ujier Mayor tocó el brazo de Presteign.

—Viene en esta dirección, Presteign. Por favor, ¿quiere resguardarse?

—No.

—Presteign, ya han intentado asesinarle antes. En tres ocasiones. Si...

—¿Cómo puedo subir a ese estrado?

—¡Presteign!

—Ayúdeme.

Ayudado por el Ujier Mayor, que seguía protestando histéricamente, Presteign subió al estrado para contemplar el poder del clan de los Presteign actuando contra el peligro. Allá abajo podía ver a trabajadores ataviados con monos blancos surgiendo como hormigas de los pozos para contemplar la acción. Iban apareciendo guardas cuando jaunteaban de sectores distantes moviéndose hacia el punto focal de la acción.

—El desconocido se mueve hacia el sur en dirección a B de Baker Tres, B de Baker Tres.

Presteign contempló el pozo B—3. Apareció una figura, corriendo rápidamente hacia el pozo, zigzagueando, esquivando, siempre adelante. Era un hombre gigantesco ataviado con el azul de los hospitales, un manojo rebelde de pelo negro y un rostro contorsionado que parecía, a la distancia, estar pintado con colores vívidos. Sus ropas parpadeaban como olas de calor mientras el campo de inducción protector del sistema de defensa lo chamuscaba.

—B de Baker Tres, alerta. B de Baker Tres, a por él.

Se oyeron gritos y un distante tableteo de disparos, el aullido neumático de los rifles telescópicos. Media docena de trabajadores de blanco saltaron a por el intruso. Los derrumbó como a alfeñiques y continuó recto hacia B—3, en el que se veía la proa del Vorgia. Era un rayo cayendo a través de los trabajadores y guardias, juntándolos, apartándolos, adelantando implacablemente.

Repentinamente se detuvo, buscó en el interior de su chaqueta llameante, y sacó un recipiente negro. Con el gesto convulsivo de un animal preso de espasmos mortales, mordió el extremo del recipiente y lo lanzó, en un perfecto arco alto, hacia el Vorga. Al siguiente instante lo derribaron.

—Explosivo. Pónganse a cubierto. Explosivo. Pónganse a cubierto. A cubierto.

—¡Presteign! —aulló el Ujier Mayor.

Presteign lo apartó y contempló cómo el recipiente subía y luego bajaba hacia la proa del Vorga, girando y brillando a la fría luz del sol. Al borde del pozo fue cogido por el haz antigraavitatorio y lanzado hacia arriba como por un puño invisible. Se alzó arriba y arriba, a medio centenar de metros, a un centenar, a medio millar. Entonces se vio un destello cegador, y un instante más tarde un estruendo titánico que reventó tímpanos y estremeció huesos y dientes.

Presteign se recobró y descendió del estrado hasta el podio de lanzamiento. Colocó su dedo en el botón de lanzamiento del Princesa de Presteign.

—Tráiganme a ese hombre, si aún está con vida —le dijo al Ujier Mayor. Apretó el botón—. Te pongo el nombre de... ¡el Poder de Presteign! —gritó triunfal.

Cuatro

La Cámara Estelar del Castillo Presteign era una sala ovalada con paneles de marfil moteados en oro, altos espejos y ventanas de vidrieras. Contenía un órgano de oro con un organista robot hecho por Tiffany, una biblioteca de estantes de oro con un bibliotecario androide sobre su escalera de biblioteca, una escribanía Luis XV con un secretario androide colocado ante una grabadora manual de perlas memorizadoras, y un bar con un camarero robot. Presteign habría preferido sirvientes humanos, pero al menos los androides y robots sabían guardar secretos.

—Siéntese, Capitán Yeovil —dijo cortésmente—. Éste es el señor Regis Sheffield, que me representa en este asunto. Aquel joven es el ayudante del señor Sheffield.

—Bunny es mi biblioteca legal portátil —gruñó Sheffield.

Presteign tocó un control. La instantánea que era la Cámara Estelar cobró vida; el organista tocó, el bibliotecario ordenó libros, el secretario grabó, el camarero agitó una coctelera. Era espectacular; y el impacto, cuidadosamente calculado por psicometristas industriales, establecía el control de Presteign y ponía a sus visitantes en desventaja.

—¿Habló usted de un hombre llamado Foyle, Capitán Yeovil? —preguntó Presteign.

El Capitán Peter Y'ang-Yeovil, de la Central de Inteligencia, era un descendiente directo del Maestro Mencio y pertenecía al núcleo especializado de las Fuerzas Armadas de los Planetas Interiores. Desde hacía doscientos años, las FA.P.I. habían confiado su trabajo de inteligencia a los chinos que, con una historia de cinco mil años de cultivada sutileza tras ellos, habían logrado maravillas. El Capitán Y'ang-Yeovil era miembro de la temida Sociedad de los Hombres de Papel, adepto de los Imagineros de Tiensin, Doctor en Superstición y fluente en la Lengua Secreta. No parecía chino.

Y'ang-Yeovil dudó, dándose perfecta cuenta de las presiones psicológicas que obraban en su contra. Examinó el rostro de basilisco ascético de Presteign; la expresión agresiva y dura de Sheffield; y al ansioso joven llamado Bunny, cuyas facciones de conejo tenían una indudable procedencia oriental. Era necesario que Yeovil restableciese su control o lograra un compromiso.

Inició la acción con un movimiento de flaqueo:

—¿Tenemos algún grado de parentesco dentro de los quince primeros grados de consanguinidad? —le preguntó a Bunny en el dialecto mandarín—. Pertenezco al linaje del Maestro Meng-Tse, al que los bárbaros llaman Mencio.

—Entonces somos enemigos hereditarios —le contestó Bunny en vacilante mandarín—. Porque el formidable antepasado de mi linaje fue depuesto de su cargo

de gobernador de Shan-tung el 342 a. J.C. por el sucio cerdo Meng-Tse.

—Con toda cortesía le afeito sus mal formadas cejas —dijo Y'ang-Yeovil.

—Muy respetuosamente le arranco sus caridosos dientes —rió Bunny.

—Por favor, caballeros —protestó Presteign.

—Estábamos reafirmando una enemistad hereditaria de tres mil años de antigüedad —le explicó Y'ang-Yeovil a Presteign, que parecía bastante molesto por la conversación y las risas que no comprendía. Intentó un golpe directo—: ¿Cuándo habrá acabado con Foyle? —preguntó.

—¿Qué Foyle? —interrumpió Sheffield.

—¿Qué Foyle tienen?

—Hay trece personas con ese nombre asociadas con el clan Presteign.

—Un número interesante. ¿Sabían ustedes que soy Doctor en Superstición? Algún día les mostraré el Misterio del Espejo-y-la-Escucha. Me refiero al Foyle relacionado con un intento de atentado a la vida del señor Presteign esta mañana.

—Presteign —corrigió Presteign—. No soy «señor». Soy Presteign de Presteign.

—Se han realizado tres tentativas contra la vida de Presteign —dijo Sheffield—. Tendrá que ser más específico.

—¿Tres en esta mañana? Presteign debe haber estado atareado —Y'ang-Yeovil suspiró. Sheffield estaba demostrando ser un contrincante serio. El hombre de Inteligencia probó otra diversión—: Desearía que nuestro señor Presto hubiera sido más específico.

—¡Su señor Presto! —exclamó Presteign.

—Oh, sí. ¿No sabían que uno de los quinientos Prestos era agente nuestro? Es extraño. Creíamos que lo sabían y que lo mantenían con intención de confundirnos.

Presteign pareció anonadado. Y'ang-Yeovil cruzó las piernas y continuó charlando animadamente:

—Ésta es la debilidad básica de los procedimientos rutinarios en el espionaje: uno empieza con las finezas antes de que éstas sean necesarias.

—Está marcándose un farol —estalló Presteign—. Ninguno de nuestros Prestos podría tener conocimiento alguno acerca de Gulliver Foyle.

—Gracias —sonrió Y'ang-Yeovil—. Ése es el Foyle que yo busco. ¿Cuándo nos lo pasarán?

Sheffield dio un bufido a Presteign y volvió a Y'ang-Yeovil.

—¿Quién es ese «nos»? —preguntó.

—La Central de Inteligencia.

—¿Para qué lo quieren?

—¿Se quita usted la ropa o no para fornicar?

—Ésa es una pregunta realmente impertinente.

—También lo era la suya. ¿Cuándo nos pasarán a Foyle?

—Cuando nos den un buen motivo.

—¿A quién?

—A mí —Sheffield golpeó con un grueso dedo contra su palma—. Éste es un asunto civil que concierna a civiles. A menos que se haya relacionado con material de guerra, personal militar o la estrategia y táctica de una guerra en curso, la jurisdicción civil siempre tiene preferencia.

—Párrafo 333 de la Ley Terrestre 191 —murmuró Bunny.

—El Nomad transportaba material de guerra.

—El Nomad transportaba lingotes de platino a la Banca de Marte —cortó Presteign—. Si el dinero es ahora...

—Yo soy el que lleva esta discusión —interrumpió Sheffield. Se volvió hacia Y'ang-Yeovil—. Dígame de qué material de guerra se trataba.

Este ataque directo cogió desprevenido a Y'ang-Yeovil. Sabía que el meollo del asunto del Nomad era la presencia a bordo de la nave de ocho kilos de Piros, todo el que existía en el mundo, y que probablemente era irremplazable ahora que su descubridor había desaparecido. Sabía que Sheffield sabía que los dos sabían esto. Había asumido que Sheffield preferiría no nombrar el Piros. Y, sin embargo, aquí estaba el reto a nombrar lo innombrable.

Decidió enfrentarse a la rudeza con la rudeza.

—De acuerdo, caballeros. Lo nombraré ahora: el Nomad transportaba ocho kilos de una sustancia denominada Piros.

Presteign tuvo un sobresalto. Sheffield lo hizo callar.

—¿Qué es el Piros?

—De acuerdo con nuestros informes...

—¿Del señor Presto de Presteign?

—Oh, eso fue un farol —rió Y'ang-Yeovil, y momentáneamente recuperó el control—. Según Inteligencia, el Piros fue preparado para Presteign por un hombre que luego desapareció. El Piros es un metal de Misch, pirofórico. Eso es todo lo que sabemos. Pero hemos tenido vagos informes acerca del mismo... informes increíbles de agentes veraces. Si tan sólo una fracción de lo que suponemos es cierta, el Piros podría suponer la diferencia entre una victoria y una derrota.

—Tonterías. Ningún material de guerra ha supuesto nunca una tal diferencia.

—¿No? Podría citarles la bomba fisible de 1945, o las instalaciones antigravitatorias G-Cero del 2002. O la pantalla total de radar de Talley en el 2194. El material puede ser a menudo el que resuelva una situación, especialmente cuando no existe posibilidad de que el enemigo lo tenga primero.

—No existe esa posibilidad ahora.

—Gracias por admitir la importancia del Piros.

—No admito nada; lo niego todo.

—La Central de Inteligencia está preparada a ofrecer un intercambio: hombre por hombre. El inventor del Piros por Gully Foyle.

—¿Lo tienen? —preguntó Sheffield—. Entonces, ¿para qué nos piden a Foyle?

—¡Porque tenemos un cadáver! —estalló Y'ang-Yeovil—. El mando de los Satélites Exteriores lo tuvo en Lasell durante seis meses, tratando de sacarle información. Lo rescatamos en una incursión que nos costó un 70 por ciento de bajas. Rescatamos un cadáver. Aún no sabemos si los Satélites Exteriores se están riendo de nuestras pérdidas en el intento de recapturar un cadáver. No sabemos cuánto lograron sacarle.

Presteign permaneció rígido durante todo esto. Sus inmisericordes dedos golpeaban lenta y sonoramente.

—Maldita sea —se irritó Y'ang-Yeovil—. ¿Acaso no puede reconocer una crisis, Sheffield? Estamos en un mal momento. ¿Qué demonios está haciendo ayudando a Presteign en este sucio asunto? Usted es el jefe del partido Liberal... el super-patriota de la Tierra. Usted es el archienemigo político de Presteign. Traiciónelo, so tonto, antes de que él nos traicione a todos.

—Capitán Yeovil —interrumpió Presteign con gélido veneno—, no puedo tolerar esas palabras.

—Queremos y necesitamos el Piros —continuó Y'ang-Yeovil—. Tenemos que investigar esos ocho kilos de Piros, redescubrir su síntesis, aprender a aplicarlo al esfuerzo militar... y todo eso antes de que los Satélites Exteriores nos ganen la partida, si es que no lo han hecho ya. Pero Presteign rehusa cooperar. ¿Por qué? Porque se opone al partido que está en el poder. Porque no quiere victorias militares para los liberales. Preferiría que perdiésemos la guerra si ello fuera conveniente para su política, porque sabe que los hombres ricos como él jamás pierden. Dese cuenta de lo que pasa, Sheffield. Ha sido contratado por un traidor. ¿Qué demonios está tratando de hacer?

Antes de que Sheffield pudiera contestar, se oyó una discreta llamada en la puerta de la Cámara Estelar e hicieron entrar a Saúl Dagenham. Hubo un tiempo en el que Dagenham era uno de los genios investigadores de los Planetas Interiores, un físico de inspirada intuición, memoria fotográfica, y un computador de la sexta generación por cerebro. Pero se había producido un accidente en Tycho Sands, y la explosión nuclear que debería haberlo matado no lo hizo. Sin embargo, lo había vuelto peligrosamente radiactivo; lo había dejado «caliente»; lo había transformado en el equivalente de un trasmisor tifoideo del siglo XXIV.

El gobierno de los Planetas Interiores le pagaba 25.000 créditos anuales para que tomase precauciones que esperaban cumplierse. Evitaba el contacto físico con cualquier persona por un tiempo superior a cinco minutos diarios. No podía ocupar otra habitación que no fuera la suya durante más de media hora al día. Ordenado y

pagado por los Planetas Interiores para aislarse a sí mismo, Dagenham había abandonado la investigación y edificado el coloso que era los Correos Dagenham.

Cuando Y'ang-Yeovil vio al bajo cadáver rubio de piel plomiza y la sonrisa de calavera entrando en la Cámara Estelar, supo que en este encuentro tenía asegurada la derrota. No era oponente para aquellos tres juntos. Se alzó inmediatamente.

—Voy a conseguir una orden del Almirantazgo para Foyle —dijo—. En lo que se refiere a la Inteligencia, se ha terminado toda negociación. De ahora en adelante habrá guerra abierta.

—El Capitán Yeovil se marcha —llamó Presteign al oficial de la Guardia Jaunteadora que había dejado entrar a Dagenham—. Haga el favor de acompañarlo a través del laberinto.

Y'ang-Yeovil esperó hasta que el oficial se colocó a su lado e hizo un saludo inclinándose. Entonces, mientras el hombre señalaba cortésmente hacia la puerta, Y'ang-Yeovil miró directamente a Presteign, sonrió irónicamente, ¡y desapareció con un débil chasquido!

—¡Presteign! —exclamó Bunny—. Ha jaunteado. Esta habitación no es ciega para él. Él...

—Evidentemente —dijo gélidamente Presteign—. Informe al mayordomo de la mansión —instruyó al asombrado oficial de la Guardia—, de que las coordenadas de la Cámara Estelar ya no son secretas. Deberán ser cambiadas en un plazo no superior a las veinticuatro horas. Y ahora, señor Dagenham...

—Un minuto —dijo Dagenham—. Hay eso de la orden del Almirantazgo.

Sin pedir excusas ni ofrecer explicaciones, también desapareció. Presteign alzó las cejas.

—Otro que conocía el secreto de la Cámara Estelar —murmuró—. Pero, al menos, tuvo el tacto de ocultar su conocimiento hasta que el secreto fue conocido.

Dagenham reapareció.

—No tenía sentido el perder tiempo atravesando el laberinto —dijo—. He dado órdenes en Washington. Retendrán a Yeovil; nos garantizan dos horas, probablemente tres y quizá cuatro.

—¿Cómo lo retendrán? —preguntó Bunny.

Dagenham le dedicó una de sus macabras sonrisas.

—Por la operación FFCC estándar de los Correos Dagenham: follón, fantasías, confusión, catástrofes. Necesitaremos cada una de esas cuatro horas. ¡Maldita sea! He estropeado sus muñecos, Presteign.

Los robots estaban actuando, de pronto, alocadamente, al haber penetrado la radiación de Dagenham en sus sistemas electrónicos.

—Bueno, de todas maneras tenía que irme.

—¿Foyle? —preguntó Presteign.

—Nada aún —Dagenham sonrió con su sonrisa de cadáver—. Es realmente un caso único. He probado todas las drogas estándar y los procedimientos usuales con él. Nada. Por fuera, parece un vulgar espacionauta... dejando aparte el tatuaje de su rostro... pero por dentro tiene unas tripas de acero. Algo lo posee y no lo suelta.

—¿Qué es lo que lo posee? —preguntó Sheffield.

—Espero averiguarlo.

—¿Cómo?

—No me pregunte; usted estará en ello. ¿Tiene una nave preparada, Presteign? Presteign asintió.

—No garantizo que haya ningún Nomad que podamos hallar, pero tendremos que adelantarnos a la Marina si es que lo hay. ¿Están las marrullerías legales dispuestas, Sheffield?

—Lo están. Pero espero no tenerlas que utilizar.

—También yo; pero, de nuevo, no garantizo nada. De acuerdo. Esperen instrucciones. Voy a desmoronar a Foyle.

—¿Dónde lo tiene?

Dagenham negó con la cabeza.

—Esta habitación no es segura —desapareció.

Jaunteó por Cincinnati-New Orleans-Monterrey hasta la ciudad de México, en la que apareció en el Pabellón de Psiquiatría del gigantesco hospital de las Universidades Combinadas de la Tierra. Pabellón era una palabra poco adecuada para designar aquella sección que ocupaba todo un barrio de la ciudad que era el hospital. Dagenham jaunteó hasta el cuadragésimo tercer piso de la División de Terapia y miró al interior del tanque aislado en el que flotaba, inconsciente, Foyle. Luego se enfrentó al distinguido caballero barbudo que estaba allí.

—Hola, Fritz.

—Hola, Saúl.

—Es maravilloso que el Jefe de Psiquiatría atienda a un paciente por mí.

—Creo que te debemos muchos favores, Saúl.

—¿Aún te preocupa lo de Tycho Sands, Fritz? A mí no. ¿No estoy ensuciando todo esto con mi radiación?

—Todo está protegido.

—¿Estás dispuesto para el trabajo sucio?

—Me gustaría saber qué es lo que buscamos.

—Información.

—¿Y tienes que convertir mi departamento de terapia en una inquisición para lograrla?

—Ésa es la idea.

—¿Por qué no usar drogas ordinarias?

—Ya las he probado. No sirven. No es un hombre ordinario.

—Sabes que es ilegal.

—Lo sé. ¿Has cambiado de idea? ¿Quieres echarte atrás? Puedo duplicar tu equipo por tan sólo un cuarto de millón.

—No, Saúl. Te seguimos debiendo favores.

—Entonces comencemos. Primero el Teatro de las Pesadillas.

Trasladaron el tanque a lo largo de un corredor hasta una habitación acolchada de unos treinta metros de lado. Era uno de los experimentos fallidos de terapia. El Teatro de las Pesadillas había sido un antiguo intento por devolver a los esquizofrénicos al mundo objetivo mediante un shock que convirtiese el mundo fantástico en el que se estaban refugiando en intolerable. Pero la destrucción y las heridas en las emociones de los pacientes habían demostrado ser demasiado crueles y el tratamiento muy dudoso.

A petición de Dagenham, el Jefe de Psiquiatría había sacado el polvo de los proyectores visuales tridimensionales y reconectado todos los proyectores sensoriales. Sacaron a Foyle de su tanque, le dieron una inyección revitalizadora y lo dejaron en medio del suelo. Se llevaron el tanque, apagaron las luces y entraron en la oculta cámara de control. Allí, encendieron los proyectores.

Cada niño del mundo imagina que su mundo fantástico es único. La psiquiatría sabe que las alegrías y terrores y las fantasías privadas son una herencia común compartida por toda la humanidad. Los temores, las culpas, los terrores y las vergüenzas pueden ser intercambiadas de un hombre a otro, y ninguno se daría cuenta de la diferencia. El Departamento de Terapia del Hospital Combinado había grabado millares de cintas emocionales y sintetizado todas ellas en una representación del Teatro de las Pesadillas que incluía todos los terrores.

Foyle se despertó jadeando y sudando, y nunca supo que se había despertado. Estaba en el regazo de una Euménides con los ojos sangrientos y serpientes por cabellos. Fue perseguido, atrapado, precipitado desde las alturas, quemado, azotado, asaetado, cubierto por gusanos, devorado. Aulló. Corrió. El campo Hobble del Teatro retuvo sus pasos y los convirtió en la fantasmal lentitud de las carreras de los sueños. Y por entre la cacofonía de los aplastamientos, aullidos, lloriqueos y persecuciones que asaltaba sus oídos, murmuraba el hálito de una voz persistente:

—¿Dónde está el Nomad dónde está el Nomad dónde está el Nomad dónde está el Nomad dónde está el Nomad?

—Vorga —gritaba Foyle—. Vorga. Vorga. Vorga.

En la sala de control, Dagenham maldijo. El jefe de psiquiatría, manejando los proyectores, contempló el reloj.

—Un minuto y cuarenta y cinco segundos, Saúl. No puede resistir mucho más.

—Tiene que ceder. Dale el efecto final.

Enterraron vivo a Foyle, lentamente, inexorablemente, odiosamente. Fue llevado a las negras profundidades y sumergido en una maloliente ciénaga que lo separaba de la luz y el aire. Se sofocaba lentamente mientras una voz lejana retumbaba:

—¿Dónde está el Nomad? ¿Dónde dejaste el Nomad? Podrás escapar si encuentras al Nomad. ¿Dónde está el Nomad?

Pero Foyle estaba de regreso a bordo del Nomad, en su ataúd sin luz ni aire, flotando confortablemente entre cubierta y techo. Se dobló en posición fetal y se preparó a dormir. Estaba contento. Escaparía. Encontraría al Vorga.

—¡Bastardo impenetrable! —Maldijo Dagenham.— ¿Había resistido alguien antes al Teatro de las Pesadillas, Fritz?

—No muchos. Tienes razón. Ése es un hombre poco corriente, Saúl.

—Tenemos que abrirlo. De acuerdo, al infierno con todo esto. Ahora probaremos la Sensación Megal. ¿Están preparados los actores?

—Lo están.

—Entonces vamos.

Los delirios de grandeza pueden tomar seis formas distintas. La Sensación Megal (abreviación de megalomanía) era la técnica terapéutica de diagnosis dramática para establecer y planear la dirección particular que tomaba cada caso de megalomanía.

Foyle se despertó en un lujoso lecho con baldaquino. Se hallaba en una alcoba decorada con brocados y tapizada de terciopelo. Miró con curiosidad a su alrededor. Una suave luz del sol se filtraba a través de ventanales con celosías. Al otro lado de la habitación un sirviente estaba disponiendo silenciosamente unos ropajes.

—Hey... —gruñó Foyle.

El sirviente se giró hacia él.

—Buenos días, señor Fourmyle —murmuró.

—¿Qué?

—Hace una mañana maravillosa, señor. Le he preparado la sarga marrón y los zapatos cordobeses, señor.

—¿Qué pasa, usted?

—He... —el sirviente contempló con curiosidad a Foyle—. ¿Ocurre algo malo, señor Fourmyle?

—¿Cómo me ha llamado?

—Por su nombre, señor.

—¿Me llamo... Fourmyle? —Foyle se debatió en la cama—. No, no es así. Es Foyle. Gully Foyle, ése es mi nombre. El mío.

El sirviente se mordió el labio.

—Un momento, señor...

Salió afuera y llamó. Luego murmuró algo. Una bella chica de blanco entró corriendo en la alcoba y se sentó al borde de la cama. Tomó las manos de Foyle y le

miró a los ojos. Su rostro parecía preocupado.

—Cariño, cariño, cariño —murmuró—. No vas a empezarlo todo otra vez, ¿verdad? El doctor juró que ya había pasado todo.

—¿Empezar el qué?

—Todas esas tonterías de ese Gulliver Foyle y de que eres un vulgar marino y...

—Soy Gully Foyle. Ése es mi nombre. Gully Foyle.

—Corazón, no es así. Es tan sólo una locura que has tenido durante unas semanas. Has estado trabajando y bebiendo demasiado.

—He sido Gully Foyle toda mi vida, yo.

—Sí, ya sé, cariño. Eso es lo que a ti te parece, pero no es así. Eres Geoffrey Fourmyle. El verdadero Geoffrey Fourmyle. Eres... ¿oh, qué sentido tiene el decírtelo? Vístete, amor. Tienes que venir abajo. En tu oficina la gente está frenética.

Foyle dejó que el sirviente lo vistiera y bajó como en sueños. La bella muchacha, que evidentemente lo adoraba, lo condujo a través de un gigantesco estudio repleto de mesas de dibujo, caballetes y cuadros a medio terminar. Lo llevó a una vasta sala llena de mesas de escritorio, archivadores, teletipos, de oficinistas, secretarias y otro personal. Entraron en un moderno laboratorio, todo él vidrio y cromados. Los quemadores parpadeaban y silbaban; líquidos brillantemente coloreados burbujaban y humeaban; se notaba un placentero olor de interesantes productos químicos y raros experimentos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Foyle.

La muchacha sentó a Foyle en un cómodo butacón tras una gigantesca escribanía atestada de interesantes papeles atiborrados de fascinantes símbolos. En algunos, Foyle vio el nombre: Geoffrey Fourmyle, trazado con una imponente y autoritaria firma.

—Esto es algún estúpido error, lo es —comenzó a decir Foyle.

La muchacha lo hizo callar.

—Ahí está el doctor Regan. Él te explicará.

Un impresionante caballero de modales serios y reconfortantes llegó hasta Foyle, le tomó el pulso, inspeccionó sus ojos y asintió satisfecho.

—Bien —dijo—, excelente. Está a un paso de recuperarse totalmente, señor Fourmyle. Ahora me escuchará un momento, ¿no?

Foyle asintió.

—No recuerda nada del pasado. Tan sólo tiene una falsa memoria. Ha trabajado demasiado. Es usted un hombre importante y han exigido demasiado de usted. Comenzó a beber sin mesura hace un mes... no, el negarlo no tiene sentido. Bebió. Perdió la cabeza.

—Yo...

—Usted se convenció de que no era el famoso Jeff Fourmyle. Una tentativa

infantil de escapar a su responsabilidad. Se imaginó que era un vulgar espacionauta llamado Foyle. Gulliver Foyle, ¿no es así? Con un extraño número...

—Gully Foyle. AS: 128/127:006. Pero ése soy yo. Eso es...

—No es usted. Éste es usted —el doctor Regan incluyó en un gesto las interesantes oficinas que se podían ver a través de las paredes de cristal transparente—. Tan sólo puede recuperar la memoria verdadera si se olvida de esa otra. Toda esta gloriosa realidad es suya. Si podemos ayudarle a abandonar ese sueño del espacionauta —el doctor Regan se inclinó hacia adelante con sus relucientes gafas brillando hipnóticamente—. Reconstruya esa falsa memoria con todo detalle y la destruiré. ¿Dónde se imagina que abandonó la espacionave Nomad? ¿Cómo se escapó? ¿Dónde se imagina que está el Nomad ahora?

Foyle se tambaleó ante el atractivo romántico de la escena, que parecía estar al alcance de su mano.

—Me parece que dejé al Nomad en... —se detuvo en seco.

Un rostro demoníaco lo contemplaba en el reflejo de las gafas del doctor Regan..., una horrible máscara de tigre con la palabra Nomad extendiéndose por su distorsionada frente. Foyle se puso en pie.

—¡Mentirosos! —gruñó—. Soy real, yo. Esto de aquí es mentira. Lo que me pasó es real. Yo soy real, yo.

Saúl Dagenham entró en el laboratorio.

—De acuerdo —dijo—. Fin. Tampoco ha funcionado.

La atareada escena del laboratorio, oficina y estudio terminó. Los actores desaparecieron silenciosamente, sin volverse a mirar a Foyle. Dagenham le dedicó una de sus macabras sonrisas.

—¿Duro, eh? Es usted realmente único. Mi nombre es Saúl Dagenham. Tenemos cinco minutos para charlar. Venga al jardín.

El jardín sedante situado en lo alto del edificio de Terapia era un triunfo de la planificación terapéutica. Cada perspectiva, cada color, cada contorno, había sido diseñado para aplacar la hostilidad, para borrar la resistencia, fundir la ira, evaporar la histeria, absorber la melancolía y la depresión.

—Siéntese —dijo Dagenham, señalando un banco situado junto a un estanque en el que cantaban las cristalinas aguas—. No trate de jauntear: está drogado. Tendré que caminar por los alrededores. No puedo acercarme demasiado a usted. Soy «caliente». ¿Sabe lo que esto significa?

Foyle afirmó con la cabeza, huraño. Dagenham rodeó con ambas manos el llameante capullo de una orquídea, manteniéndolas así por un momento.

—Mire esta flor —dijo—. Ya verá.

Caminó a lo largo de un sendero y regresó repentinamente.

—Tiene razón, naturalmente. Todo lo que le pasó fue real... Sólo que, ¿qué es lo

que pasó?

—Váyase al infierno —gruñó Foyle.

—¿Sabe, Foyle?; lo admiro.

—Váyase al infierno.

—A su primitiva manera, tiene ingenio y coraje. Es usted un Cro-Magnon, Foyle. He estado comprobando sus datos. Esa bomba que lanzó en los astilleros Presteign era verdaderamente bonita, y casi destruyó el Hospital General para conseguir el dinero y el material que necesitaba —Dangeham fue contando con los dedos mientras hablaba—: Descerrajó armarios, robó a los pacientes del pabellón de ciegos, desvalijó las drogas de la farmacia, se llevó aparatos de los almacenes del laboratorio.

—Váyase al infierno, usted.

—¿Qué es lo que tiene en contra de Presteign? ¿Por qué tenía que volar su astillero? Me han dicho que se les escapó y corrió por los pozos rompiendo cosas como un salvaje. ¿Qué es lo que trataba de hacer, Foyle?

—Váyase al infierno.

Dagenham sonrió.

—Si es que vamos a tener una conversación —dijo—, tendrá que poner algo de su parte. Su conversación se está convirtiendo en monótona. ¿Qué le pasó al Nomad?

—No sé nada del Nomad. Nada.

—El último informe de la nave data de hace siete meses. ¿Es usted el único superviviente? ¿Y qué es lo que ha estado haciendo durante todo ese tiempo? ¿Hacía que le decorasen la cara?

—No sé nada del Nomad. Nada.

—No, no, Foyle, eso no pasa. Aparece usted con la palabra Nomad tatuada en la frente, recién tatuada. Inteligencia hace una comprobación y averigua que estaba a bordo del Nomad cuando partió. Foyle, Gulliver: AS: 128/127:006, Mecánico de tercera. Como si esto no fuera ya suficiente como para hacer que Inteligencia se convierta en un avispero, regresa en un bote privado perdido desde hace cincuenta años. Muchacho, está cocinando en el reactor. Inteligencia quiere respuestas para todas esas preguntas. Y ya debe de saber cómo las obtiene de la gente.

Foyle se estremeció. Dagenham asintió cuando vio que su aseveración lograba resultados.

—Y es por esto por lo que pienso que escucharé mis razones. Queremos información, Foyle. Traté de sacársela con engaños; admitido. No lo logré porque es usted demasiado duro; admitido. Ahora le ofrezco un trato honesto. Le protegeremos si coopera. Si no lo hace, se pasará cinco años en un laboratorio de Inteligencia mientras lo hacen picadillo para sacarle la información.

No era la perspectiva de esa carnicería lo que asustaba a Foyle, sino el pensamiento de la pérdida de libertad. Un hombre tiene que ser libre para vengarse,

para obtener dinero y encontrar a Vorga de nuevo, para romper y partir y despedazar al Vorga.

—¿Qué clase de trato? —preguntó.

—Díganos lo que le pasó al Nomad y dónde lo dejó.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Para rescatarlo, muchacho.

—No hay nada que rescatar. Es un pecio, eso es todo.

—Hasta un pecio se puede rescatar.

—¿Quiere decir que coheteaban un millón y medio de kilómetros para recuperar los restos? No me tome el pelo.

—De acuerdo —dijo Dagenham exasperado—. Es por la carga.

—Se partió por la mitad. No queda carga.

—Era una carga de la que usted no sabía nada —dijo confidencialmente Dagenham—. El Nomad estaba transportando lingotes de platino a la Banca de Marte. Periódicamente, los bancos tienen que cuadrar sus cuentas. Normalmente se produce el suficiente comercio entre los planetas como para que esas cuentas puedan ser compensadas sobre el papel. Pero la guerra ha interrumpido el comercio normal, y la Banca de Marte encontró que Presteign le debía unos veinte millones de créditos sin que hubiese otra forma en que cobrarlos excepto en dinero. Presteign estaba enviándoselo en platino a bordo del Nomad. Lo llevaban en la caja fuerte de la nave.

—Veinte millones —susurró Foyle.

—Más o menos. La nave estaba asegurada, pero esto tan sólo significa que la compañía de seguros, Bo'nes & Uig, poseen los derechos de recuperación y son aún más cabezotas que Presteign. No obstante, habrá una recompensa para usted. Digamos... veinte mil créditos.

—Veinte millones —susurró de nuevo Foyle.

—Suponemos que un corsario de los Satélites Exteriores tropezó con el Nomad en algún punto de su trayectoria y se lo cargó. No debieron de abordarlo y saquearlo, o de lo contrario usted no estaría con vida. Esto significa que la caja fuerte está aún... ¿me escucha, Foyle?

Pero Foyle no le estaba escuchando. Estaba viendo veinte millones... no veinte mil... veinte millones en lingotes de platino que formaban una amplia carretera hacia el Vorga. Ya no más latrocinios en los armarios de laboratorios; veinte millones para la captura y destrucción del Vorga.

—¡Foyle!

Foyle se despertó. Miró a Dagenham.

—No sé nada del Nomad. Nada —dijo.

—¿Qué infiernos le pasa ahora? ¿Por qué se vuelve a poner tozudo?

—No sé nada del Nomad. Nada.

—Le estoy ofreciendo una recompensa más que aceptable. Un espacionauta puede correrse una endemoniada juerga con veinte mil créditos... una juerga de un año. ¿Qué más quiere?

—No sé nada del Nomad. Nada.

—O somos nosotros o Inteligencia, Foyle.

—No debe de tener muchas ganas de que ellos me cojan, o no estaría pasando por todo esto. Pero, de todas maneras, es lo mismo: no sé nada del Nomad. Nada.

—So hijo de puta —Dagenham trató de reprimir su ira. Le había revelado demasiado a aquel ser primitivo pero astuto—. Tiene razón —dijo—, no deseamos que Inteligencia lo capture. Pero hemos tomado nuestras propias medidas. —Su voz se endureció—. Cree que se puede poner tozudo y ganarnos la partida. Hasta se le acaba de ocurrir la idea de que podría adelantársenos en la recuperación.

—No —dijo Foyle.

—Escuche esto: tenemos un abogado esperando en Nueva York. Tiene una demanda criminal contra usted por piratería; piratería en el espacio, asesinato y robo. Vamos a dejar caer todo el peso de la ley sobre usted. Presteign obtendrá un veredicto de culpabilidad en veinticuatro horas. Si es que ya tiene algún antecedente, esto significa la lobotomía. Le abrirán el cráneo y le quemarán medio cerebro para evitar que vuelva a jauntar más.

Dagenham se detuvo y miró duramente a Foyle. Cuando Foyle negó con la cabeza, continuó:

—Si no tiene antecedentes, lo condenarán a diez años de lo que humorísticamente se conoce por tratamiento médico. Ya no castigamos a los criminales en esta época de luces, los curamos. Y la cura es peor que un castigo. Lo meterán en un agujero negro de uno de los hospitales en las cavernas. Lo mantendrán en una oscuridad permanente y en solitario para que no pueda escapar jaunteando. Seguirán el ritual de darle inyecciones y terapia, pero se estará pudriendo en la oscuridad. Estará allí y se pudrirá hasta que decida hablar. Lo tendremos allí siempre. Así que decídase.

—No sé nada acerca del Nomad. ¡Nada! —dijo Foyle.

—De acuerdo —Dagenham escupió. Repentinamente, apuntó al capullo de orquídea que había rodeado con sus manos. Estaba marchito y se le caían las hojas—. Eso es lo que le va a pasar a usted.

Cinco

Quince minutos. A las ocho y treinta se abría la puerta de la celda, y Foyle y centenares de otros trastabillaban ciegos a lo largo de los retorcidos corredores hasta Aseos.

Allí, aún en la oscuridad, eran procesados como bueyes en un matadero: limpiados, afeitados, irradiados, desinfectados, dosificados e inoculados. Se les quitaban sus uniformes de papel, que eran enviados a los talleres para ser convertidos en pulpa. Se les entregaban otros nuevos. Luego regresaban a sus celdas, que habían sido limpiadas automáticamente mientras estaban en Aseos. En su celda, Foyle escuchaba interminables charlas terapéuticas, lecturas, guía moral y ética, durante el resto de la mañana. Luego regresaba el silencio, y no se oía nada más que el fluir de la distante agua y los silenciosos pasos de los guardas en los corredores.

Por la tarde había terapia ocupacional. Se iluminaba la pantalla de televisión de cada celda y el paciente introducía sus manos en el cuadrado de sombras de la pantalla. Veía en tres dimensiones y palpaba los objetos y herramientas emitidos. Cortaba uniformes hospitalarios, los cosía, manufacturaba utensilios de cocina y preparaba alimentos. Aunque en realidad no tocaba nada, sus movimientos eran transmitidos a los talleres en los que se realizaba el trabajo por control remoto. Tras una corta hora de este descanso, regresaba de nuevo la oscuridad y el silencio.

Pero de vez en cuando... en una o dos ocasiones a la semana (o quizás en una o dos ocasiones al año), se oía el apagado restallar de una explosión distante. La conclusión era lo bastante sorprendente como para distraer a Foyle del horno de venganza que alimentaba durante los silencios. Susurró preguntas a las invisibles figuras que lo rodeaban en Aseos.

—¿Qué son esas explosiones?

—¿Explosiones?

—Restallidos. Los oigo muy a lo lejos, yo.

—Son Jaunteos Infernales.

—¿Qué?

—Jaunteos Infernales. Cada tanto un chico se cansa de la vieja cueva. Ya no puede soportarla más, él. Y jauntea al mismísimo infierno.

—Jesús.

—Sí. No saben dónde están, ellos. No saben dónde van. Jauntean al infierno en la oscuridad... y los oímos explotar en las montañas. ¡Boom! Jaunteo Infernal.

Se quedó anonadado, pero podía comprenderlo. La oscuridad, el silencio, la monotonía, destruían el buen sentido y llevaban a la desesperación. La soledad era intolerable. Los pacientes enterrados en el hospital prisión de la Gouffre Martel esperaban con ansiedad el período matutino en Aseos para tener la posibilidad de

susurrar una palabra y escuchar otra palabra. Pero esos fragmentos no eran bastante y llegaban a la desesperación. Entonces se oía otra distante explosión.

A veces, los hombres desesperados se enfrentaban unos con otros, y estallaba una salvaje lucha en Aseos. Pero inmediatamente eran reprimidos por los guardas, y el discurso matutino se componía de la grabación de Fibra Moral que exaltaba la Virtud de la Paciencia.

Foyle se aprendió las grabaciones de memoria, cada palabra, cada clic y crac de las grabaciones. Aprendió a odiar las voces de los predicadores: el Comprensivo barítono, el Alegre tenor, el Bajo de hombre a hombre. Aprendió a volverse sordo ante la monotonía terapéutica y a realizar su terapia ocupacional mecánicamente, pero no tenía recursos para enfrentarse con las interminables horas solitarias. La furia no era bastante.

Perdió la cuenta de los días, de las comidas, de los sermones. Ya no susurraba en Aseos. Su mente se perdió y comenzó a derivar. Se imaginó que estaba de regreso a bordo del Nomad, reencarnando su lucha por la supervivencia. Luego perdió hasta ese débil asidero en la ilusión y comenzó a hundirse más y más profundamente en el pozo de la catatonia: en el silencio de la matriz, la oscuridad de la matriz y el sueño de la matriz.

Había sueños pasajeros. Un ángel le murmuró en cierta ocasión. En otra ocasión cantó suavemente. Por tres veces le oyó hablar:

—Oh, Dios... —y— ¡Maldita sea! —y— oh... —en una nota descendente que destrozaba el corazón.

Se hundió en su abismo, escuchándole.

—Hay una forma de escapar —le murmuró su ángel al oído, dulce y confortadoramente. Su voz era suave y cálida, y no obstante ardía de ira. Era la voz de un ángel furioso—. Hay una forma de escapar.

Lo murmuraba en su oído desde ninguna parte y, repentinamente, con la lógica de la desesperación, se le ocurrió que había una forma de salir de la Gouffre Martel. Había sido un estúpido por no haberlo comprendido antes.

—Sí —croó—. Hay una forma de salir.

Se oyó un débil atragantarse, y luego una débil pregunta:

—¿Quién está ahí?

—Yo, eso es todo —dijo Foyle—. Me conoces.

—¿Dónde estás?

—Aquí. Donde siempre he estado, yo.

—Pero no hay nadie. Estoy sola.

—Tengo que darte las gracias por haberme ayudado.

—El oír voces es malo —murmuró el ángel furioso—. Es el primer paso hacia el fin. Tengo que evitarlo.

—Me enseñaste la forma de salir: Jaunteo Infernal.

—¡Jaunteo Infernal! Dios mío, esto debe de ser real. Hablas en la lengua de las cloacas. Tienes que ser real. ¿Quién eres?

—Gully Foyle.

—Pero no estás en mi celda. Ni siquiera estás cerca. Los hombres están en el cuadrante norte de la Gouffre Martel. Las mujeres en el sur. Yo soy Sur—900. ¿Dónde estás tú?

—Norte—111.

—Estás a medio kilómetro de distancia. ¿Cómo podemos...? ¡Naturalmente! Es la Cadena de los Susurros. Siempre creí que era una leyenda, pero es real. Está funcionando.

—Ahí voy, yo —susurró Foyle—. Jaunteo Infernal.

—Foyle, escúchame. Olvídate del Jaunteo Infernal. No eches a perder esto. Es un milagro.

—¿Qué es lo que es un milagro?

—Hay una anomalía acústica en la Gouffre Martel... acostumbra a ocurrir en las cavernas... una anomalía de ecos, pasadizos y galerías de susurros. Los más antiguos le llaman la Cadena de los Susurros. Nunca me lo creí. Nadie se lo creyó, pero es cierto. Estamos hablándonos a través de ella. Nadie puede oírnos más que nosotros. Podemos hablar, Foyle. Podemos planear. Tal vez podamos escapar.

Su nombre era Jisbella McQueen. Era de temperamento agresivo, independiente, inteligente, y estaba cumpliendo una cura de cinco años en la Gouffre Martel por robo. Jisbella le contó a Foyle la alegremente furiosa historia de su revuelta contra la sociedad.

—No te llegas a imaginar lo que el jaunteo nos ha hecho a las mujeres, Gully. Nos ha encerrado, nos ha devuelto al serrallo.

—¿Qué es un serrallo, muchacha?

—Un harén. Un lugar en que se guarda congeladas a las mujeres. Tras un millar de años de civilización (así lo llaman) seguimos siendo objetos. El jaunteo constituye tal peligro a nuestra virtud, a nuestra integridad, a nuestra condición de doncellas, que se nos encierra como al oro en una caja fuerte. No hay nada que podamos hacer... nada respetable. Ni trabajos, ni carreras. No hay forma de escapar de eso, Gully. A menos que una se rebele y vaya contra las reglas.

—¿Y tenías que hacerlo, Jiz?

—Tenía que ser independiente, Gully. Tenía que vivir mi propia vida, y ésta era la única forma en que la sociedad me lo permitiría. Así que me escapé de casa y me convertí en ladrona. —Y Jiz continuó describiendo los detalles más significativos de su revuelta: el robo temperamental, el robo de la catarata, los robos de la luna de miel y del obituario, el jaunteo del tejón y la caída del ojo.

Foyle le contó lo del Nomad y el Vorga, su odio y sus planes. No le dijo a Jisbella nada sobre su rostro ni los veinte millones en lingotes de platino que esperaban en los asteroides.

—¿Qué le pasó al Nomad? —preguntó Jisbella— ¿Fue lo que suponía ese hombre, Dagenham? ¿Fue destruido por un corsario de los Satélites Exteriores?

—No lo sé, yo. No puedo recordar, muchacha.

—Probablemente la explosión te borró la memoria. Shock. Y el estar náufrago durante seis meses no te ayudó. ¿Te fijaste si había algo que valiese la pena recuperar en el Nomad?

—No.

—¿Mencionó algo Dagenham?

—No —mintió Foyle.

—Entonces debe de haber alguna otra razón para meterte en la Gouffre Martel. Debe de haber alguna cosa que deseen recuperar del Nomad.

—Sí, Jiz.

—Pero fuiste un tonto al tratar de volar el Vorga de aquella forma. Eres como un animal salvaje que trata de castigar a la trampa que le hizo daño. El acero no está vivo. No piensa. No puedes castigar al Vorga.

—No sé lo que quieres decir, muchacha. El Vorga me abandonó.

—Uno tiene que castigar al cerebro, Gully. Al cerebro que coloca la trampa. Averigua quién iba a bordo del Vorga. Entérate de quién dio la orden de abandonarte. Castígalo a él.

—Sí. ¿Cómo?

—Aprende a pensar, Gully. La cabeza que supo imaginar cómo poner en marcha el Nomad y cómo fabricar una bomba tiene que ser capaz también de hacer eso. Pero ya no más bombas; en vez de eso, cerebro. Localiza a un miembro de la tripulación del Vorga. Él te dirá quién estaba a bordo. Persíguelos. Averigua quién dio la orden. Luego castígalo. Pero te llevará tiempo, Gully... tiempo y dinero, más de lo que tienes.

—Tengo toda una vida, yo.

Murmuraron durante horas a través de la Cadena de los Susurros, oyéndose sus voces débiles pero cercanas. Tan sólo había un punto especial en cada celda en el que se podía oír al otro, y era por esto por lo que había pasado tanto tiempo antes de que descubriesen el milagro. Pero ahora recuperaban el tiempo perdido. Y Jisbella educaba a Foyle.

—Si es que alguna vez escapamos de la Gouffre Martel, Gully, tendremos que hacerlo juntos; y no puedo confiar en un compañero analfabeto.

—¿Quién es analfabeto?

—Tú —contestó firmemente Jisbella—. Tengo que hablar en cloaca contigo la

mitad del tiempo, yo.

—Puedo leer y escribir.

—Y eso es casi todo... lo cual quiere decir que aparte de tu energía física, eres casi inútil.

—Habla con sentido, tú —dijo irritado.

—Hablo con sentido, yo. ¿Para qué sirve el escoplo más fuerte del mundo si está embotado? Tenemos que aguzar tu ingenio, Gully. Hay que educarte, muchacho, eso es todo.

Se sometió. Se dio cuenta de que ella tenía razón. Necesitaría estar entrenado no sólo para la huida, sino también para la búsqueda del Vorga. Jisbella era la hija de un arquitecto, y había recibido una buena educación. Se la pasó a Foyle, condimentada con la cínica experiencia de cinco años en los bajos fondos. Ocasionalmente él se rebelaba contra el duro trabajo, y entonces había peleas susurradas, pero al fin le pedía excusas y se sometía de nuevo. A veces Jisbella se cansaba de enseñarle, y entonces simplemente charlaban en la oscuridad, compartiendo sueños.

—Creo que nos estamos enamorando, Gully.

—También yo lo creo, Jiz.

—Soy un trasto viejo, Gully. De ciento cinco años de edad. ¿Cómo eres tú?

—Monstruoso.

—¿Cuán monstruoso?

—Mi cara.

—Lo haces sonar como algo romántico. ¿Es una de esas excitantes cicatrices que hacen atractivo al hombre?

—No, lo verás cuando nos encontremos, nosotros. Eso está mal, ¿no, Jiz? He de decir tan sólo: cuando nos encontremos. Punto.

—Buen chico.

—Nos encontraremos algún día, ¿no es así, Jiz?

—Espero que pronto, Gully —la lejana voz de Jisbella se hizo segura y realista—. Pero tenemos que dejar de esperar y comenzar a trabajar. Tenemos que planear y prepararnos.

Entre los bajos fondos, Jisbella había adquirido una gran cantidad de información acerca de la Gouffre Martel. Nadie había logrado jauntar jamás fuera de los hospitales caverna, pero durante décadas el bajo mundo había estado recolectando y ensamblando información acerca de los mismos. Era de esos datos de los que Jisbella había obtenido su conclusión acerca de la Cadena de los Susurros que los unía. Era basándose en esta información sobre lo que comenzó a discutir la huida.

—Podemos lograrlo, Gully. No dudes de eso ni por un minuto. Debe haber docenas de puntos muertos en su sistema de seguridad.

—Nadie los ha encontrado antes.

—Nadie ha trabajado antes en equipo. Reuniremos la información que tiene cada uno y lo lograremos.

Ya no trastabillaba al ir y volver de Aseos. Palpaba las paredes del corredor, se fijaba en las puertas, estudiaba su contextura, contaba, escuchaba, deducía e informaba. Hizo una nota mental de cada paso hacia los corrales de Aseos y se la pasó a Jiz. Las preguntas que susurraba a los hombres que lo rodeaban en las salas de duchas y cepillado tenían ahora un objetivo. Juntos, Foyle y Jisbella construyeron un cuadro de la rutina de la Gouffre Martel y su sistema de seguridad.

Una mañana, al regresar de Aseos, fue detenido cuando iba a volver a introducirse en su celda.

—Siga en la fila, Foyle.

—Esto es Norte—111. Sé muy bien ya dónde tengo que detenerme.

—Siga caminando.

—Pero... —estaba aterrorizado—. ¿Me van a cambiar?

—Tiene visita.

Lo llevaron hasta el final del corredor Norte, donde se encontraba con los otros tres corredores principales que formaban la gran cruz del hospital. En el centro de la cruz estaban las oficinas administrativas, los talleres de manutención, los dispensarios y las instalaciones industriales. Foyle fue metido en una habitación, tan oscura como su celda. Cerraron la puerta tras él. Se dio cuenta de una débil silueta brillando en la oscuridad. No era más que el fantasma de una imagen con un cuerpo borroso y un cráneo de calavera. Dos discos oscuros en el rostro de esa calavera eran o las cuencas de los ojos o las gafas infrarrojas.

—Buenos días —dijo Saúl Dagenham.

—¿Usted? —exclamó Foyle.

—Yo. Tenemos cinco minutos. Siéntese. Hay una silla detrás de usted.

Foyle palpó la silla y se sentó lentamente.

—¿Lo está pasando bien? —inquirió Dagenham.

—¿Qué es lo que desea, Dagenham?

—Veo que ha habido un cambio —dijo secamente Dagenham—. La última vez que hablamos, su parte del diálogo consistió enteramente en «Váyase al infierno».

—Váyase al infierno, Dagenham, si eso lo hace sentirse mejor.

—Ha mejorado su agudeza; y también su forma de hablar. Ha cambiado —dijo Dagenham—. Ha cambiado demasiado y demasiado rápido. No me gusta. ¿Qué es lo que le ha pasado?

—He estado yendo a la escuela nocturna.

—Ya ha ido diez meses a esa escuela nocturna.

—¡Diez meses! —hizo eco asombrado Foyle—. ¿Tanto tiempo?

—Diez meses sin vista y sin oído. Diez meses solitario. Tendría que estar

deshecho.

—Oh, estoy deshecho, de verdad.

—Tendría que estar aullando. Tenía razón: es atípico. A este ritmo nos va a llevar demasiado tiempo. No podemos esperar. Me gustaría hacerle una nueva oferta.

—Hágala.

—El diez por ciento de los lingotes del Nomad. Dos millones.

—¡Dos millones! —exclamó Foyle— ¿Por qué no los ofreció en la otra ocasión?

—Porque no conocía su calibre. ¿Acepta?

—Casi. Aún no.

—¿Qué más hay?

—Me sacarán de la Gouffre Martel.

—Naturalmente.

—Y también a alguien más.

—Eso puede arreglarse —la voz de Dagenham se hizo más cortante—. ¿Algo más?

—Se me permitirá el acceso a los archivos de Presteign.

—De ningún modo. ¿Está loco? Sea razonable.

—Los archivos de sus líneas espaciales.

—¿Para qué?

—Para una lista del personal a bordo de una de sus naves.

—Oh —Dagenham recuperó su ánimo—. Puedo arreglar eso. ¿Algo más?

—No.

—Entonces estamos de acuerdo —Dagenham estaba contento. El fantasmal foco de luz se alzó de su silla—. Lo sacaremos en seis horas. Comenzaremos a arreglar las cosas para su amigo de inmediato. Es una pena que hayamos perdido todo este tiempo, pero nadie puede imaginarse lo que piensa, Foyle.

—¿Por qué no mandaron a un telépata para que me trabajase?

—¿Un telépata? Sea razonable, Foyle. No llegan a diez los telépatas completos que hay en todos los Planetas Interiores. Su tiempo está planificado para los próximos diez años. No pudimos persuadir a ninguno de ellos para que interrumpiese su trabajo a ningún precio.

—Le pido excusas, Dagenham. Creí que no sabía llevar bien a cabo su trabajo.

—Casi ha herido mis sentimientos.

—Ahora sé que está mintiendo.

—Me halaga.

—Podría haber contratado a un telépata. Por una parte de veinte millones podría haber contratado fácilmente a cualquiera.

—El gobierno nunca dejaría que...

—No todos ellos trabajan para el gobierno. Hay algo demasiado importante en

esto como para que lo averigüe un telémeta.

La mancha luminosa saltó a través de la habitación y asió a Foyle.

—¿Qué es lo que sabe, Foyle? ¿Qué es lo que está encubriendo? ¿Para quién trabaja? —Las manos de Dagenham temblaban—. ¡Cristo! Qué tonto he sido. Naturalmente que es usted poco usual. No es un espacionauta normal. Le he preguntado una cosa: ¿para quién trabaja?

Foyle se sacó las manos de Dagenham de encima.

—Para nadie —dijo—. Para nadie que no sea yo mismo.

—Nadie, ¿eh? ¿Ni siquiera su amigo de la Gouffre Martel a quien tiene tantos deseos de rescatar? Por Dios, casi me engañó, Foyle. Dígale al Capitán Y'ang-Yeovil que lo felicito. Tiene un equipo mejor del que creía.

—Nunca oí hablar de ese Y'ang-Yeovil.

—Usted y su colega se van a pudrir aquí dentro. No hay trato. Se quedarán aquí. Haré que lo trasladen a la peor celda del hospital. Lo hundiré en el fondo de la Gouffre Martel. Haré... ¡Guarda, aquí! ¡G...!

Foyle asió la garganta de Dagenham, lo echó al suelo, y golpeó su cabeza contra las losas. Dagenham se agitó una vez y se quedó quieto. Foyle le arrancó los anteojos del rostro y se los puso. La vista le regresó en un suave tono rojo, y aparecieron luces y sombras.

Estaba en una pequeña habitación de visitas, con una mesa y dos sillas. Foyle le sacó la chaqueta a Dagenham y se la colocó con dos tirones que abrieron las costuras de los hombros. El ancho sombrero de Dagenham estaba sobre la mesa. Foyle se lo encasquetó en la cabeza y bajó el ala sobre su rostro.

En paredes opuestas había dos puertas. Foyle abrió una rendija en una de ellas. Llevaba al corredor Norte. La cerró, saltó a través de la habitación y probó la otra. Se abría a un laberinto a prueba de jaunteo. Atravesó la puerta y se metió en él. Sin un guía que lo llevase a través del laberinto se perdió inmediatamente. Empezó a correr a lo largo de los giros y vueltas y se encontró de regreso en la sala de visitas. Dagenham estaba tratando de incorporarse. Foyle regresó al laberinto. Corrió. Llegó a una puerta cerrada y la abrió de un tirón. Le reveló un amplio taller iluminado por luz normal. Dos técnicos que trabajaban en una bancada de maquinaria levantaron la vista sorprendidos.

Foyle aferró un martillo, saltó sobre ellos como un cavernícola y los derribó. Tras él escuchó a Dagenham gritando en la distancia. Miró a su alrededor, perdido, temiendo descubrir que estaba atrapado en un callejón sin salida. El taller tenía forma de L. Foyle dio la vuelta al ángulo, atravesó la entrada de otro laberinto a prueba de jaunteo y se perdió de nuevo. El sistema de alarma de la Gouffre Martel comenzó a sonar. Foyle golpeó las paredes del laberinto con el martillo, destrozó los delgados paneles de plástico y se halló en el corredor Sur, iluminado por infrarrojos, del

cuadrante femenino.

Dos mujeres guardas llegaron por el corredor, corriendo a toda prisa. Foyle hizo girar su martillo y las derribó. Estaba cerca del inicio del corredor. Ante él se extendía una larga perspectiva de puertas de celdas, cada una de las cuales tenía un número incandescente. En lo alto, el corredor estaba iluminado por globos rojos. Foyle se alzó de puntillas y le dio un golpe al globo que estaba sobre él. Rompió a martillazos el portalámparas y golpeó el cable. Todo el corredor quedó a oscuras... hasta para los que llevaban anteojos.

—Nos iguala a todos; todos a oscuras ahora —jadeó Foyle; y corrió a lo largo del corredor, palpando la pared mientras lo hacía, contando las puertas de las celdas. Jisbella le había descrito con todo detalle el cuadrante Sur. Estaba contando su camino hacia Sur—900. Tropezó con una figura, otra guardia. Foyle la golpeó con su martillo. Ella chilló y se desplomó. Las pacientes comenzaron a aullar. Foyle perdió la cuenta, corrió y se detuvo.

—¡Jiz! —rugió.

Oyó su voz. Se encontró con otra guardia, la eliminó, corrió, localizó la celda de Jisbella.

—Gully, por Dios... —se oía apagadamente su voz.

—Échate atrás, muchacha. Atrás —golpeó tres veces con el martillo contra la puerta y la hundió. Entró en el interior y chocó contra un cuerpo.

—¿Jiz? —jadeó—. Excúsame... pasaba por aquí y me dije, le haré una visita.

—Gully, en el nombre de...

—Sí. ¿No es una rara forma de encontrarnos? Ven. Afuera, chica. ¡Afuera! — la arrastró fuera de la celda—. No podemos tratar de largarnos a través de las oficinas. Allí no me aprecian. ¿En qué dirección están vuestras cuadras de aseos?

—Gully, estás loco.

—Todo el cuadrante está a oscuras. Destrocé el cable de la luz. Tenemos la mitad de una posibilidad. Vamos, muchacha. Vamos.

Le dio un empujón, y ella lo guió a lo largo de los pasadizos hasta las salas automatizadas en las que se hallaban las cuadras de Aseos femeninos. Mientras manos mecánicas les sacaban los uniformes, los enjabonaban, enjuagaban, rociaban y desinfectaban, Foyle tanteó en busca del panel de cristal de la ventana de observación médica. Lo encontró, hizo volar el martillo y lo hizo pedazos.

—Pasa, Jiz.

La tiró a través de la ventana y la siguió. Los dos estaban desnudos, cubiertos de jabón, cortados y sangrantes. Foyle resbaló y chocó a través de la oscuridad, buscando la puerta por la que entraban los enfermeros.

—No puedo encontrar la puerta, Jiz. La puerta del hospital. Yo...

—¡Chissst!

—Pero...

—Cállate, Gully.

Una mano jabonosa encontró su boca y se apretó contra ella. Le agarró el hombro tan fuerte que sus uñas le atravesaron la piel. Por entre la confusión de las cavernas sonaba muy cerca el ruido de pisadas. Había guardias corriendo ciegos por las cuadras de Aseos. Las luces infrarrojas no habían sido reparadas todavía.

—Tal vez no se den cuenta de la ventana —silbó Jisbella—. Estate callado.

Se acurrucaron en el suelo. Los pasos recorrieron las salas en asombrada sucesión. Luego desaparecieron.

—Ya no hay peligro ahora —susurró Jisbella—. Pero traerán enseguida proyectores. Ven, Gully. Afuera.

—Pero la puerta a la clínica, Jiz. Pensé...

—No hay puerta. Usan escaleras espirales que luego retiran hacia arriba. También han pensado en esta posibilidad de escape. Tendremos que probar el ascensor de la ropa. Y no sé si nos servirá. ¡Oh, Gully, so tonto! Eres un gran tonto.

Atravesaron la ventana de observación, regresando a las cuadras. Buscaron en la oscuridad los ascensores por los que se llevaban los uniformes sucios y traían los nuevos. Y en la oscuridad las manos automáticas los enjabonaron, rociaron y desinfectaron de nuevo. No pudieron hallar nada.

El maullido de una sirena produjo ecos, repentinamente, a través de las cavernas, silenciando todo otro sonido. Luego hubo un silencio tan sofocante como la oscuridad.

—Están usando el G-Fono para buscarnos, Gully.

—¿El qué?

—Geofono. Puede captar un susurro a través de media milla de roca sólida. Es por eso por lo que han tocado la sirena para ordenar silencio.

—¿Y el ascensor de la ropa?

—No lo puedo encontrar.

—Entonces ven.

—¿Adónde?

—Vamos a correr.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero no me van a coger sentado. Ven. El ejercicio te irá bien.

De nuevo empujó a Jisbella frente a él y corrieron, jadeando y tropezando, a través de la oscuridad, hacia las profundidades del cuadrante Sur. Jisbella cayó en dos ocasiones, chocando contra giros en los pasadizos. Foyle se le adelantó y corrió, manteniendo el martillo en la mano, con el mango extendido ante él como si fuera una antena. Al final chocaron contra una pared lisa y se dieron cuenta de que habían alcanzado el extremo del corredor. Estaban enjaulados, atrapados.

—¿Y ahora qué?

—No sé. Parece como si también hubiésemos llegado al extremo de mis ideas. Lo que sí es seguro es que no podemos regresar. Le aticé a Dagenham en las oficinas. Odio a ese hombre. Parece una señal de peligro de muerte. ¿Se te ocurre algo, muchacha?

—Oh, Gully... Gully... —sollozó Jisbella.

—Esperaba que tuvieras ideas. «No más bombas», dijiste. Me gustaría tener una ahora. Podría... pero espera. —Tocó la rezumante pared contra la que estaban recostados. Notó las desigualdades de ladrillos cementados—. Boletín de noticias de G. Foyle: ésta no es una pared natural de la cueva. Es artificial. Ladrillos y cemento. Palpa.

Jisbella palpó la pared.

—¿Y?

—Significa que este pasadizo no acaba aquí. Continúa. Lo bloquearon. Apártate.

Empujó a Jisbella hacia el corredor. Llevó sus manos jabonosas al suelo para cubrirlas de polvo y comenzó a golpear con el martillo contra la pared. Lo hacía con un ritmo regular, gruñendo y jadeando. El martillo de acero golpeaba la pared con la ahogada concusión de las piedras que chocan bajo el agua.

—Vienen —dijo Jiz—. Los escucho.

Los golpes ahogados cambiaron a una tonalidad machacante y derrumbante. Se oyó un susurro, y luego una continua caída de cascotes sueltos. Foyle redobló sus esfuerzos.

Repentinamente se oyó un desplome y una bocanada de aire helado sopló contra sus rostros.

—Ya está —murmuró Foyle.

Atacó los bordes del agujero con ferocidad. Volaron ladrillos, cascotes y cemento. Se detuvo y llamó a Jisbella.

—Inténtalo.

Dejó caer el martillo, la cogió, y la alzó hasta la abertura. Ella gritó dolorida mientras trataba de escurrirse por entre los aguzados bordes. Foyle la apretó sin pausa hasta que logró pasar los hombros y luego las caderas. Dejó ir sus piernas y la oyó caer en el otro lado.

Foyle se alzó y se introdujo a través de la irregular abertura en la pared. Notó cómo las manos de Jisbella trataban de detener su caída mientras se desplomaba hacia una masa de cascotes y piedras. Habían pasado a la gélida oscuridad de las cavernas desocupadas de la Gouffre Martel... kilómetros de grutas inexploradas y de cavernas.

—Por Dios, aún lo podemos lograr —murmuró Foyle.

—No sé si hay salida, Gully —Jisbella estaba estremeciéndose de frío—. Tal vez esto sea un corredor sin salida, tapiado del resto del hospital.

—Tiene que haber una salida.

—No sé si la encontraremos.

—Tenemos que encontrarla. Vamos, muchacha.

Caminaron vacilantes en la oscuridad. Foyle se sacó las inútiles anteojeras de los ojos. Tropezaban contra bordes, ángulos, techos bajos; se caían por pendientes y escalones. Escalaron una lisa pared hasta un trecho llano, y luego el suelo desapareció bajo sus plantas. Cayeron pesadamente a un suelo cristalino. Foyle lo tocó y lo gustó con la lengua.

—Hielo —murmuró—. Buen signo. Estamos en una caverna helada, Jiz. Un glaciar subterráneo.

Se alzaron temblorosos, con las piernas vacilantes y caminaron a lo largo del hielo que se había estado formando en el abismo de la Gouffre Martel durante milenios. Subieron a un bosque de árboles pétreos que eran estalagmitas y estalactitas que surgían del suelo y del techo. Las vibraciones de cada paso soltaban las grandes estalactitas; tremendas lanzas de piedra que se desplomaban de lo alto. Al borde del bosque, Foyle se detuvo, extendió el brazo e hizo fuerza. Se oyó un sonido metálico. Tomó la mano de Jisbella y colocó en ella el largo cono de una estalagmita.

—Bastón —gruñó—. Úsalo como el de un ciego.

Desprendió otra y continuaron, tanteando con ellas, tropezando en la oscuridad. No había más sonido que el galope del pánico... su respiración jadeante y sus corazones alborotados, los golpes de sus bastones de piedra, el omnipresente gotear del agua, el distante fluir del río subterráneo bajo la Gouffre Martel.

—No por ahí, muchacha. —Foyle le tocó el hombro—. Más a la izquierda.

—¿Tienes la menor idea de a dónde nos dirigimos, Gully?

—Hacia abajo, Jiz. Sigue cualquier camino que lleve abajo.

—¿Tienes una idea?

—Sí. ¡Sorpresa, sorpresa! Cerebro en lugar de bombas.

—Cerebro en lugar de... —Jisbella se estremeció en una risa histérica—. Estallaste en el cuadrante sur c... con un martillo y ésa es t... tu idea de c... cerebro en lugar de b... b... b...

Rió y se estremeció fuera de control, hasta que Foyle la asió y la hizo detenerse.

—Cállate, Jiz. Si nos estuvieran siguiendo con el G-Fono podrían oírte hasta en Marte.

—Lo... lo siento, Gully. Lo siento. Yo... —Inspiró profundamente—. ¿Por qué hacia abajo?

—El río, ése que escuchamos constantemente. Debe estar cerca. Probablemente se origina por fusión del glaciar de allá atrás.

—¿El río?

—Es el único camino seguro hacia afuera. Debe salir de la montaña en algún

sitio. Nadaremos.

—¡Gully, estás loco!

—¿Qué es lo que pasa contigo? ¿Es que no sabes nadar?

—Sé nadar, pero...

—Entonces tenemos que probar. No nos queda más remedio, Jiz. Vamos.

El fluir del río se hizo más ruidoso cuando comenzaban a abandonarlos las fuerzas. Al fin, Jisbella hizo un alto, jadeando.

—Gully, tengo que descansar.

—Hace demasiado frío. Sigue moviéndote.

—No puedo.

—Sigue moviéndote. —Buscó su brazo.

—Sácame las manos de encima —gritó furiosamente. En un instante se había transformado en una furia. La soltó asombrado.

—¿Qué es lo que te pasa? Conserva la calma, Jiz. Dependo de ti.

—¿Para qué? Te dije que teníamos que planear... trabajar en un plan de escape... y ahora nos has metido en esta trampa.

—A mí me metieron en ella. Dagenham iba a hacerme cambiar de celda. Ya no podríamos haber usado la Cadena de los Susurros. Tenía que hacerlo, Jiz... y estamos fuera ¿no?

—¿Dónde fuera? Perdidos en la Gouffre Martel. Buscando un maldito río para ahogarnos en él. Eres un tonto, Gully, y yo soy idiota por dejarme atrapar en esto. ¡Maldito seas! ¡Maldito seas! Lo rebajas todo a tu nivel de imbécil y a mí también me has rebajado. Corre. Lucha. Golpea. Eso es todo lo que sabes. Aplasta. Rompe. Vuela. Destruye... ¡Gully!

Jisbella chilló. Se oyó un sonido de piedras que se sueltan en la oscuridad, y su chillido descendió y cayó hasta un fuerte chapoteo. Foyle oyó cómo se agitaba en el agua. Saltó hacia adelante. Gritó:

—¡Jiz! —Y cayó por el borde de un precipicio.

Cayó y golpeó el agua de plano con un impacto que le dejó sin aliento. El gélido río lo envolvió, y perdió la noción de dónde se hallaba la superficie. Luchó, se sofocó, y notó cómo la rápida corriente lo arrastraba contra la fría superficie de las rocas, y luego lo llevaba burbujeando hasta la superficie. Tosió y gritó. Oyó a Jisbella responder, con una voz débil y ahogada por el atronador torrente. Nadó con la corriente, tratando de alcanzarla.

Chilló, y escuchó cómo la respuesta se hacía más y más débil. El rugido se hizo más fuerte, y repentinamente fue lanzado por la silbante cortina de una cascada. Se hundió hasta el fondo de un profundo lago y luchó de nuevo hasta salir a la superficie. Los remolinos de la corriente lo llevaron contra un frío cuerpo que se aferraba a una lisa pared de roca.

—¡Jiz!

—¡Gully! ¡Gracias a Dios!

Se abrazaron por un momento mientras el agua trataba de llevárselos.

—Gully... —tosió Jisbella—. Sale por ahí.

—¿El río?

—Sí.

Pasó a su lado, sujetándose a la pared, y palpó la boca del túnel bajo el agua. La corriente trataba de absorberlos hacia él.

—Aguanta un momento —jadeó Foyle. Exploró hacia la izquierda y la derecha. Las paredes del lago eran lisas, sin asideros—. No podemos salir escalando. Tendremos que pasar.

—No hay aire, Gully. Ni superficie.

—No puede durar siempre. Aguantaremos la respiración.

—Tal vez sea más largo de lo que podamos estar aguantándola.

—Tendremos que arriesgarnos.

—No puedo hacerlo.

—Tienes que hacerlo. No hay más salida. Llénate los pulmones. Cógete a mí.

Se aguantaron el uno al otro fuera del agua, respirando profundamente, llenándose los pulmones. Foyle empujó a Jisbella hacia el túnel.

—Pasa tú primero. Yo iré detrás... te ayudaré si te metes en líos.

—¡Líos! —gritó Jisbella con voz temblorosa.

Se sumergió y permitió que la corriente la sorbiera por la boca del túnel. Foyle la siguió. Las rápidas aguas la llevaron hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, de un lado a otro de un túnel que había sido alisado hasta adquirir la textura del cristal. Foyle flotaba detrás de Jisbella, notando cómo sus piernas le golpeaban la cabeza y hombros.

Fueron llevados a través del túnel hasta que estallaron sus pulmones y se abrieron sus ciegos ojos. Entonces se oyó un rugir de nuevo, y hubo una superficie, y pudieron respirar. Las cristalinas paredes del túnel fueron reemplazadas por rocas cortantes. Foyle asió una pierna de Jisbella y se aferró a una proyección pétreo del costado del río.

—Tenemos que subir por aquí —gritó.

—¿Qué?

—Que tenemos que salir. ¿Oyes ese rugido ahí delante? Cataratas. Rápidos. Nos harían pedazos. Salgamos, Jiz.

Ella estaba demasiado débil como para poder salir del agua. Foyle la empujó a las rocas y la siguió. Yacieron sobre las húmedas piedras, demasiado exhaustos para hablar. Al fin, Foyle se puso cansadamente en pie.

—Tenemos que seguir —dijo—. Seguir el río. ¿Dispuesta?

No podía responderle; no podía protestar. La levantó y caminaron tambaleantes a través de la oscuridad, tratando de seguir la orilla del torrente. Las rocas por las que caminaban eran gigantescas, alzándose como dólmenes, amontonadas, apiladas, desparramadas formando un laberinto. Caminaron y se deslizaron por entre ellas, y perdieron el río.

Lo podían oír en la oscuridad; pero no podían regresar a él, no podían ir a ninguna parte.

—Perdidos... —gruñó disgustado Foyle—. Perdidos de nuevo. Perdidos de verdad, esta vez. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

Jisbella comenzó a llorar. Producía sonidos inermes pero furiosos. Foyle se detuvo y se sentó, atrayéndola hacia sí.

—Tal vez tengas razón, muchacha —dijo cansado—. Tal vez soy un maldito tonto. Te he traído a este lío de donde no podemos jauntear, y hemos perdido.

Ella no le contestó.

—Se acabó el trabajo cerebral. Menuda educación me diste —dudó—. ¿Crees que deberíamos tratar de regresar al hospital?

—Nunca lo conseguiríamos.

—Supongo que no. Tan sólo estaba haciendo funcionar mi cerebro. ¿Y si comenzásemos a hacer ruido? ¿Tal ruido que lo captasen en el G-Fono?

—Nunca nos oirían... nunca nos hallarían a tiempo.

—Podríamos hacer mucho ruido. Podrías darme de bofetadas durante un rato. Sería un placer para ambos.

—Cállate.

—¡Vaya lío! —Se echó hacia atrás, apoyando la cabeza en una masa de suave hierba—. Por lo menos tenía una oportunidad, a bordo del Nomad. Había comida y sabía a dónde trataba de ir. Podía...

Se detuvo en seco y se irguió de un salto.

—¡Jiz!

—No hables tanto.

Foyle tocó el suelo y arrancó terrones de tierra y puñados de hierba. Los apretó contra la cara de ella.

—Huele esto —rió—. Pruébalo. Es hierba. Tierra y hierba. Debemos estar fuera de la Gouffre Martel.

—¿Qué?

—Es de noche aquí fuera. Noche cerrada. El cielo está cubierto. Hemos salido de las cavernas sin enterarnos. ¡Estamos fuera, Jiz! Lo hemos conseguido.

Se pusieron en pie, atisbando, escuchando, oliendo. La noche era impenetrable, pero oyeron el suave suspiro de los vientos nocturnos, y el dulce aroma de las plantas. A lo lejos aulló un perro.

—Dios mío, Gully —susurró incrédula Jisbella—. Tienes razón. Estamos fuera de la Gouffre Martel. Todo lo que tenemos que hacer es esperar el amanecer.

Ella rió. Le echó los brazos alrededor del cuello y lo besó. Y él le devolvió el abrazo. Charlotearon excitados. Se dejaron caer de nuevo sobre la blanda hierba, cansados, pero incapaces de descansar, ansiosos, impacientes, con la vida frente a ellos.

—Hola, Gully, querido Gully. Hola, Gully, después de tanto tiempo.

—Hola, Jiz.

—Te dije que nos encontraríamos algún día... pronto. Te lo dije, cariño. Y hoy es el día.

—La noche.

—La noche, así es. Pero ya no tendremos que seguir murmurando en la oscuridad por la Cadena de los Susurros. Ya no habrá más noche para nosotros, Gully, querido.

De pronto se dieron cuenta de que estaban desnudos, acostados cerca, ya no separados. Jisbella se quedó en silencio, pero no se movió. Foyle la abrazó, casi furiosamente, y la envolvió con un deseo que no era inferior al de ella.

Cuando llegó el amanecer, Foyle vio que ella era hermosa: alta y delgada, pelo rojo ceniza y generosa boca.

Pero, cuando llegó el alba, ella vio su rostro.

Seis

Harley Baker, doctor en medicina, tenía un pequeño consultorio, entre Montana y Oregon, que era un negocio legítimo, pero que casi no llegaba para pagar el gasoil que consumía cada fin de semana participando en las carreras de tractores antiguos que estaban de moda en el Sahara. Sus ingresos reales los ganaba en la Fábrica de Fenómenos en Trenton, a la que Baker jaunteaba cada noche de lunes, miércoles y viernes. Allí, por unas enormes sumas y sin hacer preguntas, Baker creaba monstruosidades para el negocio del espectáculo y reconstruía la piel, músculo y huesos del bajo mundo.

Parecido a una comadrona masculina, Baker estaba sentado en la fresca glorieta de su mansión de Spokane escuchando como Jiz McQueen acababa la historia de su escapatoria.

—Una vez llegamos a campo abierto fuera de la Gouffre Martel, ya fue fácil. Encontramos un refugio, entramos en él y conseguimos algunas ropas. Además había allí escopetas... bellos artefactos de acero para matar con explosivos. Los robamos y se los vendimos a gente de por allí. Entonces nos pagamos un viaje a la más cercana plataforma de jaunteo que habíamos memorizado.

—¿Cuál?

—Biarritz.

—¿Viajasteis de noche?

—Naturalmente.

—¿Intentasteis hacer algo con el rostro de Foyle?

—Lo probamos con cosméticos, pero no nos fue bien. El maldito tatuaje se veía a través. Entonces compré un producto para hacer mascarillas oscuras y lo rocié con él.

—¿Os sirvió de algo?

—No —dijo irritada Jiz—. Uno tiene que mantener la cara inerte o de lo contrario la mascarilla se cuartea y se desprende. Foyle no podía controlarse. Nunca lo ha podido. Fue un infierno.

—¿Dónde está ahora?

—Sam Quatt lo lleva a remolque.

—Creí que Sam se había retirado de los negocios.

—Lo hizo —dijo Jisbella adusta—, pero me debe algún favor. Está cuidando de Foyle. Circulan jaunteando para evitar a los policías.

—Interesante —murmuró Baker—. Nunca en mi vida he visto a nadie tatuado. Creí que era un arte perdido. Me gustaría añadirlo a mi colección. ¿Sabías que colecciono curiosidades, Jiz?

—Todo el mundo sabe de ese zoo que tienes en Trenton, Baker. Es monstruoso.

—Obtuve un verdadero quiste fraterno el mes pasado —comenzó a decir

entusiásticamente Baker.

—No quiero ni oír hablar de eso —le cortó Jiz—. Y no quiero ver a Foyle en tu zoo. ¿Le puedes sacar esa porquería del rostro? ¿Limpiárselo? Dice que en el Hospital General no supieron hacerlo.

—Es porque no tienen mi experiencia, cariño. Humm. Creo que alguna vez leí algo... en alguna parte... ¿dónde debía ser...? Espera un minuto —Baker se puso en pie y desapareció con un débil chasquido. Jisbella paseó por la glorieta furiosamente hasta que apareció veinte minutos más tarde con un libro hecho trizas en sus manos y una expresión triunfal en el rostro.

—Ya lo tengo —dijo Baker—. Lo vi en los archivos de la Caltech hace tres años. Te dejo que admires mi memoria.

—Al infierno con tu memoria. ¿Qué hay de su rostro?

—Puede hacerse. —Baker pasó las frágiles páginas y meditó—. Sí, puede hacerse. Con un ácido especial. Lo tendré que sintetizar, pero... —cerró el libro y agitó enfáticamente la cabeza—. Lo puedo hacer. Sólo que parece una pena el estropear esa cara si es tan única como la describes.

—¿Querrás olvidarte de tu afición? —exclamó exasperada Jisbella—. Estamos en líos, ¿comprendes? Somos los primeros que jamás han logrado escapar de la Gouffre Martel. Los policías no descansarán hasta que nos lleven de vuelta. Esto es algo especial para ellos.

—Pero...

—¿Cuánto tiempo crees que podríamos escapar de ellos con Foyle yendo por ahí con esa cara tatuada?

—¿Por qué estás tan enfadada?

—No estoy enfadada. Estoy explicándote.

—Sería feliz en el zoo —le dijo persuasivo Baker—. Y allí tendría un buen refugio. Lo pondría en la habitación contigua a la muchacha cíclope...

—Ni hablar del zoo. Y eso es definitivo.

—De acuerdo, cariño. ¿Pero por qué estás tan preocupada por ese Foyle? No tiene nada que ver contigo.

—¿Por qué te preocupa lo que a mí me preocupa? Te pido que hagas un trabajo. Te voy a pagar por él.

—Será muy caro, cariño. Y me caes bien. Estoy tratando de ahorrarte dinero.

—No, no es por eso.

—Entonces, es por curiosidad.

—Entonces digamos que le tengo gratitud. Me ayudó; ahora le ayudo yo.

Baker sonrió cínicamente.

—Entonces ayudémosle dándole una cara nueva.

—No.

—Ya me lo pensaba. Quieres que le limpie la cara porque su cara te interesa.

—Maldito seas, Baker, ¿harás el trabajo o no?

—Te costará cinco mil.

—Detállamelos.

—Un millar por sintetizar el ácido. Tres mil por la cirugía. Y un millar por...

—¿Tu curiosidad?

—No, cariño. —Baker sonrió de nuevo—. Un millar por la anestesia.

—¿Por qué anestesia?

Baker volvió a abrir el antiguo libro.

—Parece ser una operación dolorosa. ¿Sabes cómo hacen un tatuaje? Toman una aguja, la mojan en tinte y pinchan con ella la piel. Para sacar ese tinte tendré que trabajarle la cara con una aguja, poro a poro, metiéndole el ácido. Le dolerá.

Los ojos de Jisbella destellaron.

—¿Puedes hacerlo sin la droga?

—Yo puedo, cariño, pero Foyle...

—Al infierno con Foyle. Te pagaré cuatro mil. Nada de drogas, Baker. Deja que Foyle sufra.

—¡Jiz! No sabes en lo que lo vas a meter.

—Lo sé. Deja que sufra —rió tan furiosamente que asustó a Baker—. Deja que su rostro le haga sufrir también a él.

La fábrica de fenómenos de Baker ocupaba un edificio redondo de tres pisos que en otro tiempo había sido uno de los edificios de un ferrocarril suburbano antes de que el jaunteo terminase con la necesidad del ferrocarril suburbano. La antigua edificación cubierta de yedra se alzaba junto a los pozos de cohetes de Trenton, y las ventanas traseras daban a las bocas de los pozos, y los pacientes de Baker podían divertirse contemplando cómo las astronaves subían y bajaban silenciosamente a lo largo de los haces antigravitatorios, con sus ojos de buey encendidos, las luces de señales parpadeando y sus cascos chisporroteando con los fuegos de San Telmo mientras la atmósfera se llevaba las cargas electrostáticas formadas en el espacio exterior.

La planta baja de la fábrica contenía el zoo de curiosidades anatómicas de Baker, monstruos y seres naturalmente anómalos comprados y/o secuestrados. Baker estaba apasionadamente enamorado de esas criaturas y pasaba largas horas con ellas, emborrachándose con el espectáculo de su deformidad tal como otros hombres se saturan con la belleza del arte. El piso medio de la edificación contenía alcobas para los pacientes post-operados, laboratorios, habitaciones para el personal y cocinas. El piso alto contenía los quirófanos.

En uno de éstos, una pequeña sala utilizada normalmente para experimentos retinales, Baker estaba trabajando en el rostro de Foyle. Bajo una potente batería de

lámparas, se inclinaba sobre la mesa de operaciones trabajando meticulosamente con un pequeño martillito de acero y una aguja de platino. Iba siguiendo la trama del antiguo tatuaje en el rostro de Foyle, buscando cada diminuta cicatriz de la piel y clavando la aguja en ella. La cabeza de Foyle estaba aferrada por una abrazadera, pero su cuerpo estaba suelto. Sus músculos se estremecían a cada golpe del martillo, pero no se movía. Se aferraba a los lados de la mesa.

—Control —decía entre dientes—. Querías que aprendiese a controlarme, Jiz. Estoy practicando. —Se estremeció.

—No se mueva —le ordenó Baker.

—Es que me hace cosquillas.

—Se está portando muy bien, hijo —le dijo Sam Quatt, con cara de náusea. Contempló de lado el furioso rostro de Jisbella—. ¿Qué dices tú, Jiz?

—Está aprendiendo.

Baker continuó mojando y clavando la aguja.

—Escuche, Sam —murmuró Foyle, casi inaudible—. Jiz me contó que tiene una nave propia. El crimen sí paga, ¿eh?

—Sí, el crimen paga. Tengo un pequeño aparato de cuatro plazas. Bimotor. Del tipo que llaman de «Fin de Semana en Saturno».

—¿Por qué Fin de Semana en Saturno?

—Porque un fin de semana en Saturno llevaría noventa días. Y puede llevar provisiones y combustible para tres meses.

—Justo lo que necesito —murmuró Foyle. Se estremeció y se controló—. Sam, deseo alquilar su nave.

—¿Para qué?

—Para algo peligroso.

—¿Legal?

—No.

—Entonces no me sirve, hijo. He perdido el valor. El jauntear contigo, seguidos por los policías, me lo demostró. Me he retirado definitivamente. Todo lo que deseo es paz.

—Le pagaré cincuenta mil. ¿No le interesan cincuenta mil? Podría pasar los domingos contándolos.

La aguja golpeaba implacable. El cuerpo de Foyle se estremecía a cada impacto.

—Ya tengo cincuenta mil. Tengo diez veces esa cantidad en dinero efectivo en un banco de Viena. —Quatt buscó en su bolsillo y sacó un anillo con brillantes llaves radiactivas—. Aquí está la llave del banco. Ésta es la llave de mi casa en Joburg: veinte habitaciones, veinte acres. Esta otra es la de mi nave en Montauk. No me podrás tentar, hijo. Lo dejé todo cuando aún estaba a tiempo. Jauntaré de vuelta a Joburg y viviré feliz por el resto de mi vida.

—Déjeme la nave. Usted podrá estar tranquilo en Joburg y luego cobrar.

—¿Cobrar cuándo?

—Cuando regrese.

—¿Quiere que le deje mi nave con tan sólo una promesa de pago?

—Tengo una garantía.

Quatt dio un bufido.

—¿Qué garantía?

—Es un trabajo de rescate en los asteroides. Una nave llamada Nomad.

—¿Qué es lo que hay en el Nomad? ¿Por qué vale la pena ese rescate?

—No lo sé.

—Está mintiendo.

—No lo sé —repitió Foyle con tozudez—. Pero tiene que haber algo de valor.

Pregúnteselo a Jiz.

—Escuche —le dijo Quatt—. Le voy a enseñar algo. Hacemos los negocios honradamente, ¿comprende? No nos andamos con trampas. No nos guardamos la información. Sé lo que tiene en mente. Sabe de algo jugoso y no quiere que nadie más se aproveche. Es por eso por lo que pide favores...

Foyle se estremeció bajo la aguja pero, aún asido por la abrazadera de su idea fija, se vio obligado a repetir:

—No lo sé, Sam. Pregúnteselo a Jiz.

—Si quiere un trato honesto, haga una propuesta honesta —le dijo irritado Quatt—. No vaya merodeando como un maldito tigre tatuado pensando cómo saltar. Somos los únicos amigos que tiene. No trate de hacernos trampas...

Fue interrumpido por un grito arrancado de los labios de Foyle.

—No se mueva —dijo Baker con voz abstraída—. Cuando mueve la cara, no puedo controlar la aguja.

Miró dura y largamente a Jisbella. Los labios de ella temblaron. Repentinamente, abrió su bolso y sacó dos billetes de quinientos créditos. Los dejó caer al lado de la botella de ácido.

—Esperaremos fuera —dijo.

Se desmayó en el pasillo. Quatt la llevó hasta un sillón y encontró una enfermera que la revivió. Comenzó a llorar tan violentamente que Quatt se asustó. Despidió a la enfermera y esperó hasta que los sollozos se calmaron.

—¿Qué infiernos está ocurriendo? —preguntó—. ¿Para qué era ese dinero?

—Era dinero ensangrentado.

—¿Para qué?

—No quiero hablar de eso.

—¿Se encuentra bien?

—No.

—¿Puedo hacer algo?

—No.

Hubo una larga pausa. Luego, Jisbella preguntó con voz cansada:

—¿Va a hacer ese trato con Gully?

—¿Yo? No. Suena como una posibilidad entre un millar.

—Tiene que haber algo valioso en el Nomad. De otra forma Dagenham no habría perseguido tanto a Gully.

—Sigo sin estar interesado. ¿Y usted?

—¿Yo? Tampoco estoy interesada. No quiero volver a ver a Gully Foyle de nuevo.

Tras otra pausa, Quatt preguntó:

—¿Puedo irme ya a casa?

—¿Lo ha pasado mal, Sam?

—Creo que morí un millar de veces mientras hacía de niñera a ese tigre en el jaunteo.

—Lo siento, Sam.

—Me lo merecía por lo que hice cuando nos acorralaron en Memphis.

—El escapar en aquella ocasión fue lo natural, Sam.

—Siempre hacemos lo natural, sólo que a veces no deberíamos.

—Lo sé, Sam. Lo sé.

—Y uno pasa el resto de su vida tratando de arreglarlo. Creo que yo he sido afortunado, Jiz. Logré quedar en paz esta noche. ¿Puedo irme a casa ahora?

—¿De regreso a Joburg y a la vida feliz?

—Ajá.

—No me deje sola aún, Sam. Me avergüenzo de mí misma.

—¿Por qué?

—Por crueldad hacia los animales estúpidos.

—¿Qué significa eso?

—No se preocupe. Quédese un ratito. Cuénteme de esa vida feliz. ¿Qué es lo que hay de feliz en ella?

—Bueno —dijo reflexivamente Quatt—. Es el tener todo lo que uno deseó cuando era niño. Si uno puede tener a los cincuenta años todo lo que deseó cuando tenía quince, uno es feliz. Y, cuando yo tenía quince años...

Y Quatt continuó largo rato, describiendo los símbolos, ambiciones y frustraciones de su juventud, que ahora estaba satisfaciendo, hasta que Baker salió del quirófano.

—¿Terminado? —preguntó ansiosa Jisbella.

—Terminado. Cuando lo anestesié, pude trabajar más rápido. Ahora le están vendando la cara. Saldrá en unos minutos.

—¿Débil?

—Naturalmente.

—¿Cuánto tiempo tendrá que llevar los vendajes?

—Seis o siete días.

—¿Le quedará limpia la cara?

—Pensé que no te interesaba su rostro, cariño. Tendría que estar limpia. No creo haberme dejado ni una gota de pigmento. Tienes que admirar mi habilidad, Jisbella... y también mi sagacidad. Voy a financiar el viaje de rescate de Foyle.

—¿Cómo? —rio Quatt—. ¿Va a aceptar una apuesta de uno contra un millar, Baker? Creí que era más listo.

—Lo soy. El dolor era demasiado fuerte y habló bajo la anestesia. Hay veinte millones en lingotes de platino a bordo del Nomad.

—¡Veinte millones! —el rostro de Sam Quatt se oscureció y se volvió hacia Jisbella. Pero ella también estaba furiosa.

—No me mire, Sam. No lo sabía. También me lo ocultó. Me juró que no sabía por qué lo perseguía Dagenham.

—Fue Dagenham el que se lo dijo —comentó Baker—. También confesó eso.

—Lo mataré —dijo Jisbella—. Lo despedazaré con mis propias manos y seguro que en su interior no encontraré más que podredumbre. Será una curiosidad para tu zoo, Baker; ¡desearía habértelo cedido!

Se abrió la puerta del quirófano y dos enfermeros sacaron una camilla sobre la que yacía Foyle, estremeciéndose ligeramente. Toda su cabeza era una masa de vendajes.

—¿Está consciente? —preguntó Quatt a Baker.

—Déjemelo a mí —estalló Jisbella—. Yo hablaré con este hijo de puta... ¡Foyle!

Foyle respondió débilmente a través de la máscara de vendajes. Mientras Jisbella tomaba una furiosa bocanada de aire para iniciar su ataque, desapareció una pared del hospital y se oyó el restallar de un trueno que los derribó por el suelo. Todo el edificio se agitó por repetidas explosiones, y a través de las aberturas en las paredes comenzaron a jauntar hombres uniformados procedentes del exterior, como piezas de ajedrez moviéndose en un tablero.

—¡Incurción! —gritó Baker—. ¡Incurción!

—¡Cristo Jesús! —Se agitó Quatt.

Los hombres uniformados estaban hormigueando por el edificio, gritando:

—¡Foyle! ¡Foyle! ¡Foyle! ¡Foyle!

Baker desapareció con un chasquido. Los enfermeros también jauntaron, abandonando la camilla en la que Foyle agitaba sus brazos y piernas, haciendo débiles sonidos.

—¡Es un maldito asunto! —dijo Quatt, empujando a Jisbella—. ¡Váyase, muchacha, váyase!

—¡No podemos dejar a Foyle! —gritó Jisbella.

—¡Despierte, muchacha! ¡Váyase!

—No podemos dejarlo solo.

Jisbella agarró la camilla y corrió a lo largo del pasillo. Quatt lo hizo a su lado. El rugido en el hospital sonó más fuerte:

—¡Foyle! ¡Foyle! ¡Foyle!

—¡Déjelo, por Dios! —urgió Quatt—. Que se lo lleven ellos.

—No.

—Nos harán la loba si nos cogen, muchacha.

—No podemos dejarlo.

Giraron una esquina y tropezaron con una aullante masa de pacientes postoperatorios: hombres pájaro que agitaban las alas, sirenas que se arrastraban por el suelo como focas, hermafroditas, gigantes, pigmeos, gemelos bicéfalos, centauros, y una maullante esfinge. Se abalanzaron sobre Jisbella y Quatt aterrorizados.

—¡Saquémoslo de la camilla! —aulló Jisbella.

Quatt arrancó a Foyle de la camilla. Éste se puso en pie y se tambaleó. Jisbella lo tomó de un brazo y, entre ella y Sam, lo llevaron a través de una puerta hasta una sala repleta de los fenómenos temporales de Baker: individuos con un sentido del tiempo acelerado, que pasaban como flechas de un lado a otro de la sala con la rapidez de colibríes y emitiendo agudos chillidos como murciélagos.

—Jauntéelo fuera, Sam.

—¿Después de la forma en que trató de engañarnos a todos?

—No podemos dejarlo ahora, Sam. Debería de haberse dado cuenta. Jauntéelo fuera. ¡A donde Caister!

Jisbella ayudó a Quatt a echarse a Foyle al hombro. Los fenómenos temporales parecían llenar la sala con relámpagos gritones. Se abrieron violentamente las puertas. A través de la sala aullaron una docena de descargas de armas neumáticas, derribando a los pacientes temporales en sus giros. Quatt fue aplastado contra una pared, dejando caer a Foyle. Un hematoma apareció en su sien.

—Escape de aquí —rugió Quatt—. Estoy acabado.

—¡Sam!

—Estoy acabado. No puedo jauntear. ¡Váyase, muchacha!

Tratando de luchar contra la contusión que le impedía jauntear, Quatt se irguió y abalanzó, chocando contra los hombres uniformados que entraban en la sala. Jisbella tomó el brazo de Foyle y lo arrastró a la parte trasera del piso, a través de una despensa, un dispensario, una lavandería y bajando viejas escaleras que crujían y dejaban escapar nubes de polvo de termitas.

Llegaron hasta una bodega que contenía alimentos. El zoo de Baker se había escapado de sus celdas en el caos y sus componentes se hallaban en la bodega como si fueran abejas comiendo glotonamente la miel de una colmena enemiga. Una muchacha cíclope estaba atiborrándose la boca con puñados de manteca sacados de un barril. Su único ojo situado sobre el puente de la nariz los contempló con ira.

Jisbella arrastró a Foyle a través de la bodega. Encontró una puerta cerrada y la abrió de una patada. Medio cayeron por unos escalones ruinosos y se encontraron en lo que en otro tiempo había sido una carbonera. Los golpes y rugidos de allá arriba sonaban más profundos y huecos. Una rampa de caída en un lado del sótano estaba cerrada con una puerta de hierro asegurada por barras. Jisbella colocó las manos de Foyle sobre las barras. Juntos las apartaron y salieron de la carbonera a través de la rampa de descarga.

Estaban fuera de la fábrica de fenómenos, apretados contra la pared de atrás. Ante ellos se hallaban los pozos de cohetes de Trenton, y mientras trataban de recobrar el aliento Jiz vio cómo un carguero se deslizaba bajando por los haces antigravitatorios hasta un pozo que lo esperaba. Sus ojos de buey brillaban, y sus luces de señalización parpadeaban como signos de neón, iluminando la pared trasera del hospital.

Una figura saltó del techo del hospital. Era Sam Quatt intentando un vuelo desesperado. Atravesó el espacio, agitando brazos y piernas, tratando de alcanzar el haz antigravitatorio del pozo más cercano para así ser atrapado en el aire y caer lentamente. Su intento fue perfecto. A veinte metros sobre el suelo se encontró directamente sobre la vertical del haz. No estaba en funcionamiento. Cayó y se aplastó contra el borde del pozo.

Jisbella sollozó. Manteniendo automáticamente aferrado el brazo de Foyle, corrió a lo largo del concreto hasta el cuerpo de Sam Quatt. Al llegar, dejó a Foyle y tocó tiernamente la cabeza de Quatt. Sus dedos estaban manchados de sangre. Foyle se arrancó la venda de los ojos, haciendo un par de agujeros en la gasa. Murmuró para sí mismo, escuchando cómo Jisbella lloraba y oyendo los gritos que provenían de la fábrica de Baker allá atrás. Sus manos palparon el cuerpo de Quatt, luego se levantó y trató de alzar a Jisbella.

—Tenemos que irnos —croó—. Tenemos que escapar. Nos han visto.

Jisbella no se movió. Foyle hizo acopio de toda su fuerza y la alzó.

—Times Square —murmuró—. ¡Jauntea, Jiz!

Aparecieron figuras uniformadas a su lado. Foyle dio un tirón al brazo de Jisbella y jaunteó a Times Square, donde masas de jaunteadores que se hallaban en la gigantesca plataforma contemplaron asombrados al enorme hombre que tenía un globo de vendajes blancos por cabeza. La plataforma tenía el tamaño de dos campos de fútbol. Foyle contempló a su alrededor a través de los vendajes. No se veía ni señales de Jisbella, pero podía estar en cualquier lugar. Alzó la voz en un grito:

—¡Montauk, Jiz! ¡Montauk! ¡La plataforma de la Locura!

Foyle jaunteó con una última chispa de energía y una oración. Un gélido viento del noreste estaba soplando desde Block Island y desparramando frágiles cristales de hielo a lo largo de la plataforma situada junto a una ruina medieval conocida como la Locura de Fisher. Había otra persona en la plataforma. Foyle llegó hasta ella por entre el viento y la nieve. Era Jisbella, que parecía perdida y helada.

—Gracias a Dios —murmuró Foyle—. Gracias a Dios. ¿Dónde guarda Quatt su nave?

Sacudió el hombro de Jisbella.

—¿Dónde guarda Sam su nave?

—Sam está muerto.

—¿Dónde guarda ese Fin de Semana en Saturno?

—Se ha retirado, Sam se ha retirado. Ya no tiene miedo.

—¿Dónde está la nave, Jiz?

—En los pozos junto al faro.

—Ven.

—¿Adónde?

—A la nave de Sam. —Foyle llevó su enorme mano ante los ojos de Jisbella: en su palma se encontraba un grupo de radiantes llaves—. Tengo sus llaves. Ven.

—¿Te las dio?

—Las cogí de su cadáver.

—¡Ogro! —comenzó a reír—. Mentiroso... sanguijuela... tigre... ogro. El cáncer que camina: Gully Foyle.

No obstante, lo siguió a través de la tempestad de nieve hasta el faro de Montauk.

A los tres acróbatas ataviados con pelucas empolvadas, a las cuatro vistosas mujeres que llevaban serpientes pitones, a un niño de rizos dorados y cínica boca, a un duelista profesional con armadura medieval, y a un hombre que usaba una pierna de cristal hueca en la que nadaban peces de colores, Saúl Dagenham les dijo:

—De acuerdo, la operación ha terminado. Llamad a los demás y decidles que regresen a los cuarteles de los Correos.

La compañía de variedades jaunteó y desapareció. Regis Sheffield se frotó los ojos y preguntó:

—¿Qué es lo que se suponía que era esta locura, Dagenham?

—¿Le preocupa a su mente legal? Era parte del equipo de nuestra operación FFCC: Follón, Fantasía, Confusión y Catástrofe. —Dagenham se volvió hacia Presteign y le sonrió con su sonrisa de calavera—. Le devolveré lo que me pagó si así lo desea, Presteign.

—No se irá a retirar.

—No, me lo estoy pasando en grande. Lo haría gratis. Jamás me he enfrentado con un hombre del calibre de Foyle. Es único.

—¿En qué sentido? —preguntó Sheffield.

—Lo preparé todo para que escapase de la Gouffre Martel. Y lo hizo, pero no a mi manera. Traté de mantenerlo lejos de las manos de la policía con confusión y catástrofe. Evitó a la policía. Pero no a mi manera, sino a la suya. Traté de tenerlo a salvo de la Central de Inteligencia con el follón y la fantasía. Y estuvo a salvo... de nuevo a su manera. Traté de llevarlo a una nave para que pudiera ir en busca del Nomad. No siguió mi pista, pero consiguió su nave. Ahora está a bordo de ella.

—¿Lo siguen?

—Naturalmente —Dagenham dudó—. Pero ¿qué es lo que estaba haciendo en la factoría de Baker?

—¿Cirugía plástica? —sugirió Sheffield—. ¿Una nueva cara?

—No es posible. Baker es bueno, pero no puede hacer una operación de cirugía estética tan rápidamente. Debió de ser algo menos complicado. Foyle caminaba por sí mismo con sólo la cabeza vendada.

—El tatuaje —dijo Presteign.

Dagenham asintió, y la sonrisa abandonó sus labios.

—Esto es lo que me preocupa. ¿Se da cuenta, Presteign, de que si Baker le quitó el tatuaje jamás reconoceremos a Foyle?

—Querido Dagenham, su rostro no habrá cambiado.

—Nunca le vimos el rostro... tan sólo la máscara.

—Jamás he visto a ese hombre —dijo Sheffield—. ¿Cómo es esa máscara?

—Como un tigre. Tuve dos largas entrevistas con Foyle. Debería saberme de memoria su rostro, pero no es así. Todo lo que recuerdo es el tatuaje.

—Ridículo —dijo rudamente Sheffield.

—No. Hay que ver a Foyle para darse cuenta. No obstante, no importa. Nos llevará hasta el Nomad. Nos llevará hasta sus lingotes y el Piros, Presteign. Casi lamento que todo esté acabado o casi. Como le dije, me lo he estado pasando en grande. Realmente es único.

Siete

El Fin de Semana en Saturno estaba construido como un yate de placer; era amplio para cuatro, espacioso para dos, pero no lo bastante espacioso para Foyle y McQueen. Foyle dormía en la cámara principal; Jiz permanecía en el camarote.

Al séptimo día, Jisbella habló con Foyle por segunda vez.

—Saquemos esos vendajes, ogro.

Foyle dejó la cocina donde estaba calentando café y avanzó a patadas hasta el baño. Flotó en el interior siguiendo a Jisbella y se asió delante del espejo del lavabo. Jisbella se aferró a éste, abrió una cápsula de éter y comenzó a humedecer y arrancar el vendaje con manos duras y de odio. Las tiras de gasa se desprendían lentamente. Foyle estaba en una agonía de suspenso.

—¿Crees que Baker hizo un buen trabajo? —preguntó.

No hubo respuesta.

—¿Se dejaría algo?

Continuó desprendiendo.

—Me dejó de doler hace dos días.

No hubo respuesta.

—¡Por Dios, Jiz! ¿Aún sigue la guerra?

Las manos de Jisbella se detuvieron. Contempló el rostro vendado de Foyle con odio.

—¿Qué crees?

—Te lo he preguntado.

—La respuesta es sí.

—¿Por qué?

—Nunca lo comprenderías.

—Haz que lo comprenda.

—Cállate.

—Si estamos en guerra, ¿por qué viniste conmigo?

—Para obtener lo de Sam y mío.

—¿Dinero?

—Cállate.

—No tenías por qué haberlo hecho. Podías haber confiado en mí.

—¿Confiado en ti? ¿En ti? —Jisbella rió sin humor, y volvió a comenzar su tarea.

Foyle le apartó las manos.

—Lo haré yo mismo.

Lo abofeteó a través del vendaje.

—Harás lo que te diga. ¡Estate quieto, ogro!

Continuó desenrollando el vendaje. Sacó una tira que dejó al descubierto los ojos

de Foyle. Contemplaban a Jisbella, oscuros y pensativos. Los párpados estaban limpios; el puente de la nariz estaba limpio. Apartó otra venda de la barbilla de Foyle. Tenía un color negroazulado. Foyle, mirando al espejo, se atragantó.

—¡Se olvidó de la barbilla! —exclamó—. Baker metió la pata...

—Cállate —le contestó secamente Jiz—. Eso es tu barba.

Los vendajes internos salieron rápidamente, revelando las mejillas, la boca y la frente. La frente estaba limpia, las mejillas bajo los ojos estaban limpias, el resto estaba cubierto por una barba negroazulada de siete días.

—Aféitate —ordenó Jiz.

Foyle tomó agua, se empapó la cara, se pasó el unguento de afeitar y se lo limpió con agua, llevándose la barba. Entonces se acercó al espejo y se inspeccionó, sin darse cuenta de que la cabeza de Jisbella estaba cerca de la suya mientras también contemplaba el espejo. No quedaba ni una marca del tatuaje. Ambos dieron un suspiro.

—Está limpia —dijo Foyle—. Limpia. Hizo un buen trabajo.

De pronto se acercó aún más y se inspeccionó más de cerca. Su rostro le parecía nuevo, tan nuevo como a Jisbella.

—Estoy cambiando. No recuerdo que fuera así. ¿Me hizo también algo de cirugía?

—No —dijo Jisbella—. El cambio ha sido interior. Lo que estás viendo es el ogro, junto con el mentiroso y el tramposo.

—¡Por Dios! Calla ya. ¡Déjame tranquilo!

—Ogro —repitió Jisbella, contemplando el rostro de Foyle con ojos fosforescentes—. Mentiroso. Tramposo.

La tomó por los hombros y la arrojó al corredor. Voló hasta la cámara principal, se cogió a una barra de retén y se detuvo.

—¡Ogro! —gritó—. ¡Mentiroso! ¡Tramposo! ¡Ogro! ¡Sanguijuela! ¡Bestia!

Foyle la persiguió, la cogió de nuevo y la agitó violentamente. Su cabello rojo se desprendió del pasador que lo sujetaba en la nuca y flotó como las trenzas de una sirena. La ardiente expresión de su rostro transformó la ira de Foyle en pasión. La envolvió y hundió su nuevo rostro en sus senos.

—Sanguijuela —murmuró Jiz—. Animal.

—Oh, Jiz...

—La luz —susurró Jisbella. Foyle tanteó ciegamente hacia los conmutadores de la pared y apretó botones, y el Fin de Semana en Saturno navegó hacia los asteroides con los portillos oscurecidos.

Flotaron juntos en la cabina, adormilados, murmurando, tocándose tiernamente durante horas.

—Pobre Gully —susurraba Jisbella—. Pobrecito Gully...

—Nada de pobre —dijo—. Rico... pronto.

—Sí, rico y vacío. No tienes nada en tu interior, Gully querido... nada más que odio y venganza.

—Es bastante.

—Bastante para ahora. Pero ¿y luego?

—¿Luego? Eso depende.

—Depende de lo que tengas dentro, Gully. De a lo que puedas cogerte.

—No. Mi futuro depende de lo que pueda sacarme.

—Gully... ¿por qué no me lo contaste todo en la Gouffre Martel? ¿Por qué no me contaste que había una fortuna a bordo del Nomad?

—No podía.

—¿No te fiabas de mí?

—No era eso. Me resultaba imposible. Eso es lo que tengo dentro... lo que tengo que sacarme.

—¿Control de nuevo, Gully? Estás siendo llevado.

—Sí, estoy siendo llevado. No puedo aprender a controlarme, Jiz. Lo deseo, pero no puedo.

—¿Lo intentas?

—Sí. Dios sabe que sí. Pero entonces pasa algo y...

—Y entonces saltas como un tigre.

—Si te pudiera llevar en el bolsillo, Jiz... para que me avisaras... para que me pincharas con una aguja...

—Nadie puede hacer eso por ti, Gully. Tendrás que aprender por ti mismo.

Digirió esto durante un largo rato. Luego habló dubitativamente:

—Jiz... acerca del dinero...

—Al infierno con el dinero.

—¿Puedo tomarte la palabra?

—Oh, Gully.

—No es que... no es que quiera quedarme con tu parte. Si no fuera por el Vorga, te daría todo lo que quisieses. ¡Todo! Te daré hasta el último centavo que quede cuando haya terminado. Pero tengo miedo, Jiz. Lo del Vorga será duro... con Presteign y Dagenham y ese abogado, Sheffield. Tengo que tener hasta el último centavo, Jiz. Tengo miedo de que, si te dejo tomar un solo crédito, eso podría hacer variar la ventaja entre Vorga y mí.

—Yo —rectificó ella.

—Yo. —Esperó—. ¿Bien?

—Estás totalmente poseído —dijo cansadamente—. No es una parte de ti, sino todo tú entero.

—No.

—Sí, Gully. Todo tú. Tan sólo es tu piel la que me está haciendo el amor. El resto está dedicado al Vorga.

En aquel momento estalló contra ellos la alarma del radar de la cabina de control, indeseada pero avisando.

—Destino cero —murmuró Foyle, que ya no estaba relajado, sino de nuevo poseído. Se abalanzó hacia delante, hacia la cabina de control.

Así regresó al planeta artificial del cinturón de asteroides, entre Marte y Júpiter, el planeta sargazo fabricado con rocas y restos y los pecios de los desastres espaciales recuperados por el Pueblo Científico. Regresó a la casa de Józeph y su pueblo, que habían tatuado Nomad en su frente y lo habían apareado científicamente con la muchacha llamada Moira.

Foyle llegó al asteroide con la furia repentina de un ataque de vándalos. Llegó a toda velocidad desde el espacio, frenó con un chorro de llamas de los cohetes delanteros y obligó al Fin de Semana a realizar un cerrado giro alrededor de la masa de restos. Giraron a su alrededor, pasando junto a los oscurecidos portillos, la gran compuerta por la que Józeph y su Pueblo Científico emergían para recoger los restos flotantes del espacio, el nuevo cráter que Foyle había producido en el costado del asteroide en su zambullida hacia la Tierra. Cruzaron junto al gran mosaico de ventanas del invernadero del asteroide y vieron centenares de rostros contemplándolos, pequeñas manchas blancas moteadas por el tatuaje.

—Así que no los maté —gruñó Foyle—. Se han refugiado en el interior del asteroide... probablemente viven en las profundidades mientras reparan el resto.

—¿Los ayudarás, Gully?

—¿Por qué?

—Tú les causaste ese daño.

—Al infierno con ellos. Tengo mis propios problemas. Pero me alegra, al menos no nos molestarán.

Circunvaló el asteroide una vez más e hizo descender la nave en la boca del nuevo cráter.

—Trabajaremos desde aquí —dijo—. Métete en un traje. ¡Vamos! ¡Vamos!

La hizo apresurarse, loco de impaciencia, y se apresuró a sí mismo. Se introdujeron en sus trajes espaciales, salieron del Fin de Semana y atravesaron los restos del cráter metiéndose en las oscuras tripas del asteroide. Era como deslizarse por los túneles horadados por gigantescos gusanos. Foyle conectó el aparato de radio de su traje y habló con Jiz:

—Es fácil perderse aquí. Permanece conmigo. Permanece cerca.

—¿Adónde vamos, Gully?

—A por el Nomad. Recuerdo que lo estaban cementando al asteroide cuando partí. No recuerdo dónde. Tendremos que buscarlo.

Los pasadizos no contenían atmósfera y su avance no producía ruidos, pero las vibraciones se transmitían por el metal y la ropa. Hicieron una pausa para descansar junto al estropeado casco de una antigua nave de guerra. Mientras se recostaban contra ella notaron las vibraciones de señales desde el interior, un tamborileo rítmico.

Foyle sonrió con una mueca.

—Ése es Jóseph y su Pueblo Científico —dijo—. Pidiéndome algunas palabras. Les daré una respuesta evasiva.

Golpeó dos veces en el casco.

—Y ahora, un mensaje personal para mi esposa. —Se le ensombreció el rostro. Golpeó irritado el casco y se giró—. Ven. Vamos.

Pero mientras continuaban la búsqueda, las señales les seguían. Quedó claro que la periferia del asteroide había sido abandonada; la tribu se había retirado hacia el centro. Luego, a lo lejos, en un corredor construido con aluminio martilleado, se abrió una compuerta y se vio una luz, y Jóseph apareció vestido con un antiguo traje espacial hecho de fibra de vidrio. Se erguía en su burdo saco, con su rostro diabólico contemplándole, sus manos tendidas en súplica y su diabólica boca moviéndose en palabras.

Foyle contempló al viejo, dio un paso hacia él y entonces se detuvo, con los puños apretados y la garganta en tensión mientras la furia crecía en su interior. Y Jisbella, mirando a Foyle, gritó horrorizada. El viejo tatuaje había regresado a su rostro, en sangriento rojo sobre la palidez de la piel, escarlata en lugar de negro, verdaderamente una máscara de tigre tanto en color como en diseño.

—¡Gully! —gritó—. ¡Dios mío! ¡Tu rostro!

Foyle la ignoró y permaneció mirando con odio a Jóseph, mientras el viejo le hacía gestos aplacadores y le señalaba que entrase en el interior del asteroide, desapareciendo luego. Sólo entonces se volvió Foyle hacia Jisbella y le preguntó:

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

A través del transparente globo del casco podía ver claramente su rostro. Mientras moría la rabia en el interior de Foyle, Jisbella vio cómo el tatuaje sangriento se difuminaba y desaparecía.

—¿Viste a ese bufón? —preguntó Foyle—. Ése es Jóseph. ¿No lo viste rogando y suplicándome después de lo que me hicieron? ¿Qué dijiste?

—Tu rostro, Gully. Sé lo que te ha pasado en el rostro.

—¿De qué estás hablando?

—Querías algo que te controlase, Gully. Bueno, ya lo tienes. Tu rostro. Cuando... —Jisbella comenzó a reír histéricamente—. Tendrás que aprender a controlarte ahora, Gully. Nunca podrás ceder a las emociones... a ninguna emoción... porque...

Pero él miraba por encima de ella y, repentinamente, echó a correr con un alarido por el pasadizo de aluminio. Se detuvo frente a una puerta abierta y comenzó a aullar

triunfalmente. La puerta daba a un armario de herramientas, de un metro veinte por un metro veinte y por dos metros setenta. En el armario había estantes y un amasijo de viejas provisiones y recipientes desechados. Había sido el ataúd de Foyle a bordo del Nomad.

Jóseph y su gente habían conseguido pegar el pecio a su asteroide antes de que el holocausto de la fuga de Foyle hubiera convertido todo otro trabajo en imposible. El interior de la nave estaba prácticamente intacto. Foyle tomó el brazo de Jisbella y la arrastró en un recorrido por la nave y finalmente hasta la caja fuerte, que puso al descubierto tras apartar los restos que cubrían su masivo rostro de acero, liso e impenetrable.

—Tenemos una posible elección —jadeó—. O bien arrancamos la caja del casco y nos la llevamos a la Tierra donde podamos trabajarla bien, o la abrimos aquí. Yo voto por que lo hagamos aquí. Tal vez Dagenham mentía. Todo depende de qué herramientas tenía Sam en el Fin de Semana. Regresemos a la nave, Jiz.

No se dio cuenta del silencio y la preocupación de ella hasta que estuvieron de regreso en la nave y hubo terminado su apresurada búsqueda de herramientas.

—¡Nada! —exclamó impacientemente—. No hay ni un martillo ni un destornillador a bordo. No hay más que cacharros para abrir botellas y latas.

Jisbella no le contestó. No apartaba los ojos de su rostro.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Foyle.

—Estoy fascinada —respondió lentamente Jisbella.

—¿Por qué?

—Te voy a mostrar algo, Gully.

—¿Qué?

—Lo mucho que te desprecio.

Jisbella lo abofeteó por tres veces. Dolido por los golpes, Foyle dio un paso hacia adelante, furioso. Jisbella tomó un espejo de mano y lo puso frente a él.

—Contéplate, Gully —dijo débilmente—. Mírate la cara.

La miró. Vio las viejas señales del tatuaje ardiendo en rojo sangre bajo la piel, convirtiendo su rostro en una máscara de tigre blanca y escarlata. Se quedó tan helado por el asombroso espectáculo que su ira murió al momento y, simultáneamente, desapareció la máscara.

—Dios mío... —susurró—. Oh, Dios mío...

—Tenía que hacerte perder la calma para enseñártelo —dijo Jisbella.

—¿Qué significa esto, Jiz? ¿Acaso Baker no hizo bien su trabajo?

—No lo creo. Pienso más bien que tienes cicatrices bajo la piel, Gully... del tatuaje original y del desteñido. Cicatrices de la aguja. Normalmente no se ven, pero aparecen, en rojo sangre, cuando tus emociones te dominan y tu corazón comienza a bombear sangre... cuando estás furioso, o asustado, o apasionado o poseído...

¿comprendes?

Agitó la cabeza, mirándose aún el rostro, tocándolo asombrado.

—Dijiste que te gustaría poder llevarme en el bolsillo para clavarte agujas cuando perdieses el control. Tienes algo mejor que eso, Gully, o peor, pobrecito mío. Tienes tu rostro.

—¡No! —dijo—. ¡No!

—No podrás perder nunca el control, Gully. Nunca podrás beber demasiado, o comer demasiado, o amar demasiado u odiar demasiado... tendrás que tener siempre un férreo control.

—¡No! —insistió desesperadamente—. Me lo tienen que arreglar. Baker lo podrá hacer, o cualquier otro. ¡No puedo ir por ahí con miedo de sentir algo porque entonces me convertiría en un monstruo!

—No creo que se pueda hacer nada, Gully.

—Un trasplante de piel...

—No. Las cicatrices están demasiado profundas para un trasplante. Jamás lograrás sacarte ese estigma, Gully. Tendrás que aprender a vivir con él.

Foyle arrojó el espejo en un ataque repentino de ira, y de nuevo la sangrienta máscara apareció bajo su piel. Salió de la cámara principal hasta la compuerta, tomando su traje espacial y comenzando a introducirse en él.

—¡Gully! ¿Adónde vas? ¿Qué vas a hacer?

—A conseguir herramientas —gritó—. Herramientas para la caja fuerte.

—¿Dónde?

—En el asteroide. Tienen docenas de talleres repletos de herramientas de las naves naufragadas. Debe de haber barrenadoras allí, todo lo que necesito. No vengas conmigo. Tal vez surjan problemas. ¿Cómo está mi maldita cara ahora? ¿Mostrándola? ¡Por Cristo, espero que surjan problemas!

Se cerró el traje y fue al asteroide. Encontró una compuerta que separaba el núcleo habitado del vacío exterior. Golpeó a la puerta. Esperó y golpeó de nuevo, y continuó sus imperiosas llamadas hasta que al final se abrió la portezuela. Salieron brazos y tiraron de él hacia dentro, y se cerró la puerta tras él. No tenía cámara de presión.

Parpadeó a la luz e hizo una mueca a Józeph y a su inocente gente reunida frente a él, con sus rostros horrorosamente decorados. Y supo que su propio rostro debía estar llameando rojo y blanco, porque vio cómo Józeph se asustaba y vio cómo la boca diabólica formaba las sílabas: Nomad.

Foyle atravesó la multitud, apartándola brutalmente. Golpeó a Józeph con el dorso de su mano acorazada. Buscó por los pasadizos habitados, reconociéndolos vagamente, y llegó al fin a la cámara, medio caverna natural medio antiguo casco, en la que se almacenaban las herramientas.

Buscó y acaparó, reuniendo barrenadoras, puntas de diamante, ácidos, bombas de termita, explosivo plástico, detonadores. En la ligera gravedad del asteroide todo el peso de aquel equipo se reducía a menos de medio centenar de kilos. Hizo con todo ello una masa, la ató burdamente con un cable y salió de la caverna almacén.

Jóseph y su Pueblo Científico lo estaban esperando, como pulgas que esperasen a un lobo. Se lanzaron sobre él y él atravesó por entre ellos, apresurado, feliz, salvaje. La armadura de su traje espacial lo protegía de sus ataques, y corrió por los pasadizos buscando una compuerta que lo llevase al vacío.

La voz de Jisbella le llegó, débil pero agitada:

—¿Gully, puedes escucharme? Aquí Jiz. Gully, escúchame.

—Adelante.

—Hace dos minutos llegó otra nave. Está flotando en el otro lado del asteroide.

—¡Qué!

—Está marcada con franjas negras y amarillas, como las de un abejorro.

—¡La marca de Dagenham!

—Entonces, nos han seguido.

—¿Qué otra cosa podía ser? Probablemente Dagenham me seguía desde que salimos de la Gouffre Martel. Fui un tonto al no pensar en ello. Tenemos que trabajar rápido, Jiz. Métete en el traje y ven a buscarme a bordo del Nomad. Junto a la caja fuerte. Venga, muchacha.

—Pero Gully...

—Corta. Tal vez estén interceptando nuestra longitud de onda. ¡Hazlo!

Corrió a lo largo del asteroide, alcanzó una puerta, derribó a los guardas, la abrió y salió al vacío de los pasadizos exteriores. El Pueblo Científico estaba demasiado desesperado cerrándola como para tratar de detenerlo, pero sabía que lo perseguirían; estaban furiosos.

Llevó la masa de su equipo a través de los giros y revueltas hasta los restos del Nomad. Jisbella lo esperaba en la sala de la caja fuerte. Hizo un movimiento para encender la radio y Foyle la detuvo. Colocó su casco contra el de ella y gritó:

—Nada de radio. Estarán a la escucha y nos localizarían con el goniómetro. ¿Puedes oírme así?

Ella asintió.

—De acuerdo. Tenemos, tal vez, una hora antes de que Dagenham nos localice. Puede que también tengamos una hora antes de que Jóseph y su gente vengan a por nosotros. Estamos en un tremendo lío. Tenemos que trabajar rápido.

Ella asintió de nuevo.

—No tenemos tiempo para abrir la caja y transportar los lingotes.

—Si es que están aquí.

—Dagenham ha venido, ¿no? Eso ya es bastante prueba. Tendremos que arrancar

la caja del Nomad y llevárnosla al Fin de Semana. Entonces saldremos disparados.

—Pero...

—Escúchame y haz lo que te digo. Regresa a nuestra nave. Vacíala. Echa afuera todo lo que no necesitamos... hasta la comida, excepto las raciones de emergencia.

—¿Por qué?

—Porque no sé cuantas toneladas pesa esta caja, y tal vez la nave no pueda con ellas cuando volvamos a estar bajo la acción de la gravedad. Tenemos que curarnos en salud. Significará un viaje de regreso duro, pero vale la pena. Vacía la nave. ¡Rápido! ¡Vamos, muchacha, vamos!

La empujó y, sin volver a mirarla, atacó la caja. Estaba construida en el acero estructural del casco, una masiva bola de acero de un metro y medio de diámetro. Estaba soldada al costillaje del Nomad en doce puntos diferentes. Foyle atacó cada una de las soldaduras por turno con ácidos, perforadoras, termita y refrigerantes. Estaba operando sobre la teoría de la fatiga estructural: calentar, helar y corroer el acero hasta que su estructura cristalina quedase distorsionada y destruida su fortaleza física. Estaba cansando al metal.

Jisbella regresó, y se dio cuenta de que habían pasado cuarenta y cinco minutos. Estaba chorreando y temblando, pero el globo de la caja fuerte colgaba libre del casco con una docena de burdos asideros surgiendo de su superficie. Foyle le hizo una señal a Jisbella y empujó con toda su fuerza contra la caja. No pudieron mover su masa. Mientras se apretaban contra ella, exhaustos y desesperados, una rápida sombra eclipsó la luz del sol que entraba a través de las grietas del casco del Nomad. Miraron. Una espacionave estaba girando alrededor del asteroide a menos de un kilómetro de distancia.

Foyle colocó su casco contra el de Jisbella.

—Dagenham —jadeó—. Nos busca. Probablemente tiene también un equipo aquí abajo siguiéndonos. Tan pronto como hablen con Józeph, vendrán aquí.

—Oh, Gully...

—Todavía tenemos una oportunidad. Tal vez no divisen la nave de Sam hasta que hayan dado un par de vueltas. Está escondida en aquel cráter. Quizá podamos llevar la caja a bordo en ese tiempo.

—¿Cómo, Gully?

—¡No lo sé, maldita sea! No lo sé. —Golpeó sus puños, frustrado—. Estoy acabado.

—¿No podríamos sacarla con una explosión?

—¿Explosión...? ¿Cómo, bombas en lugar de cerebro? ¿Es la misma McQueen cerebral la que habla?

—Escucha. Ponerle algo explosivo. Algo que actuase como un cohete... que le diera un empujón.

—Sí, ya te he entendido. ¿Y qué entonces? ¿Cómo la llevamos a la nave, muchacha? No podemos ir haciendo explotar cargas. No tenemos tiempo.

—No, llevaremos la nave a la caja.

—¿Qué?

—Lanzaremos la caja al espacio con una explosión. Entonces traeremos la nave y dejaremos que la caja entre por la compuerta principal. Como si cogiésemos una pelota en una red, ¿lo entiendes?

Lo entendió.

—Por Dios, Jiz, lo podemos hacer. —Foyle saltó al montón de equipo y comenzó a separar cartuchos de explosivo plástico, fulminantes y detonadores—. Tendremos que usar la radio. Uno de nosotros se queda con la caja; el otro pilotará la nave. El que esté con la caja lleva al de la nave a la posición correcta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Lo mejor será que tú pilotes, Gully. Yo te dirigiré.

Asintió, fijando explosivos a la cara de la caja, disponiendo los fulminantes y detonadores. Luego juntó su casco con el de ella.

—Fulminantes de vacío, Jiz. Dispuestos para dos minutos. Cuando te dé la señal por radio, tan sólo has de arrancar las cabezas de los fulminantes y salir disparada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Quédate con la caja. Una vez me hayas dirigido la nave, ven directamente a ella. No te detengas para nada. La cosa va a ir muy justa.

Le dio una palmada en el hombro y regresó al Fin de Semana. Dejó la compuerta exterior abierta y también la puerta interior de la cámara de presión. El aire de la nave se vació inmediatamente. Sin aire y vaciada por Jisbella parecía solitaria y triste. Foyle se dirigió directamente a los controles, se sentó y conectó su radio.

—Prepárate —murmuró—. Voy ahora.

Encendió los cohetes, disparó los laterales por tres segundos y luego los delanteros. La nave se alzó fácilmente, sacándose los restos de los lados como una ballena que sale a la superficie. Mientras la deslizaba hacia arriba y hacia atrás, Foyle llamó:

—¡El explosivo, Jiz! Ahora.

No hubo ni detonación ni destello. Se abrió un nuevo cráter en el asteroide, debajo de él, y una flor de chatarra se alzó hacia arriba, dejando rápidamente atrás a una oscura bala de acero que seguía tranquilamente, girando en cansada rotación.

—Tranquilo —la voz de Jisbella llegó fría y competente por sus auriculares—. Estás retrocediendo demasiado aprisa. E, incidentalmente, te diré que tengo problemas.

Frenó con los cohetes traseros, mirando hacia abajo, alarmado. La superficie del asteroide estaba cubierta por una nube de abejorros. Era el equipo de Dagenham en

escafandras a bandas negras y amarillas. Estaban revoloteando alrededor de una solitaria figura de blanco que hacía fintas y zigzagueaba y los eludía. Era Jisbella.

—Tranquilo, tal como vas —dijo Jiz en voz baja, aunque podía notar el jadeo de su respiración—. Un poco más hacia atrás... rueda un cuarto de vuelta.

La obedeció casi automáticamente, contemplando aún la lucha de allí abajo. El costado del Fin de Semana le cortaba la vista de la trayectoria de la caja mientras se acercaba a él, pero aún podía ver a Jisbella y a los hombres de Dagenham. Ella prendió el cohete de su traje... podía ver la débil llamita surgiendo de su espalda... y se alzó de la superficie del asteroide. Un grupo de llamas surgieron de las espaldas de los hombres de Dagenham mientras la perseguían. Media docena de ellos abandonaron la persecución de Jisbella y se dirigieron a la nave.

—Va a ir realmente justo, Gully —Jisbella jadeaba ahora, pero su voz sonaba tranquila—. La nave de Dagenham ha salido por el otro lado, pero probablemente ya le habrán dado aviso y estará viniendo hacia aquí. Mantén tu posición, Gully. Quedan unos diez segundos...

Los abejorros se acercaron y rodearon al pequeño traje blanco.

—¡Foyle! ¿Me oye? ¡Foyle! —La voz de Dagenham se oyó primero confusa y luego se aclaró—. Aquí Dagenham llamando por su longitud de onda. ¡Conteste, Foyle!

—¡Jiz! ¡Jiz! ¿Puedes escapar de ellos?

—Mantén la posición, Gully... ¡Ahí va! ¡Ha sido un blanco perfecto, hijo!

Un crujiente estrépito atravesó la nave cuando la caja, moviéndose lentamente pero con gran inercia, entró por la compuerta principal. Al mismo tiempo, la figura de traje blanco se escapó de la nube de abejorros amarillos. Se acercó a gran velocidad al Fin de Semana, perseguida de cerca.

—¡Ánimo, Jiz! ¡Ánimo! —aulló Foyle— ¡Venga, muchacha! ¡Venga!

Mientras Jisbella desaparecía de su vista tras el costado de la nave, Foyle dispuso los controles y se preparó para máxima aceleración.

—¡Foyle! ¿Me responderá de una vez? Le habla Dagenham.

—¡Al infierno con usted, Dagenham! —chilló Foyle—. Avísame cuando estés a bordo, Jiz, y agárrate.

—No puedo hacerlo, Gully.

—¡Venga, muchacha!

—No puedo subir a bordo. La caja está bloqueando la puerta. Está medio metida...

—¡Jiz!

—¡No hay forma de entrar, te lo aseguro! —gritó desesperada—. Estoy bloqueada fuera.

Miró a su alrededor desesperado. Los hombres de Dagenham estaban abordando

el casco del Fin de Semana con la amenazadora facilidad de los piratas profesionales. La nave de Dagenham se estaba alzando por sobre el limitado horizonte del asteroide en una trayectoria directa hacia él. Su cabeza empezó a girar.

—Foyle, está acabado. Usted y la muchacha. Pero le ofrezco un trato...

—Gully, ayúdame. Haz algo, Gully. ¡Estoy perdida!

—Vorga —dijo con voz estrangulada.

Cerró los ojos y tocó los controles. Los cohetes de popa rugieron. La nave se agitó y saltó hacia delante. Se liberó de los corsarios de Dagenham, de Jisbella, de los avisos y las súplicas. Apretó a Foyle contra la silla de piloto con el empuje de la aceleración de 10 g. Una aceleración que era menos oprimente, menos dolorosa, menos traicionera que la pasión que lo guiaba.

Y mientras perdía el sentido apareció en su rostro el estigma sangriento de su idea fija.

PARTE 2

*Con un corazón de furiosos deseos
De los que poseo el mando,
Con una lanza ardiente y un caballo de aire,
A la desolación me dirijo.
Con un caballero de fantasmas y sombras
Llamado soy al torneo,
Diez leguas más allá del fin del amplio mundo...
En lo que creo que es fácil jornada.*

Tom-a-Bedlam.

Ocho

El año viejo se agriaba mientras la peste envenenaba los planetas. La guerra se aceleraba y crecía desde un lejano asunto de románticos ataques y duelos en el espacio hasta los inicios de un holocausto. Se hizo evidente que había pasado el tiempo de las Guerras Mundiales y se iniciaba el de las Guerras Solares.

Los beligerantes concentraban lentamente hombres y material para la destrucción. Los Satélites Exteriores decretaron la movilización total, y los Planetas Interiores tuvieron obligatoriamente que seguir el ejemplo. Las industrias, las profesiones, las ciencias, las habilidades y los negocios fueron militarizados; siguieron normas y opresiones. Los ejércitos y las marinas requisaron y ordenaron.

El comercio obedeció, pues esta guerra (como todas) era la fase caliente de una lucha comercial. Pero las poblaciones se rebelaron y el que la gente escapase jaunteando al reclutamiento y al trabajo se convirtió en un problema crítico. Los pánicos ante posibles espías e invasiones se extendieron. Los histéricos se transformaron en informadores y linchadores. Un ominoso presentimiento paralizó cada casa, desde la Isla de Baffin a las Malvinas. El año que moría tan sólo fue alegrado por la llegada del Circo de Fourmyle.

Éste era el nombre popular que se daba a la grotesca corte de Geoffrey Fourmyle de Ceres, un rico joven bufón del mayor de los asteroides. Fourmyle de Ceres era tremendamente rico; también era tremendamente divertido. Era el clásico nuevo rico de todas las épocas. Los que lo rodeaban eran un cruce entre un circo ambulante y la cómica corte de un reyezuelo búlgaro, como demostraba esta típica llegada a Creen Bay, Wisconsin.

A primera hora de la mañana un abogado, llevando el sombrero de copa de un clan legal, apareció con una lista de lugares de acampada en su mano y una pequeña fortuna en su bolsillo. Se decidió por una pradera de cuatro acres situada frente al Lago Michigan y la alquiló por una suma exorbitante. Fue seguido por un grupo de trabajadores del clan Masón & Dixon. En veinte minutos los trabajadores habían planificado el campamento y había corrido ya la voz de que el Circo Fourmyle estaba llegando. Nativos de Wisconsin, Michigan y Minnesota se acercaron a contemplar la diversión.

Veinte obreros jauntearon, cada uno de ellos llevando una tienda empaquetada a su espalda. Se oyó una tremenda obertura de órdenes aulladas, gritos, maldiciones, y el torturado gemir del aire comprimido. Veinte gigantescas tiendas se hincharon hacia el cielo, mientras sus superficies de látex y plástico brillaban mientras se secaban al sol del invierno. Los espectadores aplaudieron.

Un helicóptero hexamotor descendió y planeó sobre una gigantesca red. Su panza se abrió y cayó una cascada de mobiliario. Llegaron jaunteando sirvientes, criados,

cocineros y camareros. Amueblaron y decoraron las tiendas. Las cocinas comenzaron a humear y el campo se llenó con el olor de fritos, guisos y horneados. La policía privada de Fourmyle ya estaba trabajando, patrullando los cuatro acres, manteniendo lejos a la gran masa de espectadores.

Entonces, en avión, en coche, en autobús, en camión, en bicicleta o jaunteando, llegó la corte de Fourmyle. Bibliotecarios y libros, científicos y laboratorios, filósofos, poetas, atletas. Se dispusieron armerías con espadas y sables, dojos de judo y un cuadrilátero de boxeo. Se hundió en el suelo una piscina de veinte metros y fue llenada bombeando agua del lago. Se inició un interesante altercado entre dos musculosos atletas acerca de si dicha piscina debía ser caldeada para poder nadar o congelada para poder patinar.

Llegaron músicos, actores, juglares y acróbatas. El ruido se hizo ensordecedor. Un equipo de mecánicos construyó un foso de reparaciones y comenzaron a revisar la colección de antiguas cosechadoras diesel de Fourmyle. Por último, llegaron los seguidores del campo: esposas, hijas, amantes, prostitutas, mendigos, tahúres y tramposos. A media mañana el rugido del circo podía ser oído desde bien lejos.

Al mediodía, Fourmyle de Ceres llegó en una demostración de medios de transporte conspicuos tan extraña que se sabía que había hecho reír a una persona que llevaba siete años de melancolía. Un gigantesco anfibio llegó del sur y aterrizó en el lago. Del avión emergió una lancha de desembarco que navegó hasta la orilla. Su parte delantera descendió para convertirse en una pasarela y del interior surgió un vehículo militar de mando del siglo veinte. Las maravillas se seguían a las maravillas ante los satisfechos espectadores, pues el vehículo llegó hasta unos veinte metros del centro del campo y entonces se detuvo.

—¿Qué es lo que vendrá ahora? ¿Una bicicleta?

—No, patines de ruedas.

—Saldrá en un palo saltarín.

Fourmyle superó sus más locas especulaciones. Del vehículo de mando surgió la boca de un cañón de circo. Se oyó el bang de una explosión de pólvora negra y Fourmyle de Ceres fue disparado desde el cañón en un grácil arco que le llevó hasta la misma puerta de su tienda, donde fue recogido en una lona sostenida por cuatro sirvientes. El aplauso que lo saludó pudo ser oído a diez kilómetros de distancia. Fourmyle se subió a los hombros de los sirvientes e hizo una señal pidiendo silencio.

—Amigos, romanos, ciudadanos —comenzó a decir muy serio Fourmyle—. Prestadme vuestra atención; Shakespeare: 1564-1616. ¡Maldición! —Cuatro palomas blancas surgieron de las mangas de Fourmyle y se alejaron volando. Las miró asombrado y luego continuó—. Amigos, saludos y saluciones, *bon jour, bon ton, bon vivant, bon voyage, bon...* ¿qué infiernos?

Los bolsillos de Fourmyle se incendiaron y de ellos surgieron fuegos de artificio.

Trató de recobrar su aplomo. De sus ropas estallaron confetis y serpentinas.

—Amigos... ¡cállense! Conseguiré que este discurso salga bien. ¡Silencio! Amigos...

Fourmyle se miró a sí mismo desmayadamente. Sus ropas estaban fundiéndose, revelando una ropa interior brillantemente escarlata.

—¡Kleinmann! —gritó furioso—. ¡Kleinmann! ¿Qué ha pasado con su maldito entrenamiento hipnótico?

Una peluda cabeza surgió de una tienda.

—¿Usted estudiarr parrra este discurrro en noche pasada, Fourrrmyle?

—Claro, maldita sea. Yo estudiarr durrrante dos horrras. No saqué ni por un momento la cabeza del horno de hipnosis. El curso de Kleinmann sobre prestidigitación.

—¡No, no, no! —aulló el hombre peludo—. ¿Cuántas veces tenerr que decirrrlo? La prrrrestidigitación no es como hacerr discurrrosos. Serrr magia. ¡Dumbkopf! ¡Usted haberrr tomado hipnosis equivocada!

La ropa interior escarlata comenzó a fundirse. Fourmyle se lanzó de los hombros de sus temblorosos criados y desapareció en el interior de su tienda. Se oyó un rugido de risas y aplausos y el Circo Fourmyle llegó a su punto álgido. Las cocinas silbaban y humeaban. Siempre se estaba comiendo y bebiendo. La música nunca se detenía. El vodevil jamás cesaba.

Dentro de su tienda, Fourmyle cambió de ropa, cambió de idea, cambió de nuevo, se desnudó otra vez, pateó a sus sirvientes y llamó a su sastre en una bastarda mezcla de francés, inglés de Mayfair y afectación. Cuando se había puesto a medias otro traje, recordó que no se había bañado. Abofeteó a su sastre, ordenó que echasen cincuenta litros de perfume en la piscina, y le descendió de repente la musa poética. Llamó a su poeta principal.

—Escriba esto —ordenó Fourmyle—. Le roí est morí. Les... espere. ¿Qué es lo que rima con luna?

—Duna —sugirió el poeta—. Tuna, fortuna, ayuna, moruna, cuna, gatuna, una...

—¡Me olvidé de mi experimento! —exclamó Fourmyle—. ¡Doctor Bohun! ¡Doctor Bohun!

Medio desnudo, se abalanzó corriendo al laboratorio, donde provocó una explosión que le lanzó a él y al doctor Bohun, su químico principal, al otro extremo de la tienda. Mientras el químico trataba de alzarse del suelo, se encontró apresado en una muy dolorosa y embarazosa llave de estrangulamiento.

—¡Nogouchi! —gritó Fourmyle—. ¡Hey! ¡Nogouchi! Acabo de inventar una nueva llave de judo.

Fourmyle se alzó, levantó al medio estrangulado químico y jaunteó al dojo, donde el pequeño japonés inspeccionó la llave y agitó la cabeza.

—No, por favor —silbó cortésmente—. Fui. La presión en la nuez no es perpetuamente letal. Fui. Le enseñale, por favor.

Tomó al atontado químico, le dio unas vueltas y lo depositó en el suelo en una posición de perpetua autoestrangulación.

—¿Lo obselva, por favor, Fbulmyle?

Pero Fourmyle se hallaba en la biblioteca golpeando en la cabeza de su bibliotecario con el *Das Sexual Leben* de Bloch (tres kilos quinientos gramos) porque el desgraciado hombre no podía lograrle un texto sobre la fabricación de máquinas de movimiento perpetuo. Corrió a su laboratorio de física, donde destruyó un carísimo cronómetro para experimentar con sus ruedecillas, jaunteó al estrado de la orquesta, donde tomó una batuta y dirigió a la banda a la confusión, se puso unos patines y cayó en la piscina perfumada, fue sacado, maldiciendo fulminantemente ante la falta de hielo, y se le oyó expresar un deseo de soledad.

—Deseo hablar conmigo mismo —dijo Fourmyle, pateando a sus criados en todas direcciones. Estaba roncando antes de que el último de ellos se arrastrase hasta la puerta y la cerrase tras de sí.

Se detuvo el ronquido y Foyle se alzó.

—Esto debe ser bastante por hoy —murmuró, y fue a su cuarto vestidor. Se colocó ante un espejo, hizo una inspiración profunda y aguantó la respiración, contemplándose mientras tanto el rostro. Al cabo de un minuto todavía estaba sin teñir. Continuó aguantando la respiración, manteniendo rígido control sobre pulso y músculos, dominando el esfuerzo con una calma acerada. A los dos minutos y veinte segundos apareció el estigma, rojo sanguinolento. Foyle dejó escapar el aliento. Su máscara de tigre desapareció.

—Mejor —murmuró—. Mucho mejor. El viejo faquir tenía razón. La respuesta está en el yoga: control. Pulso, respiración, tripas, cerebro.

Se desnudó y contempló su cuerpo. Estaba en una magnífica condición, pero su piel aún mostraba delicados hilos plateados en una red que iba de su cuello a los tobillos. Parecía como si alguien hubiera grabado la silueta de un sistema nervioso en la piel de Foyle. Los hilos plateados eran las cicatrices de una operación, que todavía no habían desaparecido.

Esta operación le había costado a Foyle doscientos mil créditos de soborno al cirujano jefe de la Brigada de Comandos de Marte, y lo había transformado en una extraordinaria máquina combativa. Cada plexo nervioso había sido reconstruido, se le habían injertado en los músculos y huesos microscópicos transistores y transformadores, y un diminuto enchufe de platino aparecía en la base de su espina dorsal. A él conectaba Foyle una batería del tamaño de un guisante.

Entonces, su cuerpo iniciaba una vibración electrónica interna que casi era mecánica.

—Más máquina que hombre —pensó. Se vistió, dejando a un lado la extravagante vestimenta de Fourmyle de Ceres y tomando un anónimo mono negro de acción.

Jaunteó al apartamento de Robin Wednesbury en el solitario edificio en medio de los pinos de Wisconsin. Ésa era la verdadera razón de la llegada del Circo Fourmyle a Creen Bay. Jaunteó y llegó en medio de la oscuridad y el vacío, e inmediatamente se desplomó. ¡Coordenadas equivocadas!, pensó. ¿O un jaunteo mal hecho? La extremidad rota de una viga le dio un tremendo golpe, y cayó pesadamente sobre un suelo destruido, encima de los restos en putrefacción de un cadáver.

Foyle se puso en pie con una calmada repugnancia. Apretó fuertemente con su lengua el primer molar derecho superior. La operación que había transformado la mitad de su cuerpo en una máquina electrónica había localizado el tablero de control en sus dientes. Foyle apretó el diente con su lengua y las células periféricas de su retina fueron excitadas para emitir una suave luz. Miró hacia abajo y dos pálidos rayos iluminaron el cadáver de un hombre.

El cuerpo yacía en el apartamento bajo el piso de Robin Wednesbury. Lo habían destripado. Foyle miró hacia arriba. Encima de él se veía un agujero de tres metros donde había estado el suelo de la sala de estar de Robin. Todo el edificio hedía a fuego, humo y putrefacción.

—Asaltado —dijo Foyle suavemente—. Este lugar ha sido asaltado. ¿Qué pasó?

La edad del jaunteo había cristalizado a los vagabundos de todo el mundo en una nueva clase. Seguían a la noche del este al oeste, siempre en la oscuridad, siempre buscando qué robar, los restos de un desastre, la carroña. Si un terremoto destruía un almacén, ellos lo asaltaban a la noche siguiente. Si un fuego abría una casa o una explosión inutilizaba las defensas de una tienda, ellos jaunteaban dentro y la desvalijaban. Se llamaban asaltjaunteantes. Eran chacales.

Foyle subió por entre los restos al corredor del piso de arriba. Los asaltjaunteantes estaban allí acampados. Todo un buey se cocinaba sobre un fuego que chisporroteaba hasta el cielo a través de un agujero en el techo. Había una docena de hombres y tres mujeres rodeando el fuego, peligrosos, duros, charlando con el dialecto especial de los chacales.

Estaban vestidos con variadas ropas y bebían cerveza de patatas en copas de champán.

Un ominoso gruñido de ira y terror saludó la aparición de Foyle cuando el enorme hombre de oscuro surgió de entre los cascotes, con sus ojos emitiendo pálidos rayos de luz. Calmosamente, caminó por entre los individuos, que se ponían en pie, hasta la entrada del piso de Robin Wednesbury. Su férreo control le daba un aire despreocupado.

—Si está muerta —musitó—, estoy acabado. Tengo que utilizarla. Pero si está muerta...

El apartamento de Robin había sido destrozado, al igual que el resto del edificio. La sala de estar era un óvalo de suelo alrededor del irregular agujero en el centro. Foyle buscó un cadáver. Dos hombres y una mujer se hallaban en la cama de la alcoba. Los hombres maldijeron. La mujer chilló ante la aparición. Los hombres se abalanzaron contra Foyle. Dio un paso atrás y oprimió su lengua contra los incisivos superiores. Los circuitos neurales zumbaron y cada sentido y respuesta de su cuerpo fue acelerado cinco veces.

El efecto fue una instantánea reducción del mundo externo a un movimiento extremadamente lento. El sonido se convirtió en un profundo gorgoteo. El color se movió a lo largo del espectro hasta el rojo. Los dos atacantes parecieron flotar hacia él con una languidez somnolienta. Para el resto del mundo Foyle se transformó en una mancha en acción. Evitó el golpe que lentamente se dirigía hacia él, caminó alrededor del hombre, lo alzó y lo echó hacia el cráter de la sala de estar. Echó al segundo hombre tras el primer chacal. Para los acelerados sentidos de Foyle, sus cuerpos parecieron flotar lentamente, todavía intentando dar un paso, con los puños adelantándose aún y las bocas abiertas emitiendo unos sonidos graves.

Foyle se dirigió a la mujer que se escondía en la cama.

—¿Hinadver? —preguntó la mancha.

La mujer gritó.

Foyle oprimió de nuevo sus incisivos superiores, cortando la aceleración. El mundo exterior abandonó el movimiento retardado para volver a ser normal. El sonido y el color saltaron en el espectro, y los dos chacales desaparecieron por el cráter chocando contra el apartamento de abajo.

—¿Había un cadáver? —repitió con gentileza Foyle—. ¿Una muchacha negra?

La mujer era ininteligible. La asió por el cabello y la agitó. Luego la echó por el cráter del suelo de la sala de estar.

Su búsqueda por una clave del destino de Robin fue interrumpida por la gentuza del corredor. Llevaban antorchas y armas improvisadas. Los asaltjaunteantes no eran asesinos profesionales. Tan sólo remataban a indefensas presas medio muertas.

—No me molestéis —les advirtió suavemente Foyle, buscando cuidadosamente por los armarios y bajo los muebles derrumbados.

Se acercaron más, empujados por un rufián en un traje de armiño y un sombrero tricornio e inspirados por las maldiciones que llegaban del piso de abajo. El hombre del tricornio le lanzó una antorcha a Foyle. Lo quemó. Foyle aceleró de nuevo y los asaltjaunteantes se transformaron en estatuas con vida. Foyle tomó los restos de una silla y con calma les abrió las cabezas a las figuras. Permanecieron en pie. Echó al suelo al hombre del tricornio y se arrodilló encima de él. Entonces desaceleró.

De nuevo, el mundo exterior volvió a la vida. Los chacales se derrumbaron como alcanzados por un rayo. El hombre del tricornio y traje de armiño rugió.

—¿Había un cadáver aquí? —preguntó Foyle—. Una muchacha negra. Muy alta. Muy bonita.

El hombre se agitó y trató de sacarle los ojos a Foyle.

—Os fijáis en los cadáveres —le dijo gentilmente Foyle—. Algunos de vosotros, chacales, preferís las chicas muertas más que a las vivas. ¿Encontrasteis su cadáver aquí?

Al no recibir una respuesta satisfactoria, tomó una antorcha y prendió fuego al traje de armiño del hombre. Siguió al asaltante a la sala de estar y lo contempló con un interés despreocupado. El hombre aulló, cayó por el borde del cráter y llameó hacia la oscuridad de allá abajo.

—¿Había un cadáver? —preguntó hacia abajo Foyle. Movié la cabeza ante la respuesta—. No es muy satisfactoria —murmuró—. Tengo que aprender cómo extraer información. Dagenham podría enseñarme una o dos cosas.

Apagó su sistema electrónico y jaunteó. Apareció en Green Bay, oliendo tan abominablemente a pelo quemado y a piel tostada que entró en la tienda Presteign local (joyas, perfumes, cosméticos, iónicos y similares) para comprar un desodorante. Pero el señor Presto local había sido evidentemente testigo de la llegada del Circo Fourmyle y lo reconoció. Foyle se despertó al instante de su intensidad despreocupada y se convirtió en el extraño Fourmyle de Ceres. Bromeó y se chanceó, compró un frasco de trescientos cuarenta gramos de Euge n.º 5 por mil doscientos créditos, se dio unos toques delicados y lanzó la botella a la calle para ejemplo y alegría del señor Presto.

El archivero de la oficina del condado desconocía la identidad de Foyle y fue testarudo y no se dejó convencer.

—No, Señor, Los Archivos Del Condado No Pueden Ser Vistos Sin Una Autorización Del Juzgado Expedida Por Un Motivo Adecuado. Y Esto Es Definitivo.

Foyle lo examinó cuidadosamente, sin rencor.

—Un tipo asténico —decidió—. Delgado, de huesos largos, sin fuerza, carácter epileptoide. Autocentrado, pedante, de ideas fijas, superficial. No se le puede sobornar: está demasiado reprimido y es demasiado empingorotado. Pero la represión es la grieta en su armadura.

Una hora más tarde seis seguidoras del Circo Fourmyle rodearon al archivero. Poseían toda la persuasión femenina y estaban excelentemente dotadas para el vicio. Dos horas más tarde, el archivero, abotargado por la carne y el demonio, suministró la información. El edificio de apartamentos había quedado expuesto al asaltante por una explosión de gas hacía dos semanas. Todos los inquilinos habían sido obligados a abandonarlo. Robin Wednesbury estaba bajo custodia en el Hospital de la Merced, cerca de los Terrenos de Prueba de la Iron Mountain.

—¿Bajo custodia? —se preguntó Foyle—. ¿Por qué? ¿Qué habrá hecho?

Llevó treinta minutos el organizar una fiesta de Navidad en el Circo Fourmyle. Estaba compuesta por músicos, cantantes, actores y muchedumbre que conocía las coordenadas de la Iron Mountain. Guiados por el mayor de los bufones, jauntaron con música, fuegos artificiales, aguardiente y regalos. Desfilaron a través de la ciudad regalando obsequios y sonrisas. Fourmyle de Ceres, vestido como Santa Claus, lanzando billetes de banco de un enorme saco que llevaba sobre el hombro y saltando agónicamente cuando el campo de inducción del sistema protector le quemó el fondillo de los pantalones, constituyó en sí mismo un verdadero espectáculo. Asaltaron el Hospital de la Merced, siguiendo a aquel Santa Claus que rugía y jugueteaba con la tranquila calma de un elefante solemne. Besó a las enfermeras, emborrachó a los enfermeros, cubrió a los pacientes de regalos, ensució los suelos de los corredores con dinero y desapareció abruptamente cuando el feliz jaleo alcanzó tal nivel que tuvo que ser llamada la policía. Mucho más tarde se descubrió que también había desaparecido una paciente, a pesar del hecho de que estaba bajo sedantes y era incapaz de jauntar. En realidad, salió del Hospital dentro del saco de Santa Claus.

Foyle jaunteó con ella sobre el hombro hasta los jardines del hospital. Allí, en una silenciosa pinada bajo un helado cielo, la ayudó a salir del saco. Llevaba un austero pijama blanco de hospital y era hermosa. Se sacó su propio traje, contemplando intensamente a la muchacha, esperando a ver si lo reconocía y se acordaba de él.

Estaba alarmada y confusa; su telemisión era como un rayo de calor.

—¡Dios mío! ¿Quién será? ¿Qué ha pasado? Esa música. Esos gritos. ¿Por qué me han raptado en un saco? Borrachos tocando el trombón. «Sí, Virginia, existe un Santa Claus». *Adeste Fidelis*. ¿Qué es lo que querrá de mí? ¿Quién será?

—Soy Fourmyle de Ceres —dijo Foyle.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Fourmyle de...? Sí, naturalmente. El bufón. El gentilhombre burgués. Vulgaridad. Imbecilidad. Obscenidad. El Circo Fourmyle. ¡Dios mío! ¿Estoy telemitiendo? ¿Puede oírme?

—La oigo, señorita Wednesbury —dijo suavemente Foyle.

—¿Qué es lo que ha hecho? ¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere de mí? Yo...

—Quiero que me mire.

—*Bonjour, madame*. A mi saco, *madame*. ¡Ecco! Míreme. Estoy mirando —dijo Robin, tratando de controlar el tumulto de sus pensamientos. Miró su rostro sin reconocerlo—. Es un rostro. He visto tantos como él. Los rostros de los hombres. ¡Oh, Dios! Las facciones de la masculinidad. El hombre vulgar en celo. ¿Nos salvará Dios de los brutales deseos?

—Mi época de celo ya ha pasado, señorita Wednesbury.

—Lamento que oyese esto. Naturalmente, estoy aterrorizada. Yo... ¿Me conoce?

—La conozco.

—¿Nos hemos visto antes? —Lo miró con mayor fijeza, pero aún sin reconocerlo. En el interior de Foyle se produjo una sensación de triunfo. Si aquella mujer, entre todas las mujeres, no lo reconocía, entonces estaba a salvo, siempre que mantuviese controlados su sangre, su cerebro y su rostro.

—Nunca nos hemos visto —dijo—. He oído hablar de usted. Quiero algo de usted. Es por esto por lo que estoy aquí; para hablar de ello. Si no le gusta mi oferta puede regresar al hospital.

—¿Quiere algo? Pero, si no tengo nada... nada. No me queda nada más que la vergüenza y... ¡oh, Dios! ¿Por qué me falló el suicidio? ¿Por qué no pude...?

—¿Así que es eso? —interrumpió suavemente Foyle—. Trató de suicidarse, ¿no? Así se explica la explosión de gas que abrió el edificio... y el que esté bajo custodia. Intento de suicidio. ¿Por qué no le pasó nada en la explosión?

—Hubo tantos heridos, tantos muertos. Pero a mí no me pasó nada. Tengo mala suerte, supongo. La he tenido toda mi vida.

—¿Por qué suicidarse?

—Estoy cansada. Estoy acabada. Lo he perdido todo... estoy en la lista gris del ejército... sospechada, vigilada, fichada. Sin trabajo, sin familia, sin... ¿por qué suicidarme? Dios mío, ¿qué otra cosa quedaba?

—Puede trabajar para mí.

—Que puedo... ¿qué es lo que ha dicho?

—Quiero que trabaje para mí, señorita Wednesbury.

Estalló en una risa histérica.

—¿Para usted? ¿Otra seguidora del circo? ¿Trabajar para usted, Fourmyle?

—Tiene el sexo metido en el cerebro —le dijo suavemente—. No busco putas. Generalmente, ellas me buscan a mí.

—Lo siento. Estoy obsesionada por el salvaje que me destruyó. Estoy... Trataré de comprenderlo —Robin se calmó—. Deje que trate de comprenderlo. Me ha sacado del hospital para ofrecerme un trabajo. Ha oído hablar de mí. Eso quiere decir que quiere algo en especial. Mi especialidad es la teletransmisión.

—Y el encanto.

—¿Qué?

—Quiero contratar su encanto, señorita Wednesbury.

—No comprendo.

—Vaya —dijo, asombrado, Foyle—. Tendría que ser simple para usted. Yo soy el bufón. Soy la vulgaridad, la imbecilidad, la obscenidad. Esto tiene que terminar. Quiero que sea mi secretaria social.

—¿Espera que crea eso? Podría contratar a un centenar de secretarías sociales... a un millar, con su dinero. ¿Espera que crea que soy la única que le va bien? ¿Que tuvo que raptarme de la custodia en que estaba para lograr verme?

Foyle asintió.

—Ciertamente hay millares, pero tan sólo una puede telemitir.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Usted será el ventrílocuo; yo seré el muñeco. No conozco las altas capas sociales; usted sí. Tienen su propia manera de hablar, sus chistes propios, sus modales propios. Si uno quiere ser aceptado por ellos tiene que hablar su mismo idioma. Yo no puedo, pero usted sí. Hablará por mí, a través de mi boca...

—Pero podría aprender.

—No. Me llevaría demasiado tiempo. Y el encanto no puede ser aprendido. Deseo contratar su encanto, señorita Wednesbury. Hablemos de su salario: le pagaré un millar al mes.

Los ojos de ella se hicieron grandes.

—Es usted muy generoso, Fourmyle.

—Arreglaré eso de la denuncia por suicidio contra usted.

—Es muy amable.

—Y le garantizo que la sacaré de la lista gris del ejército. Volverá a estar en la lista blanca para cuando acabe de trabajar conmigo. Podrá volver a comenzar con una ficha en blanco y una gratificación. Podrá comenzar a vivir de nuevo.

Los labios de Robin temblaron, y comenzó a llorar. Sollozó y se agitó, y Foyle tuvo que calmarla.

—Bien —preguntó—: ¿lo hará?

Ella asintió.

—Es usted tan amable... es que... ya no estoy acostumbrada a la amabilidad.

La seca detonación de una explosión distante hizo que Foyle se pusiera rígido.

—¡Cristo! —exclamó, asustado repentinamente—. Otro Jaunteo Infernal. Yo...

—No —dijo Robin—. No sé lo que es un jaunteo infernal, pero eso es el Campo de Pruebas. Allí... —miró el rostro de Foyle y chilló. La inesperada explosión y la vívida cadena de asociaciones había destruido su férreo control. Las sanguinolentas cicatrices de su tatuaje se mostraban bajo su piel. Lo contempló horrorizada, aún chillando.

Foyle se tocó el rostro, y entonces saltó hacia adelante y le tapó la boca con la mano. De nuevo se controlaba a sí mismo.

—¿Se ve? —murmuró, con una aterradora sonrisa—. Perdí el control por un minuto. Pensé que estaba de vuelta en la Gouffre Martel escuchando un Jaunteo Infernal. Sí, soy Foyle. El bruto que la destruyó. Tendría que haberlo sabido, más pronto o más tarde, pero esperaba que fuera más tarde. Soy Foyle, de regreso. ¿Se callará y me escuchará?

Ella negó frenéticamente con la cabeza, tratando de escapar de sus manos. Con mucha calma, la golpeó en la mandíbula. Robin se derrumbó, Foyle la recogió, la

arropó con su abrigo y la alzó en brazos, esperando a que recobrase el conocimiento. Cuando vio que sus párpados se agitaban, habló de nuevo:

—No se mueva o se sentirá mal. Tal vez no retuve bastante el golpe.

—Bruto... bestia...

—Podría hacer esto a las malas —dijo—. Podría chantajearla. Sé que su madre y hermanas están en Calisto, que sería clasificada como un beligerante enemigo por asociación. Eso la pondría en la lista negra, *ipso facto*. ¿Es eso correcto? *Ipsa facto*: por el mismo hecho. Latín. Uno no puede fiarse de la enseñanza hipnótica. Le podría decir que todo lo que tengo que hacer es enviar un informe anónimo a la Central de Inteligencia y ya no sería tan sólo sospechosa: le estarían sacando la información a tiras en un plazo de doce horas.

Notó cómo se estremecía.

—Pero no voy a hacerlo de esa manera. Voy a contarle la verdad porque quiero que se asocie conmigo. Su madre está en los Planetas Interiores. Está en los Planetas Interiores —repitió—. Tal vez esté en la misma Tierra.

—¿A salvo? —susurró.

—No sé.

—Déjeme en el suelo.

—Está fría.

—Déjeme en el suelo.

La puso en pie.

—Me destruyó en una ocasión —dijo con tono apagado—. ¿Está tratando de destruirme otra vez?

—No. ¿Me escuchará?

Ella asintió.

—Me perdí en el espacio. Estuve muerto y pudriéndome durante seis meses. Llegó una nave que podría haberme salvado. Pasó a mi lado. Me dejó morir. Una nave llamada Vorga. Vorga-T: 1339. ¿Significa algo para usted ese nombre?

—No.

—Jiz McQueen, una amiga mía que murió, me dijo que averiguara por qué dejaron que me pudriera. Entonces tendría la respuesta a mi pregunta de quién dio la orden. Así que comencé a comprar información acerca del Vorga. Cualquier información.

—¿Y qué es lo que tiene que ver eso con mi madre?

—Escúcheme, Fue difícil comprar esa información. Los datos del Vorga fueron sacados de los archivos de la Boness & Uig. Pero conseguí averiguar tres nombres... tres de una tripulación estándar de cuatro oficiales y doce hombres. Nadie sabía nada, o nadie quería admitirlo. Y encontré esto —Foyle sacó un portaretratos de plata de su bolsillo y se lo entregó a Robin—. Fue empeñado por uno de los espacionautas del

Vorga. Es todo lo que pude averiguar.

Robin lanzó un grito y abrió el portarretratos con dedos temblorosos. En su interior estaba su retrato y los retratos de otras dos muchachas. Cuando lo abrió, las fotos tridimensionales sonrieron y murmuraron:

—Te quiero, mamá, Robin... Te quiero, mamá, Holly... Te quiero, mamá, Wendy...

—Es de mi madre —lloró Robin—. Lo... ella... por piedad, ¿dónde está? ¿Qué pasó?

—No lo sé —le dijo con calma Foyle— pero puedo imaginármelo. Pienso que su madre logró escapar de aquel campo de concentración... de una forma u otra.

—Y mis hermanas también. Nunca las abandonaré.

—Quizá sus hermanas también. Creo que el Vorga estaba pasando refugiados de Calisto de contrabando. Su familia pagó con dinero y joyas para ser aceptada a bordo y traída a los Planetas Interiores. Es así como este portarretratos llegó a poder de un marino del Vorga.

—Entonces, ¿dónde están?

—No lo sé. Probablemente fueron dejadas en Marte o Venus. Lo más probable es que fueran vendidas a un campo de trabajos en la Luna, por lo que no han podido ponerse en contacto con usted. No sé dónde están, pero el Vorga podría decírnoslo.

—¿Está mintiendo? ¿Trata de engañarme?

—¿Es ese portarretratos una mentira? Le estoy contando la verdad... la única verdad que conozco. Deseo saber por qué me dejaron morir, y quién dio la orden. El hombre que dio la orden debe de saber dónde están su madre y hermanas. Se lo dirá... antes de que lo mate. Tendrá mucho tiempo. Tardará mucho tiempo en morir.

Robin lo miró horrorizada. La pasión que lo embargaba estaba haciendo aparecer de nuevo los estigmas escarlatas en su rostro. Parecía un tigre disponiéndose a matar.

—Tengo una fortuna para gastar... no se preocupe de cómo la obtuve. Tengo tres meses para acabar con esto. He aprendido las suficientes matemáticas como para poder computar mis probabilidades. Tres meses es lo máximo que puede pasar antes de que se les ocurra que Fourmyle de Ceres es Gully Foyle. Noventa días. Desde Año Nuevo hasta abril. ¿Se me unirá?

—¿A usted? —gritó con repugnancia Robin—. ¿Unirme a usted?

—Todo este Circo Fourmyle no es más que un enmascaramiento. Nadie sospecha de un payaso. Pero he estado estudiando, aprendiendo, preparándome para el final. Todo lo que necesito ahora es a usted.

—¿Por qué?

—No sé adónde me va a llevar esta cacería: a la alta sociedad o a los barrios bajos. Tengo que estar preparado para ambos casos. En los barrios bajos me las puedo arreglar solo, no he olvidado las cloacas; pero la necesito para la alta sociedad. ¿Vendrá conmigo?

—Me hace daño. —Robin soltó su brazo del apretón de Foyle.

—Lo siento. Pierdo el control cuando pienso en el Vorga. ¿Me ayudará a encontrar el Vorga y a su familia?

—Lo odio —estalló Robin—. Me da asco. Está podrido. Destruye todo lo que toca. Algún día me las pagará.

—Pero ¿trabajaremos juntos desde Año Nuevo hasta abril?

—Trabajaremos juntos.

Nueve

La víspera de Año Nuevo, Geoffrey Fourmyle de Ceres hizo su entrada al asalto en la alta sociedad. Apareció primero en Canberra, en el baile de la Casa del Gobierno, media hora antes de medianoche. Era un evento altamente formal, repleto de pompa y color, pues era costumbre en las fiestas selectas de la sociedad el vestir los trajes de noche que habían estado de moda el año en que se había fundado el clan o patentado la marca registrada.

Así, los Morses (Teléfonos y Telégrafos) llevaban chaqués del siglo diecinueve y sus esposas usaban trajes victorianos. Los Skodas (Pólvoras y Cañones) se remontaban a finales del siglo dieciocho, vistiendo calzones y crinolinas de la regencia. Los atrevidos Peenemundes (Cohetes y Reactores), que databan de alrededor de mil novecientos veinte, usaban fracs, y sus mujeres revelaban desvergonzadamente brazos, piernas y gargantas con el descoco de los antiguos trajes de Worth y Mainbocher.

Fourmyle de Ceres apareció con un traje de gala, muy moderno y muy negro, con la única nota de una blanca explosión solar en su hombro, la marca registrada del clan de Ceres. Con él iba Robin Wednesbury en un brillante traje de noche blanco, con su grácil cintura apretada por un corsé de ballenas, mientras el polisón de su falda acentuaba su larga y erguida espalda y su gracioso paso.

El contraste blanco y negro era tan atractivo que se envió a un ordenanza a comprobar la marca registrada de la explosión solar en el *Almanaque de la Nobleza y Patentes*. Regresó con la noticia de que era de la Compañía Minera de Ceres, organizada en el dos mil doscientos cincuenta para la explotación de los recursos minerales de Ceres, Palas y Vesta. Esos recursos nunca se habían hallado y la Casa de Ceres se había eclipsado, pero nunca extinguido. Aparentemente estaba siendo revivida ahora.

—¿Fourmyle? ¿El payaso?

—Sí. El Circo Fourmyle. Todo el mundo habla de él.

—¿Es el mismo hombre?

—No puede ser. Parece humano.

La alta sociedad se arremolinó alrededor de Fourmyle, curiosa pero desconfiada.

—Ahí vienen —murmuró Fourmyle a Robin.

—Relájese. Desean un toque ligero. Aceptarán cualquier cosa si es divertida. Sea brillante.

—¿Es usted ese terrible hombre del circo, Fourmyle?

—Seguro que lo es. Sonría.

—Lo soy, *madame*. Me puede tocar.

—Vaya, si hasta parece estar orgulloso de ello. ¿Está orgulloso de su mal gusto?

—El problema hoy en día es tener cualquier clase de gusto. Pienso que soy afortunado.

—Afortunado pero terriblemente indecente.

—Indecente pero no aburrido.

—Y terrible pero delicioso. ¿Por qué no está bromeando ahora?

—No estoy en mis cabales, *madame*.

—Oh, querido. ¿Está usted loco? Soy Lady Shrapnel. ¿Cuándo volverá a estar cuerdo?

—Es usted la que me saca de mis cabales, Lady Shrapnel.

—Oh, malévolo joven. ¡Charles! Charles, ven aquí y salva a Fourmyle. Lo estoy enloqueciendo.

—Ése es Víctor de la R. C. A. Víctor.

—Fourmyle, ¿no? Encantado. ¿Cuánto le cuesta esa corte que lleva?

—Dígale la verdad.

—Cuarenta mil, Víctor.

—¡Buen Dios! ¿A la semana?

—Al día.

—¡Al día! ¿Y para qué gasta todo ese dinero?

—¡La verdad!

—Por la notoriedad, Víctor.

—¡Ja! ¿Lo dice en serio?

—Ya te dije que era terrible. Charles.

—Pero es un agradable cambio. ¡Klaus! Ven aquí un momento. Este impúdico jovencuelo gasta cuarenta mil al día... por la notoriedad, ¿oyes?

—Skoda de Skoda.

—Buenas noches, Fourmyle. Estoy muy interesado en esa resurrección del nombre. ¿Es usted acaso un descendiente del grupo fundador de la Compañía Ceres?

—Dígales la verdad.

—No, Skoda. Compré el título. Adquirí la compañía. Soy un recién llegado.

—Bien. *Toujours de l'audace!*

—¡Voto a bríos, Fourmyle! Es usted sincero.

—Ya te dije que era impúdico. Pero muy agradable. Hay una gran cantidad de malditos recién llegados, joven, pero no lo admiten. Elizabeth, ven, que te presentaremos a Fourmyle de Ceres.

—¡Fourmyle! Estaba muriéndome por conocerlo.

—Lady Elizabeth Citroen.

—¿Es cierto que viaja con una universidad portátil?

—Aquí, un toque ligero.

—Una academia portátil, Lady Elizabeth.

—¿Pero por qué, Fourmyle?

—Oh, *madame*. Es tan difícil el gastar dinero en estos días. Tenemos que inventarnos las excusas más tontas. Si tan sólo alguien inventase una nueva extravagancia.

—Tendría que viajar con un inventor portátil, Fourmyle.

—Tengo uno. ¿No es así, Robin? Pero pierde su tiempo buscando el movimiento perpetuo. Lo que necesito es un manirroto en mi equipo. ¿Alguno de sus clanes podría cederme un hijo joven?

—¿Que si alguno de nosotros lo haría? Más de un clan pagaría por el privilegio de desprenderse de algunos.

—¿No es bastante gasto para usted el movimiento perpetuo, Fourmyle?

—No. Es un aterrador gasto de dinero. El objetivo real de una extravagancia es actuar como un tonto y sentirse como un tonto, pero divertirse. ¿Y qué diversión hay en el movimiento perpetuo? ¿Existe alguna extravagancia en la entropía? Millones para la tontería, pero ni un céntimo para la entropía. Ése es mi slogan.

Se rieron, y la multitud que se arremolinaba alrededor de Fourmyle creció. Estaban encantados y divertidos. Era un juguete nuevo. Y entonces sonó la medianoche y, mientras el gran reloj señalaba la llegada del Año Nuevo, la reunión se preparó a jauntear con la medianoche alrededor del mundo.

—Venga con nosotros a Java, Fourmyle. Regis Sheffield da allí una maravillosa fiesta legal. Vamos a jugar a «Emborrachar al Juez».

—Hong Kong, Fourmyle.

—Tokio, Fourmyle. Está lloviendo en Hong Kong. Venga a Tokio y tráigase su circo.

—Gracias, no. Prefiero Shanghai. El Domo Soviético. Prometo una recompensa extravagante al primero que me descubra bajo el disfraz que llevaré. Nos encontraremos dentro de dos horas. ¿Preparada, Robin?

—No jauntee. Es mala educación. Salga caminando. Lentamente. La languidez es chic. Ofrezca sus respetos al Gobernador... al Comisionado... a sus señoras... bien. No se olvide de dar una propina a los asistentes. ¡No a ése, so idiota! Ése es el Secretario del Gobernador. De acuerdo, ha sido todo un éxito. Lo han aceptado. ¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a por lo que estamos en Canberra.

—Creí que habíamos venido al baile.

—Al baile y a por un hombre llamado Forrest.

—¿Quién es ése?

—Ben Forrest, espacionauta del Vorga. Tengo tres pistas hacia el hombre que dio la orden de dejarme morir. Tres nombres. Un cocinero en Roma llamado Poggi; un curandero en Shanghai llamado Orel, y este hombre, Forrest. Ésta es una operación combinada: alta sociedad e investigación. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Tenemos dos horas para despanzurrar a Forrest. ¿Conoce las coordenadas de la Enlatadora Aussie? ¿La ciudad industrial?

—No quiero tomar parte en su venganza contra el Vorga. Yo sólo busco a mi familia.

—Esto es una operación combinada... en todos los sentidos —dijo él, con un salvajismo indiferente tal que ella se estremeció y jaunteó al instante. Cuando Foyle llegó a su tienda en el Circo Fourmyle, en Jervis Beach, ya se estaba cambiando a ropas de viaje. Foyle la contempló. Aunque la obligaba a vivir en su tienda por razones de seguridad, nunca la había vuelto a tocar. Robin vio su mirada, dejó de cambiarse y esperó.

Él movió la cabeza.

—Eso se acabó.

—Qué interesante. ¿Ya no se dedica a violar?

—Vístase —dijo, controlándose—. Y dígales a éstos que tienen dos horas para llevar el campamento a Shanghai.

Eran las doce y treinta cuando Foyle y Robin llegaron a la oficina de entrada de la ciudad industrial de la Enlatadora Aussie. Pidieron tarjetas de identificación y fueron recibidos por el mismo alcalde.

—Feliz Año Nuevo —canturreó—: ¡Feliz! ¡Feliz! ¡Feliz! ¿De visita? Será un placer atenderlos. Permítanme. —Los introdujo en un lujoso helicóptero y despegó—. Hemos tenido montañas de visitantes esta noche. La nuestra es una ciudad amistosa. La más amistosa ciudad industrial del mundo. —El vehículo sobrevoló gigantescos edificios—. Ése es nuestro palacio del hielo... las piscinas están a su izquierda... ese gran domo es el trampolín de esquí. Hay nieve todo el año... jardines tropicales bajo aquel techo de cristal. Palmeras, cotorras, orquídeas, frutas. Ése es nuestro mercado... teatro... tenemos nuestra propia emisora también. Tres Dimensiones-Cinco Sentidos. Échenle una mirada a ese campo de fútbol. Dos de nuestros muchachos han llegado a primera división este año. Turner en el Right Rockne y Otis en el Left Thorpe.

—No me diga —murmuró Foyle.

—Sí, señor. Lo tenemos todo, todo. Uno no tiene que jauntar alrededor del mundo buscando diversiones. La Enlatadora Aussie le trae el mundo a la puerta. Nuestra ciudad es un pequeño universo. El más alegre pequeño universo del mundo.

—Ya veo, tienen problemas de personal.

El alcalde rehusó terminar con su charla comercial.

—Miren las calles. ¿Ven esas bicicletas? ¿Motocicletas? ¿Automóviles? Podemos enorgullecernos de tener más transportes de lujo per cápita que cualquier otra ciudad de la Tierra. Miren esas casas. Mansiones. Nuestra gente es rica y feliz. Hacemos que

sean ricos y felices.

—Pero ¿logran retenerlos?

—¿Qué es lo que quiere decir? Naturalmente que...

—Puede contarnos la verdad. No buscamos trabajo. ¿Logran retenerlos?

—No podemos aguantarlos más de seis meses —gruñó el alcalde—. Es un problema infernal. Les damos de todo pero no podemos retenerlos. Les coge morriña y jauntean. El absentismo ha rebajado nuestra producción en un doce por ciento. No podemos mantener una plantilla fija.

—Nadie lo logra.

—Tendría que haber una ley. ¿Forrest, me dijo? Aquí mismo.

Aterrizó frente a un chalet de estilo suizo sito en un acre de jardines y despegó, murmurando para sí mismo. Foyle y Robin llegaron ante la puerta de la casa, esperando que la pantalla los detectase y anunciase. En lugar de esto, la puerta brilló con color rojo y sobre ella se iluminó una calavera y dos tibias cruzadas de radiante blanco. Una voz grabada habló:

—Aviso. Esta residencia ha sido provista de trampas por la Corporación de Defensa Letal de Suecia. R: 77-23. Quedan legalmente advertidos.

—¿Qué infiernos? —murmuró Foyle—. ¿En la víspera de Navidad? Un tipo amistoso. Probemos por detrás.

Rodearon el chalet, perseguidos por el cráneo y las tibias que brillaban a intervalos y el aviso grabado. A un lado, vieron la parte superior de una ventana del sótano iluminada brillantemente, y escucharon el ahogado sonido de unas voces.

—¡Creyentes de sótano! —exclamó Foyle. Él y Robin atisbaron a través de la ventana. Treinta creyentes de diversas religiones estaban celebrando el Año Nuevo con una ceremonia combinada y absolutamente ilegal. El siglo veinticuatro no había abolido a Dios, pero sí había abolido la religión organizada.

—No es extraño que la casa esté protegida —dijo Foyle—, con ceremonias como ésta. Mire, tienen unos oficiantes y esas cosas que hay tras ellos son sus símbolos.

—¿Se le ha ocurrido pensar alguna vez en lo que dice al jurar? —le preguntó en voz baja Robin—. Usted dice «cielos» e «infiernos». ¿Sabe lo que significa eso?

—Son simples juramentos, eso es todo. Como «maldición» y «peste».

—No, es religión. Usted no lo sabe, pero hay dos mil años de significado tras palabras como ésas.

—No es el momento para hablar de estos temas —dijo impaciente Foyle—. Déjelo para otro rato. Vamos.

La parte trasera del chalet era una sólida pared de cristal, la enorme ventana de una sala de estar vacía y débilmente iluminada.

—Échese al suelo —ordenó Foyle—. Voy a entrar.

Robin se tendió en el patio de mármol. Foyle conectó su cuerpo, aceleró hasta

convertirse en una relampagueante mancha, y abrió un agujero en la pared de cristal. Muy abajo, en el espectro de sonido, oyó apagados ruidos. Eran disparos. Rápidos proyectiles pasaron a su lado. Se echó al suelo y conectó sus oídos, recorriendo desde las más bajas tonalidades hasta los sonidos supersónicos, y captando finalmente el zumbido del mecanismo de control del Atrapahombres. Giró lentamente su cabeza, localizó el punto con su goniómetro binaural, fintó entre el chorro de balas y demolió el mecanismo. Se frenó.

—¡Venga dentro, pronto!

Robin se le reunió en la sala de estar, temblando. Los Creyentes de Sótano estaban subiendo a la casa por algún sitio, emitiendo los sonidos de unos mártires.

—Espere aquí —gruñó Foyle. Aceleró, restalló a lo largo de la sala, localizó a los Creyentes de Sótano en poses de huida helada y los examinó uno a uno. Regresó a Robin y frenó.

—Ninguno de ellos es Forrest —informó—. Tal vez esté arriba. Vamos por detrás, mientras ellos vienen por delante. ¡Vamos!

Corrieron a las escaleras de atrás. En el descansillo se detuvieron para mirar a su alrededor.

—Tendremos que trabajar rápido —murmuró Foyle—. Entre los disparos y el tumulto de los Creyentes, todo el mundo y alguien más vendrá jaunteando a hacer preguntas.

Se cortó en seco. Un débil sonido maullante surgió tras una puerta en la parte alta de las escaleras. Foyle olisqueó.

—¡Análogo! —exclamó—. Debe de ser Forrest. ¿Se imagina? Creyentes en el sótano y droga en el piso de arriba.

—¿De qué está hablando?

—Ya le explicaré luego. Aquí dentro. Tan sólo espero que no esté en un «viaje» como gorila.

Foyle atravesó la puerta como si fuera una terraplanadora. Se encontraron en una amplia habitación vacía. Del techo colgaba una gruesa cuerda. Un hombre desnudo estaba retorcido contra ella, en el aire. Se agitaba y deslizaba arriba y abajo por la cuerda, emitiendo sonidos maullantes y un olor repugnante.

—Pitón —dijo Foyle—. Siempre es un alivio. No se le acerque. Le aplastaría los huesos si lo tocara.

Se empezaron a oír voces gritando:

—¡Forrest! ¿Qué demonios son esos disparos? ¡Feliz Año Nuevo, Forrest! ¿Dónde infiernos es la fiesta?

—Ahí vienen —gruñó Foyle—. Tendremos que jauntarlo fuera de aquí. Nos encontraremos en la playa. ¡Váyase!

Sacó un cuchillo del bolsillo, cortó la cuerda, se echó el reptante hombre a cuestras

y jaunteó. Robin había llegado a la vacía playa de Jervis un momento antes que él. Foyle llegó con el serpenteante hombre babeando sobre su cuello y hombros como una pitón, atenazándolo en un terrible abrazo. El estigma rojo apareció repentinamente en el rostro de Foyle.

—Como Simbad —dijo en una voz estrangulada—. El Viejo del Mar. ¡Rápido, muchacha! En los bolsillos de la derecha. Tres hacia arriba. Dos hacia abajo. Una ampolla autoinoculante. Clávesela en cual...

Se le ahogó la voz.

Robin abrió el bolsillo, halló un paquete de ampollas de cristal y lo sacó. Cada ampolla tenía un aguijón diminuto. Clavó el aguijón de una de ellas en el cuello del hombre reptante. Se desplomó. Foyle se libró de su abrazo y se levantó de la arena.

—¡Cristo! —murmuró, dándose masajes en el cuello. Respiró profundamente—. Sangre y tripas. Control —dijo, volviendo a asumir su aire de tranquila calma. El tatuaje escarlata desapareció de su rostro.

—¿Qué era ese horror? —preguntó Robin.

—Análogo. Una droga psiquiátrica para psicóticos. Ilegal. Esos chalados tienen que liberarse en alguna forma, retrogradarse a lo primitivo. Se identifican con un tipo específico de animal: un gorila, un oso, un toro, un lobo... toman la droga y se convierten en el animal que admiran. Parece que Forrest está mochales por las serpientes.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Ya le dije que he estado estudiando... preparándome para el Vorga. Ésta es una de las cosas que aprendí. Le enseñaré otra cosa que aprendí, si es que no es usted una gallina: cómo sacar a un mochales del Análogo.

Foyle abrió otro bolsillo de su mono de combate y comenzó a trabajar sobre Forrest. Robin le contempló un momento, luego lanzó un grito de horror, se dio la vuelta y caminó hasta la orilla del agua. Se quedó allí, contemplando sin ver las olas y las estrellas, hasta que cesó el maullar y el reptar y Foyle la llamó.

—Ya puede regresar.

Robin lo hizo, para encontrarse con una derruida criatura sentada en la playa que miraba a Foyle con ojos apagados pero sobrios.

—¿Eres Forrest?

—¿Y quién infiernos es usted?

—Eres Ben Forrest, marino de primera. En otro tiempo estuviste a bordo del Vorga de Presteign.

Forrest gritó aterrorizado.

—Estabas a bordo del Vorga el dieciséis de septiembre de dos mil cuatrocientos treinta y seis.

El hombre sollozó y agitó la cabeza.

—El dieciséis de septiembre pasasteis al lado de un pecio. Cerca del cinturón de asteroides. Los restos del Nomad, otra de las naves de la compañía. Pidió ayuda. El Vorga pasó sin ayudarla. La abandonó a la deriva y a la muerte. ¿Por qué pasó de largo el Vorga?

Forrest comenzó a chillar histéricamente.

—¿Quién dio la orden de seguir adelante?

—¡Jesús, no! ¡No! ¡No!

—Todos los datos han desaparecido de los archivos de Bo'nes & Uig. Alguien se los llevó antes de que yo llegara. ¿Quién fue? ¿Quién estaba a bordo del Vorga? ¿Quién se embarcó contigo? Quiero los nombres de los oficiales y la tripulación. ¿Quién la mandaba?

—No —chilló Forrest—. ¡No!

Foyle puso un puñado de billetes frente a la cara del hombre histérico.

—Te pagaré por la información. Cincuenta mil. Análogo para el resto de tu vida. ¿Quién dio la orden de dejarme morir, Forrest? ¿Quién?

El hombre apartó de un manotazo los billetes de la mano de Foyle, se alzó y corrió a lo largo de la playa. Foyle lo derribó al borde del agua. Forrest cayó boca abajo, con la cara en las olas. Foyle lo mantuvo así.

—¿Quién mandaba el Vorga, Forrest? ¿Quién dio la orden?

—¡Lo está ahogando! —gritó Robin.

—Deje que sufra un poco. El agua es mejor que el vacío. Yo sufrí seis meses. ¿Quién dio la orden, Forrest?

El hombre gorgoteaba y se ahogaba. Foyle le sacó la cabeza del agua.

—¿Qué es lo que eres? ¿Leal? ¿Loco? ¿Aterrorizado? Un tipo como tú se vendería por cinco mil. Yo te ofrezco cincuenta. Cincuenta mil por la información, so hijo de puta, o te mataré lenta y cruelmente. —El tatuaje apareció en el rostro de Foyle. Volvió a meter la cabeza de Forrest en el agua, aferrando al hombre que se agitaba. Robin trató de que lo soltara.

—¡Lo está matando!

Foyle enfrentó su horrible cara a Robin.

—¡Sáqueme las manos de encima, perra! ¿Quién estaba a bordo contigo, Forrest? ¿Quién dio la orden? ¿Por qué?

Forrest logró sacar su cabeza del agua.

—Íbamos doce en el Vorga —aulló—. ¡Cristo, sálvame! Estaba yo, y Kemp...

Se estremeció espasmódicamente y se relajó. Foyle sacó su cuerpo del agua.

—Sigue. ¿Tú y quién? ¿Kemp? ¿Quién más? ¡Habla!

No hubo respuesta. Foyle examinó el cuerpo.

—Muerto —murmuró.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—Una pista que se va al diablo. Y justo cuando estaba empezando a hablar. ¡Maldita sea mi suerte! —Hizo una inspiración profunda, y se arrojó con la calma como si fuera un manto de hierro. El tatuaje desapareció de su rostro. Ajustó su reloj para ciento veinte grados de longitud Este.

—Debe ser casi medianoche en Shanghai. Vayamos. Tal vez tengamos mejor suerte con Sergei Orel, encargado del botiquín del Vorga. No ponga esa cara de susto. Esto es sólo el principio. ¡Venga, muchacha, jauntee!

Robin se quedó helada. Él vio que estaba mirando por encima de su hombro, con una expresión de incredulidad. Se dio la vuelta. Una figura llameante se alzaba en la playa, un enorme hombre con ropas encendidas y una cara horriblemente tatuada. Era él mismo.

—¡Cristo! —exclamó Foyle. Dio un paso hacia su imagen ardiente, pero abruptamente ésta desapareció.

Se volvió hacia Robin, demacrado y tembloroso.

—¿Vio eso?

—Sí.

—¿Qué era?

—Usted.

—¡Por Dios! ¿Yo? ¿Cómo es posible? ¿Cómo...?

—Era usted.

—Pero... —Sintió desmayarse, y la fuerza y su furiosa idea fija lo abandonaron—. ¿Era una ilusión? ¿Una alucinación?

—No lo sé. Yo también lo vi.

—¡Dios poderoso! Verse a uno mismo... cara a cara... la ropa estaba ardiendo. ¿Lo vio? En el nombre de Dios, ¿qué era eso?

—Era Gully Foyle —dijo Robin—. Ardiendo en el infierno.

—¡De acuerdo! —estalló airado Foyle—. Era yo en el infierno, pero seguiré adelante a pesar de todo. Si he de arder en el infierno, Vorga arderá conmigo. —Golpeó ambas palmas, recuperando su fuerza y energía.— ¡Por Dios que voy a seguir con ello! A Shanghai. ¡Jauntee!

Diez

En el baile de disfraces de Shanghai, Fourmyle de Ceres electrizó a la alta sociedad apareciendo como la Muerte del cuadro de Durero «La muerte y la doncella», con una espectacular criatura rubia ataviada con velos transparentes. Una sociedad victoriana que ocultaba a sus mujeres en gineceos, y que consideraba los cortos trajes de 1920 del clan Peenemunde como excesivamente atrevidos, se sintió avergonzada, a pesar de que Robin Wednesbury estaba haciendo de carabina con el par. Pero, cuando Fourmyle reveló que la mujer no era más que un magnífico androide, hubo un inmediato cambio de opiniones a su favor. La alta sociedad se sintió encantada por la añagaza. El cuerpo desnudo, deshonoroso para los humanos, era simplemente una curiosidad asexual en los androides.

A medianoche, Fourmyle subastó el androide entre los caballeros del baile.

—¿Dará el dinero a obras de caridad, Fourmyle?

—De ningún modo. Ya conocen mi slogan: ni un centavo para la entropía. ¿He oído un centenar de créditos por esta cara y bella criatura? ¿Un centenar, caballeros? Es toda belleza y altamente adaptable. ¿Dos? Gracias. ¿Tres y medio? Gracias. Se me ofrecen... ¿cinco? ¿Ocho? Gracias. ¿Alguna otra oferta por este sensacional producto de los genios del Circo Fourmyle? Camina, habla, se adapta, ha sido acondicionada para responder al mayor postor. ¿Nueve? ¿Hay alguna otra puesta? ¿Eso es todo? ¿Nadie quiere seguir pujando? Vendida a Lord Yale por novecientos créditos.

Un tumultuoso aplauso y asombrados comentarios:

—¿Un androide como ése debe de haber costado noventa mil! ¿Cómo puede permitirse esos lujos?

—¿Hará el favor de darle el dinero al androide, Lord Yale? Le responderá en forma conveniente. Hasta la vista, cuando nos encontremos de nuevo en Roma, señoras y caballeros... en el Palazzo Borghese, a medianoche. Feliz Año Nuevo.

Fourmyle ya había partido cuando Lord Yale descubrió, para su satisfacción y la de otros solterones, que la añagaza había sido doble. El androide era, en realidad, una criatura humana viva, toda belleza y altamente adaptable. Respondió en forma más que adecuada a los novecientos créditos. La broma fue la historia más comentada del año. Todos los caballeros esperaban ansiosos poder felicitar a Fourmyle.

Pero Foyle y Robin Wednesbury estaban pasando bajo un letrero que decía: DOBLE su JAUNTEO o LE DEVOLVEREMOS EL DOBLE DE LO QUE GASTÓ, en siete idiomas, y entrando en el emporium del DOCTOR SERGEI OREL, AMPLIADOR CELESTIAL DE LAS CAPACIDADES CRANEANAS.

La sala de espera estaba decorada con vívidas ilustraciones de secciones

craneanas demostrando cómo el Doctor Orel emplastaba, moldeaba, embalsamaba y electrolizaba el cerebro hasta doblar su capacidad o le devolvía a uno el doble de lo gastado. También duplicaba la memoria con purgas antifebriles, ampliaba la moral con roborativos tónicos, y ajustaba todas las psiques angustiadas con el Vulnerario Epulótico de Orel.

La sala de espera estaba vacía. Foyle abrió una puerta al azar. Pudieron ver una larga sala de hospital. Foyle gruñó disgustado.

—Nevados. Debía de haberme imaginado que también se ocuparía de estos majaretas.

Aquella sala recogía a los Coleccionistas de Enfermedades, los más locos de todos los adictos neuróticos. Yacían en sus camas de hospital, sufriendo débilmente de sus ilegalmente inoculadas paraviruelas, paragripe, paramalaria; atendidos devotamente por enfermeras en almidonados uniformes blancos, y gozando ávidamente de su enfermedad ilegal y de la atención que ésta les deparaba.

—Mírelos —dijo desdeñosamente Foyle—. Dan asco. Si hay algo que sea más repugnante que los adictos a la religión, son los adictos a las enfermedades.

—Buenas noches —dijo una voz tras ellos.

Foyle cerró la puerta y se dio la vuelta. El Doctor Sergei Orel les hizo una reverencia. El buen doctor parecía seco y estéril en el clásico gorrito, bata y mascarilla blancos de los clanes médicos, a los que pertenecía tan sólo en su fraudulenta aseveración. Era bajo, atezado y de ojos oblicuos, pareciendo ruso en él tan sólo su nombre. Más de un siglo de jaunteo había mezclado tanto a las poblaciones del mundo, que los tipos raciales estaban desapareciendo.

—No esperaba que trabajase en la víspera del Año Nuevo —dijo Foyle.

—Nuestro Año Nuevo ruso es dentro de dos semanas —le respondió el Doctor Orel—. Vengan por aquí, por favor.

Señaló una puerta y desapareció con un chasquido. La puerta revelaba una alta escalera. Mientras Foyle y Robin comenzaban a subir las escaleras, el Doctor Orel reapareció sobre ellos.

—Por aquí... Oh... un momento —desapareció y apareció de nuevo tras ellos—. Se olvidaron de cerrar la puerta.

La cerró y jaunteó de nuevo. Esta vez apareció en lo alto de las escaleras.

—Aquí dentro, por favor.

—Fanfarroneando —murmuró Foyle—. Doble su jaunteo o le devolveremos el doble de lo que gastó. De todas maneras, es bastante rápido. Yo tendré que serlo más que él.

Entraron en la sala de consultas. Era un ático con techo transparente. Las paredes estaban repletas de extraños pero anticuados aparatos médicos: una máquina de baños sedantes, una silla eléctrica para darles shocks a los esquizofrénicos, un analizador

EKG para trazar los gráficos psicóticos, viejos microscopios ópticos y electrónicos.

El curandero les esperaba tras su escritorio. Jaunteó a la puerta, la cerró, jaunteó de vuelta a su escritorio, se inclinó en saludo, jaunteó tras la silla de Robin para ayudarla a sentarse, jaunteó a la ventana y ajustó la persiana, jaunteó al control de la luz y ajustó su brillo, y luego reapareció en el escritorio.

—Hace un año —sonrió—, no podía ni siquiera jauntear. Entonces descubrí el secreto, el Salutífero Abstensivo que...

Foyle tocó con su lengua el tablero de control conectado a las terminaciones nerviosas de su dentadura. Aceleró. Se alzó sin prisas, se adelantó hacia la figura que continuaba hablando a un ritmo superlento tras el escritorio, tomó un pesado pisapapeles, y golpeó científicamente a Orel en la frente, produciéndole una contusión en los lóbulos frontales y dejando inútil su control del jaunteo. Tomó al curandero y lo ató a la silla eléctrica. Todo esto le llevó aproximadamente cinco segundos. Robin Wednesbury no vio más que una mancha de color.

Foyle desaceleró. El curandero abrió los ojos, se estremeció, vio dónde estaba y se envaró, irritado y perplejo.

—Eres Sergei Orel, encargado del botiquín del Vorga —dijo en voz baja Foyle—. Estabas a bordo del Vorga el 16 de septiembre de 2436.

La irritación y la perplejidad se transformaron en terror.

—El 16 de septiembre pasasteis junto a unos restos, cerca del cinturón de asteroides. Yo estaba en ese pecio, el Nomad. Señaló pidiendo ayuda y el Vorga pasó sin detenerse. Lo dejasteis a la deriva, esperando la muerte. ¿Por qué?

Orel desorbitó los ojos, pero no contestó.

—¿Quién dio la orden de seguir adelante? ¿Quién deseaba que me pudriese y muriese?

Orel comenzó a balbucear.

—¿Quién iba a bordo del Vorga? ¿Quién componía la tripulación? ¿Quién la mandaba? Voy a conseguir una respuesta. No creas que lo podrás evitar —dijo Foyle con tranquila ferocidad—. Te la compraré o te la arrancaré. ¿Por qué me dejasteis morir? ¿Quién os dijo que me dejaseis morir?

—No puedo hablar de... —chilló Orel—. Déjeme decirle...

Se desmadejó.

Foyle examinó el cuerpo.

—Muerto —murmuró—. Justo cuando iba a hablar. Igual que Forrest.

—Asesinado.

—No. Ni siquiera lo toqué. Fue un suicidio. —Foyle se rió sin ganas.

—Está loco.

—No, divertido. No los maté; los obligué a matarse a ellos mismos.

—¿Qué idiotez es ésa?

—Les habían implantado Bloqueos del Simpático. ¿Ha oído hablar de los BS, muchacha? Inteligencia los utiliza para sus agentes de espionaje. Se toma una cierta información que uno no desea que sea divulgada. Se conecta con el sistema nervioso simpático que controla el automatismo de la respiración y los latidos del corazón. Tan pronto como el sujeto trata de revelar esa información, se activa el bloqueo, el corazón y los pulmones son detenidos, el hombre muere, y el secreto continúa siéndolo. Un agente no tiene que preocuparse por matarse para evitar la tortura; esto es automático.

—¿Eso es lo que les ocurrió a esos hombres?

—Obviamente.

—Pero, ¿por qué?

—¿Cómo puedo saberlo? El contrabando de refugiados no es suficiente. El Vorgia tenía que estar haciendo cosas más sucias para tomar tantas precauciones. Pero tenemos un problema. Nuestra última pista es Poggi en Roma. Ángel Poggi, el pinche a bordo del Vorgia. ¿Cómo vamos a extraer la información sin...?

Se cortó en seco.

Su imagen se alzaba frente a él, silenciosa, ominosa, con el rostro ardiendo en rojo sangriento y la vestimenta prendida.

Foyle estaba paralizado. Aspiró y dijo con voz temblorosa:

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que...?

La imagen desapareció.

Foyle se giró hacia Robin, humedeciéndose los labios.

—¿Lo vio? —La expresión de ella le dio la respuesta—. ¿Era real?

Señaló hacia el escritorio de Sergei Orel, a cuyo lado se había alzado la imagen. Los papeles del escritorio se habían encendido y estaban ardiendo. Foyle se echó hacia atrás, aún asustado y anonadado. Se pasó una mano por el rostro. El sudor la empapó.

Robin corrió hasta el escritorio y trató de apagar las llamas. Cogiendo montones de papeles y cartas, golpeó inútilmente con ellos. Foyle no se movió.

—No puedo apagarlo —jadeó ella al fin—. Tenemos que salir de aquí.

Foyle asintió, y entonces se recuperó por un puro esfuerzo de su voluntad.

—Roma —carraspeó—. Jauntearemos a Roma. Tiene que haber alguna explicación a todo esto. ¡Por Dios que la hallaré! Y mientras tanto, no voy a dejarlo correr. Roma. ¡Venga, muchacha, jauntee!

Desde la Edad Media, las Escaleras Españolas han sido el centro de la corrupción en Roma. Alzándose desde la Piazza di Spagna hasta los jardines de la Villa Borghese en una amplia subida, estas escalas han estado, están y estarán repletas de vicio. Por ellas caminan chulos, prostitutas, pervertidos, lesbianas e invertidos. Insolentes y arrogantes, se pavonean ofreciéndose, y se ríen de las personas respetables que a

veces pasan por allí.

Las escalinatas fueron destruidas en las guerras nucleares de finales del siglo veinte. Fueron reconstruidas y destruidas de nuevo en la Guerra de la Restauración Mundial en el siglo veintiuno. De nuevo fueron reconstruidas, y esta vez cubiertas con un cristal a prueba de explosiones que las convirtió en una galería escalonada. El domo de la galería cortaba la vista de la cámara mortuoria de la casa de Keats. Ya no podían mirar los visitantes por la estrecha ventana para ver el último panorama que contemplaron los moribundos ojos del poeta. Ahora sólo se veía el humeante domo de las Escaleras Españolas, y a través del mismo las distorsionadas figuras de la corrupción de abajo.

La Galería de las Escaleras estaba iluminada por la noche, y en esta víspera de Año Nuevo se hallaba en el caos. Durante un millar de años, Roma ha recibido el Año Nuevo con un bombardeo: fuegos artificiales, cohetes, torpedos, disparos, botellas, zapatos, viejos cacharros de cocina y sartenes. Durante meses los romanos guardan basura para tirarla desde las ventanas más altas cuando llega la medianoche. El rugido de los fuegos de artificio en el interior de las Escaleras y el golpear de los desechos cayendo sobre el techo de la Galería era ensordecedor mientras Foyle y Robin Wednesbury bajaban desde el carnaval en el Palazzo Borghese.

Llevaban aún puestos los disfraces: Foyle las brillantes ropas escarlatas de Cesare Borgia y Robin el traje ornado en plata de Lucrezia Borgia. Usaban grotescas máscaras de terciopelo. El contraste entre sus trajes renacentistas y las modernas ropas de su alrededor ocasionó chanzas y burlas. Hasta los Lobos que frecuentaban las Escaleras Españolas, aquellos desafortunados criminales habituales a los que se les había quemado un cuarto de sus cerebros en una lobotomía prefrontal, se sintieron extraídos de su condición de apatía y los contemplaron. La multitud cerró filas alrededor de la pareja mientras ésta descendía por la Galería.

—¿Poggi? —dijo Foyle con voz tranquila—. ¿Angelo Poggi?

Un borracho hizo unos comentarios anatómicos sobre su persona.

—¿Poggi? ¿Angelo Poggi? —Foyle permaneció impasible—. Me han dicho que puede hallársele en las Escaleras por la noche. ¿Angelo Poggi?

Una prostituta maldijo a su madre.

—¿Angelo Poggi? Diez créditos a cualquiera que me lo traiga.

Se vio rodeado por manos extendidas, algunas sucias, otras perfumadas, pero todas ansiosas. Negó con la cabeza.

—Tráiganmelo primero.

La rabia romana restalló a su alrededor.

—¿Poggi? ¿Angelo Poggi?

Tras seis semanas de vagar por las Escaleras Españolas, el Capitán Peter Y'ang-Yeovil escuchó al fin las palabras que había esperado oír. Seis semanas de tediosa

impersonación de la identidad de un tal Angelo Poggi, pinche del Vorga, muerto hacía tiempo, estaban produciendo al fin su fruto. Había sido un riesgo que había decidido correr cuando Inteligencia le había proporcionado la noticia de que alguien estaba haciendo cautelosas preguntas acerca de la tripulación del Vorga de Presteign, y pagando soberanamente por la información.

—Es una probabilidad entre un millón —había dicho Y'ang-Yeovil. Pero Gully Foyle, AS—128/I27:006, hizo ese loco intento de volar el Vorga y ocho kilos de Piros merecen correr ese riesgo.

Ahora, se aproximó por las escaleras hacia el hombre con el traje y máscara del Renacimiento. Había aumentado dieciséis kilos de peso con inyecciones glandulares. Se había oscurecido la tez con una manipulación en su dieta. Sus facciones, que jamás habían tenido rasgos orientales sino más bien corrían a lo largo de las líneas aguileñas del antiguo indio americano, se convertían fácilmente en inidentificables con un poco de control muscular.

El hombre de Inteligencia subió por las Escaleras Españolas, un grueso cocinero de aspecto poco recomendable. Extendió un paquete de sucios sobres hacia Foyle.

—¿Fotos curiosas, *signore*? ¿Creyentes de Sótano en sus prácticas? Muy curiosas. Muy prohibidas, *signore*. Entretenga a sus amigos... enterezca a las señoras.

—No —Foyle apartó las fotografías—. Estoy buscando a Angelo Poggi.

Y'ang-Yeovil hizo una microscópica señal. Su equipo en las escaleras comenzó a fotografiar y a grabar la entrevista, sin dejar de hacer el chulo o la prostituta. La Lengua Secreta del Núcleo de Inteligencia de las Fuerzas Armadas de los Planetas Interiores zigzagueó alrededor de Foyle y Robin en un cúmulo de débiles tics, sorbidos, gestos, actitudes y movimientos. Era el antiguo idioma chino por signos de los párpados, cejas, dedos e infinitesimos movimientos corporales.

—*Signore*? —susurró Y'ang-Yeovil.

—¿Angelo Poggi?

—Sí, *signore*. Soy Angelo Poggi.

—¿Pinche a bordo del Vorga? —Esperando el mismo estremecimiento de terror manifestado por Forrest y Orel, que al fin comprendía, Foyle adelantó un brazo y asió el codo de Y'ang-Yeovil—. ¿Sí?

—Sí, *signore* —replicó tranquilamente Y'ang-Yeovil—. ¿Cómo puedo servir a su excelencia?

—Quizá éste pueda decirnos algo —murmuró Foyle a Robin—. No tiene miedo. Tal vez sepa cómo evitar el Bloqueo. Deseo que me dé información, Poggi.

—¿De qué naturaleza, *signore*, y a qué precio?

—Quiero comprar toda la que tenga. Sea la que sea. Y ponga su propio precio.

—¡Pero *signore*! Soy un hombre con muchos años de experiencia, no se me puede comprar en lotes. Debo ser pagado artículo por artículo. Haga su selección y le

diré el precio. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Se hallaba a bordo del Vorga el dieciséis de septiembre de 2436?

—El costo de ese artículo es de diez créditos.

Foyle sonrió sin humor y pagó.

—Estaba, *signore*.

—Quiero saber acerca de una nave que cruzaron cerca del cinturón de asteroides. El pecio del Nomad. Lo cruzaron el dieciséis de septiembre. El Nomad pidió ayuda y el Vorga pasó de largo. ¿Quién dio esa orden?

—¡Ah, *signore*!

—¿Quién dio esa orden, y por qué?

—¿Por qué lo pregunta, *signore*?

—Eso no le importa. Dígame el precio y hable.

—Tengo que saber por qué una cuestión es preguntada antes de contestarla, *signore*. —Y'ang-Yeovil sonrió, grasiendo—. Y pagaré por mi precaución rebajando el precio. ¿Por qué está usted interesado en el Vorga y el Nomad y ese abandono en el espacio? ¿Fue usted quizá el infortunado tratado de una forma tan cruel?

—¡No es italiano! Su acento es perfecto, pero la construcción es totalmente incorrecta. Ningún italiano construiría así las frases.

Foyle se puso rígido, alarmado. Los ojos de Y'ang-Yeovil, acostumbrados a detectar y deducir las minucias, se dieron cuenta del cambio de actitud. Inmediatamente supo que en alguna forma había cometido un desliz. Hizo una señal apresurada a su equipo.

Una tremenda pelea estalló en las Escaleras Españolas. En un instante, Foyle y Robin se hallaron cogidos entre una masa gritona que se peleaba. Los equipos del Núcleo de Inteligencia eran unos excelentes expertos en esta maniobra operativa, destinada a enfrentarse con un mundo jaunteante. Su coordinación casi instantánea podía hacer perder el equilibrio a cualquier hombre, desvalijándolo para identificarlo. Su éxito estaba basado en el simple hecho de que entre un ataque inesperado y una respuesta defensiva siempre hay un intervalo de reconocimiento. En ese intervalo, el Núcleo de Inteligencia lograba evitar que cualquier hombre pudiera salvarse a sí mismo.

En tres quintos de segundo, Foyle fue golpeado, pateado, martilleado en la frente, echado contra los escalones y aferrado. Le arrancaron la máscara de la cara, le arrebataron porciones de su vestimenta y se halló inerme ante la violación de las cámaras identificadoras.

Entonces, por primera vez en la historia del Núcleo, su programa fue interrumpido.

Apareció un hombre, acercándose al cuerpo de Foyle... un hombre enorme con el rostro horriblemente tatuado y unas ropas que humeaban y llameaban. La aparición

era tan asombrosa que el equipo se quedó paralizado contemplándola. La multitud de las Escaleras lanzó un aullido ante el aterrador espectáculo.

—¡El Hombre Ardiente! ¡Mirad! ¡El Hombre Ardiente!

—Pero ése es Foyle —susurró Y'ang-Yeovil.

Durante quizá un cuarto de minuto la aparición permaneció allí, silenciosa, ardiendo, mirando con ojos ciegos. Entonces desapareció. El hombre derribado en el suelo desapareció también. Se convirtió en un centelleante movimiento que recorrió el equipo, localizando y destruyendo las cámaras, grabadoras y todos los aparatos de identificación. Entonces el relámpago tomó a la muchacha del traje del Renacimiento y desapareció.

Las Escaleras Españolas volvieron a la vida, dolorosamente, como si surgiesen de una pesadilla. El anonadado equipo de Inteligencia se congregó alrededor de Y'ang-Yeovil.

—¿Qué diablos era eso, Yeo?

—Creo que era nuestro hombre, Gully Foyle. Ya le vieron la cara tatuada.

—¡Y las ropas prendidas!

—Parecía un brujo en la hoguera.

—Pero si el hombre que ardía era Foyle, ¿en quién infiernos estábamos perdiendo el tiempo?

—No lo sé. ¿Tiene la Brigada de Comandos un servicio de inteligencia del que no nos hayamos enterado?

—¿Por qué los Comandos, Yeo?

—¿No vieron la forma en que aceleró? Destruyó todas las grabaciones que habíamos hecho.

—Sigo sin poder creer a mis ojos.

—Oh, puede creer en lo que no vio. Eso fue una técnica altamente secreta de los Comandos. Despedazan a sus hombres y los reconstruyen, mejorándolos. Tendré que hablar con el Cuartel General de Marte y averiguar si la Brigada de Comandos está realizando una investigación paralela.

—¿Confiará el Ejército en la Marina?

—Tendrán que confiar en Inteligencia —dijo irritado Y'ang-Yeovil—. Este caso es ya bastante crítico sin disputas jurisdiccionales. Y otra cosa: no había necesidad de maltratar a aquella chica en la maniobra. Fue indisciplinado e innecesario. —Y'ang-Yeovil hizo una pausa, no advirtiendo, por una vez, las miradas significativas que se cruzaban a su alrededor—. Tendré que averiguar de quién se trataba —añadió, soñador.

—Si también la han reconstruido, será realmente interesante, Yeo —dijo una suave voz, pulcramente desprovista de toda ironía—. El Muchacho y la Comando.

Y'ang-Yeovil se ruborizó.

—De acuerdo —tartamudeó—. Soy transparente.

—Tan sólo repetitivo, Yeo. Todos tus romances se inician en la misma forma: «No había ninguna necesidad de maltratar a esa chica...» Y entonces: Dolly Quaker, Jean Webster, Gwynn Roget, Marión...

—¡Sin nombres, por favor! —interrumpió una voz molesta—. ¿Acaso Romeo se lo cuenta todo a Julieta?

—Os mandaré a limpiar las letrinas a todos mañana —dijo Y'ang-Yeovil—. No os creáis que voy a soportar esta solapada insubordinación. Bueno, mañana no. Pero sí tan pronto como se cierre este caso. —Su rostro aguileño se ensombreció—. ¡Dios mío, qué lío! ¿Podremos olvidarnos alguna vez de la visión de Foyle ardiendo? Pero ¿dónde está? ¿Qué es lo que quiere hacer? ¿Qué es lo que significa todo esto?

Once

La mansión Presteign de los Presteign en Central Park estaba iluminada para el Año Nuevo. Encantadoras bombillas antiguas con filamentos en zig-zag y terminadas en punta proporcionaban una luz amarillenta. El laberinto a prueba de jaunteo había sido desmantelado y la gran puerta estaba abierta para la ocasión especial. El interior de la casa estaba protegido de las miradas de la multitud de afuera por una enojada pantalla colocada justamente detrás de la puerta.

Los mirones cuchicheaban y lanzaban exclamaciones a medida que los famosos y casi famosos de los clanes y tribus llegaban en coche, carroza, litera o en cualquier forma de transporte de lujo. El mismo Presteign de Presteign se hallaba junto a la puerta, gris acero, elegante, sonriendo con su sonrisa de basilisco y dando la bienvenida a su casa a la alta sociedad. Apenas había pasado una celebridad por la puerta y desaparecido tras la cortina cuando otra, aún más famosa, llegaba en un vehículo más fabuloso todavía.

Los Colas llegaron en un camión con toda una banda de música. La familia Esso (seis hijos, tres hijas) aparecía magnífica en su autobús de techo de cristal de la firma Greyhound. Pero los Greyhound llegaron (en un coche eléctrico Edison) pisándoles los talones, y se oyeron muchas chanzas y risas en la puerta. Pero cuando Edison de Westinghouse desmontó de su antiguo coche que funcionaba con gasolina Esso, completando el círculo, las risas en las escalinatas se convirtieron en un rugido.

Cuando la multitud de invitados se giraba para entrar en la casa de Presteign, una lejana conmoción atrajo su interés. Era un estrépito, un tremendo repiqueteo de martillos neumáticos y un molesto aullido metálico. Se acercaba rápidamente. El círculo exterior de mirones abrió un amplio camino. Un camión pesado se adelantó por ese camino. Seis hombres estaban lanzando vigas de madera de la parte trasera del camión. Siguiéndolos venía un equipo de veinte trabajadores colocando los maderos cuidadosamente en fila.

Presteign y sus invitados lo contemplaron asombrados. Una gigantesca máquina, aullando y golpeando, se acercó, arrastrándose sobre los maderos. Tras ella depositaba raíles paralelos de acero. Equipos de trabajo con martillos neumáticos y pilones clavaban los raíles a las traviesas de madera. La vía fue llevada hasta la puerta de Presteign en un amplio arco y luego se curvó hasta perderse. La aullante máquina y los equipos de trabajo desaparecieron en la oscuridad.

—¡Buen Dios! —se oyó claramente decir a Presteign. Los invitados surgieron de la casa para mirar.

A lo lejos se oyó un agudo silbido. A lo largo de la vía llegó un hombre montado en un caballo blanco, portando una gran bandera roja. Tras él soplabla una locomotora de vapor arrastrando un solitario vagón mirador. El tren se detuvo ante la puerta de

Presteign. Un jefe de tren bajó del vehículo seguido por un mozo. El mozo colocó una escalerilla. Una dama y un caballero vestidos con trajes de noche descendieron.

—No estaré mucho tiempo —le dijo el caballero al jefe de tren—. Vuelva por mí dentro de una hora.

—¡Buen Dios! —exclamó de nuevo Presteign.

El tren resopló, alejándose. La pareja subió por las escaleras.

—Buenas noches, Presteign —dijo el caballero—. Lamento terriblemente que ese caballo ensuciara sus terrenos, pero la antigua ley de Nueva York sigue insistiendo en que vaya una bandera roja ante los trenes.

—¡Fourmyle! —gritaron los invitados.

—¡Fourmyle de Ceres! —se emocionaron los mirones.

La fiesta de Presteign tenía ahora asegurado el éxito.

Dentro del amplio y lujoso vestíbulo, Presteign examinó a Fourmyle con curiosidad. Foyle soportó la aguda mirada gris acero con ecuanimidad, mientras saludaba y sonreía a los entusiastas admiradores que había adquirido desde Canberra hasta Nueva York, y con los que Robin Wednesbury estaba charlando.

Control, pensó; sangre, tripas y cerebro. Me interrogaron en su oficina durante una hora tras aquella loca tentativa que hice contra el Vorga. ¿Me reconocerá?

—Su rostro me es familiar, Presteign —dijo Fourmyle—. ¿Nos hemos visto antes?

—No he tenido el honor de encontrarme con un Fourmyle hasta esta noche —contestó ambigualmente Presteign. Foyle se había entrenado a leer en los hombres, pero el apuesto y duro rostro de Presteign era inescrutable. Frente a frente, el uno sociable pero determinado y el otro reservado e indomable, parecían como un par de estatuas de bronce a punto de ser fundidas.

—Me han dicho que se vanagloria de ser un recién llegado, Fourmyle.

—Sí. Sigo los pasos del primer Presteign.

—¿De verdad?

—Recordará usted que se vanagloriaba de haber iniciado la fortuna de la familia en el mercado negro del plasma durante la Tercera Guerra Mundial.

—Fue la Segunda, Fourmyle. Pero los hipócritas de nuestro clan nunca lo reconocen. Su nombre, entonces, era Payne.

—No lo sabía.

—¿Y cuál era su infeliz nombre familiar antes de que lo cambiase a Fourmyle?

—Era Presteign.

—¿En serio? —La sonrisa de basilisco demostró haber notado el golpe—. ¿Reclama estar relacionado con nuestro clan?

—Lo reclamaré a su tiempo.

—¿En qué grado?

—Digamos... una relación de sangre.

—Qué interesante. Detecto una cierta fascinación por la sangre en usted, Fourmyle.

—No cabe duda de que es una debilidad de la familia, Presteign.

—Le agrada ser cínico —dijo Presteign, no sin cinismo—, pero dice la verdad. Siempre hemos tenido una debilidad fatal por la sangre y el dinero. Es nuestro vicio. Lo admito.

—Y yo lo comparto.

—¿Una pasión por la sangre y el dinero?

—Ciertamente. Una gran pasión.

—¿Sin piedad, sin perdón, sin hipocresía?

—Sin piedad, sin perdón, sin hipocresía.

—Fourmyle, es usted un joven tal y como a mí me gustan. Si no reclama una relación con nuestro clan, me veré obligado a adoptarlo.

—Llega tarde, Presteign. Yo ya lo he adoptado a usted.

Presteign tomó el brazo de Foyle.

—Tengo que presentarle a mi hija, Lady Olivia. ¿Me lo permite?

Cruzaron el vestíbulo. Foyle dudó, preguntándose si debía llamar a Robin a su lado para alguna posible emergencia, pero se sentía demasiado triunfador. No lo sabe, nunca lo sabrá, pero entonces llegó la duda: yo nunca sabré si lo sabe. Está hecho del más duro acero. Me podría enseñar una o dos cosas acerca del autocontrol.

Las amistades saludaron a Fourmyle.

—Buena broma la que nos gastó en Shanghai.

—Maravilloso carnaval en Roma, ¿no le parece? ¿Oyó hablar de aquel hombre ardiendo que apareció en las Escaleras Españolas?

—Lo esperábamos en Londres.

—Qué celestial entrada que ha hecho —le dijo Harry Sherwin-Williams—. Nos ganó a todos, Fourmyle. Nos ha hecho parecer a los demás como un puñado de inocentes mamones.

—Se pasa usted de raya, Harry —le dijo fríamente Presteign—. Ya sabe que no permito palabras soeces en mi casa.

—Lo siento, Presteign. ¿Dónde está su circo ahora, Fourmyle?

—No lo sé —dijo Foyle—. Espere un momento.

Se reunió una multitud, sonriendo anticipadamente ante la última locura de Fourmyle. Éste sacó un reloj de platino y abrió la tapa. El rostro de un sirviente apareció en la esfera.

—Esto... usted, como se llame... ¿Dónde estamos ahora?

La respuesta fue débil y temerosa:

—Dio órdenes de que convirtiésemos a Nueva York en nuestra residencia

permanente, Fourmyle.

—¿Eh? ¿Lo hice? ¿y?

—Compramos la Catedral de San Patricio, Fourmyle.

—¿Y dónde está eso?

—La vieja San Patricio, Fourmyle. En la Quinta Avenida y lo que fue antes la Calle Cincuenta. Hemos instalado el campamento en su interior.

—Gracias —Fourmyle cerró la tapa de platino—. Mi dirección es la Vieja San Patricio, Nueva York. Hay que reconocerles una cosa a las religiones antiguas... al menos construían iglesias lo bastante grandes como para albergar un circo.

Olivia Presteign estaba sentada en un trono bajo dosel, rodeada por admiradores que hacían la corte a esta bella albina, hija de Presteign. Era extraña y maravillosamente ciega, pues podía ver tan sólo el infrarrojo, en las longitudes de onda desde los 7500 angstroms a un milímetro, muy por debajo del espectro visible normal. Veía las ondas caloríferas, los campos magnéticos, las ondas radiales; veía a sus admiradores en una extraña luz de emanaciones orgánicas contra un fondo de radiación roja.

Era la Dama de los Hielos, una Gélida Princesa con ojos y labios de coral, imperativa, misteriosa, inalcanzable. Foyle la contempló y apartó la vista confuso ante la mirada ciega que tan sólo lo podía ver como ondas electromagnéticas y luz infrarroja. Su pulso comenzó a correr más rápido; un centenar de centelleantes fantasías acerca de él mismo y de Olivia Presteign cruzaron por su corazón.

«¡No seas estúpido!», pensó desesperado. «Contrólate. Deja de soñar. Esto puede ser peligroso...»

Lo presentaron; le habló en una voz grave y argentina; le dio una fría y grácil mano; pero la mano pareció estallar entre la suya con una descarga eléctrica. Fue como un inicio de reconocimiento mutuo... casi una unión de impacto emocional.

Esto es una locura. Ella es un símbolo. La Princesa de los Sueños... la inalcanzable. ¡Contrólate!

Estaba luchando tan duramente que casi no se dio cuenta de que lo habían despedido, graciosa e indiferentemente. No podía creerlo. Se quedó con la boca abierta como un estúpido.

—¿Cómo? ¿Todavía sigue ahí, Fourmyle?

—No podía creer que se me hubiera despedido, Lady Olivia.

—No es eso, pero me temo que impide el paso a mis amigos.

—No estoy acostumbrado a ser despedido. (No. No. ¡Lo has hecho mal!) Al menos por alguien a quien me gustaría contar entre mis amistades.

—No sea tedioso, Fourmyle. Márchese.

—¿Cómo la he ofendido?

—¿Ofendido? Ahora está siendo ridículo.

—Lady Olivia... (¿Es que no puedo hacer nada bien? ¿Dónde está Robin?)
¿Podemos empezar de nuevo, por favor?

—Si está tratando de comportarse incorrectamente, Fourmyle, lo está logrando admirablemente.

—Su mano de nuevo, por favor. Gracias. Soy Fourmyle de Ceres.

—De acuerdo. —Ella rio—. Le concederé que es usted un payaso. Ahora váyase. Estoy segura de que podrá encontrar a alguien a quien divertir.

—¿Qué ha sucedido esta vez?

—Realmente, caballero, ¿está tratando de hacerme enfadar?

—No (Sí lo estoy tratando. Tratando de abrirme paso en alguna forma... a través del hielo). La primera vez nuestro apretón de manos fue... violento. Ahora no ha sido nada. ¿Qué ha sucedido?

—Fourmyle —dijo cansadamente Olivia—. Admitiré que es usted divertido, original, gracioso, fascinante... cualquier cosa, si es que con ello logro que se vaya. Bajó tambaleante los escalones del trono.

Perra. Perra. Perra. No. Es el sueño tal como lo soné. El picacho helado que tiene que ser escalado y conquistado. Plantarle sitio... invadirla... dominarla... obligarla a rendirse... Se encontró cara a cara con Saúl Dagenham. Se quedó paralizado, conteniendo su sangre y sus tripas.

—Ah, Fourmyle —dijo Presteign—. Este es Saúl Dagenham. Tan sólo puede concedernos treinta minutos, e insiste en permanecer uno de ellos con usted.

—¿Lo sabrá? ¿Mandó a buscar a Dagenham para asegurarse? —atacó *toujours de l'audace*.

—¿Qué es lo que le pasó a su cara, Dagenham? —preguntó Fourmyle con curiosidad despreocupada.

El cráneo sonrió.

—Yo creí que era famoso. Envenenamiento por radiaciones. Estoy «caliente». Hubo un tiempo en que se decía «más caliente que un horno». Ahora dicen «más caliente que Dagenham». —Los mortíferos ojos traspasaron a Foyle—. ¿Qué es lo que hay tras ese circo suyo?

—Una pasión por la notoriedad.

—Yo también soy un viejo adepto del enmascaramiento. Reconozco los signos. ¿Cuál es su crimen?

—¿Se lo dijo Dillinger a Capone? —Foyle le devolvió la sonrisa, comenzando a relajarse, dominando su triunfo. Los he engañado a los dos—. Se le ve más feliz, Dagenham.

Instantáneamente se dio cuenta de su desliz. Dagenham lo notó de inmediato.

—¿Más feliz que cuándo? ¿Dónde nos vimos antes?

—No más feliz que cuándo. Más feliz que yo. —Foyle se volvió hacia Presteign

—. Me he enamorado desesperadamente de Lady Olivia.

—Saúl, terminó tu media hora.

Dagenham y Presteign, a cada lado de Foyle, se giraron. Una mujer alta, resplandeciente en un traje de noche esmeralda, se acercó, con su rojo cabello brillando. Era Jisbella McQueen. Sus miradas se cruzaron. Antes de que la emoción pudiera reflejarse en su rostro, Foyle giró, corrió seis pasos hasta la primera puerta que vio, la abrió y la atravesó de un salto.

La puerta se cerró tras él. Se hallaba en un corto corredor sin salida.

Se oyó un clic, una pausa, y luego una voz grabada habló cortésmente:

—Ha entrado usted en una porción privada de esta residencia. Haga el favor de retirarse.

Foyle jadeó y luchó consigo mismo.

—Ha entrado usted en una porción privada de esta residencia. Haga el favor de retirarse.

Nunca lo supe... creí que había muerto allí... me reconoció...

—Ha entrado usted en una porción privada de esta residencia. Haga el favor de retirarse.

Estoy acabado... nunca me lo perdonará... debe estar contándoselo a Dagenham y Presteign ahora.

La puerta al salón se abrió, y por un momento Foyle pensó que había visto su imagen llameante. Entonces se dio cuenta de que tan sólo estaba viendo el cabello rojo de Jisbella. No se movía, tan sólo lo miraba y sonreía en furioso triunfo. Se irguió.

Por Dios, no caeré suplicando.

Sin prisas, Foyle atravesó el corredor, tomó el brazo de Jisbella y la llevó de regreso al salón. No se preocupó en mirar dónde estaban Dagenham y Presteign. Se presentarían, con fuerzas y armas, a su tiempo. Le sonrió a Jisbella; ella le devolvió la sonrisa, todavía triunfante.

—Gracias por escapar, Gully. Nunca pensé que pudiera ser tan satisfactorio.

—¿Escapar? ¡Querida Jiz!

—¿Bien?

—No puedes imaginarte lo hermosa que se te ve esta noche. Hemos progresado mucho desde la Gouffre Martel, ¿no? —Foyle señaló hacia la pista de baile—. ¿Bailamos?

Los ojos de ella se abrieron sorprendidos ante su tranquilidad. Le permitió que la llevase hasta la pista y la tomase entre sus brazos.

—A propósito, Jiz, ¿cómo has conseguido no volver a la Gouffre Martel?

—Dagenham lo solucionó. ¿Así que ahora bailas, Gully?

—Bailo, hablo cuatro idiomas miserablemente, estudio ciencias y filosofía,

escribo horribles poemas, casi me mato con experimentos idiotas, hago esgrima como un tonto, boxeo como un bufón... en resumen, soy el notorio Fourmyle de Ceres.

—Se acabó Gully Foyle.

—Tan sólo lo soy para ti, cariño... y para aquel a quien tú se lo hayas dicho.

—Tan sólo Dagenham. ¿Te molesta que rompiese tu secreto?

—Al igual que yo, no podías evitarlo.

—No, no podía. Tu nombre surgió de mis labios espontáneamente. ¿Cuánto me hubieras pagado por hacerme callar?

—No seas tonta, Jiz. Este accidente te va a representar unos 17 980 000 Créditos.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te dije que te daría todo lo que sobrase cuando hubiese acabado con Vorga.

—¿Has acabado con Vorga? —dijo sorprendida.

—No, cariño, tú has acabado conmigo. Pero mantendré mi promesa.

Ella se echó a reír.

—El generoso Gully Foyle. Sé verdaderamente generoso, Gully. Trata de escapar. Entretenme un rato.

—¿Chillando como una rata? No sé cómo hacerlo, Jiz. Me he entrenado tan sólo para cazar, nada más.

—Y yo maté al tigre. Dame una satisfacción, Gully. Dime que estabas cerca del Vorga, y que te arruiné el plan cuando estabas tan sólo a un paso de su final. ¿Sí?

—Desearía poderlo hacer, Jiz, pero no puedo. No estoy en ninguna parte. Estaba tratando de conseguir otra pista aquí, esta noche.

—Pobre Gully. Tal vez pudiera lograr sacarte de este lío. Podría decir... bueno... que me equivoqué... o que fue una broma... que realmente no eres Gully Foyle. Sé como confundir a Saúl. Lo puedo hacer, Gully... si es que aún me amas.

La miró y negó con la cabeza.

—Nunca ha habido amor entre nosotros, Jiz. Lo sabes. Soy demasiado monomaniaco como para dedicarme a otra cosa que a mi caza.

—¡Demasiado monomaniaco para ser otra cosa que un estúpido!

—¿Qué es lo que quieres decir, Jiz, con eso de que Dagenham arregló que no volvieses a la Gouffre Martel, y que sabes cómo confundirlo? ¿Qué es lo que te une a él?

—Trabajo para él. Soy uno de sus correos.

—¿Quieres decir que te está chantajeando? ¿Amenazándote con devolverte allí si no...?

—No. Sucedió en cuanto nos encontramos. Todo empezó cuando él me capturó; finalizó cuando yo le capturé a él.

—¿Qué quieres decir?

—¿No puedes imaginártelo?

La contempló. Sus ojos estaban velados, pero lo comprendió.

—¡Jiz! ¿Con él?

—Sí.

—¿Cómo? Él es...

—Existen ciertas precauciones. Es..., no quiero hablar de eso, Gully.

—Lo siento. Le lleva tiempo volver.

—¿Volver?

—A Dagenham. Con su ejército.

—Oh. Sí, claro. —Jisbella rió de nuevo, y luego habló en un tono bajo y furioso—. No sabes en qué cuerda floja has estado caminando, Gully. Si hubieras tratado de rogarme o de comprarme o de enamorarme... Por Dios, te hubiera arruinado. Le hubiera contado a todo el mundo que eras... lo hubiera chillado desde los tejados...

—¿De qué estás hablando?

—Saúl no va a volver. No lo sabe. Puedes irte al infierno por ti mismo.

—No te creo.

—¿Crees que le llevaría tanto tiempo el atraparte? ¿A Saúl Dagenham?

—Pero, ¿por qué no se lo dijiste? Después de la forma en que te dejé abandonada...

—Porque no quiero que él vaya al infierno contigo. No estoy hablando del Vorga. Me refiero a otra cosa. Al Piros. Por eso es por lo que te persiguen. Ocho kilos de Piros.

—¿Qué es eso?

—Cuando abriste la caja fuerte, ¿no había un recipiente en su interior? ¿Uno hecho de IIP... un Isómero Inerte del Plomo?

—Sí.

—¿Qué había dentro de ese recipiente de IIP?

—Veinte cápsulas que parecían cristales de yodo comprimidos.

—¿Qué hiciste con las cápsulas?

—Envié dos a analizar. Nadie pudo decirme lo que eran. Estoy tratando de analizar una tercera en mi laboratorio... cuando no hago el payaso ante el público.

—¿Lo estás tratando? ¿Por qué?

—Estoy madurando, Jiz —le dijo suavemente Foyle—. No me llevó mucho tiempo el imaginar que eso era lo que buscaban Presteign y Dagenham.

—¿Dónde tienes el resto de las cápsulas?

—En lugar seguro.

—No están seguras. Nunca podrán estar seguras. No sé lo que es el Piros, pero sé que es el camino al infierno, y no quiero que Saúl lo recorra.

—¿Lo quieres tanto?

—Lo respeto tanto. Es el primer hombre que me ha merecido ese respeto.

—Jiz, ¿qué es el Piro? Tú lo sabes.

—Me lo imagino. He reunido los datos que he oído. Tengo una idea. Y te lo podría contar, Gully, pero no lo haré. —La furia casi resplandecía en su rostro—. Esta vez voy a ser yo quien te deje abandonado. Te abandonaré colgando inerme en la oscuridad. ¡Verás lo que se siente, muchacho! ¡Pásatelo bien!

Se apartó de él, y atravesó la pista de baile.

En aquel momento cayeron las primeras bombas.

Llegaron como enjambres de meteoritos; no en tan gran cantidad, pero mucho más mortíferas. Llegaron al cuadrante nocturno, esa porción del globo que permanecía entonces en la oscuridad desde la medianoche hasta el amanecer. Chocaron con la parte frontal de la Tierra en su revolución alrededor del Sol. Habían estado viajando una distancia de seiscientos cincuenta millones de kilómetros.

Su excesiva velocidad fue igualada por la rapidez de los computadores de defensa terrestres, que trazaron e interceptaron esos regalos de Año Nuevo de los Satélites Exteriores en el espacio de pocos microsegundos. Una multitud de brillantes nuevas estrellas chisporrotearon en el cielo y se desvanecieron; eran bombas detectadas y detonadas a ochocientos kilómetros por encima de sus objetivos.

Pero era tan escaso el margen entre la velocidad de la defensa y la del ataque, que muchas lograron pasar. Atravesaron el nivel de las auroras, el de los meteoros, el límite de la penumbra, la estratosfera, y cayeron a la Tierra. Las invisibles trayectorias terminaron en convulsiones titánicas.

La primera explosión atómica que destruyó Newark agitó la mansión Presteign como un increíble terremoto. Los suelos y las paredes temblaron, y los invitados fueron lanzados en montones junto con el mobiliario y decorados. El temblor fue seguido por otro temblor cuando la lluvia descendió al azar sobre Nueva York. Los relámpagos de brillante luz en el horizonte eran ensordecedores, anonadores, aterradores, los sonidos, los estremecimientos, eran tan enormes que a la humanidad le era arrebatada la razón, dejando tan sólo animales despellejados para aullar, cubrirse y correr. En el espacio de cinco segundos la fiesta de Año Nuevo de Presteign se transformó de un evento elegante en algo anárquico.

Foyle se levantó del suelo. Miró a los cuerpos que se agitaban sobre el parquet de la pista de baile, vio a Jisbella luchando por liberarse, dio un paso hacia ella, y se detuvo. Movié la cabeza, mareado, no notándola como parte suya. El trueno jamás cesaba. Vio a Robin Wednesbury en el vestíbulo, tambaleándose aturdida. Dio un paso hacia ella, y entonces se detuvo de nuevo. Sabía dónde debía ir.

Aceleró. Los truenos y los relámpagos cayeron por el espectro hasta convertirse en chirridos y chisporroteos. Los estremecedores terremotos se transformaron en plácidas ondulaciones. Foyle restalló a través de la gigantesca casa, buscando, hasta que al final la encontró de pie en el jardín, de puntillas sobre un banco de mármol,

parecida a una estatua para sus sentidos acelerados: la estatua de la exaltación.

Desaceleró. Las sensaciones subieron de nuevo por el espectro, y otra vez más se vio agitado por el alucinante bombardeo.

—Lady Olivia —llamó.

—¿Quién es?

—El payaso.

—¿Fourmyle?

—Sí.

—¿Y me ha estado buscando? Se lo agradezco, realmente se lo agradezco.

—Está usted loca al estar aquí. Le ruego me permita...

—No, no, no. Es hermoso... ¡maravilloso!

—Déjeme jauntearla a algún sitio seguro.

—Ah, ¿cree ser un caballero andante? ¿Un caballero al rescate? No le va bien el papel, querido. No sirve usted para ello. Mejor será que se vaya.

—Me quedaré.

—¿Cómo amante de la belleza?

—Como amante.

—Sigue siendo tedioso, Fourmyle. Venga, inspírese. Éste es el Armagedón... la monstruosidad floreciente. Dígame lo que ve.

—No hay mucho —respondió, mirando alrededor y parpadeando—. Se ve luz por todo el horizonte. Y nubes rápidas por encima. Más arriba hay algo así como... una especie de centelleo. Como las luces de un árbol de Navidad parpadeando.

—Oh, ven ustedes tan poco con los ojos. ¡Mire lo que yo veo! Hay un domo en el cielo, un domo del color del arco iris. Los colores van desde el profundo retintín hasta el brillante quemado. Es así como yo he bautizado los colores que veo. ¿Qué es lo que puede ser ese domo?

—La pantalla de radar —murmuró Foyle.

—Y luego se ven unos grandes chorros de fuego elevándose y agitándose, tejiendo, bailando, barriendo. ¿Qué son éstos?

—Rayos interceptores. Está usted viendo todo el sistema electrónico de defensa.

—Y también puedo ver las bombas cayendo... rápidas pinceladas de lo que ustedes llaman rojo. Pero no su rojo; el mío. ¿Por qué puedo verlas?

—Están recalentadas por la fricción con el aire, pero su envoltura de plomo inerte no nos deja ver el color a nosotros.

—Usted mismo puede ver que sirve más como Galileo que como Ivanhoe. ¡Oh! Ahí viene uno por el este. ¡Trate de verlo! Viene, viene, viene... ¡ahora!

Un relámpago en el horizonte del este probó que no era su imaginación.

—Hay otro hacia el norte. Muy cerca. Mucho. ¡Ahora!

Un estremecimiento llegó del norte.

—Y las explosiones, Fourmyle... no son simples nubes de luces. Son tejidos, telas de araña, tapices de colores entremezclados. Tan bellos. Como mortajas exquisitas.

—Eso es lo que son, Lady Olivia.

—¿Tiene miedo?

—Sí.

—Entonces escape.

—No.

—Ah, es usted valiente.

—No sé lo que soy. Tengo miedo, pero no escaparé.

—Entonces está usted fanfarroneando. Dándome una demostración de caballeroso valor —la grave voz sonaba divertida—. Piense, Fourmyle. ¿Cuánto tiempo lleva jauntear? Podría estar a salvo en segundos: en México, Canadá, Alaska. Tan seguro. Tiene que haber millones de personas haciéndolo ahora. Probablemente somos los últimos que quedan en la ciudad.

—No todo el mundo puede jauntear tan rápido y tan lejos.

—Entonces somos los últimos importantes que quedamos. ¿Por qué no me abandona? Póngase a salvo. Pronto moriré. Nadie sabrá que su pretensión se convirtió en cobardía.

—¡Perra!

—Ah, está usted irritado. Qué lenguaje más basto. Es el primer signo de debilidad. ¿Por qué no hace uso de su mayor cordura y me lleva a la fuerza? Ése sería el segundo signo.

—¡Maldita sea!

Se acercó a ella, apretando los puños con rabia. Ella le tocó la mejilla con una tranquila y fría mano, pero de nuevo se produjo aquella descarga eléctrica.

—No, ya es muy tarde, cariño —dijo ella suavemente—. Aquí viene toda una nube de pinceladas rojas... bajan, bajan, bajan... directamente hacia nosotros. No podremos escapar a esto. ¡Rápido, ahora! ¡Escape! ¡Jauntee! Lléveme con usted. ¡Rápido! ¡Rápido!

La sacó del banco.

—¡Perra! ¡Nunca!

La abrazó, encontró la suave boca de coral y la besó; le hizo daño en los labios con los suyos, esperando el golpe final.

Nunca llegó.

—¡Me ha engañado! —exclamó. Ella se rio. La besó de nuevo, y al fin se obligó a soltarla. Ella jadeó tomando aire y rio de nuevo, con sus ojos de coral ardiendo.

—Ya pasó todo —dijo.

—Aún no ha comenzado.

—¿A qué se refiere?

—A la guerra entre nosotros.

—Que sea una guerra sin cuartel —dijo ella con fiereza—. Es usted el primero al que no engañan mis apariencias. ¡Oh, Dios! El aburrimiento de los caballeros andantes y su tibia pasión por la princesa de los cuentos de hadas. Pero yo no soy así... en el interior. No lo soy. No lo soy. Nunca. Que sea una guerra sin cuartel. ¡No me rinda... destrúyame!

Y repentinamente fue Lady Olivia de nuevo, la graciosa dama de las nieves.

—Me temo que el bombardeo ha terminado, mi querido Fourmyle. El espectáculo ha concluido. Pero ha sido un excitante preludio para el Año Nuevo. Buenas noches.

—¿Buenas noches? —hizo eco, incrédulo.

—Buenas noches —repitió ella—. Realmente, mi querido Fourmyle, es usted tan necio que nunca se da cuenta cuando lo despiden. Puede irse ahora. Buenas noches.

Dudó, buscó qué decir, y al final se dio la vuelta y salió de la casa. Estaba temblando por la excitación y la confusión. Caminaba como entre sueños, sin darse apenas cuenta del desastre y la confusión de su alrededor. El horizonte estaba ahora iluminado por la luz de las llamas. Las ondas de choque del ataque habían agitado tan violentamente la atmósfera que aún soplaban vientos en extraños huracanes. El temblor de las explosiones había agitado tan fuertemente la ciudad que los ladrillos, cornisas, cristales y metales estaban desplomándose y cayendo. Y esto a pesar de que no se había producido ningún impacto directo en Nueva York.

Las calles estaban vacías; la ciudad estaba desierta. La entera población de Nueva York, de toda la ciudad, había jaunteado, en una desesperada búsqueda de seguridad, hasta el límite de su habilidad: cinco kilómetros, cincuenta kilómetros, quinientos kilómetros. Algunos habían jaunteado al punto cero de un impacto. Millares murieron en explosiones de jaunteo, pues las plataformas públicas nunca habían sido pensadas para acomodar la aglomeración de un éxodo masivo.

Foyle comenzó a darse cuenta de que aparecían Equipos de Rescate, con blindados trajes blancos, por las calles. Una imperiosa señal dirigida a él le avisó de que estaba a punto de ser alistado obligatoriamente para trabajos de rescate. El problema del jaunteo no era el evacuar a las poblaciones de las ciudades, sino el obligarlas a regresar y reinstaurar el orden. Foyle no tenía ninguna intención de pasar una semana combatiendo el fuego y a los asaltantes. Aceleró y evadió al Equipo de Rescate.

En la Quinta Avenida desaceleró; el gasto de energía producido por la aceleración era tan enorme que no le agradaba mantenerla más que por unos segundos. Largos periodos de aceleración obligaban a pasar días recuperándose.

Los asaltantes y los asaltjaunteantes estaban ya trabajando en la Avenida, en solitario o en manadas, furtivos pero sin embargo salvajes, chacales devorando el cuerpo de un animal vivo pero inerme. Se dirigieron hacia Foyle. Cualquiera era su

presa aquella noche.

—No estoy de humor —les dijo—. Jugad con otro cualquiera.

Vació el dinero de sus bolsillos y se lo lanzó. Lo recogieron, pero no estaban satisfechos. Deseaban diversión, y evidentemente él era un caballero desvalido. Media docena rodearon a Foyle y se acercaron para atormentarle.

—Amable caballero —sonrieron—. Vamos a tener una fiesta.

Foyle había visto en una ocasión el cuerpo mutilado de uno de los invitados a estas fiestas. Suspiró y apartó su mente de la visión de Olivia Presteign.

—De acuerdo, chacales —dijo—. Tengamos una fiesta.

Estaban preparados para hacerle bailar hasta la muerte. Apretó los controles de su boca y por doce devastadores segundos se convirtió en la más mortífera máquina jamás concebida: el Comando Asesino. Esto ocurrió sin pensamiento consciente y sin desearlo; su cuerpo siguió simplemente las directrices grabadas en sus músculos y reflejos. Abandonó seis cadáveres en la calle.

El Viejo Saint Pat seguía en pie, intacto, eterno, mientras los distantes fuegos se reflejaban en el verde cobre de su techo. El interior estaba vacío. Las tiendas del Circo Fourmyle llenaban la nave, iluminadas y amuebladas, pero el personal del circo había desaparecido. Los siervos, cocineros, mayordomos, atletas, filósofos, seguidores del campo y tahúres habían desaparecido.

—Pero regresarán a saquear —murmuró Foyle.

Entró en su propia tienda. La primera cosa que vio fue una silueta de blanco, recostada en una alfombra, produciendo sonidos guturales con la garganta. Era Robin Wednesbury, con el traje hecho pedazos, la mente hecha pedazos.

—¡Robin!

Siguió gruñendo, sin palabras. La alzó, la agitó, la abofeteó. Ella sonrió y gruñó. Llenó una jeringuilla y le inyectó una tremenda dosis de niacina. El tirón de la droga, que la sacó de su patética huida de la realidad, fue tremendo. Su piel de satén se convirtió en ceniza. El bello rostro se deformó. Reconoció a Foyle, recordó lo que había tratado de olvidar, chilló y cayó de rodillas. Comenzó a llorar.

—Así está mejor —le dijo Foyle—. Es usted excelente en las huidas, ¿no es así? Primero suicidio. Ahora esto. ¿Qué vendrá luego?

—Váyase.

—Probablemente la religión. Ya me la imagino uniéndose a una secta de los sótanos con consignas tales como *Pax Vobiscum*. Contrabandeando Biblias y sufriendo martirio por la fe. ¿Es que no puede enfrentarse con nada?

—¿Usted jamás huye?

—Nunca. La huida es para los tarados. Neuróticos.

—Neuróticos. La palabra favorita de los recién educados. Es usted tan educado, ¿no? Tan estable. Tan seguro de sí mismo. Ha estado huyendo toda su vida.

—¿Yo? Nunca. He estado persiguiendo toda mi vida.

—Ha estado huyendo. ¿No ha oído hablar nunca de la Huida-Ataque? El escapar de la realidad atacándola... negándola... destruyéndola. Esto es lo que usted ha estado haciendo.

—¿Huida-Ataque? —Foyle se estremeció—. ¿Quiere decir que he estado escapando de algo?

—Obviamente.

—¿De qué?

—De la realidad. No puede aceptar la vida tal como es. Se rehúsa. La ataca... trata de obligarla a seguir su propia regla. Ataca y destruye todo aquello que interfiere con su loco camino. —Alzó su lloroso rostro—. No puedo soportarlo más. Quiero que me deje ir.

—¿Ir? ¿Adónde?

—A vivir mi propia vida.

—¿Y qué hay de su familia?

—Las encontraré a mi manera.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Es demasiado... usted y la guerra... porque es usted tan malo como la guerra. Peor. Lo que me ha pasado esta noche es lo que me pasa a cada momento que estoy con usted. Puedo soportar una cosa o la otra; pero no las dos.

—No —dijo—. La necesito.

—Estoy dispuesta a pagar un rescate por mi persona.

—¿Cómo?

—¿No es cierto que ha perdido todas las pistas del Vorgia?

—¿Y?

—He encontrado otra.

—¿Dónde?

—No le importe dónde. ¿Me dejará ir si se la entrego?

—Se la puedo arrebatar.

—Adelante. Tómela. —Sus ojos relampaguearon—. Si sabe lo que es, no tendrá ningún problema.

—Puedo obligarla a que me la entregue.

—¿Así lo cree? ¿Tras el bombardeo de esta noche? Pruébelo.

Se sintió vencido por el desafío.

—¿Cómo sé que no me está engañando?

—Le daré un indicio. ¿Se acuerda del hombre de Australia?

—¿Forrest?

—Sí. Trató de decirle los nombres de la tripulación. ¿Se acuerda del único nombre que pudo decir?

—Kemp.

—Murió antes de que pudiera acabarlo. El nombre es Kempsey.

—¿Ésa es su pista?

—Sí. Kempsey. El nombre y la dirección. Como pago por su promesa de dejarme ir.

—Trato hecho —dijo él—. Puede irse. Démelos.

Ella fue inmediatamente al traje de viaje que había utilizado en Shanghai. Sacó del bolsillo una hoja de papel parcialmente quemada.

—Vi esto en el escritorio de Sergei Orel cuando estaba tratando de apagar el fuego en él... el fuego que el Hombre Ardiente inició...

Le entregó el trozo de papel. Era un fragmento de una carta suplicante. Decía:

—...haré cualquier cosa para salir de estos campos de bacterias. ¿Por qué tiene un hombre que ser tratado como un perro sólo porque no puede jauntear? Ayúdame, por favor, Serg. Ayuda a un antiguo compañero de una nave que no mencionamos. Te puedes permitir el lujo de enviarme cien créditos. ¿Te acuerdas de todos los favores que te he hecho? Envía cien créditos o hasta cincuenta. No me desampares.

Rodg Kempsey, Barracón 3, Bacteria S. A., Mare Nubium, Luna.

—¡Por Dios! —exclamó Foyle—. Ésta es la pista. No podemos fallar esta vez. Sabemos qué hacer. Lo cantaré todo... todo. —Sonrió a Robin—. Salimos para la Luna mañana por la noche. Compre los pasajes. No, aún habrá problemas por el ataque. Compre una nave. De cualquier forma, las están vendiendo baratas.

—¿Nosotros? —preguntó Robin—. Querrá decir usted.

—Digo nosotros —le contestó Foyle—. Vamos a la Luna. Los dos.

—Yo me voy.

—Usted no se va. Se queda conmigo.

—Pero juró que...

—No sea tonta, muchacha. Tenía que jurar cualquier cosa para conseguir esto. La necesito más que nunca. No por el Vorga. Me ocuparé del Vorga yo mismo. Para algo mucho más importante.

Miró su rostro incrédulo y sonrió, socarrón.

—Mala suerte, muchacha. Si me hubiera dado esta carta hace dos horas, hubiera mantenido mi palabra. Pero ahora es demasiado tarde. Necesito una Consejera en Romances. Estoy enamorado de Olivia Presteign.

Saltó, en un estallido de furia:

—¿Está enamorado de ella? ¿De Olivia Presteign? ¡Enamorado de ese cadáver blanco! La amarga furia de su telemisión fue una anonadadora revelación para él. ¡Ah, ahora sí me ha perdido! Para siempre. ¡Ahora lo destruiré!

Desapareció.

Doce

El Capitán Peter Y'ang-Yeovil estaba leyendo informes en el Cuartel General de la Central de Inteligencia en Londres al ritmo de seis por minuto. La información llegaba por teléfono, teletipo, cable, jaunteo. El cuadro del bombardeo iba quedando completo rápidamente.

EL ATAQUE SATURÓ EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA DESDE LOS 60° A LOS 120° DE LONGITUD OESTE... DE LABRADOR A ALASKA EN EL NORTE... DE RÍO A ECUADOR EN EL SUR... SE ESTIMA QUE UN DIEZ POR CIENTO (10%) DE LOS PROYECTILES PENETRARON LA PANTALLA DE INTERCEPCIÓN... PÉRDIDAS APROXIMADAS EN LA POBLACIÓN: DE DIEZ A DOCE MILLONES...

—Si no fuera por el jaunteo —dijo Y'ang-Yeovil—, las pérdidas serían cinco veces superiores. De todas maneras, casi nos han noqueado. Otro golpe como éste y la Tierra se habrá acabado.

Hablaba así con los asistentes que jaunteaban dentro y fuera de la oficina, apareciendo y desapareciendo, dejando informes en su escritorio y escribiendo resultados y ecuaciones en la pizarra de cristal que cubría toda una pared. La informalidad era la regla, y Y'ang-Yeovil se quedó sorprendido y lleno de sospechas cuando un asistente golpeó a la puerta y entró con elaborada formalidad.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —preguntó.

—Una señora quiere verte, Yeo.

—No tengo tiempo para bromas —dijo Y'ang-Yeovil con tono exasperado. Señaló las ecuaciones Whitehead que iban marcando el desastre en la pizarra transparente—. Lee eso y llora mientras sales.

—Es una señora muy especial, Yeo. Tu Venus de las Escaleras Españolas.

—¿Quién? ¿Qué Venus?

—Tu Venus Negra.

—¿Eh? ¿Ésa? —Y'ang-Yeovil dudó—. Hazla entrar.

—Naturalmente, te entrevistarás con ella en privado.

—Naturalmente nada. Estamos en guerra. Seguid trayéndome esos informes, pero dile a todo el mundo que me hable en Lengua Secreta si es que tienen algo que decirme.

Robin Wednesbury entró en la oficina llevando aún puesto el destrozado traje de noche blanco. Había jaunteado inmediatamente desde Nueva York a Londres, sin preocuparse en cambiarse. Su rostro estaba cansado, pero seguía siendo hermoso. Y'ang-Yeovil la sometió a una inspección momentánea y se dio cuenta de que su primera impresión sobre ella no había sido equivocada. Robin devolvió la mirada y sus ojos se dilataron.

—¡Pero si usted es el cocinero de las Escaleras Españolas! ¡Angelo Poggi!

Como oficial de Inteligencia, Y'ang-Yeovil estaba dispuesto para enfrentarse con una crisis semejante.

—No soy cocinero, *madame*. No he tenido tiempo de cambiarme para volver a mi habitual y fascinante yo. Por favor, siéntese aquí, señorita...

—Wednesbury. Robin Wednesbury.

—Encantado. Soy el Capitán Y'ang-Yeovil. Me alegro de que haya venido a verme, señorita Wednesbury. Me ha evitado una larga y ardua búsqueda.

—Pe... pero no comprendo. ¿Qué es lo que estaba haciendo en las Escaleras Españolas? ¿Por qué estaba persiguiendo...?

Y'ang-Yeovil vio que los labios de ella no se movían.

—Ah, ¿es usted telépata, señorita Wednesbury? ¿Cómo es esto posible? Creí conocer a cada uno de los telépatas del Sistema.

—No soy una telépata completa. Soy una telemisora. Tan sólo puedo emitir... no recibir.

—Lo cual, naturalmente, la convierte en inútil para el mundo. Ya veo. —Y'ang-Yeovil le lanzó una mirada de simpatía—. Es una mala cosa, señorita Wednesbury... el estar sometida por todas las desventajas de la telepatía y privada de sus ventajas. Lo siento, créame.

—¡Bendito sea! Es el primero que se da cuenta de ello sin que se lo tenga que decir.

—Cuidado, señorita Wednesbury. La estoy recibiendo. Ahora dígame, ¿qué hay de las Escaleras Españolas?

Hizo una pausa, escuchando atentamente su agitada telemisión:

—¿Por qué nos perseguía? ¿A mí? Beligerante enemi... ¡Oh, Dios mío! ¿Me harán daño? Tortura y... Información. Yo...

—Querida muchacha —le dijo cariñosamente Y'ang-Yeovil, tomando sus manos y apretándoselas con simpatía—. Escúcheme un momento. Se preocupa por nada. Aparentemente es usted una ciudadana enemiga, ¿no?

Ella asintió.

—Es una desgracia, pero no nos preocuparemos de eso por ahora. Las habladurías acerca de que Inteligencia tortura y arranca la información de la gente... no son más que propaganda.

—¿Propaganda?

—No somos ningunos tontos, señorita Wednesbury. Sabemos cómo obtener información sin recurrir a métodos medievales. Pero propalamos esa leyenda, por así decirlo, para ablandar a la gente por adelantado.

—¿Es eso cierto? Está mintiendo. Es una trampa.

—Es cierto, señorita Wednesbury. A menudo oculto la verdad, pero ahora no hay necesidad de ello. No, dado que evidentemente ha venido usted por su propia

voluntad a ofrecernos información.

—Es demasiado profesional... demasiado rápido... no...

—Parece como si la hubieran hecho pasar recientemente un mal rato, señorita Wednesbury. Como si la hubiesen herido profundamente.

—Así ha sido, así ha sido. Y por mi culpa. Soy una estúpida. Una terrible estúpida.

—Usted no es ninguna estúpida, señorita Wednesbury. No sé lo que ha sucedido para que tenga ahora una tan mala opinión de usted misma, pero espero poder remediar eso. Así que... ¿la han engañado? ¿Y por su culpa? A todos nos ocurre eso, pero ha habido alguien que ha colaborado en el engaño. ¿Quién?

—Sería traicionarle.

—Entonces no me lo diga.

—Pero tengo que hallar a mi madre y a mis hermanas... no puedo confiar ya en él... tengo que hacerlo por mí misma. —Robin inspiró profundamente—. Deseo hablarle de un hombre llamado Gulliver Foyle. —Inmediatamente, Y'ang-Yeovil dejó de ocuparse de toda otra cosa.

—¿Es cierto que llegó por ferrocarril? —preguntó Olivia Presteign—. ¿Con una locomotora y un vagón-mirador? Qué maravillosa audacia.

—Sí, es un joven muy especial —respondió Presteign. Se alzaba gris y duro como el acero en el vestíbulo de su mansión, a solas con su hija. Estaba guardando su honor y su vida mientras esperaba a que los sirvientes y empleados regresaran de su aterrador jaunteo en busca de la seguridad. Charlaba imperturbablemente con Olivia, no permitiéndole que se diera cuenta del gran peligro en que se hallaban.

—Padre, me siento exhausta.

—Ha sido una noche agotadora, querida mía; pero, por favor, no te retires aún.

—¿Por qué no?

Presteign se guardó mucho de decirle que estaría más segura con él.

—Me siento solitario, Olivia. Hablaremos algunos minutos más.

—Hice una locura, padre. Contemplé el ataque desde el jardín.

—¡Querida mía! ¿Sola?

—No. Con Fourmyle.

Un fuerte golpe comenzó a agitar la puerta principal que Presteign había cerrado.

—¿Qué es eso?

—Asaltantes —contestó con calma Presteign—. No te alarmes, Olivia, no entrarán. —Se dirigió hacia una mesa en la que había colocado una buena cantidad de armas—. No hay peligro, cariño. —Trató de distraerla—. Me estabas hablando de Fourmyle.

—Oh, sí. Estábamos juntos... describiéndonos el bombardeo tal como cada cual lo veía.

—¿Sin acompañamiento? Eso no fue muy discreto, Olivia.

—Lo sé, lo sé. Me comporté como una tonta. Parecía tan firme, tan seguro de sí mismo, que me enfrenté a él con el tratamiento de la Reina Altiva. ¿Te acuerdas de la señorita Post, mi gobernanta, que se comportaba en forma tan digna y retraída que yo la llamaba la Reina Altiva? Pues me comporté como la señorita Post. Lo hice poner furioso, padre. Es por eso por lo que me buscó en el jardín.

—¿Y le permitiste que se quedase? Estoy anonadado, hija.

—Yo también. Creo que estaba medio loca por la excitación. ¿Cómo es, padre? Dímelo. ¿Cómo lo ves?

—Es firme. Alto, muy moreno, bastante enigmático. Como un Borgia. Parece pasar del aplomo al salvajismo.

—Entonces, ¿es un salvaje? Lo pude ver por mí misma. El peligro brilla en él. La mayor parte de la gente tan sólo parpadea... él parece un relámpago. Es terriblemente fascinante.

—Querida mía —la amonestó suavemente Presteign—, las damas solteras son demasiado modestas como para hablar como tú lo haces. Me disgustaría, amor mío, que te sintieras atraída románticamente por un nuevo rico como es Fourmyle de Ceres.

El servicio de los Presteign jaunteó al vestíbulo: cocineros, camareras, botones, criados, cocheros, mayordomos, sirvientas. Todos ellos estaban agitados y temblorosos tras su huida ante la muerte.

—Han abandonado sus puestos. No lo olvidaré —dijo fríamente Presteign—. Mi seguridad y mi honor están de nuevo en sus manos. Guárdenlos. Lady Olivia y yo nos retiramos.

Tomó el brazo de su hija y la llevó hasta las escaleras, sintiéndose tremendamente protector hacia su virginal princesa.

—Sangre y dinero —murmuró Presteign.

—¿Qué dices, padre?

—Estaba pensando en un vicio familiar, Olivia. Estaba agradeciendo a los dioses que no lo hayas heredado.

—¿Qué vicio es ése?

—No hay ninguna necesidad de que lo conozcas. Es uno que Fourmyle comparte.

—Ah, ¿es un malvado? Ya lo sabía. Como un Borgia, me dijiste. Un malvado Borgia con ojos oscuros y líneas en el rostro. Esto debe explicar el dibujo.

—¿Dibujo, querida?

—Sí. Podía ver un extraño dibujo sobre su rostro... no era la acostumbrada electricidad de los nervios y músculos. Era algo sobrepuesto. Me fascinó desde el

principio.

—¿De qué clase de dibujo hablas?

—Era fantástico... maravillosamente malvado. No puedo describirlo. Dame algo con qué dibujarlo. Te lo mostraré.

Se detuvieron ante un gabinete chippendale de seiscientos años de edad. Presteign tomó una placa de cristal enmarcada en plata y se la entregó a Olivia. Ella lo tocó con la yema de un dedo; apareció un punto negro. Movi6 el dedo y el punto se alargó hasta convertirse en una línea. Con rápidos trazos dibujó los horribles rasgos y contornos de una máscara diabólica.

Saúl Dagenham abandonó la oscura alcoba. Un momento más tarde quedó inundada en luz al iluminarse una pared. Pareció como si un gigantesco espejo reflejase la alcoba de Jisbella, pero con un extraño contraste. Jisbella se hallaba sola en la cama, pero en la reflexión Saúl Dagenham estaba sentado al borde de la misma, solo. El espejo era, en realidad, un panel de vidrio de plomo separando habitaciones idénticas. Dagenham acababa de iluminar la suya.

—Amor contrarreloj —la voz de Dagenham llegaba por un altavoz—. Repugnante.

—No, Saúl; nunca.

—Frustrante.

—Tampoco eso.

—Pero desgraciado.

—No. Eres demasiado ansioso. Conténtate con lo que tienes.

—Es más de lo que tuve jamás. Eres magnífica.

—Y tú extravagante. Ahora duerme, cariño. Iremos a esquiar mañana.

—No, ha habido un cambio en los planes. Tengo que trabajar.

—Oh, Saúl... me lo prometiste. Dijiste que ya no trabajarías, ni te preocuparías, ni correrías. ¿No vas a mantener tu promesa?

—No puedo hacerlo mientras haya una guerra.

—Al infierno con la guerra. Ya sacrificaste bastante en Tycho Sands. No te pueden pedir más.

—Tengo un trabajo por terminar.

—Te ayudaré a hacerlo.

—No. Será mejor que permanezcas alejada de esto, Jisbella.

—No te fías de mí.

—No quiero que te hagan daño.

—Nada puede hacernos daño.

—Foyle puede.

—¿C6... c6mo?

—Fourmyle es Foyle. Lo sabes. Sé que lo sabes.

—Pero yo nunca...

—No, nunca me lo dijiste. Eres magnífica. Ten la misma fe en mí, Jisbella.

—Entonces, ¿cómo lo supiste?

—Foyle tuvo un desliz.

—¿Cuál?

—El nombre.

—¿Fourmyle de Ceres? Compró la compañía de Ceres.

—Sí, pero no el nombre de Geoffrey Fourmyle.

—Eso lo inventó.

—Cree que lo inventó. En realidad lo recordó. Geoffrey Fourmyle es el nombre que utilizan en el test de megalomanía en el Hospital Combinado de México. Usé la Sensación Megal en Foyle cuando traté de hacerlo hablar. El nombre debió de quedar grabado en su memoria. Lo sacó de ella y creyó que era original. Eso fue lo que me dio la pista.

—Pobre Gully.

Dagenham sonrió.

—Sí, no importa cómo nos defendamos contra el exterior, siempre somos derrotados por algo de nuestro interior. No hay defensa contra la traición, y todos nos traicionamos a nosotros mismos.

—¿Qué es lo que vas a hacer, Saúl?

—¿Hacer? Acabar con él, naturalmente.

—¿Por ocho kilos de Piros?

—No. Para ganar una guerra perdida.

—¿Qué? —Jisbella se acercó a la pared de cristal que separaba las habitaciones.

— ¿Patriota tú, Saúl?

Asintió, casi sintiéndose culpable.

—Es ridículo, grotesco, pero lo soy. Me has cambiado completamente. Soy de nuevo un hombre cuerdo.

Apretó también su rostro contra el cristal, y se besaron a través de casi diez centímetros de vidrio de plomo.

El Mare Nubium era especialmente adecuado para el cultivo de bacterias anaerobias, organismos del suelo, hongos raros y todas esas formas de vida microscópicas esenciales para la vida y la industria que requerían un cultivo sin aire.

Bacteria S. A. era un gran mosaico de campos de cultivo atravesado por pasarelas que se extendían desde un amasijo central de barracones, oficinas y fábricas. Cada campo era un gigantesco recipiente de cristal, de treinta metros de diámetro, treinta centímetros de alto y no más de dos moléculas de grueso.

Un día antes de que la línea del amanecer, arrastrándose a lo largo del rostro de la luna, alcanzase Mare Nubium, se llenaban los recipientes con caldos de cultivo. Al amanecer, repentino y cegador en el satélite sin aire, los recipientes eran sembrados, y durante los siguientes catorce días de sol continuo eran atendidos, resguardados, regulados y nutridos... por trabajadores que correteaban arriba y abajo por las pasarelas, enfundados en sus trajes espaciales. Mientras la línea del atardecer se deslizaba hacia Mare Nubium, los recipientes eran recolectados y luego abandonados para congelarse y esterilizarse en el frío de las dos semanas de noche lunar. El jaunteo no era utilizable en este cultivo tedioso y duro. Por ello, Bacteria S. A. contrataba a infortunados incapaces de jauntar y les pagaba sueldos de hambre. Eran los trabajadores menos cualificados, los restos y basuras del Sistema Solar; y los barracones de Bacteria S. A. parecían un infierno durante el período de dos semanas de inactividad. Foyle descubrió esto cuando entró en el Barracón 3.

Se encontró con un espectáculo asombroso. Había doscientos hombres en la gigantesca sala; había prostitutas y sus alcahuetes de ojos oscuros, tahúres profesionales con sus casinos portátiles, vendedores de drogas, prestamistas. Se veía una neblina de humo acre y se olía el hedor de alcohol y análogo. Muebles, ropa de cama, vestidos, cuerpos inconscientes, botellas vacías, comida putrefacta, todo esto desparramado por el suelo.

Un rugido recibió a Foyle, pero estaba preparado para enfrentarse con esta situación. Habló al primer rostro peludo que apareció frente a él.

—¿Kempsey? —preguntó suavemente. Le respondieron ultrajantemente. No obstante, sonrió y le entregó al hombre un billete de cien créditos—. ¿Kempsey? —preguntó a otro. Le insultaron. Pagó de nuevo, y continuó su paseo a lo largo del barracón, distribuyendo billetes de cien créditos a cambio de insultos e invectivas. En el centro del barracón halló al hombre clave, un individuo monstruoso, desnudo, sin pelo, acariciando a dos meretrices y siendo provisto de whisky por admiradores.

—¿Kempsey? —preguntó Foyle en el dialecto de las cloacas—. Quiero a Roger Kempsey.

—Yo quiero todos tus cuartos —le contestó el hombre, presentando una enorme mano en busca de su dinero—. Tráelos.

La multitud lanzó un aullido de alegría. Foyle sonrió y le escupió en un ojo. Se produjo un silencio mortal. El hombre sin cabello dejó caer a las prostitutas y se adelantó para aniquilar a Foyle. Cinco segundos más tarde estaba gruñendo en el suelo, con el pie de Foyle apretándole el cuello.

—Sigo queriendo a Kempsey —dijo suavemente Foyle—. Lo quiero fuerte, hombre. Mejor te irá si lo sacas o te espachurro, eso es todo.

—¡Lavabo! —aulló el hombre sin cabello—. Cerrado. Lavabo.

—Ahora te has ganado mis cuartos —le dijo Foyle. Tiró el resto de su dinero al

suelo ante el hombre sin cabello y caminó rápidamente hasta el lavabo.

Kempsey estaba acurrucado en el rincón de una ducha, con el rostro apretado contra la pared, sollozando en un ritmo apagado que demostraba que lo había hecho durante horas.

—¿Kempsey?

El lloriqueo le contestó.

—¿Qué te pasa, tú?

—Ropas —lloró Kempsey—. Ropas. Por todas partes, ropas. Como suciedad, como enfermedad, como mierda. Ropas. Todas partes, ropas.

—Arriba, hombre. Sube arriba.

—Ropas. Todas partes, ropas. Como suciedad, como enfermedad, como mierda.

—Kempsey, óyeme, hombre. Orel me envía.

Kempsey dejó de llorar y volvió su gimoteante rostro hacia Foyle.

—¿Quién? ¿Quién?

—Sergei Orel me manda. He comprado tu contrato. Estás libre. Nos largamos.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¡Oh, Dios! Dios lo bendiga. ¡Lo bendiga! —Kempsey comenzó a dar saltos de cansada alegría. Su amoratado y enrojecido rostro se partió en un símil de risa. Rio y saltó, y Foyle se lo llevó fuera del lavabo. Pero en el barracón aulló y lloró de nuevo, mientras Foyle lo llevaba a lo largo del mismo y las desnudas prostitutas recogían puñados de sucias ropas y se las agitaban ante los ojos. Kempsey babeaba y se estremecía.

—¿Qué le pasa, a él? —preguntó Foyle al hombre sin cabello, con el habla de las cloacas.

El hombre sin cabello era ahora un neutral respetuoso y hasta casi un amigo.

—Cualquiera lo sabe —respondió—. Siempre ha estado así, ése. Le enseñas ropas viejas y baila.

—¿Por qué, eso?

—¿Por qué? Loco, eso es todo.

En la cámara de presión de la oficina principal, Foyle hizo que metieran a Kempsey y a él mismo dentro de trajes y luego lo llevó hasta el campo de despegue, en el que una veintena de rayos antigravitatorios apuntaban sus pálidos dedos hacia arriba desde el interior de pozos en el suelo, como si trataran de alcanzar la Tierra que colgaba en el cielo nocturno. Entraron en un pozo, se metieron en la nave de Foyle y salieron de los trajes. Foyle tomó una botella y una ampolla autoinyectable de un armarito. Sirvió un trago y se lo entregó a Kempsey. Aferró la ampolla en su palma, sonriendo.

Kempsey bebió el whisky, todavía atontado, todavía alegre.

—Libre —murmuró—. ¡Dios lo bendiga! Libre. No sabe lo que he pasado. —
Bebió de nuevo—. Todavía no puedo creérmelo. Es como un sueño. ¿Por qué no
despegamos, hombre? Yo... —Kempsey se atragantó y dejó caer el vaso, mirando
horrorizado a Foyle—. ¡Su rostro! —exclamó—. ¡Dios mío, su rostro! ¿Qué le pasó?

—¡Fue culpa tuya, hijo de puta! —gritó Foyle. Saltó, con su rostro de tigre
ardiendo y la ampolla en la mano como si fuera un cuchillo. Atravesó el cuello de
Kempsey y la dejó vibrando. Kempsey se desplomó.

Foyle aceleró, restalló hasta el cuerpo, lo tomó en medio de su caída y lo llevó
hasta el almacén de estribor. Había dos almacenes principales en la nave y Foyle los
había preparado por adelantado. El de estribor había sido transformado en un
quirófano. Foyle ató el cuerpo a la mesa de operaciones, abrió una caja de
instrumental quirúrgico y comenzó la delicada operación que había aprendido por
enseñanza hipnótica aquella mañana... una operación tan sólo posible gracias a su
aceleración, cinco veces la normal.

Cortó piel y tejidos, aserró las costillas, puso al descubierto el corazón, lo
cercenó, y conectó las venas y arterias a la intrincada bomba sanguínea situada junto
a la mesa. La puso en marcha. Habían pasado veinte segundos de tiempo objetivo.
Colocó la máscara de oxígeno sobre el rostro de Kempsey y la conectó al ciclo
alterno de aspiración y exhalación de la bomba de oxígeno.

Deceleró, tomó la temperatura de Kempsey, le inyectó una serie de fármacos en
las venas y esperó. La sangre gorgoteaba por la bomba y a través del cuerpo de
Kempsey. Tras cinco minutos, Foyle extrajo la máscara de oxígeno. El reflejo
respiratorio continuaba. Kempsey no tenía corazón y sin embargo vivía. Foyle se
sentó junto a la mesa de operaciones y esperó. Los estigmas aún se veían en su rostro.

Kempsey permaneció inconsciente.

Foyle esperó.

Kempsey se despertó, aullando.

Foyle saltó, apretó las correas y se inclinó sobre el hombre sin corazón.

—Hola, Kempsey —dijo.

Kempsey chilló.

—Contéplate, Kempsey. Estás muerto.

Kempsey se desmayó. Foyle lo revivió con la máscara de oxígeno.

—¡Déjeme morir, por Dios!

—¿Qué es lo que pasa? ¿Te hace daño? Yo estuve muerto seis meses y no
gimoteé.

—Déjeme morir.

—A su tiempo, Kempsey. Te he suprimido el bloqueo del simpático, pero te
dejaré morir a su tiempo, si te portas bien. ¿Estabas a bordo del Vorga el dieciséis de
septiembre del 2436?

—Por Cristo, déjeme morir.

—¿Estabas a bordo del Vorga?

—Sí.

—Pasasteis al lado de un pecio en el espacio. Los restos del Nomad. Os pidió ayuda y pasasteis de largo, ¿No?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Cristo! ¡Oh, Cristo, ayúdame!

—¿Por qué?

—¡Oh, Jesús!

—Yo estaba a bordo del Nomad, Kempsey. ¿Por qué me dejasteis para pudrirme?

—¡Dulce Jesús, ayúdame! ¡Cristo, libérame!

—Yo te libraré, Kempsey, si me contestas a las preguntas. ¿Por qué me dejasteis para pudrirme?

—No podíamos recogerlo.

—¿Por qué no?

—Había refs a bordo.

—¿Eh? Entonces, mi suposición era correcta. ¿Estabais trayendo refugiados de Calixto?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Seiscientos.

—Eran muchos, pero podríais haber tomado otra persona a bordo. ¿Por qué no me recogisteis?

—Estábamos echando afuera a los refs.

—¡¿Qué?! —gritó Foyle.

—Por la borda... a todos... los seiscientos... Los desnudamos... les robamos las ropas, el dinero, las joyas, el equipaje... los echábamos por la compuerta en grupos. ¡Cristo! Las ropas flotaban por toda la nave... el griterío y... ¡Jesús! ¡Si tan sólo pudiera olvidarlo! Las mujeres desnudas... amoratadas... estallando... girando alrededor nuestro... las ropas por toda la nave... seiscientos... ¡Echados por la borda!

—¡So hijo de puta! ¿Fue una jugada sucia? ¿Aceptasteis su dinero sin tener intención de traerlos a la Tierra?

—Fue una jugada sucia.

—¿Y por qué no me recogisteis?

—Tendríamos que haberlo echado por la borda de todas maneras.

—¿Quién dio la orden?

—El capitán.

—Su nombre.

—Joyce. Lindsey Joyce.

—Dirección.

—Colonia Skoptsy, Marte.

—¿Cómo? —Foyle se quedó como golpeado por un rayo.— ¿Es un Skoptsy? ¿Quieres decir que después de perseguirlo durante un año no puedo tocarlo... hacerlo sufrir... hacerle sentir lo que yo sentí? —Se alejó del hombre torturado sobre la mesa, torturado a su vez por la frustración—. ¡Un Skoptsy! La única cosa que nunca imaginé... después de preparar el almacén de babor para él... ¿qué es lo que voy a hacer? ¡En el nombre de Dios, ¿qué es lo que voy a hacer?! —rugió furioso, con el estigma lívido en el rostro.

Lo contuvo un desesperado gemido de Kempsey. Se volvió hacia la mesa y se inclinó sobre el cuerpo sin corazón.

—Aclaremos esto por última vez. Ese Skoptsy, Lindsey Joyce, ¿fue el que dio la orden de echar por la borda a los refs?

—Sí.

—¿Y dejarme pudrir?

—Sí. Sí. Sí. Ya basta. Déjeme morir.

—Vive, so cerdo... ¡Sucio bastardo sin corazón! Vive sin corazón, vive y sufre. Te mantendré por siempre con vida, so...

Un brillante destello de luz atrajo la mirada de Foyle. Alzó la vista. Su imagen ardiente lo estaba contemplando a través de la amplia ventana cuadrada del almacén. Mientras saltaba hacia ella, el Hombre Ardiente desapareció. Foyle abandonó el almacén y relampagueó hasta la sala de controles, en la que la burbuja de observación le daba doscientos setenta grados de campo de visión. El Hombre Ardiente no se veía por ninguna parte.

—No es real —murmuró—. No puede ser real. Es una señal, una señal de buena fortuna... un Ángel de la Guarda. Me salvó en las Escaleras Españolas. Me está animando a proseguir y encontrar a Lindsey Joyce.

Se ató en el sillón del piloto, encendió los cohetes de la nave y dio toda la aceleración.

—Lindsey Joyce, Colonia Skoptsy, Marte —se dijo, mientras era hundido contra la silla hidráulica—. Un Skoptsy... sin sentidos, sin placer, sin dolor. El estoicismo en su grado más elevado. ¿Cómo voy a castigarlo? ¿Torturarlo? ¿Meterlo en el almacén de babor y hacerle sentir lo que yo sentí a bordo del Nomad? ¡Maldición! Es como si estuviera muerto. Está muerto. Y tengo que imaginar una forma de golpear a un cadáver y hacerle sentir el dolor. Llegar tan cerca del fin y que le den a uno con la puerta en las narices... la maldita frustración de la venganza. La venganza tan sólo se da en los sueños... nunca en la realidad.

Una hora más tarde cortó la aceleración y su furia, se soltó del sillón y recordó a

Kempsey. Regresó al quirófano. La tremenda aceleración del despegue había impedido el funcionamiento de la bomba sanguínea lo bastante como para matar a Kempsey. De repente, Foyle se sintió invadido por una nueva sensación de repugnancia hacia sí mismo. Luchó contra ella.

—¿Qué es lo que te pasa a ti? —susurró—. Piensa en los seiscientos, echados por la borda... piensa en ti mismo... ¿Te estás volviendo un Creyente de Sótano gallina, que ofrece la otra mejilla y gimotea pidiendo perdón? ¿Qué es lo que me estás haciendo, Olivia? Necesito fuerza, no cobardía... No obstante, apartó los ojos cuando echó afuera el cadáver.

Trece

- TODAS LAS PERSONAS DE LAS QUE SE TENGA NOTICIA QUE SE HALLEN EMPLEADAS POR FOURMYLE DE CERES O ASOCIADAS CON EL MISMO EN CUALQUIER CAPACIDAD DEBEN SER DETENIDAS E INTERROGADAS. Y-Y DE INTELIGENCIA CENTRAL.
- TODOS LOS EMPLEADOS DE ESTA COMPAÑÍA DEBEN MANTENER UNA VIGILANCIA ESTRICTA PARA DESCUBRIR A FOURMYLE DE CERES, E INFORMAR INMEDIATAMENTE AL SEÑOR PRESTO LOCAL. PRESTEIGN.
- TODOS LOS CORREOS ABANDONARÁN SUS MISIONES ACTUALES Y SE PRESENTARÁN PARA SER REASIGNADOS AL CASO FOYLE. DAGENHAM.
- SE DECLARARÁ INMEDIATAMENTE UN CIERRE DE LOS BANCOS INVOCANDO LA CRISIS DE GUERRA PARA IMPEDIR EL ACCESO DE FOURMYLE A SUS FONDOS. Y-Y DE INTELIGENCIA CENTRAL.
- CUALQUIERA QUE TRATE DE AVERIGUAR ALGO ACERCA DE LA NAVE «VORGA» DEBE SER LLEVADO AL CASTILLO PRESTEIGN PARA SER EXAMINADO. PRESTEIGN.
- TODOS LOS PUERTOS Y CAMPOS DE LOS PLANETAS INTERIORES TIENEN QUE ESTAR ALERTA PARA LA POSIBLE LLEGADA DE FOURMYLE. LOS ENCARGADOS DE LA CUARENTENA Y ADUANAS COMPROBARÁN TODAS LAS NAVES QUE ATERRICEN. Y-Y DE INTELIGENCIA CENTRAL.
- LA VIEJA ST. PATRICK DEBE SER REGISTRADA Y VIGILADA. DAGENHAM.
- QUE SE COMPRUEBEN LOS ARCHIVOS DE BO'NESS & UIG EN BUSCA DE LOS NOMBRES DE LOS OFICIALES Y TRIPULANTES DEL «VORGA» PARA ANTICIPAR, SI ES POSIBLE, EL SIGUIENTE MOVIMIENTO DE FOYLE. PRESTEIGN.
- LA COMISIÓN DE CRÍMENES DE GUERRA DEBERÁ INCLUIR EL NOMBRE DE FOYLE COMO EL PRIMERO EN LA LISTA DE ENEMIGOS PÚBLICOS. Y-Y DE INTELIGENCIA CENTRAL.

- SE OFRECE UNA RECOMPENSA DE 1 000 000 DE CRÉDITOS POR CUALQUIER INFORMACIÓN QUE LLEVE A LA CAPTURA DE FOURMYLE DE CERES, ALIAS GULLYVER FOYLE, ALIAS GULLY FOYLE, FUGITIVO EN LOS PLANETAS INTERIORES. ¡PRIORIDAD!
-

Tras dos siglos de colonización, la lucha por el aire era aún tan crítica en Marte que la Ley L-V, Ley de Linchamiento por Ofensas a la Vegetación, seguía en vigencia. Era un crimen castigable con la muerte el poner en peligro o destruir cualquier planta vital para la transformación de la atmósfera de bióxido de carbono de Marte en una de oxígeno. Aun las más mínimas hojas de hierba eran sagradas. No había ninguna necesidad de colocar letreros: PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED. Un hombre que se alejase de un sendero a través de un prado era fusilado instantáneamente. Una mujer que arrancase una flor era ajusticiada en el acto. Dos siglos de muerte repentina habían inspirado una reverencia hacia las cosas verdes que crecían, que casi llegaba a ser una religión.

Foyle recordó esto mientras corría por el centro de la pista que llevaba hacia el Saint Michèle de Marte. Había jaunteado directamente desde el puerto de Sirte hasta la plataforma de Saint Michèle al pie de la pista que se extendía por medio kilómetro a través de los verdes campos hasta el Saint Michèle de Marte. El resto de la distancia tenía que ser cubierta a pie.

Al igual que el original Mont Saint Michèle en la costa francesa, su copia de Marte era una majestuosa catedral gótica cuyas espiras y torres se alzaban sobre una colina elevándose hacia el cielo. Las olas del océano rodeaban el Mont Saint Michèle de la Tierra. Las olas verdes de la hierba rodeaban el Saint Michèle de Marte. Ambos eran fortalezas. Mont Saint Michèle había sido una fortaleza de la fe antes de que se aboliera la religión organizada. El Saint Michèle de Marte era una fortaleza de la telepatía. En su interior vivía el único telépata completo de Marte: Sigurd Magsman.

—Y éstas son las defensas que protegen a Sigurd Magsman —canturreó Foyle en una mezcla de histeria y letanía—: *Primus*, el Sistema Solar; *secundus*, la ley marcial; *tertius*, Dagenham, Presteign y Compañía; *quartus*, la fortaleza en sí misma; *quintus*, los guardias uniformados, asistentes, sirvientes y admiradores de ese sabio barbudo al que todos conocemos tan bien: Sigurd Magsman, que vende sus asombrosos poderes por asombrosos precios... —Foyle rió sin moderación.

—Pero hay un *sextus* que yo conozco: el talón de Aquiles de Sigurd Magsman... por el que he pagado un millón de créditos a Sigurd III... ¿o era IV?

Pasó a través del laberinto exterior del Saint Michèle marciano con sus documentos falsificados, y se sintió tentado de ganar una audiencia con el mismo

Gran Hombre mediante un farol o bien con una acción de comando; pero tenía poco tiempo y sus enemigos se acercaban, y no podía perder tiempo satisfaciendo su curiosidad. En lugar de esto, aceleró, restalló y se encontró en una humilde granja situada en el interior de un jardín vallado en el recinto del Saint Michèle marciano. Tenía unas ventanas oscuras y un techo de paja y se la podría haber confundido con un establo. Foyle entró en el interior.

La granja era un jardín de infancia. Tres placenteras ayas se sentaban inertes en mecedoras, con las manos heladas en el punto que hacían. La sombra desdibujada que era Foyle llegó por detrás de ellas y silenciosamente las inyectó con ampollas. Entonces desaceleró. Contempló al viejo, viejo niño; el arrugado y marchito muchacho que estaba sentado en el suelo jugando con trenes electrónicos.

—Hola, Sigurd —dijo Foyle.

El niño comenzó a llorar.

—¡Llorón! ¿De qué tienes miedo? No voy a hacerte daño.

—Eres un hombre malo con una cara mala.

—Soy tu amigo, Sigurd.

—No, no lo eres. Quieres que haga cosas ma... malas.

—Soy tu amigo. Mira, lo sé todo acerca de esos grandes hombres peludos que se hacen pasar por ti, pero no lo contaré. Mira mi mente y lo verás.

—Vas a hacerle daño y quie... quieres que se lo diga.

—¿A quién?

—Al hombre capitán. Al Ski... Skot... —El niño se confundió con la palabra, llorando más fuerte—. Vete. Eres malo. Tienes la maldad en la cabeza y hombres ardiendo y...

—Ven aquí, Sigurd.

—No. ¡Aya! ¡A-ya!

—¡Cierra la boca, bastardo!

Foyle agarró al niño de setenta años y lo agitó.

—Ésta va a ser una experiencia nueva para ti, Sigurd. La primera vez que te obligan a hacer algo. ¿Lo entiendes?

El viejo niño leyó su mente y aulló.

—¡Cállate! Vamos a hacer un viaje a la Colonia Skoptsy. Si te portas bien y haces lo que se te diga, te devolveré sano y salvo aquí y te daré un caramelo o lo que usen para premiarte. Si no te portas bien, te daré una paliza que te deslomará.

—No, no lo harás... no lo harás. Soy Sigurd Magsman. Soy Sigurd el telépata. No te atreverás.

—Hijito, soy Gully Foyle, el Enemigo Solar Número Uno. Estoy a tan sólo un paso del fin de una persecución que ha durado un año... Estoy arriesgando el cuello porque necesito arreglar cuentas con un hijo de puta que... hijito, soy Gully Foyle. No

hay nada a lo que no me atreva.

El telémeta comenzó a emitir terror en una tal intensidad que las alarmas sonaron en todo el Saint Michèle de Marte. Foyle aferró fuertemente al viejo niño, aceleró y lo sacó de la fortaleza. Entonces jaunteó.

URGENTE. SIGURD MAGSMAN RAPTADO POR UN HOMBRE TENTATIVAMENTE IDENTIFICADO COMO GULLIVER FOYLE, ALIAS FOURMYLE DE CERES, ENEMIGO SOLAR NUMERO UNO. DESTINO TENTATIVAMENTE FIJADO. ALERTEN A LA BRIGADA DE COMANDOS. INFORMEN A INTELIGENCIA CENTRAL. ¡URGENTE!

La antigua secta Skoptsy de la Rusia Blanca, creyendo que el sexo era la raíz de todo el mal, practicaba atroces autocastraciones para extirpar dicha raíz. Los Skoptsys modernos, creyendo que la sensación era la raíz de todo mal, practicaban una costumbre aún más bárbara. Habiendo logrado entrar en la Colonia Skoptsy, y pagado una fortuna por ese privilegio, los iniciados se sometían alegremente a una operación en la que les era extirpado el sistema nervioso sensorial y vivían el resto de sus días sin vista, oído, olfato, gusto, tacto ni habla.

Cuando entraban por primera vez en el monasterio, a los iniciados se les mostraba elegantes celdas de marfil en las que se les hacía pensar que pasarían el resto de sus vidas en excelsa contemplación, amorosamente cuidados. En la realidad, las inertes criaturas eran encajonadas en catacumbas en las que se sentaban sobre burdas losas de piedra y donde eran alimentadas y ejercitadas una vez por día. Durante veintitrés de las veinticuatro horas del día permanecían solas, sentadas en la oscuridad, desatendidas, descuidadas y olvidadas.

—Los muertos vivos —murmuró Foyle. Desaceleró, dejó en el suelo a Sigurd Magsman y conectó la luz retinal de sus ojos, tratando de perforar aquella oscuridad de matriz. En la superficie era medianoche. Siempre era medianoche en las catacumbas. Sigurd Magsman estaba emitiendo terror y angustia con tales rebuznos telepáticos que Foyle se vio obligado a sacudirlo de nuevo.

—¡Cállate! —susurró—. No puedes despertar a estos muertos. Ahora, encuéntrame a Lindsey Joyce.

—Están enfermos... muy enfermos... como con gusanos en sus cabezas... gusanos y enfermedad y...

—¡Cristo! ¿Crees que no lo sé? Vamos, acabemos con esto. Aún habrá cosas peores después.

Bajaron por el tortuoso laberinto de las catacumbas. Las losas de piedra se escalonaban de suelo a techo. Los Skoptsys, blancos como babosas, mudos como cadáveres, inertes como Budas, llenaban las cavernas con el olor de la muerte en vida. El niño telépata lloraba y aullaba. Foyle no relajaba por un momento su apretón sobre él; jamás relajaba su persecución.

—Johnson, Bright, Keeley, Graff, Nastro, Underwood... Dios, hay millares aquí —Foyle leía las placas de identificación de bronce pegadas a las losas de piedra—. Búscalos, Sigurd, encuéntrame a Lindsey Joyce. No podemos buscarlo nombre a nombre. Regal, Coney, Brady, Vincent... ¿Qué demonios...?

Foyle se echó hacia atrás. Una de las blanquecinas figuras le había tocado. Se estaba agitando y estremeciendo, con el rostro contorsionado. Todas las babosas blancas se estaban agitando y estremeciendo en sus losas. La emisión telepática constante de angustia y terror de Sigurd Magsman estaba penetrándoles y torturándoles.

—¡Cállate! —saltó Foyle—. Basta ya. Encuentra a Lindsey Joyce y saldremos de aquí. Búscalos con la mente.

—Ahí abajo. Sigurd lloraba. Justamente ahí abajo. Siete, ocho, nueve estantes abajo. Quiero ir a casa. Me encuentro mal. Me...

Foyle bajó por las catacumbas con Sigurd, leyendo las placas de identificación, hasta que al fin llegó a: LINDSEY JOYCE, BOUGAINVILLE. VENUS.

Éste era su enemigo, el instigador de su muerte y de las muertes de los seiscientos de Calisto. Éste era el enemigo para el que había planeado su venganza y al que había perseguido durante meses. Éste era el enemigo para el que había preparado la agonía del almacén de babor en su nave. Éste era Vorga. Era una mujer.

Foyle se sintió como alcanzado por un rayo. En estos días de los estándares dobles, en los que las mujeres eran guardadas en los serrallos, se daban muchos casos de mujeres que se hacían pasar por hombres para entrar en los universos cerrados para ellas, pero nunca había oído hablar de una mujer en la marina mercante... logrando recorrer todo el camino hasta el grado de capitán.

—¿Esto? —exclamó furioso—. ¿Esto es Lindsey Joyce? ¿Lindsey Joyce del Vorga? Pregúntaselo.

—No sé lo que es el Vorga.

—¡Pregúntaselo!

—Pero no sé... ella... ella daba órdenes.

—¿Capitán?

—No me gusta lo que hay en su interior. Es todo enfermedad y oscuridad. Duele. Quiero ir a casa.

—Pregúntale. ¿Era el capitán del Vorga?

—Sí. Por favor, por favor, por favor. No me haga entrar otra vez en su interior. Es

retorcida y me hace daño. No me gusta.

—Dile que soy el hombre que no quiso recoger el dieciséis de septiembre del dos mil cuatrocientos treinta y seis. Dile que me ha llevado mucho tiempo pero que finalmente he venido a arreglar cuentas. Dile que me las va a pagar.

—No comprendo. No... comprendo.

—Dile que voy a matarla, lenta y cruelmente. Dile que tengo una bodega en mi nave, preparada justamente como el armario del Nomad en el que yo me pudrí por seis meses... donde ella ordenó al Vorga que me dejase para morir. Dile que ella se va a pudrir y morir igual que yo. ¡Díselo! —Foyle sacudió furioso al arrugado niño—. Haz que lo sienta. No dejes que escape volviéndose Skoptsy. Dile que la mataré de mala manera. ¡Mira mi mente y díselo!

—Ella... e... ella no dio la orden.

—¿Qué?!

—No... puedo comprenderla.

—¿No dio ella la orden de abandonarme?

—Tengo miedo de seguir.

—Sigue, so hijo de puta, o te despedazaré. ¿Qué es lo que quiere decir?

El niño gimió; la mujer se estremeció; Foyle se impacientó.

—¡Vamos! ¡Vamos! Sácaselo. Jesucristo, ¿por qué tiene que ser un niño el único telépata de Marte? ¡Sigurd! Sigurd, escúchame. Pregúntale: ¿dio la orden de echar por la borda a los refugiados?

—No. ¡No!

—¿Eso significa que ella no lo hizo o que tú no quieres preguntárselo?

—Ella no lo hizo.

—¿Dio la orden de pasar de largo al Nomad?

—Es retorcida y está enferma. ¡Oh, por favor! ¡A-ya! Quiero ir a casa. Quiero ir.

—¿Dio la orden de abandonar al Nomad?

—No.

—¿No la dio?

—No. Llévame a casa.

—Pregúntale quién la dio.

—Quiero a mi aya.

—Pregúntale quién podía darle una orden a ella. Era el capitán a bordo de su nave. ¿Quién podía mandar más? ¡Pregúntaselo!

—Quiero a mi aya.

—¡Pregúntaselo!

—No. No. No. Tengo miedo. Está enferma. Está enferma y oscura. Es mala. No la entiendo. Quiero a mi aya. Quiero ir a casa.

El niño estaba aullando y estremeciéndose; Foyle chillaba. Los ecos atronaban.

Mientras Foyle extendía irritado sus manos hacia el niño, sus ojos fueron cegados por una brillante luz. Toda la catacumba fue iluminada por el Hombre Ardiente. La imagen de Foyle se alzó frente a él, con el rostro horrible, las ropas ardiendo, y los brillantes ojos fijos en la convulsa Skoptyy que había sido Lindsey Joyce.

El Hombre Ardiente abrió su boca de tigre. Un sonido rasposo surgió de ella. Era como una risa ardiente.

—Hace daño —dijo.

—¿Quién eres? —susurró Foyle.

El Hombre Ardiente parpadeó.

—Demasiado brillante —dijo—. Menos luz.

Foyle dio un paso hacia adelante. El Hombre Ardiente se tapó las orejas con las manos, agonizante.

—Demasiado ruido —gimió—. No se mueva tan ruidosamente.

—¿Eres mi ángel de la guarda?

—Me está cegando. Chissssssttt. —De pronto rió de nuevo—. Escúchenla. Está chillando. Rogando. No quiere morir. No quiere que le hagan daño. Escúchenla.

Foyle tembló.

—Nos está diciendo quién dio la orden. ¿No pueden oírla? Escuchen con sus ojos. —El Hombre Ardiente apuntó un dedo que era una garra a la estremecida Skoptyy—. Dice Olivia.

—¿¡Qué!?

—Dice Olivia. Olivia Presteign. Olivia Presteign. Olivia Presteign.

El Hombre Ardiente se esfumó.

Las catacumbas estaban de nuevo a oscuras.

Alrededor de Foyle giraban luces de colores y cacofonías. Se atragantó y tambaleó.

—Jaunteo Infernal —murmuró—. Olivia. No. No puede ser. Nunca. Olivia. Yo...

Notó cómo una mano buscaba la suya.

—¿Jiz? —croó.

Se dio cuenta de que Sigurd Magsman estaba tomando su mano y llorando. Alzó al niño en brazos.

—Me duele —gimió Sigurd.

—A mí también, hijo.

—Quiero ir a casa.

—Te llevaré.

Aún manteniendo al niño en sus brazos, caminó por las catacumbas.

—Los muertos vivos —murmuró.

Y luego:

—Me he unido a ellos.

Encontró los escalones de piedra que llevaban desde las profundidades hasta el claustro del monasterio situado en la superficie. Se obligó a subirlos, saboreando la muerte y la desolación. Sobre él se veía una brillante luz, y por un momento imaginó que ya había llegado la aurora. Luego se dio cuenta de que el claustro estaba brillantemente iluminado por luz artificial. Se oía el pisar de botas y los apagados gruñidos de órdenes. A mitad de camino en las escaleras, Foyle se detuvo y trató de recuperarse.

—Sigurd —susurró—. ¿Quién hay encima de nosotros? Averígualo.

—Soldados —contestó el niño.

—¿Soldados? ¿Qué soldados?

—Soldados comando. —El arrugado rostro de Sigurd se iluminó—. Vienen por mí. Para llevarme a casa con mi aya. ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

El clamor telepático tuvo como eco un chillido de allá arriba. Foyle aceleró y restalló a lo largo del resto de los escalones hasta el claustro. Era un cuadrado de arcos románicos que rodeaba un jardín de césped. En el centro del jardín había un gigantesco cedro del Líbano. Los enlosados corredores estaban repletos de grupos de búsqueda de comandos, y Foyle se enfrentó con sus iguales; porque un instante después de que vieron una mancha aparecer de las catacumbas, también aceleraron, y estuvieron en igualdad de condiciones.

Pero Foyle tenía al niño. El disparar era imposible. Apretando a Sigurd entre sus brazos, fintó a lo largo del claustro como un jugador de fútbol americano corriendo hacia un gol. Nadie se atrevía a bloquear su paso, pues a una aceleración de más cinco una colisión de frente entre dos cuerpos sería instantáneamente fatal para ambos. Objetivamente, este enfrentamiento pareció un zigzagueo de relámpagos que durase cinco segundos.

Foyle salió del claustro, atravesó el vestíbulo principal del monasterio, pasó a través del laberinto y alcanzó la plataforma pública de jaunteo situada fuera de la puerta principal. Allí se detuvo, desaceleró y jaunteó hasta el aeropuerto del monasterio, situado a un kilómetro de distancia. El campo también estaba brillantemente iluminado y los comandos hormigueaban por él. Cada pozo antigravitatorio estaba ocupado por una nave de la Brigada. Su propia nave estaba bajo guarda.

Un quinto de segundo después de que Foyle llegase al campo, sus perseguidores del monasterio llegaron jaunteando. Miró desesperado a su alrededor. Estaba rodeado por medio regimiento de comandos, todos ellos acelerados, todos preparados para una acción mortífera, todos iguales o mejores que él. No había escapatoria.

Y entonces, los Satélites Exteriores alteraron la situación. Exactamente una semana después del ataque de saturación a la Tierra, golpearon en Marte.

Los proyectiles descendieron de nuevo en la medianoche del cuadrante oscuro.

Los cielos parpadearon de nuevo con las intercepciones y detonaciones, y el horizonte explotó en grandes estallidos de luz mientras el suelo se agitaba. Pero esta vez había una variante aterradora, pues una boyante nova apareció en lo alto, bañando el lado oscuro del planeta con su luz. Un cúmulo de cabezas fisibles había alcanzado Phobos, el pequeño satélite de Marte, vaporizándolo instantáneamente en un pequeño solecillo.

El tiempo de recuperación de los comandos ante este anonadador ataque dio su oportunidad a Foyle. Aceleró de nuevo y pasó por entre ellos hasta su nave. Se detuvo ante la compuerta principal y vio cómo la asombrada guardia dudaba entre continuar con la acción original o responder a la nueva. Foyle lanzó a Sigurd Magsman por los aires como si fuera una pelota. Mientras los guardias se apresuraban a recoger al niño, Foyle penetró en la nave, cerró la compuerta y la aseguró.

Aún acelerado, sin detenerse para ver si había alguien dentro de la nave, corrió a los controles, accionó la palanca de desamarre y, mientras la nave comenzaba a flotar por el haz antigravitatorio, la puso en una aceleración de 10 g. No estaba atado a la silla del piloto. El efecto de la aceleración de 10 g sobre su cuerpo acelerado y no protegido fue monstruoso.

Una fuerza incontrolable lo asió y se lo llevó de la silla. Fue lentamente hacia la pared trasera de la cámara de control, como un sonámbulo. La pared parecía, para sus sentidos acelerados, acercársele. Extendió los brazos, con las palmas apoyadas contra la pared para frenarse. La brutal fuerza que lo empujaba le abrió los brazos y lo llevó contra la pared, suavemente al principio, y luego más y más fuerte hasta que su rostro, mandíbula, pecho, y cuerpo estuvieron aplastados contra el metal.

La creciente presión se convirtió en agonía. Trató de controlar los mandos de su boca con la lengua, pero la propulsión que lo aplastaba contra la pared hacía imposible que moviese su distorsionada boca. Un restallido de explosiones, tan bajas en el espectro de sonido que parecían como derrumbes de rocas, le indicó que la Brigada de Comandos le estaba atacando desde abajo con disparos. Mientras la nave penetraba en la azul negrura del espacio exterior, comenzó a gritar con un chillido de murciélago antes de lograr, afortunadamente, perder el conocimiento.

Catorce

Foyle se despertó en la oscuridad. Estaba desacelerado, pero la extenuación de su cuerpo le decía que había estado bajo la aceleración mientras había estado inconsciente. O bien se había agotado su batería o... arrastró una mano hasta su espalda. La batería había desaparecido. Se la habían quitado.

Exploró con dedos temblorosos. Estaba en una cama. Escuchó el murmullo de los ventiladores y los acondicionadores de aire y el cliqueteo y zumbido de los servomecanismos. Estaba a bordo de una nave. Estaba atado a la cama. La nave estaba en caída libre.

Se soltó, apretó los codos contra el colchón y flotó. Planeó por la oscuridad buscando el conmutador de la luz o un botón de llamada. Sus manos rozaron una botella de agua con letras en relieve en el cristal. Las leyó con las yemas de los dedos. NAVE, palpó. V.O.R.G.A. Vorga, gritó.

La puerta de la habitación se abrió. Una figura se deslizó a través de ella, silueteada por la luz de la lujosa cámara privada que había tras ella.

—Esta vez te hemos recogido —dijo una voz.

—¿Olivia?

—Sí.

—¿Entonces es verdad?

—Sí, Gully.

Foyle comenzó a llorar.

—Aún estás débil —dijo suavemente Olivia Presteign—. Baja y acuéstate.

Lo llevó al salón y lo ató a una tumbona. Aún conservaba el calor de su cuerpo.

—Has estado así durante seis días. No creímos que sobrevivieses. Te desaparecieron todas tus fuerzas hasta que el cirujano encontró esa batería en tu espalda.

—¿Dónde está? —croó.

—Puedes recuperarla en cuanto quieras. No te preocupes, cariño.

La miró por un largo instante. Su Dama de las Nieves, su amada Princesa de los Hielos... la piel de blanco satén, los ciegos ojos de coral y la exquisita boca de coral. Ella tocó sus húmedos ojos con un pañuelo perfumado.

—Te amo —dijo él.

—Chisst. Lo sé, Gully.

—Lo sabes todo de mí. ¿Desde cuándo?

—Supe que Gully Foyle, el espacionauta del Nomad, era mi enemigo desde el principio. Nunca supe que eras Fourmyle hasta que nos encontramos. Ah, si lo hubiera sabido antes. Cuántas cosas hubieran sido distintas.

—Lo sabías y te reías de mí.

—No.

—Te mantenías apartada, estremeciéndote de risa.

—Apartada y amándote. No, no me interrumpas. Estoy tratando de ser racional y no es fácil. —El rubor cayó en cascada por el rostro de mármol—. No estoy jugando contigo ahora. Te... traicioné a mi padre. Lo hice. Pensé que era autodefensa. Ahora que al fin me he encontrado con él, me dije, puedo ver que es demasiado peligroso. Una hora más tarde sabía que era un error porque me di cuenta de que te amaba. Ahora lo estoy pagando. Nunca tendrías por qué haberlo sabido.

—¿Y crees que aceptaré eso?

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —Tembló ligeramente—. ¿Por qué te seguí? Ese bombardeo fue aterrador. Habrías muerto en un minuto si no te hubiéramos recogido. Tu nave era chatarra...

—¿Dónde estamos ahora?

—¿Y eso qué importa?

—Estoy tratando de ganar tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—No por el tiempo... estoy tratando de recuperar mi coraje.

—Estamos orbitando alrededor de la Tierra.

—¿Cómo me seguiste?

—Sabía que buscarías a Lindsey Joyce. Tomé una de las naves de mi padre. Resultó ser de nuevo el Vorga.

—¿Lo sabe él?

—Nunca lo sabe. Vivo mi propia vida.

No podía apartar los ojos de ella, y sin embargo le dolía mirarla. La deseaba y la odiaba... deseaba que la realidad no fuese, odiaba la verdad por lo que era. Descubrió que estaba acariciando su pañuelo con dedos trémulos.

—Te amo, Olivia.

—Te amo, Gully, mi enemigo.

—¡Por Dios! —estalló él—. ¿Por qué lo hiciste? Estabas a bordo del Vorga contrabandeando refugiados. Diste la orden de echarlos afuera. Diste la orden de abandonarme. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

—¿Cómo? —respondió, indignada—. ¿Me pides que me excuse?

—Estoy pidiéndote una explicación.

—¡No la obtendrás de mí!

—Sangre y dinero, dijo tu padre. Tenía razón. Oh... ¡Perra! ¡Perra! ¡Perra!

—Sangre y dinero, sí; y sin vergüenza.

—Me estoy ahogando, Olivia. Dame una mano.

—Entonces ahógate. Nadie me salvó a mí. No... no... esto está mal, absolutamente mal. Espera, cariño. Espera. —Se recompuso, y comenzó a hablarle muy tiernamente

—. Podría mentir, querido Gully, y hacer que te lo creyeras, pero voy a ser honesta. Hay una explicación muy simple. Vivo mi propia vida. Todos lo hacemos. Tú lo haces.

—¿Y cuál es la tuya?

—No muy diferente de la tuya... o del resto del mundo. Hago trampas, miento, destruyo... como todos nosotros. Soy criminal... como todos nosotros.

—¿Por qué? ¿Por dinero? No necesitas dinero.

—No.

—¿Por el control? ¿Por el poder?

—No por el poder.

—¿Por qué entonces?

Inspiró profundamente, como si esta verdad fuera la verdad y la estuviese aniquilando.

—Por odio... para haceros pagar, a todos.

—¿Por qué?

—Por ser ciega. —Lo dijo en una voz cortante—. Por haber sido robada. Por ser inerme... deberían haberme matado cuando nació. ¿Sabes lo que es ser ciega... el vivir una vida de segunda mano? ¿El ser dependiente, tener que rogar, estar mutilada? «Bájalos a tu nivel», digo en mi vida secreta. «Si eres ciega, hazlos más ciegos aún. Si eres inerme, tórnalos tullidos. Házselo pagar... a todos.»

—Olivia, estás loca.

—¿Y tú?

—Yo estoy enamorado de un monstruo.

—Somos un par de monstruos.

—¡No!

—¿No? ¿Tú no? —restalló—. ¿Qué es lo que has estado haciendo sino tratando de vengarte de todo el mundo, como yo? ¿Qué es tu venganza sino un intento de ajustar cuentas con la mala suerte? ¿Quién no te llamaría monstruo loco? Te lo aseguro, Gully, somos iguales. No pudimos evitar enamorarnos.

Se quedó anonadado por la verdad de lo que ella decía. Se probó el antifaz de su revelación y ajustaba, le quedaba más apretado que la máscara de tigre tatuada en su rostro.

—Es cierto —dijo lentamente—. No soy mejor que tú. Soy peor. Pero juro ante Dios que nunca maté a seiscientos.

—Estás matando a seis millones.

—¿Cómo?

—Tal vez a más. Tienes algo que necesitan para acabar la guerra, y te lo guardas.

—¿Te refieres al Piro?

—Sí.

—¿Qué es ese pacificador, esos ocho kilos de milagro por los que están combatiendo?

—No lo sé; pero sé que lo necesitan, y no me importa. Sí, ahora estoy siendo honesta. No me importa. Que mueran millones. Eso no nos concierne. A nosotros no, Gully, porque estamos aparte. Estamos aparte y edificamos nuestro propio mundo. Somos los fuertes.

—Somos los malditos.

—Somos los bienaventurados. Nos hemos encontrado el uno al otro. —De pronto se rió y extendió los brazos—. Estoy argumentando cuando no hay necesidad de palabras. Ven a mí, amor mío... estés donde estés, ven a mí.

La tocó y la abrazó. Encontró su boca y la devoró. Pero se vio obligado a soltarla.

—¿Qué es lo que pasa, querido Gully?

—Ya no soy ningún niño —dijo, cansado—. He aprendido que nada es simple. Nunca hay una respuesta simple. Puedes amar a alguien y odiarlo al mismo tiempo.

—¿Puedes hacerlo, Gully?

—Y tú me estás haciendo odiarme a mí mismo.

—No, cariño.

—He sido un tigre toda mi vida. Me entrené... me eduqué a mí mismo, me obligué a ser un tigre más fuerte, con zarpas más aguzadas y dientes más cortantes... rápido y mortífero.

—Y lo eres. Lo eres. El más mortífero.

—No. No lo soy. Fui muy lejos. Fui más allá de la simplicidad. Me convertí en una criatura pensante. Miro a través de tus ojos ciegos, mi amor a quien odio, y me veo a mí mismo. El tigre ha desaparecido.

—No hay lugar adonde pueda ir el tigre. Estás atrapado, Gully; por Dagenham, Inteligencia, mi padre, el mundo.

—Lo sé.

—Pero estás a salvo conmigo. Estamos a salvo juntos, los dos. Nunca pensarán en buscarte cerca de mí. Podemos planear juntos, luchar juntos, destruirlos juntos...

—No, juntos no.

—¿Qué pasa? —estalló de nuevo—. ¿Aún me persigues? ¿Es eso lo que va mal? ¿Aún deseas la venganza? Entonces, tómala. Aquí estoy: adelante... destrúyeme.

—No. Se acabó la destrucción para mí.

—Ah, ya sé lo que es. —De nuevo, en un instante, volvió a ponerse tierna—. Es tu rostro, pobre cariño mío. Estás avergonzado de tu rostro de tigre, pero yo lo amo. Ardes tan brillantemente para mí. Ardes a través de la ceguera, créeme...

—¡Dios mío! Qué par de repugnantes monstruos somos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella. Se apartó de él, con sus ojos de coral centelleando—. ¿Dónde está el hombre que contempló el ataque conmigo? ¿Dónde

está el salvaje desvergonzado que...?

—Ha desaparecido, Olivia. Lo has perdido. Ambos lo hemos perdido.

—¡Gully!

—Se ha perdido.

—Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que he hecho?

—No lo comprendes, Olivia.

—¿Dónde estás? —Extendió las manos, y lo tocó, y se abrazó a él—. Escúchame, cariño, estás cansado. Estás exhausto. Eso es todo. Nada se ha perdido. —Las palabras caían de su boca—. Tienes razón. Naturalmente que tienes razón. Hemos sido malos los dos. Repugnantes. Pero todo acabó ya. Nada se ha perdido. Éramos malvados porque estábamos solos y éramos infelices. Pero nos hemos encontrado el uno al otro; podemos salvarnos el uno al otro. Ámame, cariño. Por siempre. Para siempre jamás. Te he buscado tanto tiempo, esperado y aguardado y rogado...

—No. Mientes, Olivia, y lo sabes.

—¡Por Dios, Gully!

—Haz bajar al Vorga, Olivia.

—¿Aterrizar?

—Sí.

—¿En la Tierra?

—Sí.

—¿Qué es lo que vas a hacer? Estás loco. Te están persiguiendo... te esperan... vigilan. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—¿Tú crees que resulta fácil para mí? —le dijo él—. Estoy haciendo lo que tengo que hacer. Aún sigo motivado. Ningún hombre logra escapar a su motivación. Pero cada vez hay una compulsión diferente guiándole a uno, y sus agujonazos duelen, maldita sea. Duelen un infierno.

Reprimió su ira y se controló. Tomó las manos de ella y le besó las palmas.

—Todo está acabado, Olivia —dijo suavemente—. Pero te amo. Por siempre. Para siempre jamás.

—Lo resumiré —dijo secamente Dagenham—. Fuimos bombardeados la noche que encontramos a Foyle. Lo perdimos en la Luna y lo encontramos una semana más tarde en Marte. Fuimos bombardeados de nuevo y lo perdimos otra vez. Ha estado perdido durante una semana. Pronto habrá otro bombardeo. ¿En cuál de los Planetas Interiores? ¿Venus? ¿La Luna? ¿La Tierra de nuevo? Nadie lo sabe. Pero todos sabemos una cosa: otro ataque sin respuesta y estaremos perdidos.

Dio una mirada alrededor de la mesa. Contra el fondo de marfil y oro de la Cámara Estelar del Castillo Presteign, su rostro, los tres rostros, parecían fatigados. Y'ang-Yeovil convirtió sus ojos en rendijas. Presteign comprimió sus delgados labios.

—Y también sabemos esto —continuó Dagenham—: No podemos responder sin el Piro, y no podemos localizar el Piro sin Foyle.

—Mis instrucciones fueron —se interpuso Presteign— que el Piro no debía ser mencionado en público.

—En primer lugar, esto no es público —saltó Dagenham—. Es una sesión de información privada. En segundo lugar, ya hemos rebasado el estadio de los intereses privados. Estamos discutiendo la supervivencia, y todos tenemos igualdad de derecho a ella. ¿Sí, Jiz?

Jisbella McQueen había jaunteado a la Cámara Estelar, pareciendo obsesionada y furiosa.

—Aún no hay señales de Foyle.

—¿Sigue aún vigilado el Viejo Saint Pat?

—Sí.

—¿Aún no ha llegado ningún informe de la Brigada de Comandos de Marte?

—No.

—Ése es asunto mío y, además, Alto Secreto —objetó débilmente Y'ang-Yeovil.

—Tiene usted tan pocos secretos para mí como yo para usted —sonrió sin humor Dagenham—. Mira a ver si puedes traernos ese informe antes que los de Inteligencia Central, Jiz. Vamos.

Desapareció.

—Hablando de intereses privados —murmuró Y'ang-Yeovil—, ¿me permiten sugerirle a Presteign que Inteligencia Central garantiza un completo pago por su derecho, propiedad, e intereses sobre el Piro?

—No lo malcríe, Yeovil.

—Esta conferencia está siendo grabada —dijo Presteign fríamente—. La oferta del capitán está ahora en el archivo. —Volvió su rostro de basilisco hacia Dagenham—. Está usted siendo empleado por mí, señor Dagenham. Por favor, controle sus alusiones a mi persona.

—¿Y a sus propiedades? —inquirió Dagenham con una sonrisa mortal—. Usted y sus malditas propiedades. Todos ustedes y todas sus malditas propiedades nos han metido en este agujero. El sistema está al borde de la aniquilación a causa de sus propiedades. No exagero. Será una guerra a muerte y definitiva, si es que no podemos detenerla.

—Siempre podemos rendirnos —respondió Presteign.

—No —dijo Y'ang-Yeovil—. Eso ya ha sido discutido y abandonado en el Cuartel General. Conocemos los planes para una posible victoria de los Satélites Exteriores. Se basan en una total explotación de los Planetas Interiores. Seríamos robados y exprimidos hasta que no quedase nada. La rendición sería tan desastrosa como la derrota.

—Pero no para Presteign —añadió Dagenham.

—¿Deberíamos decir... excluyendo a los presentes? —replicó concesivamente Y'ang-Yeovil.

—De acuerdo, Presteign —Dagenham se giró en su silla—. Hable ya.

—¿A qué se refiere?

—Cuéntenoslo todo acerca del Piros. Tengo una idea de cómo podemos hacer aparecer a Foyle y localizar a esa cosa, pero antes tengo que conocerla bien. Haga su contribución.

—No —contestó Presteign.

—¿No qué?

—He decidido retirarme de esta sesión de información. No revelaré nada acerca del Piros.

—¡Por Dios, Presteign! ¿Está loco? ¿Qué es lo que le pasa? ¿Está luchando de nuevo contra el partido liberal de Regis Sheffield?

—Es bastante simple, Dagenham —se interpuso Y'ang-Yeovil—. Mi información acerca de la situación de rendición o derrota le ha mostrado a Presteign una forma de mejorar su posición. No me cabe duda de que piensa negociar una venta al enemigo a cambio de... ventajas materiales.

—¿No hay nada que lo conmueva? —le preguntó irónico Dagenham a Presteign—. ¿Nada puede afectarle? ¿Tan sólo piensa en sus propiedades? ¡Vete, Jiz! Se acaba de derrumbar todo el tinglado.

Jisbella acababa de jauntear de nuevo a la Cámara Estelar.

—Acaba de informar la Brigada de Comandos —dijo—. Sabemos lo que le pasó a Foyle.

—¿Qué?

—Lo tiene Presteign.

—¡¿Qué?! —Tanto Dagenham como Y'ang-Yeovil se pusieron en pie de un salto.

—Abandonó Marte en una navecilla privada, fue derribado y se observó cómo lo recogía la nave Vorga de Presteign.

—Maldito sea, Presteign —saltó Dagenham—. Así que es por eso por lo que...

—Espere —ordenó Y'ang-Yeovil—. También es nuevo para él, Dagenham. Mírelo.

El elegante rostro de Presteign se había vuelto del color de la ceniza. Trató de alzarse y cayó de nuevo, rígido, en la silla.

—Olivia... —susurró—. Con ese... esa basura...

—¿Presteign?

—Mi hija, caballeros. Ha... Durante algún tiempo se ha encontrado envuelta en... ciertas actividades. El vicio familiar. Sangre y... Yo... he preferido cerrar mis ojos a todo ello... ¡Pero Foyle! ¡Porquería! ¡Suciedad! ¡Tiene que ser destruido!

La voz de Presteign se alzó en forma alarmante. Su cabeza se echó hacia atrás como la de un ahorcado, y su cuerpo comenzó a estremecerse.

—¿Qué es lo que...?

—Epilepsia —dijo Y'ang-Yeovil. Sacó a Presteign de la silla, echándolo al suelo—. Una cucharilla, señorita McQueen. ¡Rápido!

Forzó la boca de Presteign a abrirse y le colocó una cucharilla entre los dientes para proteger la lengua. Tan repentinamente como había comenzado, terminó el ataque. Se detuvieron las convulsiones. Presteign abrió los ojos.

—*Petit mal* —murmuró Y'ang-Yeovil, retirando la cucharilla—. Pero estará atontado durante un tiempo.

De pronto, Presteign comenzó a hablar en un bajo tono monótono:

—Piros es una aleación pirofórica. Un pirofórico es un metal que emite chispas cuando es raspado o golpeado. El Piros emite energía. El Piros es una disolución sólida de isótopos transplutonianos que emiten energía termonuclear del orden del ciclo Fénix de las estrellas. Su descubridor tenía la opinión de que había producido el equivalente de la proto-materia primordial que al explotar produjo el universo.

—¡Dios mío! —exclamó Jisbella.

Dagenham la hizo callar con un gesto y se inclinó sobre Presteign.

—¿Cómo se consigue su masa crítica, Presteign? ¿Cómo se emite la energía?

—Al igual que la energía original fue generada en el inicio de los tiempos —siguió Presteign en el mismo tono—. A través de la Voluntad y la Idea.

—Estoy convencido de que es un Cristiano de Sótano —murmuró Dagenham a Y'ang-Yeovil. Luego alzó la voz—. ¿Nos lo quiere explicar, Presteign?

—A través de la Voluntad y la Idea —repitió Presteign—. El Piros sólo puede ser explosionado por psicoquinesis. Su energía tan sólo puede ser liberada por el pensamiento. Tiene que desearse que explote y ese pensamiento ser dirigido hacia él. Es la única forma.

—¿No hay ninguna clave? ¿Ninguna fórmula?

—No. Tan sólo son necesarias la Voluntad y la Idea —los vidriosos ojos se cerraron.

—¡Dios del cielo! —Dagenham se secó la frente—. ¿Atemorizará esto a los Satélites Exteriores, Yeovil?

—Nos atemorizará a todos.

—Es el camino del infierno —dijo Jisbella.

—Entonces vayamos a buscarlo y pongámonos en marcha. Ésta es mi idea, Yeovil. Foyle estaba trasteando con ese caldo del demonio en su laboratorio del Viejo Saint Pat, tratando de analizarlo.

—Te dije esto como una estricta confidencia —dijo furiosa Jisbella.

—Lo siento, amor. Ya hemos dejado atrás todo el honor y la decencia. Ahora

mire, Yeovil, debe de haber algunos fragmentos de esa cosa por allí... en polvo, en disolución, en precipitados... Tenemos que detonar esos fragmentos para mandar al infierno el circo de Foyle.

—¿Para qué?

—Para hacerlo llegar a la carrera. Debe de tener la parte principal del Piroso escondida en alguna parte de allí. Vendrá a recuperarlo.

—¿Y si también estalla?

—No puede. No dentro de esa caja fuerte de isótopo inerte de plomo.

—Tal vez no esté todo dentro.

—Jiz dice que está... al menos así se lo dijo Foyle.

—Dejadme fuera de esto —dijo Jisbella.

—De todas maneras, tendremos que arriesgarnos.

—¡Arriesgarnos! —exclamó Y'ang-Yeovil—. ¿Con un ciclo Fénix? Arriesgaremos convertir el sistema solar en una nueva nova.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Cualquier otro camino que tomemos lleva también a la destrucción. ¿Tenemos otra posible elección?

—Podemos esperar —dijo Jisbella.

—¿Para qué? ¿Para que Foyle nos haga saltar a todos trasteando con eso?

—Siempre podríamos avisarle.

—No sabemos dónde está.

—Podemos encontrarlo.

—¿Cuándo? ¿No es ése un riesgo también? ¿Y el que haya toda esa cosa por ahí esperando que alguien piense en convertirla en energía? ¿Qué pasaría si un asaltante reventara la caja fuerte buscando algo valioso? Entonces no tendríamos simplemente algo de polvo esperando un pensamiento accidental sino ocho kilos.

Jisbella se puso pálida. Dagenham se volvió hacia el hombre de Inteligencia.

—Usted tiene la decisión, Yeovil. ¿Lo probamos a mi manera o esperamos?

Y'ang-Yeovil suspiró.

—Me temía esto —dijo—. Malditos sean todos los científicos. Tendré que tomar mi decisión por una razón que usted no conoce, Dagenham. Los Satélites Exteriores también están en esto. Tenemos buenas razones para creer que tienen agentes buscando a Foyle en la peor de las maneras. Si esperamos, quizá lo cojan antes que nosotros. De hecho, tal vez ya lo tengan ahora.

—¿Así que su decisión es...?

—La explosión. Traigamos a Foyle a la carrera, si es que podemos.

—¡No! —gritó Jisbella.

—¿Cómo? —preguntó Dagenham, ignorándola.

—Oh, tengo la persona apropiada para esta tarea. Una telépata en un solo sentido

llamada Robin Wednesbury.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente. Evacuaremos los alrededores. Le daremos una publicidad total emitiéndolo por todas las cadenas. Si Foyle está en algún lugar de los Planetas Interiores, se enterará.

—Pero no por las emisiones —dijo desesperadamente Jisbella—. Oirá la explosión. Será la última cosa que todos oigamos.

—Voluntad e Idea —susurró Presteign.

Como siempre, cuando regresaba de una tormentosa sesión jurídica en Leningrado, Regis Sheffield estaba complacido y complaciente, como un arrogante luchador que ha vencido en una dura pelea. Se detuvo en el Blekman de Berlín para un trago y algunos comentarios, dio un segundo trago y comentó algo más en el rincón de los leguleyos en el Quai d'Orsay, y tuvo una tercera sesión en el Skin & Bones frente a Temple Bar. Para cuando llegó a su oficina de Nueva York, estaba placentemente iluminado.

Mientras paseaba a lo largo de los bulliciosos corredores y habitaciones exteriores, fue saludado por su secretaria con un puñado de perlas memorizadoras.

—He derrotado totalmente a Djargo-Dantchenko —informó triunfante Sheffield—. Tienen que pagar los daños y las costas del juicio. El viejo DD estaba rojo de ira. Esto pone el total en once a cinco a mi favor. —Tomó las perlas, hizo malabarismos con ellas, y comenzó a lanzarlas en los más extraños receptáculos de la oficina, incluyendo la abierta boca de un asombrado oficinista.

—¡Qué vergüenza, señor Sheffield! ¿Ha estado bebiendo?

—Ya no trabajaremos más hoy. Las noticias de la guerra son demasiado desalentadoras. Tenemos que hacer algo para animarnos. ¿Qué le parecería si armásemos camorra por las calles?

—¡Señor Sheffield!

—¿Hay algo que no pueda esperar a mañana?

—Hay un caballero aguardándole en su oficina.

—¿Y la obligó a que lo dejara entrar? —Sheffield pareció impresionado.—
¿Quién es? ¿Es Dios o alguien así?

—No quiere decirme su nombre. Me dio esto.

La secretaria le entregó a Sheffield un sobre cerrado. Sobre él llevaba escrito: URGENTE. Sheffield lo rasgó, mientras sus facciones denotaban curiosidad. Entonces, sus ojos se desorbitaron. Dentro del sobre había dos billetes de 50 000 créditos. Sheffield se giró sin decir palabra y entró a la carrera en su oficina privada. Foyle se alzó de su silla.

—Estos billetes son auténticos —estalló Sheffield.

—Que yo sepa sí.

—Exactamente veinte de estos billetes fueron impresos el año pasado. Todos están depositados en las tesorerías de la Tierra. ¿Cómo se hizo con estos dos?

—¿El señor Sheffield?

—¿Quién más podía ser? ¿Cómo se hizo con estos billetes?

—Sobornando.

—¿Por qué?

—Pensé en aquel tiempo que podría ser conveniente tenerlos a mano.

—¿Para qué? ¿Para más sobornos?

—Si es que quiere llamar a los costos legales soborno.

—Yo establezco mi propio salario —dijo Sheffield. Le lanzó los billetes a Foyle —. Podrá ofrecérmelos de nuevo si decido aceptar su caso y si decido que le costaré eso. ¿Cuál es su problema?

—Criminal.

—No sea aún demasiado específico. Y...

—Quiero entregarme.

—¿A la policía?

—Sí.

—¿Por qué crimen?

—Crímenes.

—Mencione dos.

—Robo y violación.

—Diga dos más.

—Chantaje y asesinato.

—¿Tiene alguno más en el muestrario?

—Traición y genocidio.

—¿Acaba eso con su catálogo?

—Creo que sí. Tal vez descubramos algunos más cuando seamos más específicos.

—Ha estado atareado, ¿no? O es usted el Príncipe de los Villanos o está loco.

—Ambas cosas, señor Sheffield.

—¿Por qué desea entregarse?

—Me he vuelto sensato —contestó amargamente Foyle.

—No me refiero a eso. Un criminal nunca se rinde cuando tiene ventaja. Obviamente, usted la tiene. ¿Cuál es la razón?

—Es la cosa peor que jamás le pasó a hombre alguno. He contraído una rara enfermedad llamada conciencia.

Sheffield dio un bufido.

—Esto puede ser a menudo fatal.

—Es fatal. Me he dado cuenta de que he estado comportándome como un animal.

—¿Y ahora quiere purgarlo?

—No, no es tan simple —dijo amargado Foyle—. Es por eso por lo que he venido a usted... para cirugía mayor. El hombre que altera la morfología de la sociedad es un cáncer. El hombre que da prioridad a sus propias decisiones sobre las de la sociedad es un criminal. Pero hay unas reacciones en cadena. El purgar por uno mismo a través del castigo no es bastante. Además se tienen que arreglar las cosas. Desearía que todo pudiese ser solucionado simplemente enviándome de vuelta a la Gouffre Martel o fusilándome...

—¿De vuelta? —cortó interesado Sheffield.

—¿Tengo que ser específico?

—Aún no. Continúe. Suena como si estuviese sufriendo los dolores de un despertar ético.

—Es eso exactamente. —Foyle paseó agitado, arrugando los billetes con dedos nerviosos—. Es un lío infernal, Sheffield. Hay una muchacha que tiene que pagar por un crimen endiablado y repugnante. El hecho de que la amo... no, olvídense de eso. Tiene un cáncer que debe ser extirpado... como yo. Lo que significa que tendré que añadir el ser un soplón a mi catálogo. El hecho de que yo también me esté entregando no significa diferencia alguna.

—¿Qué es todo este lío?

Foyle se volvió hacia Sheffield.

—Una de las bombas de Año Nuevo acaba de entrar en su oficina, y está diciéndole: «Arréglole todo. Reconstrúyame y envíeme de vuelta a casa. Reconstruya la ciudad que destruí y la gente a la que aniquilé». Es para esto para lo que quiero contratarle. No sé cómo se sienten la mayor parte de los criminales, pero...

—Juiciosos, reconociendo los hechos, como buenos negociantes que han tenido mala suerte —contestó rápidamente Sheffield—. Ésa es la actitud normal del criminal profesional. Es obvio que usted es un aficionado, si es que siquiera es un criminal. Querido señor mío, sea juicioso, por favor. Llega aquí, acusándose extravagantemente de robos, violaciones, asesinatos, genocidios, traiciones y Dios sabe qué más cosas. ¿Espera que me lo tome en serio?

Bunny, el asistente de Sheffield, jaunteó al interior de la oficina privada.

—¡Jefe! —gritó excitado—. Ha sucedido algo nuevo. ¡Un lujo! ¡jaunteo! Dos chicos de buena sociedad contrataron a una meretriz de clase C para... Vaya. Lo siento. No me di cuenta de que tenía... —Se quedó cortado y miró—. ¡Fourmyle! —exclamó.

—¿Cómo? ¿Quién? —preguntó Sheffield.

—¿No lo conoce, jefe? —tableteó Bunny—. Ése es Fourmyle de Ceres. Gully Foyle.

Hacia más de un año, Regis Sheffield había sido tratado hipnóticamente y

dispuesto para este momento. Se había preparado su cuerpo para responder sin volición, y su respuesta fue fulminante. Sheffield golpeó a Foyle en medio segundo: en la sien, garganta e ingle. Se había decidido a no depender de ninguna arma, ya que quizá no tuviese ninguna a mano.

Foyle cayó. Sheffield se volvió hacia Bunny y lo noqueó a través de su oficina. Entonces, escupió a su palma. Se había decidido a no depender de ninguna droga, ya que quizá no tuviese ninguna a mano. Las glándulas salivales habían sido preparadas para responder con una secreción anafiláctica al estímulo. Rompió la manga de Foyle, le clavó fuertemente una uña en la parte hueca de la articulación del brazo, haciendo un corte. Apretó la saliva contra la herida y oprimió la piel.

Un extraño grito surgió de los labios de Foyle. El tatuaje apareció lívido en su rostro. Antes de que el atontado ayudante del abogado lograra hacer un movimiento, éste se echó a Foyle sobre los hombros y jaunteó.

Llegó al centro del Circo Fourmyle en el Viejo Saint Pat. Era una jugada arriesgada pero bien calculada. Aquél era el último lugar al que se esperaba que fuese, y el más idóneo para que se hallase el Piro. Estaba preparado para enfrentarse con cualquiera que hallase dentro de la catedral, pero el interior del circo estaba vacío.

Las desocupadas tiendas que se erguían en el interior de la nave se veían hechas trizas; ya habían sido saqueadas. Sheffield se metió en la primera que vio. Era la librería de Fourmyle, repleta con centenares de libros y millares de brillantes perlas novela. Los asaltjaunteantes no estaban interesados en la literatura. Sheffield tiró a Foyle al suelo. Sólo entonces se sacó un arma del bolsillo.

Los párpados de Foyle se movieron; sus ojos se abrieron.

—Está drogado —le dijo rápidamente Sheffield—. No trate de jauntar. Y no se mueva. Le aviso que estoy preparado para cualquier cosa.

Mareado, Foyle trató de alzarse. Sheffield disparó al momento, rozándole el hombro. Foyle se desplomó sobre el suelo de losas. Estaba atontado y asombrado. Notaba un rugido en sus oídos y un veneno corriendo por sus venas.

—Le aviso —repitió Sheffield— que estoy preparado para cualquier cosa.

—¿Qué es lo que desea? —susurró Foyle.

—Dos cosas. Ocho kilos de Piro, y usted. Sobre todo usted.

—¡Lunático! ¡Maldito maniaco! Fui a su oficina para entregarme... para entregar...

—¿A los S.E.?

—¿A los... qué?

—Los Satélites Exteriores. ¿Tengo que deletreárselo?

—No... —murmuró Foyle—. Debía de haberlo sabido. El patriota Sheffield, agente de los S.E. Debía de haberlo sabido. Soy un estúpido.

—Es usted el estúpido más valioso del mundo, Foyle. Lo necesitamos aún más que al Piro. No sabemos lo que éste puede hacer, pero sí lo que es usted.

—¿De qué está hablando?

—¡Dios mío! ¿Aún no lo sabe? Aún no lo sabe. No tiene ni idea.

—¿De qué?

—Escúcheme —dijo Sheffield con voz martilleante—. Quiero que regrese dos años en el tiempo, de vuelta al Nomad. ¿Entiende? De vuelta a la muerte del Nomad. Una de nuestras naves la destruyó y lo hallaron a bordo del pecio. El último hombre con vida.

—¿Así que una nave de los S.E. destruyó el Nomad?

—Sí. ¿No se acuerda?

—No recuerdo nada de eso. Nunca logré hacerlo.

—Le estoy diciendo el porqué. El atacante tuvo una afortunada idea. Lo iban a convertir en un cebo... un cebo de caza, ¿comprende? Estaba medio muerto, pero lo llevaron a bordo y lo atendieron. Lo colocaron dentro de un traje espacial y lo dejaron errando con su emisor de microondas en marcha. Estaba emitiendo señales de auxilio y murmurando pidiendo ayuda en todas las longitudes de onda. La idea era que ellos se quedarían cerca y acabarían con todas las naves de los P.I. que llegasen a rescatarlo.

Foyle comenzó a reír.

—Me voy a levantar —dijo tranquilamente—. Dispare de nuevo, so hijo de puta. Pero me voy a levantar. —Se puso en pie trabajosamente, apretándose el hombro—. Así que el Vorga no me hubiera podido recoger aunque hubiera querido —Foyle se rio—. Era un cebo. Nadie tenía que haberse acercado a mí. Era un reclamo, un engaño, una trampa mortal... ¿No es ésa la ironía final? El Nomad no tenía ningún derecho a ser rescatado desde el principio. Yo no tenía derecho a mi venganza.

—Sigue sin comprender —martilleó Sheffield—. No estaban cerca del Nomad cuando lo dejaron errante. Estaban a un millón de kilómetros del Nomad.

—¿A un millón de kilo...?

—El Nomad estaba demasiado apartado de las rutas comerciales. Querían que usted flotase por donde pasasen naves. Se lo llevaron a un millón de kilómetros más cerca del Sol y lo soltaron. Lo echaron por la compuerta de aire y se quedaron contemplando cómo flotaba. Las luces de su traje estaban parpadeando y usted gimoteaba pidiendo ayuda por la microonda. Entonces, desapareció.

—¿Desaparecí?

—Borrado del mapa. Ya no había luces ni emisión. Estuvieron comprobándolo. Había desaparecido sin dejar rastro. Lo siguiente que supimos... era que regresó a bordo del Nomad.

—Imposible.

—Amigo, ¡usted espaciojaunteó! —dijo salvajemente Sheffield—. Estaba malherido y delirando, pero espaciojaunteó. Espaciojaunteó un millón de kilómetros a través del vacío de regreso al pecio del Nomad. Hizo algo que nadie ha hecho antes. Dios sabe cómo. Ni siquiera usted lo sabe, pero lo vamos a hallar. Voy a llevármelo conmigo a los Satélites, y le arrancaremos ese secreto aunque tengamos que despedazarlo.

Agarró el cuello de Foyle con su potente mano y le apuntó la pistola con la otra.

—Pero primero quiero el Piros. Me lo entregará, Foyle. No crea que no lo hará. —Golpeó a Foyle en la frente con la pistola—. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguirlo. No crea que no lo haré. —Golpeó de nuevo a Foyle, fría y eficientemente—. ¡Si estaba buscando purgar sus crímenes, amigo, lo va a hacer!

Bunny saltó de la plataforma de jaunteo pública en Five-Points y corrió hacia la entrada principal de la oficina neoyorquina de Inteligencia Central como si se tratase de un conejo asustado. Atravesó el cordón de guardias exterior, el laberinto protector, y penetró en las oficinas interiores. Adquirió una cola de excitados perseguidores y se encontró frente a frente con los guardias más veteranos, que habían jaunteado calmamente a posiciones más adelantadas y lo estaban esperando.

Bunny comenzó a gritar:

—¡Yeovil! ¡Yeovil! ¡Yeovil!

Siguiendo su carrera, fintó por entre escritorios, saltó sobre sillas, y creó una increíble algarabía. Continuó gritando:

—¡Yeovil! ¡Yeovil! ¡Yeovil! —Y cuando estaban a punto de sacarlo de penas, apareció Y'ang-Yeovil.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo con sequedad—. Di órdenes de que la señorita Wednesbury tenía que estar absolutamente tranquila.

—¡Yeovil! —gritó Bunny.

—¿Quién es?

—El asistente de Sheffield.

—¿Cómo... Bunny?

—¡Foyle! —aulló Bunny—. Gully Foyle.

Y'ang-Yeovil cubrió los quince metros que lo separaban en exactamente uno, seis, seis segundos.

—¿Qué hay de Foyle?

—Sheffield lo ha capturado —jadeó Bunny.

—¿Sheffield? ¿Cuándo?

—Hace media hora.

—¿Por qué no lo ha traído aquí?

—Lo ha raptado. Creo que Sheffield es agente de los S.E.

—¿Por qué no vino usted aquí de inmediato?

—Sheffield jaunteó con Foyle... lo dejó frío y desapareció. Lo busqué. Por todas partes. Me arriesgué. Debo de haber hecho cincuenta jaunteos en veinte minutos...

—¡Aficionado! —exclamó exasperado Y'ang-Yeovil—. ¿Por qué no se lo dejó hacer a los profesionales?

—Los encontré.

—¿Los encontró? ¿Dónde?

—En el Viejo Saint Pat. Sheffield busca...

Pero Y'ang-Yeovil había girado sobre sus talones y estaba corriendo desesperado por un corredor, gritando:

—¡Robin! ¡Robin! ¡Detente! ¡Detente!

Y, entonces, sus oídos fueron golpeados por el rugir del trueno.

Quince

Como anillos que se extienden por un estanque, la Voluntad y la Idea se propagaron, buscando, tocando y desplazando el delicado control subatómico del Piroso. El pensamiento encontró partículas, polvo, humo, vapor, micelas, moléculas. La Voluntad y la Idea las transformaron.

En Sicilia, en donde el Dott Franco Torre había trabajado durante un mes agotador tratando de descubrir el secreto de una cápsula del Piroso, los residuos y los precipitados habían sido vertidos por una cloaca que llevaba al mar. Durante muchos meses las corrientes del Mediterráneo habían llevado esos residuos a lo ancho del fondo marino. En un instante una gibosa montaña de agua que se alzaba quince metros recorrió el camino de las corrientes, por el noreste hacia Cerdeña y por el suroeste hasta Trípoli. En un microsegundo la superficie del Mediterráneo fue levantada como por un gigantesco gusano horador que hubiese recorrido los alrededores de las islas de Pantelleria, Lampedusa, Linosa y Malta.

Algunos de los residuos habían sido quemados; se habían alzado por la chimenea con el humo y el vapor para flotar centenares de kilómetros antes de depositarse. Esas diminutas partículas habían caído en Marruecos, Argelia, Libia y Grecia, donde se produjeron explosiones localizadas increíblemente diminutas e intensas. Y algunas motas, aún flotando en la estratosfera, revelaron su presencia con brillantes resplandores como estrellas diurnas.

En Texas, donde el Prof. John Mantley había tenido la misma experiencia con el Piroso, la mayor parte de los residuos habían sido decantados por el orificio de un antiguo pozo petrolero que era usado ahora para recoger desperdicios radiactivos. Un estrato acuoso profundo había absorbido bastante de la materia y la había desparramado lentamente por un área de unos veinte kilómetros cuadrados. Veinte kilómetros cuadrados de las llanuras de Texas temblaron y quedaron agrietados. Un vasto depósito, no descubierto, de gas natural, halló al fin un escape y surgió aullando a la superficie, donde chispas de las piedras que saltaban lo prendieron, convirtiéndolo en una rugiente antorcha de sesenta metros de alto.

Un miligramo del Piroso, depositado en un disco de papel de filtro hacía tiempo, tirado, olvidado, recogido en un almacén de desperdicios de papel y finalmente convertido en pulpa y en el molde de impresión, destruyó toda la edición nocturna del Glasgow Observer. Un fragmento de Piroso recogido por un trapo de laboratorio, convertido hacía tiempo en papel recuperado, destruyó una nota de agradecimiento escrita por Lady Shrapnel y adicionalmente eliminó una tonelada de correo urgente en el proceso.

Un puño de camisa, inadvertidamente embebido en una solución ácida de Piroso, hacía tiempo abandonada y ahora utilizada bajo un abrigo de armiño por un

asaltante, destruyó la mano y muñeca del mismo en una feroz amputación. Un decimiligramo del Piro, aún adherido a una antigua probeta de destilación ahora usada como cenicero, inició un fuego que quemó la oficina de un tal Baker, tratante en monstruos y suministrador de fenómenos.

A lo largo y ancho del planeta se produjeron explosiones aisladas, cadenas de explosiones, trazas de fuego, puntos de fuego, destellos meteóricos en el cielo, grandes cráteres y estrechos canales arados en la tierra, explosionados en la tierra, vomitados por la tierra.

En el Viejo Saint Pat, casi un decigramo del Piro estaba expuesto en el laboratorio de Fourmyle. El resto estaba cerrado en su caja fuerte de isótopo inerte de plomo, protegido de toda ignición por psicoquinesis, accidental o intencionada. El cegador destello de la energía generada por aquel decigramo hizo volar las paredes y abrió los suelos como si un terremoto interno hubiera convulsionado el edificio. Los contrafuertes sostuvieron los pilares durante una fracción de segundo, y luego se desplomaron. Cayeron las torres, las espiras, los pilares, los contrafuertes y el techo, en una atronadora avalancha, para quedar balanceándose sobre el abierto cráter del suelo en un amontonado y precario equilibrio. Un soplo de viento, una vibración distante, y el colapso continuaría hasta que el cráter quedase repleto por los escombros pulverizados.

El calor de la explosión, similar al de una estrella, prendió un centenar de fuegos y fundió el antiguo grueso cobre del desplomado techo. Si otro miligramo más del Piro hubiese estado expuesto a la detonación, el calor habría sido lo bastante intenso como para vaporizar el metal inmediatamente. En lugar de esto, ardió al rojo blanco y comenzó a fluir. Manó de los restos del desplomado techo y comenzó a buscar su camino hacia abajo por entre las apiladas piedras, madera, hierro y cristal, como algún monstruoso musgo fundido que se arrastrase sobre una tela de araña embrollada.

Dagenham y Y'ang-Yeovil llegaron casi simultáneamente. Un momento más tarde apareció Robin Wednesbury y luego Jisbella McQueen. Una docena de agentes de Inteligencia y seis correos de Dagenham llegaron junto con la Guardia Jaunteante de Presteign y la policía. Formaron un cordón alrededor de la ardiente manzana, pero había pocos espectadores. Tras el terror del ataque de la víspera de Año Nuevo, aquella explosión solitaria había asustado a medio Nueva York, que jaunteó en busca de la seguridad.

El alboroto del fuego era aterrador, y el crujir masivo de toneladas de restos en inestable equilibrio era ominoso. Se veían obligados a gritar y sin embargo tenían miedo de las vibraciones. Y'ang-Yeovil aulló las noticias acerca de Foyle y Sheffield al oído de Dagenham. Dagenham asintió y mostró su mortífera sonrisa.

—¡Tendremos que entrar! —gritó a su vez.

—¡Trajes ignífugos! —gritó Y'ang-Yeovil.

Desapareció y volvió a aparecer con un par de trajes blancos de los Equipos de Rescate. Al verlos, Robin y Jisbella comenzaron a chillar histéricas objeciones. Los dos hombres las ignoraron, penetrando en el interior de las armaduras de isómeros inertes y arrastrándose al infierno.

En el interior del Viejo Saint Pat era como si una monstruosa mano hubiese aplastado madera, piedra y metal. A través de cada intersticio se arrastraban lenguas de cobre fundido, goteando lentamente, prendiendo la madera, derrumbando la piedra, astillando el vidrio. Donde fluía, el cobre simplemente brillaba, pero donde caía desparramaba brillantes gotitas de metal al rojo blanco.

Bajo el montón se abría un negro cráter en el lugar en que antes había estado el suelo de la catedral. La explosión había rasgado las losas, revelando los sótanos, subterráneos y bóvedas situados muy por debajo del edificio. Todos ellos estaban también repletos por montones de piedras, vigas, tubos, alambres, los restos de las tiendas del Circo Fourmyle; también estaban iluminados por pequeños fuegos. Luego las primeras gotas de cobre cayeron al interior del cráter, iluminándolo con un brillante chapoteo fundido.

Dagenham golpeó el hombro de Y'ang-Yeovil para atraer su atención y señaló. A mitad de distancia en la profundidad del cráter, en medio de los montones, se hallaba el cuerpo de Regis Sheffield, despedazado por la explosión. A su vez Y'ang-Yeovil golpeó el hombro de Dagenham y señaló. Casi en la profundidad del cráter yacía Gully Foyle, y cuando las cegadoras salpicaduras del cobre fundido lo iluminaron vieron que se movía. Los dos hombres se volvieron al instante y se arrastraron fuera de la catedral para una conferencia.

—Está vivo.

—¿Cómo es posible?

—Puedo imaginármelo. ¿Vio los jirones de una tienda tirados cerca de él? Debió de producirse una explosión extraña en el otro extremo de la catedral, y las tiendas de en medio le sirvieron de protección a Foyle. Entonces se desplomó a través del suelo antes de que cualquier otra cosa pudiera alcanzarle.

—Es posible. Tenemos que sacarlo. Es la única persona que sabe dónde está el Piro.

—¿Estará aún ahí... sin estallar?

—Sí, si está en la caja fuerte de IIP. Esa materia es inerte a cualquier estímulo. No se preocupe de esto ahora. ¿Cómo lo vamos a sacar?

—Bueno, no podemos trabajar desde aquí arriba.

—¿Por qué no?

—¿No resulta obvio? Un paso en falso y todo ese lío se desplomará.

—¿Vio cómo fluía ese cobre?

—¡Dios mío, sí!

—Bueno, si no lo sacamos en menos de diez minutos, se encontrará bajo un estanque de cobre fundido.

—¿Qué podemos hacer?

—Tengo un plan loco.

—¿Cuál es?

—Los sótanos del antiguo edificio de la RCA al otro lado de la calle son tan profundos como los de Saint Pat.

—¿Y?

—Bajaremos a ellos y trataremos de hacer un agujero. Quizá podamos sacar a Foyle por allí.

Un pelotón entró en los antiguos edificios de la RCA, abandonados y sellados desde hacía dos generaciones. Bajaron a las arcadas del sótano, polvorientos museos de los pequeños comercios de los siglos anteriores. Localizaron los antiguos pozos de los ascensores y descendieron a través de ellos hasta los subterráneos repletos de instalaciones eléctricas, plantas de calefacción y sistemas de refrigeración. Bajaron hasta los pozos colectores, metidos hasta la cintura en el agua de los arroyos de la prehistórica isla de Manhattan, arroyos que aún corrían bajo las calles que los cubrían.

Mientras vadeaban los pozos colectores, caminando hacia el este-noroeste para acercarse a las bóvedas de Saint Pat, descubrieron repentinamente que la estigia oscuridad era iluminada por un feroz chisporroteo allá adelante. Dagenham chilló y corrió. La explosión que había reventado los subterráneos de Saint Pat había cuarteado los tabiques entre sus bóvedas y los edificios de la RCA. A través de una irregular fisura en las piedras y rocas podían contemplar el fondo del infierno.

A quince metros de distancia se hallaba Foyle, atrapado en un laberinto de vigas retorcidas, piedras, tumbas, tubos, metal y alambres. Estaba iluminado por el rugiente brillo de arriba y las llamas de su alrededor. Sus ropas estaban ardiendo y el tatuaje aparecía lívido en su rostro. Se movía débilmente, como un animal asombrado en un laberinto.

—¡Dios mío! —exclamó Y'ang-Yeovil—. ¡El Hombre Ardiente!

—¿Qué?

—El Hombre Ardiente que vi en las Escaleras Españolas. No se preocupe de eso. ¿Qué podemos hacer?

—Entrar, naturalmente.

Un brillante goterón de cobre rezumó repentinamente cerca de Foyle y salpicó a tres metros bajo él. Fue seguido por un segundo, un tercero, un lento y constante chorro. Se comenzó a formar un charco. Dagenham y Y'ang-Yeovil cerraron las placas faciales de sus armaduras y se arrastraron a través de la fisura en el tabique.

Tras tres minutos de agonizantes intentos se dieron cuenta de que no podrían atravesar el laberinto hasta Foyle. Estaba cerrado al exterior pero no desde el interior. Dagenham y Y'ang-Yeovil se echaron hacia atrás para conferenciar.

—No podemos llegar hasta él —chilló Dagenham—. Pero él puede salir.

—¿Cómo? Obviamente no puede jauntear, o no estaría ahí.

—No, pero puede subir. Mire. Va hacia la izquierda, entonces hacia arriba, se echa hacia atrás, da una vuelta por aquella viga, se desliza bajo ella y empuja esa maraña de alambres. Los alambres no pueden ser empujados hacia adentro, que es la razón por la que no podemos llegar hasta él. Pero sí pueden ser empujados hacia afuera, que es la razón por la que sí puede salir. Es una puerta de un solo sentido.

El charco de cobre fundido se arrastraba hacia Foyle.

—Si no sale pronto, se asará vivo.

—Tendremos que hablar con él... decirle qué es lo que ha de hacer.

Los hombres comenzaron a gritar:

—¡Foyle! ¡Foyle! ¡Foyle!

El Hombre Ardiente continuó moviéndose débilmente en el laberinto. Se incrementó el goteo del cobre chisporroteante.

—¡Foyle! Vaya a la izquierda. ¿Puede oírme? ¡Foyle! Vaya a la izquierda y suba. Podrá salir si me escucha. Vaya a la izquierda y suba. Luego... ¡Foyle!

—No nos escucha. ¡Foyle! ¡Gully Foyle! ¿Puede oírnos?

—Mande a buscar a Jiz. Tal vez la escuche a ella.

—No, a Robin. Le telemitirá. Tendrá que escucharla.

—¿Pero querrá hacerlo ella? ¿Salvarlo a él?

—Tendrá que hacerlo. Esto es más importante que el odio. Es la cosa más grande con la que el mundo jamás se ha encontrado. Iré a buscarla.

—Y'ang-Yeovil comenzó a arrastrarse hacia afuera. Dagenham lo detuvo.

—Espere, Yeo. Mírelo. Está fluctuando.

—¿Fluctuando?

—¡Mire! Está parpadeando como una luciérnaga. ¡Fíjese! Se le ve y luego desaparece.

La figura de Foyle estaba apareciendo, desapareciendo y reapareciendo en rápida sucesión, como una luciérnaga atrapada en una trampa llameante.

—¿Qué es lo que hace ahora? ¿Qué trata de conseguir? ¿Qué sucede?

Estaba tratando de escapar. Como una luciérnaga atrapada o algún pájaro marino apresado por el brasero ardiente del destello desnudo de un faro, estaba agitándose, frenético... una criatura quemada y ennegrecida abalanzándose hacia lo desconocido.

El sonido le llegaba como visión, como luz en extrañas tramas. Vio el sonido de su nombre gritado en brillantes ritmos:

F O YL E
F O YL E
F O YL E
F O YL E
F O YL E

F O Y L E
F O Y L E
F O Y L E
F O Y L E
F O Y L E
F O Y L E

F O Y L E
F O Y L E
F O Y L E
F O Y L E
F O Y L E
F O Y L E

El movimiento le llegaba como sonido. Escuchaba el agitarse de las llamas, oía los torbellinos del humo, entendía las parpadeantes sombras... todas ellas hablando atronadoramente en extrañas lenguas:

—¿Buru gyarr? —preguntaba el vapor.

—Acha. Acha, rit-kit-dit-cit m'gid —contestaron las rápidas sombras.

—Ohhh. Ahhh. Jiii. Tiii —clamaban las oleadas de calor.

Hasta las llamas prendidas en sus propias ropas rugían sin sentido en sus oídos:

—¡MANTERGEISTMANN! —aullaban. El color era para él dolor... calor, frío, presión; sensaciones de intolerables alturas y desplomadoras profundidades, de tremendas aceleraciones y aplastantes compresiones:

uLUZ VENE

ERP

DUL
N A
0 B
A

0
G
I
D
N
I

C
O
N
M
A
R
E
A
N
T
E

D
A
D
I
C
O
V
E
L

; i

E
N
N
U

O
M
O
C
E
L
E
C
I
O

E
S
T
R
R
E
S
O
E
N
D

D
A
M
E
E

El tacto era para él sabor... la sensación de la madera era acre y yesosa en su boca, el metal era salado, la piedra sabía agri dulce al toque de sus dedos, y la sensación del cristal llenaba su paladar como pasteles grasientos.

El olfato era tacto... la piedra caliente olía como terciopelo acariciándole la mejilla. El humo y las cenizas eran rasposos tejidos que le rasgaban la piel, casi como si fueran lonas húmedas. El metal fundido olía como un martillo golpeándole el corazón, y la ionización de la explosión del Piroso llenaba el aire con ozono que olía cual agua resbalándole por los dedos.

No era ciego, ni sordo, ni sin sentidos. La sensación le afectaba, pero era filtrada a través del sistema nervioso alterado y cortocircuitado por el shock de la concusión del Piroso. Estaba sufriendo de sinestesia, esa rara condición en la que la percepción recibe mensajes del mundo objetivo y los transmite al cerebro, pero allí en el cerebro las percepciones sensoriales son confundidas unas con otras. Así, para Foyle, el sonido se registraba como visión, el movimiento como sonido, y el sabor se convertía en tacto. No sólo estaba atrapado en el laberinto del infierno bajo el Viejo Saint Pat; estaba atrapado en el caleidoscopio de sus propios sentidos alterados.

Desesperado de nuevo, al aterrador borde de la extinción, abandonó todas las disciplinas y hábitos vitales; o quizá le fueron arrebatados. Revertió de un condicionado producto de su ambiente y experiencia a una criatura virgen que buscaba la huida y la supervivencia ejercitando todo el poder de que disponía. Y, de nuevo, el milagro de hacía dos años tuvo lugar. La indivisa energía de todo un organismo humano, de cada célula, fibra, nervio y músculo potenció ese deseo, y Foyle espaciojaunteó de nuevo.

Se zambulló a lo largo de las líneas espaciales geodésicas del universo curvo a la velocidad del pensamiento, que excedía en mucho la de la luz. Su velocidad espacial era tan rápida que su eje del tiempo fue torcido de la línea vertical trazada desde el pasado hasta el futuro, pasando por el presente. Fue parpadeando a lo largo de un nuevo eje casi horizontal, en esta nueva geodesia del espacio-tiempo, empujado por el milagro de una mente humana ya no inhibida por el concepto de lo imposible.

De nuevo consiguió lo que Helmut Grant y Enzio Dandridge y muchos otros experimentadores no habían logrado, porque el pánico aterrador le forzó a abandonar las inhibiciones espacio-temporales que habían derrotado los intentos previos. No jaunteó a Algunaparte sino a Alguntiempo, pero, lo que era más importante, la conciencia cuatridimensional, la visión completa de la Flecha del Tiempo y su posición en él, que nace en cada hombre, pero que se halla profundamente sumergida en las trivialidades del vivir, se hallaba en Foyle cerca de la superficie. Jaunteó a lo largo de las geodesias del espacio-tiempo a los Algunapartes y los Alguntiempos, transformando «i», la raíz cuadrada de menos uno, de un número imaginario a una realidad por un magnífico acto de imaginación.

eco:

BaStAbAsTa

AsTaBaStAbAs

BaStAbAsTaBaSí

AsTaBaStAbAsTaBa

BaStAbAsTaBaSt

AsTaBaStAbAs

BaStAbAsTa

Un lejano repiqueteo de pasos llegó a sus ojos en suaves ondulaciones de luces boreales:

r e P i q u e t e o
r e P i q u e t e o
r e P i q u e t e o
r e P i q u e t e o
r e P i q u e t e o
r e P i q u e t e o

T

L IO

L R C

E G O

G N M

OÜ O

E

LZIG Z A G D

EUN R E L A M P

A

c

Era la patrulla perseguidora en el Hospital de la Gouffre Martel, que buscaba a Foyle y a Jisbella McQueen con el geófono. El Hombre Ardiente desapareció, pero no sin que antes hubiera, sin desearlo, apartado a los perseguidores del rastro de los desvanecidos fugitivos.

Estaba de vuelta bajo el Viejo Saint Pat, reapareciendo tan sólo un instante después de su última desaparición. Sus locas zambullidas en lo desconocido lo mandaban rodando por líneas geodésicas espacio-temporales que inevitablemente lo traían de vuelta al Ahora del que estaba tratando de escapar, pues en la sinusoidal curva del espacio-tiempo su Ahora era el punto mínimo de la curva.

Podía lanzarse hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba en las líneas geodésicas hacia el pasado o el futuro, pero inevitablemente debía caer de regreso a su propio Ahora, como una pelota lanzada hacia arriba por las inclinadas paredes de un pozo infinito para subir, permanecer inerte por un momento, y luego rodar de vuelta otra vez a las profundidades.

Pero todavía golpeaba a lo desconocido en su desesperación.

Jaunteó de nuevo.

Estaba en la playa de Jervis, en la costa australiana.

El movimiento de las olas gritaba:

—¡Loggermisticrotehaven!

Y el sonido de las olas lo cegó con el brillo de una batería de reflectores:

Gully Foyle y Robin Wednesbury estaban frente a él. El cuerpo de un hombre yacía en la arena, que tenía el tacto de vinagre en la boca del Hombre Ardiente. El viento rozándole el rostro sabía a papel de embalaje.

Foyle abrió la boca y gritó. El sonido surgió en ardientes burbujas estrelladas.

Dio un paso.

—¿Grash? —resonó el movimiento.

El Hombre Ardiente jaunteó. Estaba en la oficina del doctor Sergei Orel en Shanghai.

Foyle estaba de nuevo ante él, hablando en tramas de luz:

QEST IESDQEST UNUE UNUE UNUE IESDQEST IESD

Parpadeó de nuevo a la agonía del Viejo Saint Pat y jaunteó otra vez.

BSfflHas3fflaa(3(iJHSssfflssaBB(r)aa(r)s^^

s" a

ESTABA EN LAS ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS. ESTABA EN LAS ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS. ESTABA EN LAS ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS. ESTABA EN LAS

ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS. ESTABA EN LAS
ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS. ESTABA EN LAS
ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS. ESTABA EN LAS
ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS. ESTABA EN LAS
ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS. ESTABA EN LAS
ALBOROTADAS ESCALERAS ESPAÑOLAS.

El Hombre Ardiente jaunteó.

Hacía frío de nuevo, con el sabor a limones, y el vacío le rasgaba la piel con innumbrables garras. Estaba mirando a través del ojo de buey de la plateada nave. Las cortadas montañas de la Luna se alzaban al fondo. A través de la ventanilla podía ver el tintineante sonido de las bombas sanguíneas y de oxígeno y oír el bramido de los movimientos que Gully Foyle hacía dirigiéndose hacia él. Los rasguños del vacío le apretaron el cuello en una ahogadora sensación.

Las líneas geodésicas del espacio-tiempo lo rodaron de nuevo al Ahora en el Viejo Saint Pat, donde habían pasado menos de dos segundos desde que inició su frenética lucha. Una vez más, como una lanza ardiente, se arrojó a lo desconocido.

Estaba en la catacumba Skoptsy de Marte. La babosa blanca que era Lindsey Joyce se estremecía ante él.

—¡No! ¡No! ¡No! —chillaban sus movimientos—. No me hagan daño. No me maten. No, por favor... por favor... por favor... —El Hombre Ardiente abrió su boca de tigre y se rio.

—Hace daño —dijo. El sonido de su voz le quemó los ojos.

H H H
A A A
C C C
E E E
D D D
A A A
Ñ Ñ Ñ
O
Ñ Ñ Ñ
A A A
D D D
E E E
C C C
A A A
H H H

—¿Quién eres? —susurró Foyle.

QQQQQQQQQQQQQQQQQQ
uuuuuuuuuuuuuuuuuu IIIIIIIIIIIII
EEEEEEEEEEEEEEEEEEEE **NNNNNNNNNNNNNNNNNN**
EEEEEEEEEEEEEEEEEEEE **RRRRRRRRRRRRRRRRRR**
EEEEEEEEEEEEEEEEEEEE **SSSSSSSSSSSSSSSS**

El Hombre Ardiente parpadeó.

—Demasiado brillante —dijo—. Menos luz.

Foyle dio un paso hacia adelante.

—¡Blaa-gaa-daa-maww! —rugió el movimiento. El Hombre Ardiente se tapó las orejas con las manos, agonizante.

—Demasiado ruido —gimió—. No se mueva tan ruidosamente. El movimiento agitado de la Skoptsy seguía aullando, gimoteante:

—No me hagan daño. No me hagan daño.

El Hombre Ardiente rio de nuevo. La mujer era muda para los hombres normales, pero para sus cortocircuitados sentidos le resultaba claro lo que decía.

—Escúchenla. Está chillando. Rogando. No quiere morir. No quiere que le hagan daño. Escúchenla:

—Fue Olivia Presteign la que dio la orden. Olivia Presteign. No yo. No me hagan daño. Olivia Presteign.

—Nos está diciendo quién dio la orden. ¿No pueden oírla? Escuchen con sus ojos. Dice Olivia.

¿¡QUÉ!? ¿¡QUÉ!? ¿¡QUÉ!?

¿¡QUÉ!? ¿¡QUÉ!? ¿¡QUÉ!?

¿¡QUÉ!? ¿¡QUÉ!? ¿¡QUÉ!?

El brillo cuadriculado de la pregunta de Foyle fue demasiado para él. El Hombre Ardiente tradujo la agonía de la Skoptsy de nuevo:

—Dice Olivia. Olivia Presteign. Olivia Presteign. Olivia Presteign.

Jaunteó. Cayó de regreso al pozo bajo el Viejo Saint Pat y, repentinamente, su confusión y su desesperación le dijeron que estaba muerto. Esto era el fin de Gully Foyle. Esto era la eternidad, y el infierno existía en realidad. Lo que había visto era el pasado desentrañándose frente a sus sentidos en el instante final de la muerte. Lo que estaba sufriendo tendría que soportarlo hasta el fin de los tiempos. Estaba muerto. Sabía que estaba muerto.

Rehusó inclinarse ante la eternidad.

Se zambulló de nuevo en lo desconocido.

El Hombre Ardiente jaunteó.

Estaba en el centelleante centro de una nevada nube de estrellas.

Sentía el toque de alas de mariposa sobre su piel. Notaba el sabor de un collar de perlas en la boca. Sus cortocircuitados sentidos caleidoscópicos no le podían decir dónde se hallaba, pero sabía que deseaba permanecer por siempre en este Ningunlugar.

—Hola, Gully.

—¿Quién es?

—Soy Robin.

—¿Robin?

—La que fue Robin Wednesbury.

—¿Que fue?

—Ahora soy Robin Yeovil.

—No comprendo. ¿Estoy muerto?

—No, Gully.

—¿Dónde estoy?

—A mucha, mucha distancia del Viejo Saint Pat.

—Pero, ¿dónde?

—No puedo perder tiempo explicándotelo, Gully. Tan sólo te quedan algunos momentos de estar aquí.

—¿Por qué?

—Porque aún no has aprendido cómo jauntear a través del espacio-tiempo. Tienes que regresar y aprender.

—Pero si ya sé. Tengo que saber. Sheffield dijo que espaciojaunteé hasta el Nomad... un millón de kilómetros.

—Entonces fue por accidente, Gully, como lo estás haciendo ahora. Aún no sabes cómo controlarlo... cómo convertir cualquier Ahora en realidad. Volverás a caer en el Viejo Saint Pat en un momento.

—Robin, acabo de acordarme. Tengo malas noticias para ti.

—Lo sé, Gully.

—Tu madre y hermanas están muertas.

—Lo sé desde hace tiempo, Gully.

—¿Cuánto tiempo?

—Hace treinta años.

—Eso es imposible.

—No, no lo es. Estamos muy, muy lejos del Viejo Saint Pat. He estado esperando para decirte cómo te puedes salvar del fuego, Gully. ¿Me escucharás?

—¿No estoy muerto?

—No.

—Escucharé.

—Tus sentidos están confundidos. Pasará pronto, pero no te dirigiré diciéndote izquierda o derecha o arriba o abajo. Te lo diré de forma que ahora me puedas entender.

—¿Por qué estás ayudándome... después de todo lo que te he hecho?

—Todo está perdonado y olvidado, Gully. Ahora escúchame. Cuando regreses al

Viejo Saint Pat date la vuelta hasta que estés frente a las sombras más ruidosas.
¿Entiendes?

—Sí.

—Ve hacia el ruido hasta que notes un cosquilleo muy fuerte en la piel. Entonces párate.

—Entonces me paro.

—Da media vuelta hasta llegar a una compresión y una sensación de caída. Sigue por ahí.

—Sigo por ahí.

—Entonces pasarás a través de una pared sólida de luz y llegarás hasta un sabor a quinina. En realidad se trata de una masa de alambres. Empuja la quinina hasta que veas algo que suena como martillos pilones. Y estarás a salvo.

—¿Cómo sabes todo esto, Robin?

—He sido informada por un experto, Gully —notó una sensación de risas—. Caerás de vuelta al pasado en cualquier momento. Peter y Saúl están aquí. Te dicen *au revoir* y buena suerte. Y también Jiz Dagenham. Buena suerte, querido Gully...

—¿El pasado? ¿Es acaso esto el futuro?

—Sí, Gully.

—¿Estoy yo ahí? ¿Está... Olivia?

Y entonces estuvo cayendo hacia abajo, abajo, abajo, por las líneas del espacio-tiempo, de regreso al horrible pozo del Ahora.

Dieciséis

Sus sentidos fueron de nuevo normales en la Cámara Estelar de marfil y oro del Castillo Presteign. La visión se convirtió en visión, y vio los altos espejos y las ventanas de vidrieras, la biblioteca de oro con su bibliotecario androide sobre la escalera. El sonido se convirtió en sonido y escuchó al secretario androide accionando el grabador manual de perlas sobre el escritorio Luis XV. El gusto se convirtió en gusto cuando sorbió el coñac que el camarero robot le entregó.

Supo que estaba acorralado, enfrentado con la decisión más importante de su vida. Ignoró a sus enemigos y examinó la sonrisa perpetua grabada en el rostro robot del camarero, la clásica sonrisa irlandesa.

—Gracias —le dijo Foyle.

—Es un placer, señor —le replicó el robot, esperando deferencialmente.

—Es un hermoso día —comentó Foyle.

—Siempre hace buen tiempo en alguna parte, señor —sonrió el robot.

—Es un día horrible —dijo Foyle.

—Siempre hace buen tiempo en alguna parte, señor —le respondió el robot.

—Día —dijo Foyle.

—Siempre hace buen tiempo en alguna parte, señor —dijo el robot.

Foyle se volvió hacia los otros.

—Eso soy yo —dijo, señalando al robot—. Eso somos todos. Fantaseamos sobre el libre albedrío, pero no somos otra cosa que unas respuestas condicionadas... reacciones mecánicas en grabaciones preseleccionadas. Así que... aquí estoy, aquí estoy, esperando responder. Opriman los botones y saltaré.

Imitaba la voz enlatada del robot.

—Es un placer servirles, señores. —De pronto, su tono se hizo fustigante—. ¿Qué es lo que quieren?

Se agitaron con incertidumbre. Foyle estaba quemado, apaleado, derrotado... y sin embargo estaba tomando el control sobre todos ellos.

—Estipularemos las amenazas —dijo Foyle—. Voy a ser ahorcado, descuartizado y hecho picadillo, torturado en el infierno si no... ¿qué? ¿Qué es lo que quieren?

—Yo deseo lo que es mío —dijo Presteign, sonriendo fríamente.

—Ocho kilos, más o menos, del Piros. Sí. ¿Qué es lo que ofrece?

—No ofrezco nada, señor. Pido lo que es mío.

Y'ang-Yeovil y Dagenham comenzaron a hablar. Foyle los hizo callar.

—Aprieten el botón uno a uno, caballeros. En este momento, Presteign está tratando de hacerme saltar. —Se volvió hacia Presteign—. Apriete más fuerte, sangre y dinero, o encuéntrase otro botón. ¿Quién es usted para hacer demandas en este momento?

Presteign apretó los labios.

—La ley... —comenzó.

—¿Cómo? ¿Amenazas? —Foyle rio—. ¿Acaso cree que va a lograr algo amenazándome? No sea imbécil. Hábleme en la forma en que lo hizo en la víspera de Año Nuevo, Presteign... sin piedad, sin perdón, sin hipocresía.

Presteign inclinó la cabeza, inspiró profundamente y dejó de sonreír.

—Le ofrezco poder —dijo—. Adopción como mi heredero, participación en las Empresas Presteign, la jefatura del clan y la tribu. Juntos podemos dominar el mundo.

—¿Con el Piro?

—Sí.

—Se anota y declina su proposición. ¿Ofreecería a su hija?

—¿Olivia? —Presteign se atragantó y apretó los puños.

—Sí, Olivia. ¿Dónde está?

—¡Es usted una porquería! —dijo Presteign—. Basura... un vulgar ladrón... se atreve a...

—¿Ofreecería a su hija a cambio del Piro?

—Sí —contestó Presteign, en tono apenas audible.

Foyle se volvió hacia Dagenham.

—Apriete su botón, calavera —le dijo.

—Si la discusión va a ser mantenida en este nivel... —saltó Dagenham.

—Así es. Sin piedad, sin perdón, sin hipocresía. ¿Qué es lo que ofrece?

—La gloria.

—¿Ah?

—No podemos ofrecer dinero ni poder. Podemos ofrecer el honor: Gully Foyle, el hombre que salvó de la aniquilación a los Planetas Interiores. Podemos ofrecerle seguridad. Borraremos su ficha criminal, le daremos un nombre honrado, le garantizaremos un nicho en la galería de los famosos.

—No —cortó secamente Jisbella McQueen—. No aceptes. Si quieres ser un salvador, destruye el secreto. No le des el Piro a nadie.

—¿Qué es el Piro?

—¡Silencio! —advirtió Dagenham.

—Es un explosivo termonuclear que se detona por el simple pensamiento... por psicoquinesis —dijo Jisbella.

—¿Qué pensamiento?

—El deseo de cualquiera de detonarlo, dirigido a él. Esto lo lleva a masa crítica si no está aislado por el Isótopo Inerte de Plomo.

—Dije que os callaseis —gruñó Dagenham.

—Si es que todos podemos tener una oportunidad con él, yo también quiero la mía.

—Esto es más importante que el idealismo.

—No hay nada más importante que el idealismo.

—El secreto de Foyle lo es —murmuró Y'ang-Yeovil—. Sé lo relativamente poco importante que es ahora el Piros. —Le sonrió a Foyle—. El ayudante de Sheffield escuchó parte de su pequeña discusión en el Viejo Saint Pat. Sabemos lo del espaciojaunteo.

Hubo un silencio repentino.

—Espaciojaunteo —exclamó Dagenham—. Imposible. No puede estar hablando en serio.

—Hablo en serio. Foyle demostró que el espaciojaunteo no es imposible. Jaunteé un millón de kilómetros desde una nave de los S.E. hasta el pecio del Nomad. Como ya dije, esto es mucho más importante que el Piros. Desearía discutir este asunto primero.

—Todo el mundo ha estado diciendo lo que quiere —dijo lentamente Robin Wednesbury—. ¿Qué es lo que quiere Gully Foyle?

—Gracias —respondió Foyle—. Deseo ser castigado.

—¿Cómo?

—Quiero expiar mis culpas —dijo con voz sofocada. Los estigmas comenzaron a aparecer en su rostro vendado—. Quiero pagar por lo que he hecho y quedar en paz. Quiero poder sacarme esta maldita cruz que estoy llevando... este dolor que está partiéndome la espina dorsal. Quiero volver a la Gouffre Martel. Quiero una lobo, si es que me la merezco... y sé que así es. Quiero...

—Quiere escapar —le interrumpió Dagenham—. No hay escapatoria.

—¡Quiero liberarme!

—Eso es imposible —dijo Y'ang-Yeovil—. Hay demasiadas cosas valiosas encerradas en su cerebro para que sean perdidas por una lobotomía.

—Estamos más allá de esas niñerías que son el crimen y el castigo —añadió Dagenham.

—No —objetó Robin—. Siempre tendrá que haber el pecado y el perdón. Nunca superaremos eso.

—Pérdidas y ganancias, pecado y perdón, idealismo y realismo —sonrió Foyle—. Todos ustedes están tan seguros, son tan simples, tan fijos en sus ideas. Soy el único que duda. Veamos cuán seguros están en realidad. ¿Entregaría a Olivia, Presteign? A mí sí, pero ¿la entregaría a la ley? Es una asesina.

Presteign trató de alzarse, y luego se desplomó en su sillón.

—¿Tiene que haber perdón, Robin? ¿Perdonarás a Olivia Presteign? Ella asesinó a tu madre y hermanas.

Robin se tornó gris. Y'ang-Yeovil trató de protestar.

—Los Satélites Exteriores no tienen el Piros, Yeovil. Sheffield reveló esto. ¿Lo

usaría de todas formas contra ellos? ¿Convertiría mi apellido en un anatema común... como Lynch o Boycott?

Foyle se volvió hacia Jisbella.

—¿Te llevará tu idealismo de regreso a la Gouffre Martel para acabar de cumplir tu sentencia? Y usted, Dagenham, ¿aceptaría perderla? ¿Dejarla ir?

Escuchó los gemidos y contempló la confusión durante un momento, amargado y triste.

—La vida es tan simple —dijo—. Esta decisión es tan simple, ¿no? ¿Tengo que respetar los derechos de propietario de Presteign? ¿El bienestar de los planetas? ¿Los ideales de Jisbella? ¿El realismo de Dagenham? ¿La conciencia de Robin? Aprieten el botón y verán cómo el robot salta. Pero yo no soy un robot. Soy un fenómeno en el universo... un animal pensante... y estoy tratando de hallar mi camino en medio de un laberinto. ¿Tengo que entregarle el Piros al mundo y dejar que se destruya? ¿Tengo que enseñar al mundo cómo espaciojauntar y dejar que extendamos nuestro espectáculo de monstruos de galaxia en galaxia a través de todo el universo? ¿Cuál es la respuesta?

El camarero robot lanzó su coctelera a través de la habitación, con un resonante golpe. En el asombrado silencio que siguió, Dagenham gruñó:

—¡Maldición! Mis radiaciones han vuelto a estropear sus muñecos, Presteign.

—La respuesta es sí —dijo el robot, bastante claramente.

—¿Cómo? —preguntó Foyle, incrédulo.

—La respuesta a su pregunta es sí.

—Gracias —dijo Foyle.

—Es un placer, señor —respondió el robot—. Un hombre es, ante todo, un miembro de la sociedad además de un individuo. Uno tiene que estar de acuerdo con esa sociedad, tanto si escoge la destrucción como si no.

—Está completamente loco —dijo impacientemente Dagenham—. Apáguelo, Presteign.

—Espere —ordenó Foyle. Miró la abierta sonrisa grabada en el rostro de acero del robot—. Pero es que la sociedad puede ser tan estúpida, tan confusa. Ya lo ha visto en esta conferencia.

—Sí, señor, pero uno tiene que enseñar, no dictar. Uno tiene que enseñar a la sociedad.

—¿A espaciojauntar? ¿Por qué? ¿Para qué alcanzar las estrellas y las galaxias? ¿Por qué?

—Porque uno está con vida, señor. También se podría preguntar: ¿por qué estoy vivo? Pero no lo hace. Vive.

—Totalmente loco —murmuró Dagenham.

—Pero fascinante —susurró Y'ang-Yeovil.

—Tiene que haber algo más que el simple vivir —le dijo Foyle al robot.

—Entonces hállelo por usted mismo, señor. No le pida al mundo que se deje de mover porque tiene dudas.

—¿Por qué no podemos movernos todos juntos hacia adelante?

—Porque todos ustedes son distintos. Porque no son lémures. Algunos tienen que ir por delante, y esperar que los demás les sigan.

—¿Quién va por delante?

—Los hombres que deben hacerlo... los hombres con una misión, los hombres que se sienten compelidos a ello.

—Fenómenos.

—Todos ustedes son fenómenos, señor. Pero siempre lo han sido. La misma vida es un fenómeno. Ésa es su gloria y esperanza.

—Muchas gracias.

—Es un placer, señor.

—Algún día se dirá que un robot nos salvó.

—Siempre hace buen tiempo en alguna parte, señor —sonrió el robot. Luego silbó, se retorció, y se derrumbó.

Foyle se volvió hacia los demás.

—Esa cosa tenía razón —dijo—, y todos ustedes están equivocados. ¿Quiénes somos, nosotros, para tomar una decisión por todo el mundo? Dejemos que el mundo tome sus propias decisiones. ¿Quiénes somos para ocultar cosas al mundo? Dejemos que el mundo conozca y decida por sí mismo. Vengan al Viejo Saint Pat.

Jaunteó; ellos le siguieron. La manzana seguía acordonada, y por entonces ya se había reunido una enorme multitud. Había tantos curiosos y atrevidos jaunteando a las humeantes ruinas, que la policía se había visto obligada a colocar un campo protector de inducción para mantenerlos alejados. Aún así, granujas, buscadores de recuerdos e irresponsables trataban de jauntear a las ruinas, siendo quemados por el campo inductivo y partiendo aullando.

A una señal de Y'ang-Yeovil, se apagó el campo. Foyle entró entre los cascotes calientes hasta el muro este de la catedral, que aún se alzaba hasta una altura de cinco metros. Palpó las calientes piedras, apretó e hizo palanca. Se escuchó un chirriante deslizarse y un rectángulo de un metro por metro y medio se abrió, pero quedó trabado. Foyle lo agarró y tiró de él. El rectángulo tembló; luego, las quemadas bisagras cedieron y el panel de piedra se desmoronó.

Hacía dos siglos, cuando la religión organizada había sido abolida y los creyentes ortodoxos de todas las religiones se habían visto obligados a ocultarse, algunas almas devotas habían construido aquella cámara secreta en el Viejo Saint Pat, y erigido en su interior un altar. El oro del crucifijo todavía brillaba con la luz de la fe eterna. Al pie de la cruz se hallaba una caja negra de Isótopo Inerte del Plomo.

—¿Es un signo? —jadeó Foyle— ¿Es la respuesta que busco?

Asió la pesada caja antes de que nadie pudiera impedirselo. Jaunteó a cien metros de distancia, a los restos de la escalinata de la catedral que daban a la Quinta Avenida. Allí abrió la caja fuerte a la vista de las asombradas multitudes. Un grito de consternación se alzó de los pelotones de Inteligencia que conocían la realidad de su contenido.

—¡Foyle! —aulló Dagenham.

—¡Por Dios, Foyle! —chilló Y'ang-Yeovil.

Foyle extrajo una cápsula del Piro, que tenía el color de los cristales de yodo y el tamaño de un cigarrillo... medio kilo de isótopos transplutonianos en solución sólida.

—¡Piro! —le gritó a la multitud— ¡Cójnlo! ¡Guárdenlo! ¡Es su futuro: Piro! —lanzó la cápsula a la multitud, y gritó por encima de su hombro—: ¡SanFran, la plataforma de Russian!

Jaunteó St. Louis-Denver hasta San Francisco, llegando a la plataforma de Russian a las cuatro de la tarde, cuando las calles estaban llenas de jaunteantes compradores de última hora.

—¡Piro! —tronó Foyle. Su cara de diablo brillaba rojo sangre. Era una visión aterradora—. ¡Piro! ¡Es peligroso! ¡Es la muerte! Es vuestro, haced que os digan lo que es. ¡Nome! —les gritó a los que le perseguían, que acababan de llegar; y jaunteó.

Era la hora de comer en Nome, y los leñadores que jaunteaban desde las serrerías, para su filete y su cerveza, se quedaron asombrados ante aquel hombre con cara de tigre que les lanzó una cápsula como de yodo, de medio kilo, entre ellos, y les gritó en la lengua de las cloacas:

—¡Piro! ¿Me oyen, hombres? Escúchenme a mí, ustedes. El Piro es sucia muerte para nosotros. ¡Nosotros todos! No agarren preguntas, ustedes. ¡Hagan que les digan lo del Piro, eso es todo!

A Dagenham, Y'ang-Yeovil y los demás que jaunteaban tras él, como siempre segundos más tarde, les chilló:

—¡Tokio, plataforma imperial! —desapareciendo un instante antes de que sus disparos lo alcanzaran.

Eran las nueve de la mañana de un fresco día en Tokio, y la multitud de la hora punta de la mañana que hormigueaba alrededor de la plataforma imperial, junto a los estanques de las carpas, se quedó paralizada ante un Samurai de rostro de tigre que apareció y lanzó una cápsula de curioso metal e inolvidables consejos y advertencias hacia ella.

Foyle continuó a Bangkok, donde diluviaba, a Delhi, donde rugía el monzón... siempre perseguido en su carrera de perro rabioso. En Bagdad eran las tres de la madrugada y la muchedumbre de los clubes nocturnos y los frequentadores de tabernas, que permanecían alrededor del mundo siguiendo las horas nocturnas, lo

aclamaron alcohólicamente. En París, y también en Londres, era medianoche y las multitudes de los Champs Elysées y Piccadilly Circus fueron galvanizadas por la aparición y la apasionada exhortación de Foyle.

Habiendo llevado a sus perseguidores en una vuelta a casi tres cuartas partes de círculo terrestre en cincuenta minutos, Foyle permitió que lo atrapasen en Londres. Permitted que lo noqueasen, que le arrebataran la caja fuerte de IIP, que contasen las cápsulas que faltaban y la cerrasen de nuevo.

—Queda lo bastante como para una guerra. Sobra aún lo suficiente para la destrucción... para la aniquilación... si es que se atreven. —Estaba riendo y llorando en un histérico triunfo—. Millones para la defensa, pero ni un céntimo para la supervivencia.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho, maldito asesino? —le gritó Dagenham.

—Sé lo que he hecho.

—¡Dos kilos de Piroso desparramados por el mundo! Un solo pensamiento y... ¿Cómo podremos recuperarlo sin decirles la verdad? Por Dios, Yeo, mantén alejada a esa multitud. No dejes que escuchen esto.

—Imposible.

—Entonces, jaunteemos.

—No —rugió Foyle—: dejen que escuchen esto. Dejen que lo escuchen todo.

—Está loco, amigo. Le ha dado una pistola cargada a un niño.

—Dejen de tratarlos como a niños, y ellos dejarán de comportarse como tales. ¿Quién demonios es usted para hacer de maestro?

—¿De qué está hablando?

—Dejen de tratarlos como a niños. Explíquenles lo de la pistola cargada. Sáquenlo todo a la luz. —Foyle rió salvajemente—. He terminado la última conferencia de la Cámara Estelar en el mundo. He descubierto el último secreto. Ya no habrá más secretos de ahora en adelante... Ya no más decir a los niños lo que es bueno para ellos... dejen que crezcan. Ya es hora.

—Cristo, está loco.

—¿Lo estoy? Le he entregado de nuevo la vida y la muerte al pueblo que vive y muere. El hombre común ya ha sido demasiado fustigado y dirigido por los hombres motivados como nosotros... hombres compulsivos... hombres tigres que no pueden evitar empujar al mundo ante ellos. Nosotros tres somos tigres, pero ¿quién infiernos somos para tomar decisiones por todo el mundo sólo porque sintamos la compulsión? Dejemos que el mundo haga su propia elección entre la vida y la muerte. ¿Por qué debemos cargar con la responsabilidad?

—No nos la cargamos —dijo en voz baja Y'ang-Yeovil—. Nos la cargan. Nos vemos obligados a tomar la responsabilidad que el hombre medio evita.

—Entonces dejemos que acaben de evitarla. Dejemos que acaben de lanzar sus

deberes y sus culpas sobre los hombros del primer fenómeno que pase a su lado aceptándolos. ¿Es que hemos de continuar siendo por siempre los chivos expiatorios del mundo?

—¡Maldito sea! —se irritó Dagenham—. ¿No se da cuenta de que no puede fiarse de la gente? No saben lo que es bueno para ellos.

—Entonces que aprendan o mueran. Estamos todos juntos en esto. Vivamos o muramos juntos.

—¿Desea morir por su ignorancia? Tiene que pensar en cómo podemos recuperar esas cápsulas sin hacerlo estallar todo.

—No. Yo creo en ellos. Yo era uno de ellos antes de convertirme en tigre. Todos pueden dejar de ser comunes si se les patea para que despierten, como se hizo conmigo.

Foyle se recuperó y, abruptamente, jaunteó sobre la cabeza de bronce de Eros, a quince metros de altura por encima de la superficie de Piccadilly Circus. Se agarró como mejor pudo y gritó:

—¡Escuchadme a mí, vosotros todos! ¡Escuchad, hombres! Voy a sermonear, yo. ¡Escuchad esto, vosotros!

Un rugido le respondió.

—Vosotros, cerdos, vosotros. Vosotros la metéis como cerdos. Tenéis lo mejor en vosotros y usáis lo peor. ¿Me escucháis, vosotros? Tenéis un millón en vosotros y gastáis céntimos. Tenéis un genio en vosotros y pensáis en loco. Tenéis un corazón en vosotros y os sentís vacíos. Todos vosotros. Cada uno de vosotros...

Se mofaron de él. Continuó, con la histérica pasión de los poseídos:

—Tenéis que tener una guerra para gastar. Tenéis que estar en líos para pensar. Tenéis que encontraros en problemas para ser grandes. El resto del tiempo estáis sentados vagos, vosotros. ¡Cerdos, vosotros! ¡De acuerdo, Dios os maldiga! Os reto, yo. Morid o vivid y sed grandes. Hacedos estallar hasta el infierno o venid a buscarme a mí, Gully Foyle, y os haré hombres. Os haré grandes. Os daré las estrellas.

Desapareció.

Jaunteó y subió por las líneas geodésicas del espacio-tiempo hasta un Algunlugar y una Algunaparte. Llegó al caos. Colgó en un precario para-Ahora por un momento y entonces se desplomó de nuevo al caos.

—Puede hacerse —pensó—. Debe hacerse.

Jaunteó de nuevo, una lanza ardiente lanzada de lo desconocido hacia lo desconocido, y de nuevo se desplomó de regreso a un caos de para-espacio y para-tiempo. Estaba perdido en Ningunaparte.

—Creo —pensó—. Tengo fe.

Jaunteó de nuevo y falló de nuevo.

—¿Fe en qué? —se preguntó a sí mismo—. No es necesario el tener algo en qué

creer. ¡Es necesario tan sólo el creer que en algún sitio hay algo digno de creer!

Jaunteó por última vez, y la energía de su deseo de creer transformó el para-Ahora de su destino al azar en una realidad...

AHORA: Rigel en Orion, ardiendo blancoazulada, a quinientos cuarenta años-luz de la Tierra, diez mil veces más luminosa que el Sol, un horno de energía orbitado por treinta y siete masivos planetas... Foyle flotó, congelándose y sofocándose en el espacio, frente a frente con el increíble destino en el que creía, pero que aún resultaba inconcebible. Flotó en el espacio por un momento cegador, tan impotente, tan asombrado como la primera criatura con branquias que salió del mar y se quedó ahogándose en una playa primigenia en el amanecer de la historia de la vida en la Tierra. Y sin embargo, ambos hechos eran inevitables.

Espaciojaunteó, convirtiendo el para-Ahora en...

AHORA: Vega en Lira, una estrella A0 a veintiséis años-luz de la Tierra, ardiendo más azul que Rigel, sin planetas, pero rodeada por multitud de cometas cuyas gaseosas colas brillaban a través del firmamento negroazulado...

Y de nuevo transformó el ahora en un

AHORA: Canopus, amarilla como el Sol, gigantesca, atronadora en las silenciosas extensiones del espacio, invadido al fin por una criatura que en otro tiempo tuvo branquias. La criatura flotaba, ahogándose en la playa del universo, más cerca de la muerte que de la vida, más cerca del futuro que del pasado, a diez leguas más allá del final del amplio mundo. Se asombró de las masas de polvo, meteoros y motas que rodeaban a Canopus en un amplio y plano disco como los anillos de Saturno y del ancho de la órbita de este planeta...

AHORA: Aldebarán en Tauro, una monstruosa estrella roja, una estrella doble cuyos dieciséis planetas tejían elipses de alta velocidad alrededor de su par de soles. Se estaba zambullendo a través del espacio-tiempo con creciente seguridad...

AHORA: Antares, una gigante roja M1, apareada como Aldebarán, a doscientos cincuenta años-luz de la Tierra, orbitada por doscientos cincuenta planetoides del tamaño de Mercurio, con el clima del Edén...

Y por fin... AHORA.

Fue atraído a la matriz de su nacimiento. Retornó al Nomad, ahora soldado a la masa del asteroide Sargazo, hogar del perdido Pueblo Científico, carroñeros de las rutas espaciales entre Marte y Júpiter... hogar de Józeph que había tatuado el rostro de tigre a Foyle, apareándolo con la muchacha Moira.

*Gully Foyle es mi nombre,
y la Tierra mi nación.
El profundo espacio mi vivienda,
y las estrellas mi destino.*

La muchacha, Moira, lo encontró en su armario de herramientas a bordo del Nomad, encogido en una apretada posición fetal, con su rostro hueco y sus ojos ardiendo con la revelación divina. Aunque ya hacía tiempo que el asteroide había sido reparado y vuelto a presurizar, Foyle aún seguía con los gestos de la peligrosa supervivencia que lo había hecho nacer años antes.

Pero ahora dormía y meditaba, digiriendo y asimilando la magnificencia que había aprendido. Se despertó del ensueño, pasando al trance, y salió del armario, pasando al lado de Moira con ojos ciegos, cruzándose con ella que, asombrada, se echó a un lado y cayó de hinojos. Erró a través de los vacíos pasadizos y regresó a la matriz que era el armario. Se acurrucó de nuevo, y se perdió en sus pensamientos.

Ella lo tocó una vez. Él no se movió. Ella le llamó con el nombre que estaba grabado en su frente. Él no le contestó. Ella se volvió y huyó al interior del asteroide, al *sancta sanctorum* en el que reinaba Józeph.

—Mi esposo ha vuelto con nosotros —dijo Moira.

—¿Tu esposo?

—El hombre-dios que casi nos destruyó.

El rostro de Józeph se oscureció con la ira.

—¿Dónde está? ¡Muéstramelo!

—¿No le hará daño?

—Todas las deudas deben ser pagadas. Muéstramelo.

Józeph la siguió hasta el armario a bordo del Nomad y contempló fijamente a Foyle. La ira de su rostro fue reemplazada por asombro. Tocó a Foyle y le habló; no hubo respuesta.

—No puede castigarlo —le dijo Moira—. Está muriendo.

—No —le respondió suavemente Józeph—. Está soñando. Yo, como sacerdote, conozco esos sueños. Llegará el momento en que despierte y nos cuente a nosotros, su pueblo, sus pensamientos.

—Y entonces lo castigará.

—Ya ha encontrado el castigo en sí mismo —dijo Józeph.

Se sentó al lado del armario. La muchacha, Moira, corrió por los enrevesados corredores y regresó momentos más tarde con un cuenco de plata lleno de agua caliente y una bandeja de plata llena de comida. Bañó con cuidado a Foyle y luego puso la bandeja ante él como ofrenda. Entonces, se sentó junto a Józeph... junto al mundo... dispuesta a la espera del despertar.

FIN

Acerca del autor

Alfred Bester, nacido en Nueva York (EE. UU.) el 18 de diciembre de 1913 y fallecido en Pensilvania en 1987, fue periodista y escritor de ciencia ficción.

Aunque publicó su primer relato en 1939, su salto a la fama vino a comienzos de los cincuenta, después de una etapa en la que trabajó como escritor de guiones para radio y televisión. Sus relatos, y sobre todo su premio Hugo de 1953 (el primer premio Hugo que se otorgaba) por *El hombre demolido* le encumbraron a la fama, fama que aún aumentó con su siguiente novela: *Las estrellas, mi destino* (también conocida como *¡Tigre, tigre!*) considerada uno de los hitos de la ciencia ficción. Sin embargo, Bester, autor no muy prolífico, abandonó el campo para dedicarse a escribir artículos para la revista *Holiday* (de la que fue redactor jefe).

Su vuelta a la ciencia-ficción en la década de los 70 no resultó como esperaba, y las novelas escritas por entonces no fueron exitosas. Es por ello su fama de autor «cometa». Desalentado, volvió a abandonar el género. En 1987, moría sin haberse enterado de que acababa de recibir el galardón de Gran Maestro por su corta pero intensa carrera. Dejó, además de sus dos sobresalientes novelas, una pequeña pero exquisita colección de cuentos.

Los dos grandes temas (casi obsesivos) de Bester son los viajes en el tiempo y la posesión de poderes paranormales. Casi todos los relatos y novelas recogen alguno de los dos temas. Las dos principales novelas, *El hombre demolido* y *Las estrellas, mi destino*, tratan de poderes paranormales. Asimismo, son consideradas pioneras del movimiento cyberpunk en cuanto a su estilo, por muchos críticos.